

Alexandre Dumas

# **Los mil y un fantasmas**

## A M\*\*\*

---

**C**on frecuencia me habéis dicho —en aquellas placenteras veladas que van siendo raras, donde cada cual charla a su placer dando forma a los ensueños del corazón, entregado a los caprichos del ingenio o desperdiciando el tesoro de los propios recuerdos—, a menudo me habéis dicho que después de Scheherezada y Nodier, era yo el más entretenido narrador de cuentos que habíais oído.

En esto me escribís hoy diciéndome que mientras aguardáis de mí una larga novela por de contado, una de aquellas interminables novelas como escribo yo, y en las cuales hago entrar a todo, un siglo, quisierais que os enviase algunos cuentos, dos, cuatro o seis volúmenes, lo más, pobres flores de mi jardín que vais a lanzar al viento en medio de las preocupaciones políticas, entre el proceso de Bourges, por ejemplo, y las elecciones de mes de mayo.

Pero ¡ay amigo mío!, la época es triste y he de advertiros que mis cuentos no serán alegres. Me permitiréis tan sólo que cansado de lo que veo pasar todos los días en el mundo real, vaya a buscar mis cuentos al mundo imaginario. ¡Ah!, por desgracia, temo que las inteligencias algo superiores, algo poéticas, algo soñadoras, se hallen a estas horas donde se halla la mía; es decir, en busca del ideal, el único refugio que nos deja Dios contra la realidad.

Ahí me tenéis ahora mismo rodeado de cincuenta volúmenes abiertos con ocasión de una historia de la Regencia que acabó de concluir, y que os suplico, si acaso de ella habláis, que invitéis a las madres a no dejar leer a sus hijas. Ahí me tenéis, repito, y mientras estoy escribiendo, se fijan mis ojos en una página de las memorias del marqués de Argenson, donde, debajo de estas palabras:

De la conversación en otro tiempo y de la conversación en el día, leo estas otras:

«Estoy persuadido que en la época en que el palacio de Rambouillet daba el tono a las personas de mundo, había quien sabía escuchar bien y razonar mejor. Se cultivaba entonces el gusto y el ingenio. He logrado alcanzar modelos de ese género de conversación entre los ancianos de la corte, con quienes he tenido relaciones. Propiedad en las palabras, energía, finura, nada les faltaba; usaban algunas antítesis, epítetos que aumentaban el sentido; profundidad sin pedantería, jovialidad sin malicia». Precisamente hace cien años que escribía las anteriores líneas el marqués de Argenson. Poco más o menos tenía en la época que las escribió, la edad que tenemos nosotros, y como él, mi querido amigo, podemos decir:

—Hemos conocido a ancianos que eran lo que no somos nosotros, esto es, hombres de mundo.

Nosotros los hemos visto, pero no los verán nuestros hijos. A esto se debe, aun cuando no valgamos gran cosa, que valgamos a lo menos más de lo que valdrán nuestros hijos.

Verdad es que cada día damos un paso hacia la libertad, la igualdad, la fraternidad, tres grandes palabras, que la revolución del 93, la otra, la viuda con título, arrojó en medio de la sociedad moderna, como hubiera podido hacerlo con un tigre, un león o un oso vestidos con pieles de carnero palabras vacías, desgraciadamente, y que se leían a través de la humareda de julio sobre nuestros monumentos públicos acribillados a balazos.

No quiere decir eso que sea yo un retrógrado. Yo... yo ando como los demás, yo... yo soy el movimiento. Líbreme Dios de predicar la inmovilidad. La inmovilidad es la muerte. Pero ando como aquellos hombres de que habla Dante, cuyos pies van hacia adelante, es verdad, pero cuya cabeza está vuelta hacia atrás.

Y lo que de eso antes que todo, lo primero que echo de menos, lo que mi retrógrada mirada busca en lo pasado, es la sociedad que se va, que se evapora, que desaparece como uno de los fantasmas de que voy a contaros la historia.

Aquella sociedad que ponía en práctica la vida elegante, la vida amable y cortesana; la vida en fin que merecía la pena de ser vivida (perdonadme el barbarismo, porque como no soy de la Academia bien puedo arriesgarlo) aquella sociedad ¿murió o la matamos nosotros? A propósito; recuerdo muy bien que cuando niño me llevaba mi padre a casa de Mme. de Montesson, una gran señora, esto es, una mujer del otro siglo. Se había casado, hacía cerca de sesenta años, con el duque de Orleáns, abuelo del rey Luis Felipe; tenía

noventa; habitaba en un suntuoso y rico palacio de la Chaussée d'Antin y le pasaba Napoleón una renta de cien mil escudos.

—¿Sabéis a qué título figuraba inscrita esa renta en el libro rojo del sucesor de Luis XVI?

—No.

—Pues bien, Mme. de Montesson recibía del emperador una renta de cien mil escudos por haber conservado en su salón las tradiciones de la buena sociedad del tiempo de Luis XIV y Luis XV.

Precisamente la mitad de lo que da hoy la Asamblea a su sobrino, para que haga olvidar a Francia lo que quería hacerle recordar su tío.

Vos no creeréis una cosa, mi querido amigo, y es que esas dos palabras que acabo de tener la imprudencia de pronunciar «la Asamblea», me vuelven directamente a las memorias del marqués de Argenson.

—¿Cómo es eso?

—Vais a verlo.

«Nos lamentamos, dice nuestro marqués, de que actualmente no hay conversación en Francia. Conozco perfectamente la razón de ello. Todo está en que la paciencia de escuchar disminuye cada día en nuestros contemporáneos. Escuchamos mal, o por mejor decir, no escuchamos. Así lo he notado en la mejor sociedad que frecuento».

Ahora bien, mi querido amigo, ¿cuál es la mejor sociedad que en nuestros días se puede frecuentar? Será ciertamente la que ocho millones de electores han juzgado digna de representar los intereses, las opiniones, el genio de la Francia, en una palabra: la Asamblea.

Pues bien, entrad en la Asamblea el día y a la hora que más os plazca. Podéis apostar ciento contra uno que encontraréis en la tribuna un hombre que habla y en los bancos quinientas o seiscientas personas, no que le escuchan, sino que le interrumpen.

Tan cierto es lo que digo como que existe un artículo en la constitución de 1848 que prohíbe las interrupciones.

Con eso, figuraos el número de bofetones y puñetazos dados en la Asamblea de un año acá, tiempo que lleva de estar reunida: ¿son innumerables?

Siempre en nombre, por supuesto, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad.

¿Verdad, que echo de menos muchas cosas, mi buen amigo, con no haber llegado a la mitad de mi vida? Pues la que más echo de menos entre todas las

que se han ido o que se van, es la que más lloraba el marqués de Argenson hace cien años la cortesía.

—Juzgad, pues.

Si se hubiese dicho al marqués de Argenson por ejemplo, en la época que escribía estas palabras: «he aquí a lo que en Francia hemos llegado: cae el telón: desaparece todo espectáculo; y sólo suenan en torno silbidos. Bien pronto no tendremos ni galanos narradores en sociedad, ni artes, ni pinturas, ni palacios. Pero sí envidiosos de todo y en todas partes», si se le hubiese dicho que llegaríamos —yo a lo menos—, a envidiar aquella época, ¡cuánto se hubiera asombrado, el buen marqués de Argenson!, ¿verdad? Y sino, dígaseme: ¿qué hago yo? Vivo con los muertos bastante, con los desterrados un poco. Procuero hacer revivir las sociedades extinguidas, los hombres desaparecidos los que olías a ámbar en lugar de oler a tabaco; los que se dirigían estocadas en lugar de darse puñetazos.

Y he aquí, amigo mío, por qué cuando yo hablo os admiráis de oír una lengua que no habla nadie más; he ahí por qué me decís que soy un divertido narrador de historias; y por qué a mi voz, eco del pasado, atienden aún los presentes que escuchan tan poco y tan mal.

Al cabo y al fin, como los venecianos del siglo XVIII a los cuales prohibían las leyes suntuarias llevar otra cosa que lienzo y burriel, estamos deseosos de ver ondular la seda y el terciopelo y los hermosos brocados de oro en los que el trono cortaba los trajes de nuestros padres:

Os remito, pues, según deseábais, los dos primeros volúmenes de mis MIL Y UN FANTASMAS, que contienen una simple introducción titulada: Un día en Fontenay-aux-Roses.

Siempre vuestro:

ALEJANDRO DUMAS



**UN DÍA EN  
FONTENAY-AUX-ROSES**

## I. La calle de Diana, en Fontenay-aux-Roses

---

**E**l día 1.º de Septiembre de 1831 fui invitado por uno de mis antiguos amigos a una partida de caza en Fontenay-aux-Roses.

En aquella época era yo un cazador que me preciaba de tener pocos rivales y acepté, por consiguiente, la invitación de mi buen amigo.

Jamás había estado en Fontenay-aux-Roses; nadie conoce los alrededores de París menos que yo, porque generalmente paso los muros para hacer quinientas o seiscientas leguas.

A las seis de la tarde me ponía en camino para Fontenay, asomado como siempre a la portezuela; pasé la barrera del Infierno, dejé a mi izquierda la calle de la Tombe-Issoire y tomé el camino de Orleáns.

Todos saben que Issoire es el nombre de un famoso bandido que, en tiempo de Juliano, echaba mano a los viajeros que se dirigían a Lutecia. Fue colgado a lo que creo, y enterrado en el sitio que hoy lleva su nombre, a muy poca distancia de la entrada de las catacumbas.

Raro es el aspecto que ofrece la llanura a la entrada de Montrouge. En medio de las praderas artificiales, de los campos de zanahorias y acirates de remolachas, se elevan unos como fuertes cuadrados, de piedra blanca, dominados por una rueda dentada semejante a un esqueleto de fuegos artificiales extinguidos. Esta rueda tiene en su circunferencia travesaños de madera sobre los que un hombre apoya alternativamente ya el uno ya el otro pie. Este trabajo de ardilla que da al trabajador un gran movimiento aparente, sin que mude de sitio en realidad, tiene por objeto enroscar alrededor de un cabo una cuerda, que, desde el fondo de la cantera, extrae a la superficie una piedra cortada que sube lentamente a saludar al día.

Una ganzúa conduce esta piedra hasta el borde del orificio donde unos carritos de rueda la esperan para transportarla al sitio que le está destinado. Después vuelve a bajar la cuerda a las profundidades en busca de otro fardo, y descansa un momento el moderno Ixión, al cual anuncia bien pronto un grito que otra piedra aguarda la labor que debe hacerla abandonar la cantera natal, y empieza la misma obra para volver a empezar enseguida, para proseguir siempre.

Llegada la noche, el hombre ha hecho diez leguas sin moverse del mismo sitio; si subiera realmente un escalón cada vez que apoya el pie en la rueda al cabo de veinte y tres años habría llegado a la luna.

A la caída de la tarde sobre todo —es decir, a la hora en que atravesaba yo la llanura que separa Montrouge el grande del pequeño— el paisaje, gracias a ese indefinido número de movibles ruedas que se destacan vigorosamente sobre el purpúreo horizonte, ofrece un aspecto fantástico.

Sobre las siete se paran todas y se acabó la tarea.

Esos morrillos que forman grandes piedras largas de cincuenta a setenta pies, altas de seis o siete, son el futuro París que se arranca de la tierra. Las canteras de donde sale esa piedra van engrandeciéndose todos los días; son la continuación de las catacumbas de donde ha salido el viejo París; los arrabales de la villa subterránea que van incesantemente ganando terreno y extendiéndose por la circunferencia. Criando se anda por la llanura de Montrouge, se anda sobre abismos. De cuando en cuando se encuentra un desmoronamiento, un valle en miniatura, una arruga de la tierra. Es una cantera subterránea mal sostenida, cuyo techo de yeso, se ha destruido. Abrese una hendidura por la cual penetra el agua en la caverna; el agua ha ido arrastrando la tierra; de ello ha dimanado el movimiento del terreno: esto se llama un hundimiento.

Quien ignora estas particularidades, quien ignora que aquella hermosa capa de tierra verde que os invita, no reposa sobre nada, se expone fácilmente, poniendo el pie sobre una de las grietas, a desaparecer como se desaparece en Montorver entre dos paredes de hielo.

La población que habita esas galerías subterráneas tiene, lo propio que su existencia, su carácter y su fisonomía aparte. Como vive en la oscuridad, participa algo de los instintos de los animales nocturnos, es decir, que es silenciosa y feroz. A menudo se oye hablar de un accidente; —se ha roto una cuerda, ha muerto despachurrado algún obrero—. En la superficie de la tierra se cree que es una desgracia; treinta pies más abajo se sabe que es un crimen.



El aspecto de los canteros es siniestro en general. De día sus ojos parpadean, al aire libre, su voz es sorda. Llevan los cabellos cortados que les llegan hasta las cejas; una barba que sólo los domingos por la mañana traba conocimiento con la navaja del barbero; un chaleco que deja ver unas mangas de tela ordinaria y parda; un delantal de cuero blanqueado por el contacto de la piedra; un pantalón de tela azul. De los hombros cuelga doblada la chaqueta, y sobre esta chaqueta descansa el mango del azadón que está royendo la piedra toda la semana.

En cuanto ocurre algún motín, por extraordinario caso dejan ellos de figurar en él. Cuando dicen en la barrera del Infierno: «ahí vienen los canteros de Montrouge», los habitantes de las calles vecinas sacuden la cabeza y cierran sus puertas.

He ahí lo que yo miraba, lo que yo vi durante esa hora de crepúsculo que en el mes de septiembre separa el día de la noche; luego, como anocheciera, me recosté en el coche; ninguno de mis compañeros había visto lo que acababa yo de ver; de seguro. Así sucede en todas las cosas: muchos miran y pocos ven.

Serían las ocho y media cuando llegamos a Fontenay; nos aguardaba una excelente cena; enseguida, después de la cena, un paseo por el jardín.

Sorrento es un bosque de naranjos; Fontenay es un ramillete de rosas. Cada casa tiene su rosal que sube a lo alto de la pared con el tallo metido en un estuche de planchas; llegado a cierta altura, el rosal se abre en gigantesco abanico; el aire que pasa es embalsamado, y cuando en lugar de aire hace viento, llueven hojas de rosas sobre las frentes de los transeúntes.

A ser de día, hubiéramos gozado desde la extremidad del jardín de basto panorama. Las luces solas sembradas en el espacio, indicaban las villas de Sceaux, de Bagneux, de Chatillón y de Montrouge; en el fondo se extendía una gran línea pardusca de donde salía un sordo rumor parecido al hálito de Leviathán: era la respiración de París.

Viéronse obligados a hacernos acostar a la fuerza, como se hace con los niños. ¡Con qué placer hubiéramos aguardado el día bajo aquel hermoso cielo bordado de estrellas, acariciadas nuestras frentes por aquella perfumada brisa!

A las cinco de la madrugada, fuimos a nuestra partida de caza, guiados por el hijo de nuestro huésped que nos prometía montes y maravillas y que, fuerza es confesarlo, continuó ensalzándonos la fecundidad montañosa de su comarca con una persistencia digna de mejor suerte.

A medio día habíamos visto un conejo y cuatro perdices. El conejo fue errado por mi compañero de la derecha; mi compañero de la izquierda erró una perdiz, y de las otras tres perdices, dos fueron muertas por mí.

A mediodía, en Brassoire, donde cazaba los otros años, hubiera ya enviado a la quinta tres o cuatro liebres y quince o veinte perdices.

Yo soy aficionado a la caza, pero detesto el paseo, sobre todo el paseo a través de los campos. Así pues, bajo el pretexto de ir a explorar un campo de alfalfa situado a mi izquierda (seguro estaba de que nada encontraría en él), rompí la línea y me separé.

Pero lo que había en aquel campo y que yo había ya notado en el deseo de retirada que se apoderara de mí hacía ya más de dos horas, era un camino hondo que ocultándome a las miradas de los demás cazadores, debía conducirme directamente por el camino de Sceaux a Fontenay-aux-Roses.

No me engañaba por cierto. Al dar la una en el reloj de la parroquia, llegaba a las primeras casas de la villa.

Seguía una pared que me parecía servir de muro a una hermosa propiedad, cuando al llegar al sitio en que la calle de Diana desemboca en la calle Mayor, vi venir hacia mí, del lado de la iglesia, un hombre de tan extraño aspecto, que me paré e instintivamente monté los dos gatillos de mi escopeta, dominado como estaba por el sentimiento de la conservación personal.

Sin embargo, pálido, erizado los cabellos, con los ojos fuera de sus órbitas, en desorden los vestidos, y ensangrentadas las manos, aquel hombre pasó junto a mí sin verme siquiera. En su mirada había algo de vertiginoso y delirante. Su carrera tenía el impulso invencible de un cuerpo que bajara una montaña demasiado rápida, y sin embargo, su respiración jadeante indicaba más espanto que fatiga.

Al llegar al crucero de las dos calles, dejó ese personaje la Calle Mayor para internarse en la calle de Diana, a la cual daba la puerta de la propiedad de la que por espacio de siete a ocho minutos seguía yo el muro. Esta puerta en que se fijaron en el mismo instante mis ojos, estaba pintada de verde y numerada con un 2, La mano del hombre extendiose hacia la campanilla mucho antes de poderla tocar; en cuanto la cogió, la agitó violentamente, y, casi al mismo tiempo, dando instantáneamente una vuelta, se encontró sentado en uno de los dos guardarruedas que adornaban la puerta. Al encontrarle allí, permaneció inmóvil, caídos los brazos e inclinada sobre el pecho la cabeza.

Volví yo hacia atrás porque comprendía que aquel hombre debía ser el actor principal de un drama terrible y desconocido.

Detrás de él y a los dos lados de la calle, algunas personas en las cuales produjeran sin duda el mismo efecto que en mí, habían salido de sus casas y le miraban con asombro parecido al mío.

Al sonido de la campanilla que había resonado violentamente, se abrió una puerta pequeña junto a la grande, y salió una mujer de cuarenta a cuarenta y cinco años.

—¡Ah!, ¡sois vos, Santiago!, dijo la mujer; ¿qué hacéis ahí?

—¿Está en casa el señor alcalde?, preguntó él con voz sorda.

—Sí.

—Pues bien, tía Antonia, id a decirle que acabo de asesinar a mi mujer y que vengo a que me prendan.

La tía Antonia lanzó un grito al cual respondieron dos o tres exclamaciones arrancadas por el terror a las personas que se hallaban bastante cerca para oír aquella terrible confesión.

Yo mismo di un paso hacia atrás y encontré el tronco de un tilo, en el cual me apoyé.

Todos los que pudieron oír aquellas pocas palabras habían quedado inmóviles.

El asesino, por su parte, había caído del guardarruedas al suelo, como si, después de haber pronunciado las fatales palabras, le hubiesen abandonado las fuerzas.

La tía Antonia había desaparecido entre tanto dejando entreabierta la puertecita. Sin duda alguna había ido a cumplir el encargo de Santiago.

A los cinco minutos apareció en el umbral de la puerta la persona a quien se había ido a buscar.

Dos personas más le seguían.

Me parece ver aún el aspecto de la calle.

Santiago se había dejado caer al suelo, como ya he dicho. El alcalde de Fontenay, en busca del cual había ido la tía Antonia, se hallaba en pie junto a él, dominándole con toda la altura de su talla, que no era poca. En la abertura de la puerta aparecían las otras dos personas de que luego, hablaremos más detenidamente. Yo estaba apoyado en el tronco de un tilo plantado en la calle Mayor, pero desde donde podía abarcar con la mirada toda la calle de Diana. A mi izquierda había un grupo compuesto de un hombre, de una mujer y de un niño; lloraba el niño para que le tomara en brazos su madre. Detrás de este grupo, un panadero se asomaba por una ventana de un cuarto bajo, hablando con el mozo que estaba en la calle y preguntándole si era en efecto Santiago el cantero quien acababa de pasar corriendo; aparecía por fin en el umbral de su

tienda un maestro herrero, negro por delante, pero iluminada la espalda por el reflejo de la fragua, cuyo fuelle no dejaba reposar ni un instante el aprendiz. Esto, en la calle mayor.

La calle de Diana —aparté del grupo principal que hemos descrito— estaba desierta. Sólo se veían a lo lejos dos gendarmes que venían de dar una vuelta por la llanura para exigir sus patentes a los que llevaban armas, y que, sin sospechar la tarea que les aguardaba, iban acercándose a nosotros marchando tranquilamente al paso.

Daba la una y cuarto.

## II. El callejón des Sergents

---

**A** la postrera vibración del timbre se mezcló el sonido de la primera palabra del alcalde.

—Santiago, dijo; Antonia está loca. Acaba de decirme de tu parte que tu mujer ha sido asesinada y que eres tú el asesino.

—Es la pura verdad, señor alcalde, respondió Santiago. Hay que prenderme y juzgarme pronto.

Y diciendo estas palabras procuró levantarse apoyando su codo en lo alto del guardarruedas; pero, después de un esfuerzo, cayó como si tuviera rotas las piernas.

—¡Pero estás loco! —dijo el alcalde.

—Mirad mis manos, respondió.

Y levantó dos manos sucias de sangre que con los dedos crispados parecían garras.

En efecto, la izquierda estaba roja hasta más arriba del puño; la derecha hasta el codo.

Además en la mano derecha un hilo de sangre fresca corría a lo largo del pulgar; un mordisco que sin duda dio al asesino la víctima en la convulsión de su agonía.

En esto, habíanse acercado los dos gendarmes haciendo alto a diez pasos del protagonista de esta escena y mirando desde lo alto de sus caballos.

El alcalde les hizo una seña, y bajaron soltando las bridas de sus caballos a un pilluelo cubierto con una gorra de cuartel. Después de lo cual se acercaron a Santiago y lo levantaron cada uno por un brazo.

El infeliz se dejó levantar sin resistencia alguna y con la debilidad y abandono de un ensimismado.

Casi al mismo instante llegaron el comisario de policía y el médico, advertidos de lo que pasaba.

—¡Ah! ¡Llegad, señor Roberto! ¡Venid, señor Coussin! —dijo el alcalde.

El señor Robert era el médico, el señor Coussin el comisario de policía.

—Venid, iba a llamaros.

—Veamos; ¿qué hay de nuevo? —preguntó el médico con él aire más jovial del mundo.

—Un asesinato, según me han dicho. —Santiago no respondió.

—Decidme, Santiago, continuó el doctor, ¿es verdad que habéis asesinado a vuestra mujer?

Santiago no contestó tampoco.

Así lo ha dicho ahora mismo, contestó el alcalde; pero presumo que delira...

—Santiago, dijo el comisario de policía, responded. ¿Es cierto que habéis asesinado a vuestra mujer?

El mismo silencio.

—Con todo, vamos a verlo, dijo el doctor Robert. ¿No vive en el callejón Des Sergents?

—Sí, respondieron los dos gendarmes.

—Pues bien, señor Ledrú —dijo el doctor dirigiéndose al alcalde—, vamos al callejón Des Sergents.

—Yo no, yo no voy, exclamó Santiago desprendiéndose de las manos de los gendarmes con un movimiento tan violento, que a haber querido fugarse, hubiérase ciertamente hallado a cien pasos antes que pensara nadie en perseguirle.

—Pero ¿por qué no quieres ir? —preguntó el alcalde.

—¿Qué necesidad tengo de ir cuando lo confieso todo, cuando os digo que la he asesinado, asesinado con el mandoble que tomé el año pasado del museo de artillería? Prendedme, prendedme; yo nada tengo que hacer allí.

El doctor y el señor Ledrú se miraron.

—Amigo mío, —dijo el comisario de policía, que, como el mismo señor Ledrú, creía aún que Santiago estaba bajo la influencia de un momentáneo delirio—; amigo, mío, es urgente y de suma necesidad el careo; y debéis servir de guía a la justicia.

—¿Y para qué necesita la justicia que yo la guíe? —dijo Santiago: encontraréis el cuerpo en la bodega, y junto al cuerpo, en un saco de yeso, la

cabeza; quiero irme a la cárcel—. Conviene que vayáis con nosotros, dijo el comisario.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Santiago víctima del más profundo terror. ¡Oh! ¡Dios, Dios mío!, si yo lo hubiese sabido...

—¡Y qué hubieras hecho, vamos a ver! —preguntó el comisario de policía.

—Me hubiera suicidado.

El señor Ledrú meneó la cabeza y dirigiéndose con la mirada al comisario de policía, pareció decirle:

—Algo hay aquí.

—Amigo mío, replicó enseguida dirigiéndose al asesino, veamos, explícame eso a mí.

—¡Oh!, a vos todo lo que queráis, señor Ledrú, pedid, interrogad.

—¿Cómo puede ser, puesto que has tenido valor de cometer el crimen, que no tengas ahora el de encontrarte en frente de la víctima?, ¿ha sucedido algo que tú no nos dices?

—¡Oh!, sí, algo terrible.

—Y bien, vamos a ver, cuenta.

—¡Oh!, no; diríais que no es cierto, diríais que estoy loco.

—¡No importa!, ¿qué ha pasado?, dímelo.

—Voy a decíroslo, pero sólo a vos.

Y se acercó al señor Ledrú. Quisieron detenerle los dos gendarmes, pero hízoles el alcalde una seña y dejaron en libertad al prisionero.

Por lo demás, le era imposible escapar. La mitad de la población de Fontenay-aux-Roses llenaba la calle Mayor y la de Diana.

Santiago, como he dicho, se acercó al oído del señor Ledrú.

—¿Creéis, señor Ledrú? —preguntó Santiago a media voz—, ¿creéis que pueda hablar una cabeza separada del cuerpo?

El señor Ledrú soltó una exclamación parecida a un grito, y palideció visiblemente.

—¿Lo creéis?, decid, repitió Santiago. El señor Ledrú hizo un esfuerzo.

—Si, dijo, lo creo.

—¡Pues bien!... ¡pues bien!... ¡ha hablado!

—¿Quién?

—La cabeza... la cabeza de Juana.

—¡Qué estás diciendo!

—Digo que tenía los ojos abiertos... digo que ha movido los labios... digo que me ha mirado... digo en fin que al mirarme me ha llamado: ¡Miserable!

Y al pronunciar estas palabras, que él pensaba decir solamente al señor Ledrú y que sin embargo pudo oír todo el mundo, Santiago estaba horrible.

—¡Válganme todos los santos! —exclamó el doctor riendo—; ¡la cabeza ha hablado!, ¡una cabeza cortada ha hablado!... ¡Ya no quiero saber más!...

Santiago se volvió.

—¡Cuando yo os lo digo! —exclamó.

—Pues bien, mayor motivo para que nos traslademos al sitio donde se ha cometido el crimen. Gendarmes, llevad al prisionero.

Santiago se echó a gritar; se resistía.

—¡No, no!, exclamó; ¡primero me harán pedazos, pero no iré, no iré!

—Venid, amigo mío —dijo el señor Ledrú. Si es cierto que habéis cometido el crimen terrible de que os acusáis, eso será ya una expiación. Por lo demás, añadió hablándole en voz baja, la resistencia es inútil; si no queréis ir de grado os llevarán a la fuerza.

—Pues bien, entonces, dijo Santiago, vamos; pero prometedme una cosa, señor Ledrú.

—¿Cuál?

—Que no me abandonaréis durante todo el tiempo que permanezcamos en la bodega.

—Os lo prometo.

—¿Me permitiréis que os tenga de la mano?

—Sí.

—Pues entonces, vamos.

Y sacando de su bolsillo un pañuelo de yerbas, enjugó su frente cubierta de sudor.

Dirigiéronse hacia el callejón Des Sergents.

El comisario de policía y el doctor iban los primeros, y luego Santiago y los dos gendarmes.

Detrás de ellos iban el señor Ledrú y los dos sujetos que habían aparecido en el umbral de su puerta al mismo tiempo que él.

Y detrás como un torrente mugidor y bullicioso, se rebullía toda la población con la cual iba yo mezclado.

Al cabo, poco más o menos, de un minuto de marcha, llegamos al callejón Des Sergents. Era éste una callejuela sin salida a izquierda de la calle Mayor y que bajaba hasta una gran puerta destrozada que se abría en dos hojas y en una de cuyas hojas estaba cortada una puertecita.

Esta puertecita no tenía más que un gozne.



Todo al primer aspecto, parecía estar en calma en aquella casa; un rosal florecía en la puerta, y junto al rosal sobre un banco de piedra, un enorme gato rojo se calentaba apaciblemente al sol.

Viendo toda aquella gente, oyendo todo aquel ruido, cogióle miedo al gato, fugose y desapareció por la claraboya de una bodega.

Al llegar a la puerta, detúvose Santiago.

Los gendarmes quisieron hacerle entrar a la fuerza.

—Señor Ledrú, —dijo el cantero volviéndose—, señor Ledrú, me habíais prometido no abandonarme.

—¡Aquí estoy! —contestó el alcalde.

—¡Vuestro brazo, vuestro brazo!

El señor Ledrú se acercó, hizo seña a los dos gendarmes de soltar al prisionero, y le dio el brazo.

—Respondo de él, dijo el alcalde.

Era evidente que en aquel instante el señor Ledrú era más bien que el alcalde de la población persiguiendo el crimen, un filósofo explorando los dominios de lo desconocido.

Sólo que su guía en tan extraña exploración era un asesino.

El doctor y el comisario de policía entraron los primeros; luego el señor Ledrú y Santiago; después los dos gendarmes, por fin algunos predilectos, en el número de los cuales me encontré yo, gracias a mis relaciones con los señores gendarmes, para los cuales no era un extraño; les había encontrado en la llanura, y mostrado el permiso de llevar armas.

La puerta fue cerrada para el resto de la población, que se quedó fuera gruñendo.

Nada indicaba allí el acontecimiento terrible que había tenido lugar: todo estaba en su sitio; la cama de sarga en la alcoba; a la cabecera el crucifijo de madera negra; sobre la chimenea un niño Jesús de cera, tendido sobre flores entre dos candeleros a lo Luis XVI, en otro tiempo plateados; en la pared cuatro cromos puestos en marcos de madera negra y representando las cuatro partes del mundo.

Estaba la mesa puesta, un puchero en la lumbre, y junto un reloj una hucha.

—Pues señor —dijo el médico con cierta jovialidad—, hasta ahora nada veo de particular.

—Pasad la puerta de la derecha —murmuró Santiago con voz sorda.

Siguiose la indicación del reo y nos encontramos en una especie de bodega en uno de cuyos ángulos se abría una trampa; en su abertura temblaba el reflejo de una luz que venía de abajo.

—¡Allí, allí!, murmuró Santiago agarrándose al brazo del señor Ledrú de una mano y mostrando con la otra la abertura de la bodega.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo en voz baja el doctor al comisario de policía, con la horrible sonrisa de las personas a las que nada impresiona porque en nada creen—; parece que la señora Jacquemin ha seguido el precepto de maese Adam...

Y tarareó...

Si he de morir, que me entierren,  
que me entierren... en la cueva.

—¡Silencio! —interrumpió Santiago lívido el rostro, erizados los cabellos; e inundada de sudor la frente—; no cantéis aquí. Conmovido por la expresión de aquella voz, se calló el doctor. Pero casi enseguida bajando las primeras gradas de la escalera.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Y recogió del suelo una espada de ancha hoja.

Era el mandoble que, según dijo Santiago, había tomado el 29 de julio de 1830 del museo de artillería; la hoja estaba teñida de sangre.

El comisario de policía la tomó de las manos del doctor.

—¿Reconocéis esta espada?, dijo al prisionero.

—Sí, respondió Santiago: ¡bajad, bajad y acabemos! Entraron en la bodega por el orden que indicamos.

El doctor y el comisario de policía los primeros, después el señor Ledrú y Santiago, enseguida los dos sujetos que se hallaban en casa del alcalde y detrás los gendarmes, y por fin los privilegiados, entre los cuales ya he dicho que me encontraba.

Al llegar al séptimo peldaño abarqué de una sola ojeada el terrible espectáculo que voy a describir.

El primer objeto que atraía las miradas era un cadáver decapitado y tendido cerca de un tonel que chorreaba vino con el grifo medio abierto.

El cadáver estaba torcido a medias, como si las convulsiones de la agonía hubieran alcanzado sólo al tronco sin extenderse a las piernas.

Tenía el vestido arremangado hasta la liga.

Conocíase que la víctima había sido herida en el momento en que, de rodillas junto al tonel, empezaba a llenar una botella que se le deslizó de las manos y que yacía junto a ella.

La extremidad superior del cuerpo nadaba en un mar de sangre.

De pie sobre un saco de yeso arrimado a la pared, como un busto sobre una columna, se percibía, o mejor decir, se adivinaba una cabeza, ahogada entre sus cabellos; un surco de sangre enrojecía el saco desde lo alto hasta la mitad.

El doctor y el comisario habían ya dado vuelta en torno el cadáver, y se encontraban situados enfrente de la escalera. Hacia el centro de la bodega se hallaban los dos amigos del señor Ledrú y algunos curiosos que se habían apresurado a penetrar hasta allí.

Al pie de la escalera estaba Santiago que no pudieron arrancar del último peldaño.

Detrás de Santiago, los dos gendarmes.

Detrás de los dos gendarmes, cinco o seis personas, se agrupaban conmigo en la escalera.

Todo ese lúgubre interior estaba iluminado por la pálida y trémula luz de una vela, colocada sobre el mismo tonel de donde corría el vino y frente el cual yacía el cadáver de la mujer de Santiago.

—Una mesa, una silla —dijo el comisario de policía, y empecemos.

### III. El Interrogatorio

---

**T**rajéronle al comisario de policía los dos muebles pedidos; aseguró la mesa, sentose a ella, pidió la vela que le llevó el doctor, saltando por encima del cadáver, sacó de su bolsillo un tintero, plumas y papel y comenzó el proceso.

Mientras él escribía la cabecera, el doctor hizo un movimiento de curiosidad hacia la cabeza colocada sobre el saco, pero le detuvo el comisario.

—No toquéis nada, le dijo, lo primero es el orden.

—Es justo —dijo el doctor.

Y volvióse a su sitio.

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales sólo se oía la pluma del comisario de policía rechinando sobre el áspero papel de oficio; iban sucediéndose las garrapateadas líneas con la rapidez propia del que escribe una fórmula habitual. Al cabo de algunas líneas levantó la cabeza y miró a su alrededor.

—¿Quiénes nos servirán de testigos?, preguntó el comisario dirigiéndose al alcalde.

—Por de pronto, dijo el señor Ledrú indicando a sus dos amigos en pie que formaban grupo con el comisario de policía sentado; por de pronto esos dos señores.

—Bueno.

El alcalde se volvió hacia mí.

—Luego el señor, si es que no le desagrada ver figurar su nombre en un proceso.

—De ninguna manera, señor mío, le respondí.

—Entonces que baje ese caballero, dijo el comisario de policía.

Experimenté alguna repugnancia en acercarme al cadáver. Desde el lugar en donde me hallaba, aunque no dejaba de percibir ciertos detalles, me parecían menos repugnantes, como velados por la penumbra que poetizaba su horror.

—¿Es acaso indispensable?, pregunté.

—¿Qué?

—¿Que baje?

—No; quedaos ahí si gustáis.

Hice con la cabeza una seña que quería decir «quisiera no moverme de aquí».

El comisario de policía se volvió hacia el amigo de Ledrú que tenía más cerca.

—Vuestros nombres, apellidos, edad, cualidad, profesión y domicilio, preguntó con la indiferencia de un hombre acostumbrado a esa clase de preguntas.

—Juan Luis Alliette, contestó el preguntado, llamado Etteilla por anagrama, literato, habitante en la calle de la Ancienne Comedie, n.º 20.

—Habéis olvidado decir vuestra edad, dijo el comisario de policía.

—¿Debo decir la edad que tengo o la edad que se me atribuye?

—La vuestra, hombre: ¡como si se pudieran tener dos!

—Distingo, señor comisario, porque hay ciertas personas como por ejemplo Cagliostro, el conde de San Germán, el Judío errante...

—¿Queréis acaso decirme que sois vos Cagliostro, el conde de San Germán o el Judío errante?, dijo el comisario frunciendo las cejas a la idea que se burlaban de él.

No, pero...

—Setenta y cinco años —interrumpió el señor Ledrú—; anotad setenta y cinco años, señor Coussin.

—Sea, dijo el comisario de policía.

Y puso setenta y cinco años.

—¿Y vos, caballero? —prosiguió dirigiéndose al otro amigo del señor Ledrú.

Y repitió exactamente las mismas preguntas que hizo al primero.

—Pedro José Moulle, de edad sesenta y un años, eclesiástico, agregado a la iglesia de San Suplicio, vivo en la calle de Servandoni, n.º 11, respondió con voz dulce la persona que había sido interrogada.

—¿Y vos, caballero? —prosiguió el comisario dirigiéndose a mí.

—Alejandro Dumas, autor dramático, de veintisiete años de edad; domiciliado en París en la calle de la Universidad, n.º 21.

El señor Ledrú se volvió hacia mí y me hizo un cordial saludo al cual contesté, lo mejor que pude, y en la propia forma.

—¡Bueno! —dijo el comisario de policía, mirad si es eso, señores, y si tenéis que hacer alguna observación.

Y en aquel tono gangoso y monótono de los funcionarios públicos, leyó:

«Hoy primero de septiembre de 1831, a las dos de la tarde, habiendo sido advertido por el rumor público que había tenido lugar en el pueblo de Fontenay-aux-Roses un crimen de asesinato cometido en la persona de María Juana Ducondray por el llamado Santiago Jacquemin, su marido, y que el asesino se había presentado en la casa habitación de Juan Pedro Ledrú, alcalde del Indicado pueblo de Fontenay-aux-Roses, con objeto de declararse, por su propia voluntad, el autor de semejante crimen, nos hemos apresurado a dirigirnos en persona al domicilio del susodicho Juan Pedro Ledrú, donde hemos llegado en compañía de Sebastián Robert, doctor en medicina, habitante en la citada población de Fontenay-aux-Roses, y hemos encontrado allí en manos de los gendarmes al llamado Santiago Jacquemin quien ha repetido delante de nosotros que era el autor del crimen; después de lo cual le hemos intimado que nos siguiera a la casa donde había sido cometido el crimen. Al principio se ha negado, pero habiendo luego cedido a las Instancias del señor alcalde, nos hemos encaminado al callejón llamado Des Sergents, donde está situada la casa habitada por el Santiago Jacquemin. Llegados a esta casa y cerrada tras de nosotros la puerta para Impedir que la invadiera el pueblo, hemos entrado en una primera habitación donde nada indicaba que se hubiese cometido ningún crimen; después, por indicación del mismo Jacquemin, hemos pasado del primer aposento al segundo, en uno de cuyos ángulos una trampa abierta comunicaba con una escalera. Habiéndonos dicho que esta escalera conducía a una bodega donde debíamos encontrar el cuerpo de la víctima, hemos bajado por ella y encontrado en los primeros escalones una espada de puño en forma de cruz, de ancha hoja, y cortante, que el Jacquemin nos ha confesado haberla tomado del museo de artillería cuando la revolución de julio y haberle servido para perpetrar el crimen. En el suelo de la bodega hemos hallado el cuerpo de la mujer de Jacquemin vuelto de espaldas y nadando en un mar de sangre, con la cabeza separada del tronco; —la cabeza había sido colocada derecha sobre un saco de yeso arrimado a la pared: y habiendo el llamado Jacquemin reconocido que el cadáver y la cabeza eran en efecto los de su mujer, ratificándose en presencia del señor Juan Pedro Ledrú,

alcalde de la villa de Fontenay-aux-Roses; del señor Sebastián Robert, doctor en medicina, habitante en el citado Fontenay-aux-Roses; del señor Juan Luis Alliette, conocido por Etteilla, literato, de edad setenta y cinco años, habitante en París, calle de la Antigua comedia, n.º 20; del señor Pedro José Moulle, de edad sesenta y un años, eclesiástico, agregado a la iglesia de San Suplicio, habitante en París, calle de Servandoni, n.º 11; y del señor Alejandro Dumas, autor dramático, de edad veintisiete años, habitante en París, calle de la Universidad, n.º 21, hemos procedido de la manera siguiente al interrogatorio del acusado».

—¿Es esto, señores? —preguntó el comisario de policía volviéndose hacia nosotros con evidente satisfacción.

—Perfectamente —respondimos a coro.

—Pues bien, interroguemos al reo.

Y volviéndose entonces hacia el preso, que durante la lectura había respirado fuertemente y como un hombre oprimido.

—Acusado, vuestro nombre, apellido, edad, domicilio y profesión.

—¿Durará eso mucho todavía? —preguntó el preso como un hombre postrado.

—Responded; vuestro nombre y apellido.

—Pedro Santiago Jacquemin.

—¿Edad?

—Cuarenta años.

—¿Domicilio?

—Ya lo sabéis, puesto que en él estamos.

—No importa; la ley quiere que contestéis a esta pregunta.

—Callejón Des Sergents.

—¿Profesión? Cantero.

—¿Confesáis ser el autor del crimen?

—Sí.

—Decidnos la causa que os lo ha hecho cometer y las circunstancias en que ha sido cometido.

—La causa que me lo ha hecho cometer... es inútil, dijo Santiago; es un secreto que quedará entre la que está allí, y yo.

—Sin embargo, no hay efecto sin causa.

—¡La causa! Ya os he dicho que no la sabréis. En cuanto a las circunstancias, como decís, ¿deseáis saberlas?

—Sí.

—Pues bien, voy a decíroslas. A los que trabajamos bajo tierra, es decir, en la oscuridad, nos sugiere el demonio de la melancolía tan negras ideas.

—¡Hola!, ¡hola! —interrumpió el comisario de policía, ¿confesáis, pues, la premeditación?

—¿Pues no os he dicho que lo confesaba todo?

—Sí; sí, por cierto, adelante.

—Pues bien, iba diciendo que la mala idea que había herido mi imaginación, era la de matar a Juana. Eso me turbó el cerebro por espacio de un mes, el corazón se rebelaba contra la cabeza..., en fin, una palabra que me dijo un camarada me decidió.

—¿Qué palabra?

—¡Oh! Esto pertenece ya a las cosas que no os incumben. Esta mañana yo dije a Juana: hoy no iré a trabajar; quiero divertirme como si fuera fiesta e iré a jugar a los bolos con los compañeros. Procura que a la una esté pronta la comida.

—Pero...

—¡Bueno, bueno!, no quiero observaciones. La comida a la una, ya lo sabes. Bien está, dijo Juana. Y salió para ir a arreglarlo todo. Entre tanto, en lugar de ir a jugar a los bolos, tomé yo la espada que ahora tenéis, no sin haberla afilado en una piedra. Bajé a la bodega y me oculté tras de los toneles, diciéndome: Lila ha de bajar aquí a sacar vino; entonces veremos.

»No sé cuánto tiempo he pasado acurrucado allí, tras de la leñera de la derecha, no lo sé... sólo sé que tenía calentura; mi corazón latía con violencia... y todo lo veía de color de sangre en la oscuridad. Además no dejaba de resonar ni un momento en mis oídos la palabra que me dijo ayer el camarada...

—Pero ¿qué palabra es esa? —insistió el comisario.

—No me lo preguntéis, porque ya os he dicho que no la sabríais nunca. Por fin he oído el roce de un vestido, unos pasos que se acercaban, he visto brillar una luz... luego la parte inferior de su cuerpo que bajaba, luego la parte superior, en fin... la cabeza... ¡Oh, sí, se veía bien la cabeza!... Juana llevaba una vela en la mano... ¡Ah!, me dije, ¡bueno!... y he repetido en voz baja la palabra que me dijo el camarada. En esto se ha ido acercando. Hubiera dicho que casi que temía algo; tenía miedo, miraba hacia todos lados, pero yo estaba oculto y ni respiraba siquiera. Entonces se ha puesto de rodillas delante del tonel, ha acercado la botella y dado vuelta al grifo. Entonces me he levantado. Ya os he dicho que ella estaba de rodillas... El ruido del vino que caía en la botella le impedía oír el ruido que podía yo hacer. Por lo demás, yo no hacía



ninguno... Ella estaba de rodillas como una culpable, como una condenada... Yo he levantado la espada y ¡hum!... ni sé siquiera si Juana ha arrojado un grito... la cabeza ha rodado. En aquel momento yo no quería morir, quería sólo ponerme en salvo. Contaba abrir una huesa en la misma bodega y enterrarla. Salté sobre la cabeza que rodaba, mientras el cuerpo se agitaba convulsionado. Tenía un saco de yeso dispuesto para cubrir la sangre. He cogido la cabeza, o por mejor decir, la cabeza me ha cogido a mí, ¡mirad!

Y mostró su mano derecha, cuyo dedo pulgar estaba destrozado por una mordedura.

—¿Cómo qué os ha cogido la cabeza? —exclamó el doctor; ¿qué diablos estáis diciendo?

—Digo que me ha mordido de firme como veis, y que no quería dejarme. La coloqué sobre el saco de yeso, la apoyé contra la pared con mi mano izquierda, y procuré arrancarla la derecha; pero al cabo de un instante los dientes se han abierto por sí solos. Yo he retirado mi mano, entonces, no digo que no fuese delirio, locura, pero me ha parecido que la cabeza estaba viva; y los ojos enteramente abiertos. Los veía bien, puesto que la vela estaba sobre el tonel, y luego..., luego los labios se movían y al moverse... han dicho... si, han dicho... —¡Miserable!, ¡era inocente!

No sé el efecto que semejante declaración hacía a los demás; pero, por lo que a mí toca, el sudor bañaba mi frente.

—¡Vamos!, ¡eso ya es demasiado! ¡Que los ojos os han mirado! ¡Que los labios os han hablado!

—Oíd, señor doctor; como vos sois médico, no creéis nada; es muy natural: pero yo, yo os digo que esa cabeza que allí veis, ¡allí!... ¿lo entendéis?, os digo que esa cabeza me ha mordido, os digo que esa cabeza me ha dicho: ¡Miserable!, ¡era inocente! ¡Y la prueba de que me lo ha dicho, la prueba está en que quería huir después de cometido el asesinato, y que en lugar de huir he corrido directamente a casa del señor alcalde para denunciarme a mí mismo...! ¿No es cierto, señor alcalde? ¿No es cierto?, responded.

—Santiago —respondió el señor Ledrú con acento bondadoso—. Sí, es cierto.

—Examinad la cabeza, doctor —dijo el comisario de policía.

—¡Cuando yo esté fuera, señor Robert, cuando yo esté fuera! —exclamó Jacquemin.

—¡Imbécil! ¿Todavía temes que te hable?, dijo el doctor tomando la luz y dirigiéndose al saco de yeso.

—Señor Ledrú, en nombre de Dios, dijo Santiago con el acento de la desesperación, decidles que me dejen ir... ¡os lo ruego!, ¡os lo suplico!

—Señores, dijo el alcalde haciendo un gesto que detuvo al doctor, puesto que nada más debéis preguntar a ese infeliz, permitidme que le haga conducir a la cárcel. Cuando la ley ordenó el careo, tuvo en cuenta sin duda que el acusado tendría fuerzas para soportar la prueba.

—¿Pero, y el interrogatorio? —dijo el comisario.

—Está casi concluido.

—Pero ha de firmar el reo.

—¡Firmará en la cárcel!, exclamó Jacquemin, firmaré en la cárcel todo lo que queráis.

—Bien está —dijo el comisario.

—¡Gendarmes, llevaos a ese hombre! —dijo el señor Ledrú.

—¡Ah!, ¡gracias, señor Ledrú, gracias! —dijo Jacquemin con la expresión del mayor y más profundo reconocimiento.

Y cogiendo él mismo a los dos gendarmes por los brazos, los arrastró hacia lo alto de la escalera con fuerza sobrehumana. Salió el infeliz, y el drama con él.

No quedaban en la bodega más que dos cosas repugnantes a la vista; un cadáver sin cabeza y una cabeza sin cuerpo. Me incliné a mi vez hacia el señor Ledrú.

—Señor mío, le dije, ¿me será permitido retirarme, quedando siempre a vuestras órdenes para cuando gustéis que firme el proceso verbal?

—Sí, señor, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que iréis a mi casa a firmar el proceso.

—Con el mayor gusto, caballero. ¿Y cuándo?

—Dentro de una hora poco más o menos, y de paso os enseñaré mi casa. Ha pertenecido a Scarron, y os interesará. Saludé y subí a mi vez la escalera.

—Al llegar a la última grada di una postrer mirada a la bodega.

El doctor Robert, con la vela en la mano, separaba los cabellos de la cabeza: era la de una mujer hermosa todavía, a lo que se podía juzgar, porque los ojos estaban cerrados y contraídos, y lívidos los labios.

—¡Ese imbécil de Santiago! —murmuraba el doctor; ¡sostener que una cabeza cortada puede hablar!... a menos que no lo haya ido a inventar para hacer creer que está loco; no estaría mal pensado. Sería una circunstancia atenuante.

## IV. La casa de Scarron

---

**U**na hora después, estaba en casa del señor Ledrú.

La casualidad hizo que le encontrara en el patio.

—¡Ah!, dijo al reparar en mí; aquí estáis; tanto mejor; mucho me place hablar un poco con vos antes de presentaros a nuestros convidados, porque coméis con nosotros, ¿no es verdad?

—Me dispensaréis...

—No admito excusas siendo jueves; tanto peor para vos; el jueves es mi día; todo lo que el jueves entra en mi casa me pertenece en plena propiedad. Después de comer, os dejaremos libre. Sin el acontecimiento de hace poco, me hubierais encontrado ya sentado a la mesa, como siempre, a las dos en punto. Hoy, por extraordinario, comeremos a las tres y media o a las cuatro. Tengo, pues, tiempo suficiente no sólo para presentaros a mis convidados, sino para informaros. —¿Informarme?

—Si, son personajes que, como los del Barbero de Sevilla, y de Fígaro, necesitan ir precedidos de cierta explicación acerca de su traje y carácter. Pero comencemos por la casa.

—¿Si no me engaño, me habéis dicho que había pertenecido a Scarron?

—Sí, aquí fue donde la futura esposa del rey Luis XIV, aguardando la época de distraer y deleitar al hombre incapaz de divertirse, cuidaba al pobre paralítico, su primer marido. Veréis su aposento.

—¿El de Mad. de Maintenon?

—No, el de Mad. Scarron; no confundamos: el de Mad. de Maintenon está en Versailles o en Saint-Cyr.

—Seguidme.

Subimos una ancha escalera y nos encontramos en un corredor que daba a un patio.

—Mirad, me dijo el señor Ledrú, eso os toca a vos, señor poeta; pertenece al phebús más puro que se hablaba en 1650.

—¡Ah!, ¡ah!, el mapa de la Ternura.

—Ida y Vuelta, trazado por Scarron y anotado por mano de su mujer; nada menos que eso.

En efecto, dos mapas ocupaban los intermedios de las ventanas.

Estaban trazados a pluma sobre un gran pliego de papel pegado a un cartón.

—¿Veis?, continuó el señor Ledrú, esa gran serpiente azul es el río de la Ternura, aquí están las aldeas de Pesares, Billetes Amorosos, Misterio. Mirad la posada del Deseo, el valle de las Delicias, el puente de los Suspiros, el bosque de los Celos enteramente poblado de monstruos como el de Armida. En fin, en medio del lago, donde está la fuente del río, tenéis el palacio de Perfecta Dicha: es el término del viaje, el fin del camino.

—¡Diablo!, ¿qué veo allí, un volcán?

—Trastorna a veces el país. Es el volcán de las Pasiones.

—Me parece que no está en el mapa de la señorita Scudery.

—Es una invención de la señora Scarron. La primera.

—¿Tiene otras?

—La otra es la Vuelta. Ya lo veis, el río desborda, engruesado por las lágrimas de los que siguen sus orillas. Aquí, las aldeas del Fastidio, el mesón de los Pesares, la isla del Arrepentimiento. Todo es ingenioso hasta lo sumo.

—¿Tendríais la bondad de dejármelo copiar?

—Mucho gusto. Y ahora, ¿queréis ver el cuento de la señora de Scarron?

—Ya lo creo.

—Vamos, pues.

El señor Ledrú abrió una puerta, y me hizo pasar delante.

—Hoy es el mío, pero exceptuando los libros de que está Lleno, se halla exactamente como en tiempo de su ilustre propietaria; la misma alcoba, la misma cama, los mismos muebles.

—¿Y el gabinete de Scarron?

—El gabinete de Scarron está al otro extremo del corredor, pero os veréis privado de visitarle; no se entra en él, es la habitación secreta, el gabinete de Barba Azul.

—¡Diablo!

—Como os lo digo. Aunque alcalde, tengo yo también mis misterios; pero venid, voy a enseñaros otra cosa.

El señor Ledrú echó a andar delante de mí; bajamos la escalera y llegamos al salón.

Como todo lo restante de la casa, tenía el salón un carácter particular. Estaban cubiertas sus paredes de un papel cuyo color primitivo hubiera sido difícil determinar; a lo largo de la pared había una doble línea de sillones y otra de sillas a la antigua usanza; de cuando en cuando, mesas de juego y veladores; después, en el centro, como Leviathán entre los peces del océano, un gigantesco bufete extendiéndose desde la pared donde apoyaba una de sus extremidades hasta una tercera parte del salón, bufete cubierto de libros, cuadernos y periódicos, en medio de los cuales dominaba como un rey El Constitucional, lectura predilecta del señor Ledrú.

El salón estaba vacío; los convidados se paseaban por el jardín que a través de las ventanas se descubría en toda su extensión.

El señor Ledrú se fue directamente a su bufete y abrió un inmenso cajón en el cual había multitud de cajitas...

—Mirad, me dijo, he aquí para vos, el gran aficionado a la historia, algo más curioso todavía que el mapa de la Ternura esta colección de reliquias... no de santos, sino de reyes.

En efecto, cada cajita encerraba un hueso, cabellos o pelos de la barba.

Había una rótula de Carlos IX, el pulgar de Francisco I, un fragmento del cráneo de Luis XIV, una costilla de Enrique II, una vértebra de Luis XV, pelos de la barba de Enrique IV, y cabellos de Luis XIII.

Cada rey había proporcionado una muestra, y con todos aquellos huesos se hubiera podido recomponer un esqueleto que habría representado perfectamente, el de la monarquía francesa, a quien desde hace mucho tiempo faltan los huesos principales.

Había además un diente de Abelardo y otro de Eloísa, dos blancos incisivos, que, en la época en que estaban cubiertos por trémulos y ardientes labios, se habían quizá encontrado reunidos en un beso.

¿De dónde provenía aquel osario?

El señor Ledrú había presidido la exhumación de los reyes en San Dionisio, y tomó de cada tumba lo que mejor le pareció. El señor Ledrú me concedió algunos instantes para satisfacer mi curiosidad; cuando juzgó que estaba ya satisfecha:

—Vamos, me dijo, ahora que ya nos hemos ocupado bastante de los muertos, pasemos a los vivos.

Y me condujo junto a una de las ventanas que, según he dicho, dominaban el jardín en toda su extensión.

—¡Qué hermoso jardín!

—Jardín de cura párroco con su arboleda de tilos, su colección de dalias y rosales, parras y albaricoques. Ya lo veréis todo; pero hablemos ahora, no del jardín, sino de los que en él se pasean.

—¡A propósito! Decidme primero quién es ese señor Alliette, llamado por anagrama Etteilla que preguntaba si querían saber su edad verdadera o solamente la que se le atribuía.

—Precisamente, me dijo el señor Ledrú, contaba empezar por él. ¿Habéis leído Hoffmann?

—¿Por qué?

—Porque es un personaje de Hoffmann. Ha pasado toda su vida en aplicar los naipes y los números a la adivinación del porvenir; todo lo que posee pasa a la lotería, en la cual empezó por ganar un terno, pero sin que la suerte le haya protegido más. Ha conocido a Cagliostro y al conde de San Germán, y, pretende ser de su familia y poseer como ellos el secreto del elixir de larga vida. Su edad real, si se la preguntáis, es de doscientos setenta y cinco años; primeramente ha vivido cien años sin estar enfermo, del reinado de Enrique II al de Luis XIV; después, gracias a su secreto, y muriendo para el vulgo, ha cumplido otras tres revoluciones de cincuenta años cada una. En el día empieza la cuarta, y no tiene por consiguiente, más que veinte y cinco años. Los doscientos cincuenta primeros años no los cuenta más que para memoria. Vivirá así, y lo dice públicamente y en alta voz, hasta el juicio final. En el siglo XV hubieran quemado a Alliette y habrían hecho mal; hoy le compadecen, y hacen mal también; Alliette es el hombre más feliz de la tierra; no habla más que de naipes, sortilegios, ciencias egipcias de Thot, misterios isíacos. Publica sobre estas materias tomitos que nadie lee, y que un librero, tan loco como él, imprime bajo el pseudónimo, o por mejor decir, bajo el anagrama de Etteilla. Lleva siempre el sombrero lleno de folletos... Y sino, miradle, ahí le tenéis con el sombrero debajo del brazo, tanto es el miedo a que no le roben sus preciosos libros. Mirad el hombre, mirad el rostro, mirad el traje, y ved cómo la naturaleza es siempre armónica, y cuán exactamente sienta el sombrero a la cabeza, el hombre al traje, el frac al molde, como decís vosotros los novelistas.

En efecto, era verdad. Examiné a Alliette; iba vestido con un traje grasiento, sucio y manchado; su sombrero de bordes relucientes, como cuero barnizado, se prolongaba desmesuradamente por la parte superior; llevaba

unos pantalones de ratina negra, medias negras, o por mejor decir, rojas, y zapatos de punta redonda como los de los reyes en cuya época pretendía haber nacido.

En cuanto al físico, era un hombre pequeño y regordete, rechoncho, diré mejor, fisonomía de esfinge, boca ancha privada de dientes; algunos cabellos escasos, largos y amarillentos ceñían como una aureola su frente.

—Está hablando con el abate Moulle, dije yo al señor Ledrú, el que os acompañaba también en nuestra expedición de esta mañana, expedición de la cual hablaremos luego, ¿no es verdad?

—¿Y por qué hemos de hablar?

—Porque... ¡qué sé yo!, pero se me ha figurado que creáis en la posibilidad de que hubiese hablado aquella cabeza.

—Sois fisonomista. Pues bien, si creo. Sí, hablaremos más tarde de ello, y si os placen historias de ese género, os respondo que encontraréis aquí quien os las cuente curiosas. Pero pasemos al abate Moulle.

—Debe ser, le interrumpí, un hombre de amabilidad suma; me ha llamado agradablemente la atención la dulzura de su voz, cuando ha contestado al interrogatorio del comisario de policía.

—También lo habéis adivinado. Moulle es amigo mío hace cuarenta años y tiene sesenta. Ya le veis, es tan pulcro y limpio en el vestir como Alliette descuidado y sucio; es un hombre de mundo y de sociedad, introducido entre la aristocracia del barrio de Saint-Germain; él casa a los hijos o hijas de los pares de Francia, y estos casamientos le proporcionan la ocasión de echar su discursillo que las partes contrayentes hacen imprimir y conservan preciosamente en los archivos de la familia. En poco estuvo que no fuera obispo de Clermont. ¿Sabéis por qué no lo ha sido? Porque fue en otro tiempo amigo de Cazzotte y como el mismo Cazzotte cree en la existencia de los espíritus superiores e inferiores, de los buenos y malos genios: como Alliette hace colección de libros. Encontraréis en su gabinete todo lo que se ha escrito sobre visiones y apariciones, sobre espectros, genios y aparecidos, aun cuando rara vez, y aun está entre buenos amigos, habla de tales materias que no son por cierto muy ortodoxas. En una palabra, es un hombre convencido, pero discreto, que atribuye todo lo que de extraordinario le sucede en este mundo, al poder del infierno o a la intervención de los celestes espíritus. Miradle; ahora está escuchando en silencio lo que le dice Alliette y parece mirar algún objeto que su interlocutor no ve, contestándole sólo de cuando en cuando por un movimiento de labios o una señal de cabeza. A veces, durante la conversación, se sumerge de pronto en profundo ensueño, se estremece,

tiembla, vuelve la cabeza, viene por la estancia. En tales casos hay que dejarle hacer, porque sería quizá peligroso despertarle, y digo despertarle, porque le creo en semejantes momentos bajo el poder del sonambulismo. Por lo demás no tarda luego en despertarse por sí solo, tan tranquilo y sereno, como si tal cosa.

—¡Oh!, ¡oh!, mirad, dije de pronto al señor Ledrú; apostaría que acaba de evocar algún espíritu de que me hablabais hace un instante.

Y mostré con el dedo a mi huésped un verdadero espectro ambulante que iba a reunirse con los dos personajes citados, pisando con precaución la yerba y las flores, sobre las que parecía andar sin doblégarlas.

—Ése, me dijo, es también un amigo; el caballero Lenoir, fundador del museo de los Agustinos.

—El mismo. No puede consolarse de la dispersión de su Museo, por el cual en 93 y 94 corrió diez veces el riesgo de ser asesinado. La Restauración con su inteligencia ordinaria le hizo cerrar con orden de volver los monumentos a los edificios a que pertenecían y a las familias que tuvieran derecho a reclamarlos. Por desgracia la mayor parte de los monumentos estaban destruidos, extintas la mayor parte de las familias, de modo que los más curiosos fragmentos de nuestra antigua escultura, y por consiguiente de nuestra historia, se han dispersado y perdido. Así desaparece poco a poco todo lo de nuestra antigua Francia; no quedaban más que esos fragmentos y bien pronto nada quedará de ellos. Y los destruyen los mismos que debieran mostrar mayor interés en conservarlos.

Y el señor Ledrú, a pesar de su liberalismo, como se decía en aquella época, dejó escapar un suspiro.

—¿Son esos todos vuestros convidados? —pregunté al alcalde.

—Tendremos tal vez al doctor Robert, de quien nada os digo porque presumo que le habréis juzgado. Es un hombre que ha pasado toda su vida haciendo experimentos en la máquina humana como hubiera podido hacerlo con un maniquí, para comprender los dolores y nervios, para sentirlos. Es, en una palabra, un vivo que ha hecho un gran número de muertos. Felizmente para él, no cree el doctor en aparecidos. Es simplemente un talento mediano, que se figura hombre de chispa porque es bullicioso, filósofo porque es ateo; en fin uno de esos hombres a quienes se recibe, no para recibirlos, sino porque vienen a nuestra casa. A nadie se le ocurriría ir a buscarlos.

—¡Conozco el género!

—Debíamos también tener a otro amigo, más joven que Alliette, el abate Moulle y el caballero Lenoir, y que disputa a las mil maravillas de cartomancia



con Alliette, de demonología con Moulle y de antigüedades con Lenoir; una biblioteca animada; un catálogo encuadernado en piel de cristiano, a quien vos debéis conocer indudablemente.

—¿El bibliófilo Jacob, quizá?

—El mismo.

—¿Y vendrá?

—Probablemente no, no estando ya aquí, pues sabe qué acostumbramos a comer a las dos y son ya cerca de las cuatro.

Abriose en aquel mismo instante la puerta del salón y apareció la tía Antonia.

—La sopa está en la mesa.

—Señores, gritó a su vez el señor Ledrú abriendo la puerta del jardín, ¡a la mesa, a la mesa!

Luego, volviéndose hacia mí:

—Y ahora, me dijo, debe haber en alguna parte del jardín, a más de los convidados que veis y de los cuales hice el retrato, un convidado que no habéis visto aún ni hablé de él siquiera. Este de que os hablo ahora por primera vez, tiene su mente hartamente aletargada con los sueños de lo ideal, para que haya oído el prosaico llamamiento que acabo de hacer, y al cual han contestado los demás, como lo prueban dirigiéndose hacia aquí. Id a buscarle, a vos os toca y cuando hayáis encontrado su inmaterialidad, su transparencia, *eine ercheinung*, como dicen los alemanes, os nombraréis, procuraréis persuadirle que es bueno comer algunas veces, aun cuando no sea más que para vivir; le ofreceréis vuestro brazo y le acompañaréis al comedor; despachad.

Obedecí al señor Ledrú, adivinando que su encantador ingenio, el cual había podido ya apreciar lo suficiente en pocos minutos, me reservaba alguna sorpresa, y me lancé al jardín mirando por todas partes.

La investigación no fue larga, y bien pronto percibí lo que buscaba.

Era una mujer sentada a la sombra de una arboleda de tilos y de la cual no me era fácil distinguir ni el rostro ni el talle, el rostro porque estaba vuelto hacia el lado de la campiña, el talle porque iba envuelta en un gran chal.

Vestía completamente de negro.

Acerquéme a ella sin que hiciera el menor movimiento, y sin que el ruido de mis pasos pareciera llegar a sus oídos. Cualquiera la hubiera creído una estatua.

Todo lo que de su persona podía ver era gracioso y distinguido.

Ya había observado de lejos que era rubia. Un rayo de sol que, pasando a través del follaje de los tilos, iba a jugar con su cabellera, la convertía en una aureola de oro; ya más cerca, pude observar la finura de sus cabellos que hubieran rivalizado con las hebras de seda que las primeras brisas del otoño desprenden del manto de la virgen; su cuello —quizá un poquito largo, seductora exageración que es casi siempre una gracia, si no es una belleza—; su cuello se doblaba para ayudar a la cabeza a apoyarse sobre su mano derecha, cuyo codo se apoyaba a su vez en el respaldo del asiento, en tanto que su brazo izquierdo colgaba a su lado, con una rosa blanca entre los afilados dedos. Cuello flexible como el del cisne, mano modelada, brazos hermosos, todo era de la misma blancura mate. Hubiérasela podido tomar por un mármol de Paros, sin venas en su superficie, sin pulso en su interior; la rosa, que empezaba a marchitarse, era más colorada y más viva que la mano que la sostenía.

La contemplé un instante, y cuanto más la contemplaba, más me parecía que no era un ser animado.

Hasta llegué a dudar de que se volviera al dirigirla la palabra. Por dos o tres veces sucesivas se abrió mi boca, y se volvió a cerrar sin haber pronunciado la menor palabra.

Me decidí por fin.

—Señora, le dije.

Estremeciose la desconocida, volvióse hacia mí y me miró con asombro; como quien despierta de un sueño y coordina sus ideas.

Sus rasgados ojos negros fijos en mí (a pesar de sus cabellos rubios, las cejas y los ojos eran negros), sus rasgados ojos negros fijos en mí, tenían extraña expresión.

Por espacio de algunos segundos permanecimos sin hablarnos, mirándome ella, examinándola yo.

Era una mujer de treinta y dos a treinta y tres años, que debió de ser de admirable belleza antes que se arrugasen sus mejillas, antes que su tez hubiese palidecido, por lo demás, la encontraba extraordinariamente bella así, con el rostro nacarado y del mismo tinte que la mano, sin el más leve matiz lo que hacía que sus ojos pareciesen de ébano y sus labios de coral.

—Señora, repetí, el señor Ledrú pretende que diciéndoos que soy el autor de Enrique III, de Cristina y de Antony, os dignareis tenerme por presentado y aceptaréis mi brazo hasta el comedor.

—Dispensadme, caballero, me contestó, pero debéis estar aquí hace ya un instante, ¿no es cierto? Os he sentido venir, pero no podía volverme, cosa que

me sucede algunas veces cuando miro hacia ciertos lados. Vuestra voz ha roto el encanto... dadme vuestro brazo, y vamos.

Dicho esto, se levantó y pasó su brazo por entre el mío; pero, aunque no pareció violentarse, apenas sentí la presión de su brazo.

Hubiérase dicho que era una sombra que andaba a mi lado.

Llegamos al comedor sin haber dicho ni uno ni otro más palabra.

Dos sitios nos estaban reservados en la mesa. Uno a la derecha del señor Ledrú, para ella. Otro enfrente de ella, para mí.

## V. El bofetón de Carlota Corday

---

**L**a mesa del señor Ledrú tenía, como todo lo demás de su casa, su carácter particular.

Era de forma de herradura; apoyada en las ventanas del jardín, dejaba libres para el servicio los tres cuartos del inmenso comedor.

Podía contener cómodamente hasta veinte personas; en ella se comía siempre, ya tuviera el señor Ledrú uno, dos, cuatro, diez o veinte convidados, ya comiera solo: el día de que hablo éramos seis y apenas ocupábamos un tercio.

Todos los jueves, el servicio era el mismo. El señor Ledrú pensaba que durante los ocho días transcurridos, los convidados habían podido comer otra cosa, ya fuese en su casa, ya en casa de algún amigo; el convidado tenía por tanto la seguridad de encontrar todos los jueves en casa del señor Ledrú la consabida sopa, vaca, pollo, pierna de carnero asada, judías y ensalada.

El número de los pollos se doblaba o triplicaba según el apetito de los convidados.

Ya fuesen muchos, ya pocos los convidados, el señor Ledrú se colocaba invariablemente a un extremo de la mesa, de espaldas al jardín, de cara al patio. Sentábase en un ancho sillón incrustado hacía diez años en el mismo sitio; allí recibía de manos de su jardinero Antonio, convertido en lacayo, no sólo el vino común, sino también algunas botellas de viejo Borgoña que le eran entregadas con religioso respeto y que él destapaba y servía por sí propio a sus convidados con el mismo respeto y religiosidad.

Diez y ocho años atrás se creía en algo todavía; dentro diez años no se creerá ya en nada, ni aun en el vino añejo.

Después de comer, se pasaba al salón a tomar café.

Deslizose la comida como se deslizan las comidas; elogiando a la cocinera y celebrando el vino. Sólo la joven señora no comió más que un poco de pan, no bebió más que un vaso de agua, y no pronunció ni una sola palabra.

Me recordaba la golosa aquella de las *Mil y una noches* que se sentaba a la mesa como los demás, pero sólo para comer algunos granos de arroz con un mondadientes.

Como de costumbre, se pasó al salón después de comer. Naturalmente, a mí me tocó dar el brazo a nuestra silenciosa convidada. La desconocida hizo hacia mí la mitad del camino para aceptármelo.

La misma languidez en los movimientos, la misma gracia en los modales, casi diría la misma impalpabilidad en los miembros.

Acompañéla hasta una butaca donde se recostó.

Mientras nosotros comíamos, dos personas habían entrado en el salón.

Eran el doctor y el comisario de policía.

El comisario de policía iba a hacernos firmar el interrogatorio que había firmado Jacquemin en la cárcel.

Una ligera mancha de sangre se notaba en el papel. Firmé a mi vez, y dije mientras firmaba.

—¿Qué significa esa mancha? ¿Procede esa sangre de la mujer o del marido?

—Procede, contestome el comisario, de la herida que tenía en la mano el asesino, y que continúa abierta sin que medio ninguno baste a restañar la sangre.

—¿Creeríais, señor Ledrú, dijo el doctor, que ese animal persiste en afirmar que le ha hablado la cabeza de su mujer? Y vos lo creéis imposible, ¿no es verdad, doctor?

—¡Toma!

—¿También creeréis imposible que haya abierto los ojos?

—Imposible.

—¿No creéis que la sangre, restañada por la capa de yeso que ha cerrado todas las arterias y todos los vasos, haya podido devolver a aquella cabeza un momento de vida y de sentimiento?

—No lo creo.

—Pues bien, dijo el señor Ledrú, yo sí lo creo.

—Y yo también, dijo Alliette.

—Y yo, dijo el abate Moulle.

—Y yo, dijo el caballero Lenoir.

—Y yo, dije yo.

El comisario de policía y la dama pálida se callaron; —el uno sin duda porque la cosa no le interesaba lo bastante, la otra quizá porque la cosa le interesaba demasiado.

—¡Ah! ¡Toma! Si todos os declaráis contra mí, de seguro tendréis razón. Si uno solo de vosotros fuera médico...

—Pero doctor, dijo el señor Ledrú, ya sabéis que yo casi lo soy.

—Entonces, dijo el doctor, no podéis ignorar que no existe dolor donde no hay sensibilidad y que ésta queda interrumpida por la sección de la columna vertebral.

—¿Pero quién os ha dicho eso?, preguntó el señor Ledrú. —Pues ¿quién ha de ser?, la razón.

—Vaya una respuesta. ¿No era también la razón la que decía a los jueces que condenaron a Galileo que el sol era quien daba vueltas y la tierra permanecía inmóvil? La razón es una necia mi querido doctor; ¿habéis hecho acaso por vos mismo experiencias sobre cabezas cortadas?

—No, nunca.

—¿Habéis leído las disertaciones de Sommering? ¿Las declaraciones del doctor Sue? ¿Las protestas de Elcher?

—No.

—¿Entonces creeréis con M. Guillotin que su máquina es el medio más seguro, más rápido y menos doloroso de acabar con la vida?

—¡Ya lo creo!

—Pues bien, amigo mío, os engañáis completamente. —¡Basta que vos lo afirméis!

—Oídme, doctor; puesto que vos habéis invocado la ciencia, voy a hablaros científicamente, y a ninguno de nosotros, creedlo, le es extraño ese género de conversación para dejar de tomar parte en ella.

Nos habíamos todos acercado al señor Ledrú, a quien, por mi parte, escuchaba yo con avidez; esa cuestión de la pena de muerte sea por medio de la cuerda, del hierro o del veneno, me había siempre preocupado en gran manera, desde el punto de vista humanitario.

Hasta había hecho también por mi parte algunas investigaciones sobre los diferentes dolores que preceden, acompañan y siguen a los diferentes géneros de muerte.

—Veamos, hablad, dijo con incredulidad el doctor.

—Fácil es demostrar a cualquiera que posea la más ligera noción de anatomía y de las fuerzas vitales de nuestro cuerpo, continuó el señor Ledrú,

que el suplicio no destruye enteramente la sensibilidad; lo que me atrevo a decir, doctor, está fundado no en hipótesis sino en hechos.

—Veamos esos hechos.

—Helos aquí: 1.º ¿El asiento de la sensibilidad está en el cerebro, no es verdad?

—Es probable.

—Así, pues, si el asiento de la facultad de sentir está en el cerebro, tanta como el cerebro conserve su fuerza vital, el guillotinado tiene sentimiento de su existencia.

—¡Pruebas!

—Helas aquí: Haller en sus Elementos de física, t. 4, p. 35, dice:

«Una cabeza cortada abrió los ojos y me miró de reojo porque con la punta del dedo había tocado su médula espinal».

—¿Haller lo ha dicho?, sea; pero Haller puede haberse engañado.

—Quiero suponer que se haya engañarlo. Pasemos a otro. Weycard. Artes filosóficas, p. 221, dice:

«He visto moverse los labios de una cabeza cortada». —Ya, pero de moverse a hablar...

—Aguardad y llegaremos. Oíd a Sommering, Sommering, cuyas obras están allí para que podáis cercioraros de lo que digo, oíd lo que dice: «Varios doctores me han asegurado haber visto una cabeza separada del cuerpo, rechinar los dientes de dolor, y estoy convencido de que si el aire circulaba aún por los órganos de la voz, *las cabezas hablarían*». Y ahora, doctor, —prosiguió el señor Ledrú, palideciendo—, sabed que yo estoy más adelantado que Sommering, porque a mí... a mí una cabeza me ha hablado.

Nos estremecemos todos.

La dama pálida se irguió en su butaca.

—¿A vos?

—Sí, a mí; ¿me diréis también que soy loco?

—¡Qué diablo!, exclamó el doctor; si me decís que a vos mismo...

—Sí, os repito que a mí me ha sucedido. Sois bastante delicado, ¿no es verdad, doctor?, para decirme en voz alta que soy un loco, pero lo diréis para vuestro capote y será lo mismo. —Pero, vamos a ver, contadme el caso.

—Eso es muy fácil de decir. ¿Sabéis que lo que me pedís que os cuente a vos, no se lo he contado nunca a nadie, desde hace treinta y siete años que sucedió? Sabéis que no os respondo de no desmayarme cuando os lo cuente, como me desmayé cuando me habló aquella cabeza, cuando se fijaron en mí aquellos ojos.

El diálogo iba siendo cada vez más interesante, cada vez más dramática la situación.

—Vamos, Ledrú, valor y contadnoslo, dijo Alliette.

—Contadnoslo, amigo mío, dijo el abate Moulle.

—Contad, dijo Lenoir.

—Caballero..., murmuró la mujer pálida.

Yo nada dije, pero pintado estaba en mis ojos el deseo.

—¡Es extraño, dijo sin contestarnos el señor Ledrú y cómo hablando consigo mismo, es extraño cómo influyen unos en otros los acontecimientos! Ya sabéis quién soy, dijo volviéndose hacía mí.

—Sé, caballero, le contesté, que sois un hombre muy instruido, de mucho talento, que dais excelentes comidas, y que sois alcalde de Fontenay-aux-Roses.

Sonriose el señor Ledrú, dándome las gracias con un saludo amistoso.

—Os hablo de mi origen, de mi familia, dijo.

—Ignoro vuestro origen, caballero, y me es desconocida vuestra familia.

—Pues entonces, prestad atención, voy a decíroslo, y después quizá añadiré la historia que deseáis saber y que no me atrevo a contaros.

—Sentáronse todos, poniéndose cada uno a sus anchas y en disposición de no perder una sílaba.

Por lo demás, el salón era un verdadero salón de cuentos o leyendas, grande, sombrío, gracias a las espesas cortinas y a la poca luz del moribundo día; salón, en fin, de cuyos ángulos se había apoderado ya la oscuridad, mientras sólo conservaban un resto de luz las líneas que correspondían a las puertas o a las ventanas.

En uno de esos ángulos estaba la dama pálida, perdido enteramente su negro vestido en la oscuridad. Sólo permanecía visible su cabeza blanca, inmóvil y recostada sobre el almohadón.

El señor Ledrú continuó así:

—Aquí donde me veis, soy el hijo del famoso Comus, físico de los reyes a quien su burlesco apodo hizo figurar entre los charlatanes, pero que era un sabio distinguido de la escuela de Volta, de Galvani y de Mesmer. Él fue el primero que trató en Francia de fantasmagoría y electricidad, dando en la corte lesiones de física y matemáticas.

La pobre María Antonieta, a quien he visto veinte veces y que más de una vez me tomó las manos besándome con ternura, es decir, cuando mi llegada a Francia, cuando yo era niño, María Antonieta, digo, estaba muy satisfecha de él.



Ocupábase mi padre en mi educación y en la de mi hermano, iniciándonos en las ciencias ocultas que sabía y en una multitud de conocimientos galvánicos, físicos, magnéticos, que hoy son de dominio público, pero que en aquella época eran secretos peculiares sólo de algunos. El título de físico del rey hizo que en 93 pusieran preso a mi padre, pero gracias a las amistades con que yo contaba en la Montaña, pude conseguir su libertad.

Mi padre entonces se retiró a esta misma casa que habito yo ahora, y murió en 1807, a la edad de setenta y seis años. Pero volvamos a mí.

He hablado de mis amistades en la Montaña. En efecto, era amigo de Danton y Camilo Desmoulins, y había conocido a Marat, más bien en calidad de médico que de amigo, es verdad, pero sea como fuere, le había tratado. Resultó de las relaciones que tuve con él, por cortas que hubiesen sido, que el día en que condujeron a la señorita de Corday al cadalso, resolví acudir a su suplicio.

—Precisamente, interrumpí yo, precisamente iba a ayudaros hace un momento en la discusión que sosteníais con el señor doctor Robert sobre la persistencia de la vida, contándoos el hecho que ha consignado la historia relativo a Carlota Corday.

—Llegamos a él, interrumpió el señor Ledrú, dejadme decir. He sido testigo del hecho, y por consiguiente podréis creer lo que os diré.

Desde las dos de la tarde me mantenía yo en mi sitio junto a la estatua de la Libertad. Era un caluroso día de julio; hacía un tiempo bochornoso, el cielo estaba cubierto y anunciaba tempestad.

A las cuatro empezó el huracán: en aquel mismo instante, según se dice, Carlota subía al carro.

Fueron a buscarla en ocasión en que un joven pintor estaba ocupado en hacer su retrato. La muerte celosa parecía querer que nada sobreviviese a la joven, ni siquiera su imagen.

Estaba ya diseñada en el lienzo la cabeza, y —¡cosa extraña!— en el momento en que entraba el verdugo, el pintor había llegado a la parte del cuello que la guillotina iba a cortar.

Menudeaban los rayos, caía la lluvia, retumbaba el trueno; pero nada había sido bastante a dispersar al populacho curioso; las calles, los puentes, las plazas, estaban atestadas de gente; los rumores de la tierra cubrían casi los rumores del cielo. —Las mujeres que designaron entonces con el gráfico nombre de *lechuzas de guillotina*, la perseguían con sus maldiciones. Yo sentía acercarse aquellos rugidos como se oyen los de una catarata. Mucho tiempo antes que se pudiese distinguir algo, onduló la muchedumbre; y por fin

pareció la carreta como un navío hendiendo las olas, y pude distinguir la condenada a quien no conocía, ni había visto nunca.

Era una hermosa joven de veintisiete años, de rasgados ojos, de nariz perfectamente dibujada, de labios perfectos. Manteníase en pie, erguida la cabeza, no por jactancia ciertamente, sino porque la obligaban a aquella postura las ataduras de las manos.

Había cesado la lluvia, pero como la infeliz había aguantado el chaparrón durante los tres cuartos de hora de camino, el agua que la inundó, delineaba sobre las húmedas ropas los contornos de su cuerpo seductor; parecía que salía del baño. La camisa roja de que la revistió el verdugo, comunicaba extraño aspecto, siniestro esplendor a la altiva y enérgica cabeza.

En el instante mismo en que llegaba a la plaza, cesó la lluvia, y un rayo de sol, deslizándose entre dos nubes, fue a jugar con sus cabellos que hizo irradiar como una aureola: os lo aseguro, aun cuando hubiera tras de aquella joven un asesinato —acción terrible por más que vengue a la humanidad, aun cuando yo detestaba aquel asesinato, no hubiera sabido de que veía era un apoteosis o un suplicio. Al reparar en el cadalso, palideció, y aquella palidez fue perceptible a causa de la camisa roja que le subía hasta el cuello; pero casi al mismo tiempo hizo un esfuerzo, y acabó de volver hacia el cadalso que miró sonriendo.

Detúvose la carreta. Saltó Carlota en tierra sin querer permitir que la ayudaran a bajar, enseguida subió los escalones del cadalso, resbaladizos con la lluvia que acababa de caer, con toda la ligereza que le permitieron lo largo de su camisa y las ataduras. Al sentir la mano del ejecutor sobre su hombro para arrancar el pañuelo que cubría su cuello, palideció de nuevo; pero en el mismo instante una postrer sonrisa vino a desmentir aquella palidez, y por sí propia, sin que se la atara a la infame báscula, en un arrebató sublime y casi sonriendo, pasó su cabeza por la odiosa abertura.

Deslizose la cuchilla; la cabeza separada del tronco cayó sobre la plataforma y dio varios saltos.

—Entonces, —oíd bien eso, doctor; oídlo bien, poeta—; entonces, uno de los criados del verdugo llamado Legrós, cogió aquella cabeza por los cabellos, y por una vil adulación a la multitud le dio un bofetón. A ese bofetón, os lo juro, a ese bofetón encendióse aquella cabeza..., yo lo vi..., no sólo la mejilla abofeteada, sino las dos mejillas, y eso con un encarnado igual, porque el sentimiento vivía en aquella cabeza, y se indignaba de haber sufrido una deshonra semejante ante la multitud.

El pueblo vio también aquel rubor, y tomó el partido de la muerte contra el vivo, de la guillotina contra el verdugo. Pidió inmediatamente venganza de aquella indignidad; e inmediatamente el verdugo fue entregado a los gendarmes y conducido a la cárcel.

—Esperad, añadió el señor Ledrú viendo que el doctor iba a hablar, esperad, no es eso todo.

Quise saber qué sentimiento había podido arrastrar a aquel hombre a la acción infame que había cometido. Me informé del lugar donde estaba; pedí un pase para visitarle en la Abadía, donde se le había encerrado, lo obtuve, y fui a verle.

Un decreto del tribunal revolucionario acababa de condenarle a tres meses de cárcel. No comprendía cómo había sido condenado por una cosa tan natural como la que había hecho.

Le pregunté qué pudo inducirle a aquella acción.

—¡Toma!, me contestó, ¡vaya una pregunta!, Yo soy maratonista; acababa de castigarla por cuenta de la ley, he querido castigarla por mi cuenta.

—Pero, le dije, ¿no habéis comprendido que es casi un crimen semejante violación del respeto debido a la muerte?

—¡Calla! —me dijo Legros, mirándome fijamente—, ¡y qué!, ¿creéis vos que mueren los guillotinaos?

—Sin duda.

—¡Oh! Bien se ve que no miráis el cesto cuando están allí todos reunidos: bien se conoce que no les veis torcer los ojos rechinar los dientes por espacio de cinco minutos después de la ejecución, Nos vemos obligados a cambiar de cesto cada tres meses, por lo mucho que lo destrozan con sus dientes..., montón de cabezas de aristócratas que no quieren decidirse a morir..., no me asombraría por cierto que un día alguna de ellas se pusiese a gritar: ¡Viva el rey!

Sabía ya todo lo que quería saber; salí acosado por una idea que en efecto aquellas cabezas vivían aún, y resolví cerciorarme de ello.

## VI. Ángela

---

**M**ientras hablaba el señor Ledrú, había anochecido por completo. Las personas reunidas en el salón figuraban ya sólo como sombras, sombras no solamente mudas, sino también inmóviles, tanto era lo que temíamos que se detuviera el señor Ledrú; porque demasiado comprendimos que a la terrible relación que acababa de hacer, seguiría una relación más terrible aún.

No se oía ni el rumor de una respiración.

Sólo el doctor abrió la boca, pero le cogí la mano para impedirle que hablara, y en efecto, se calló.

A los pocos segundos, continuó el señor Ledrú:

—Salía de la Abadía y atravesaba la plaza de Taranne dirigiéndome a la calle de Tournon, donde habitaba, cuando oí una voz de mujer que pedía socorro.

No podían ser malhechores, porque eran apenas las diez. Me precipité hacia el ángulo de la plaza donde sonaban los gritos, y vi a una mujer que forcejeaba en medio de una patrulla de descamisados.

Reparó en mi aquella mujer y conociendo por mi traje que no era yo un hombre del pueblo, se abalanzó hacia mí, gritando:

—Mirad, aquí tenéis precisamente al señor Alberto, que es conocido mío y que os dirá que soy en efecto la hija de la tía Ledieu, la planchadora.

Y al mismo tiempo la pobre mujer, pálida y temblando, me cogió del brazo, abrazándose conmigo como el náufrago a la tabla que le ofrece una esperanza de salvación.

—Bueno, si yo no niego que seas hija de la tía Ledieu, pero como no llevas pasaporte, buena moza, vas a seguirnos al cuerpo de guardia.

La joven apretó mi brazo; sentí todo el terror y súplica que había en aquella presión. —Había comprendido.

Como ella me había dado el primer nombre que se le ocurrió, yo hice lo propio.

—¡Cómo! Sois vos, mi pobre Angelita, la dije; ¿qué os sucede?

—¿Lo veis, señores?, dijo ella.

—Me parece que bien podíais haber dicho: ciudadanos. —Dispensadme, señor sargento, pero no es culpa mía si hablo así, dijo la joven; mi madre contaba con bastantes parroquianos en la alta sociedad y me había acostumbrado por lo mismo a ser cortés; bien sé que es una mala costumbre la que he adquirido, costumbre aristocrática, pero ¡qué queréis!, señor sargento, me es imposible deshacerme de ella.

Y había en esta respuesta, hecha con voz trémula, un imperceptible tinte de sarcasmo que sólo yo comprendí. Me pregunté quién podía ser aquella mujer, pero el problema era de solución difícil cuando no imposible. Sólo estaba seguro de que la niña no era hija de ninguna planchadora.

—¿Qué me sucede, me preguntáis, ciudadano Alberto?, añadió enseguida; voy a deciroslo. Imaginaos que he ido a devolver ropa a una casa, y no encontré a la señora; he tenido que aguardar que volviera a casa para que me diera mi dinero. Nada tiene de extraño, porque en los tiempos que corremos cada uno tiene necesidad de su dinero. En esto me ha sorprendido la noche;... había olvidado mi carta de seguridad, he caído en manos de esos señores, perdonad, quiero decir de esos ciudadanos; me han pedido mi carta, les he dicho que no la llevaba conmigo, y han querido conducirme al cuerpo de guardia. He gritado, habéis acudido vos casualmente a mi socorro; la misma casualidad ha hecho que fuerais conocido mío y me he dicho entonces: puesto que el señor Alberto sabe que me llamo Ángela y que soy la hija de la tía Ledieu, ningún inconveniente tendrá en responder de mí, ¿no es verdad, señor Alberto?

—Ciertamente; yo respondo de vos.

—Bueno, dijo el jefe de la patrulla, ¿pero quién me responde de ti, señor entrometido?

—Danton. Supongo que es un buen patriota y buen fiador.

—Oh... si Danton responde de ti, ya no hay más que hablar. —Pues bien, hoy creo que es día de sesión en los Franciscanos; lleguémonos allí.

—Vamos allí, dijo el sargento. ¡Ciudadanos descamisados, marchen!

Un instante nos bastó para llegar al club de los Franciscanos, que celebraba sus sesiones en el antiguo convento de los Franciscanos, calle de la

Observancia.

Llegados a la puerta, rasgué una página de mi cartera, escribí con lápiz algunas palabras y se la di al sargento invitándole a que se la llevara a Danton, mientras nosotros quedábamos vigilados por el cabo y la patrulla.

Entró el sargento en el club y volvió a poco con Danton.

—¡Cómo!, ¿eres tú?, me dijo así que me vio; ¿tú el arrestado?, ¡al amigo, el amigo de Camilo, uno de los mejores republicanos que existen! ¡Vamos, me parece imposible!

—Ciudadano sargento, añadió volviéndose hacia el jefe de los descamisados, respondo de él. ¿Basta mi palabra?

—¿Bueno, respondes de él, pero, y de ella?, replicó el obstinado sargento.

—¿De ella? ¿Y quién es ella?

—Esa mujer.

—De él, de ella, de todo lo que le rodea. ¿Estás satisfecho?

—Satisfecho, dijo el sargento, de haberte visto sobre todo gusto puedes proporcionártelo gratis, mírame a tu placer, aquí me tienes.

—Gracias, contestole el sargento; continúa como hasta aquí sosteniendo los intereses del pueblo, y no lo dudes, el pueblo te quedará agradecido.

—¡Como que cuento con ello!, replicó Danton.

—¿Quieres estrechar mi mano?, prosiguió el sargento.

—¿Por qué no?

Danton le alargó la mano.

—¡Viva Danton!, gritó el sargento.

—¡Viva Danton!, repitió toda la patrulla.

Y se alejó enseguida, conducida por su jefe, que se volvió a los diez pasos y agitando su gorro colorado, gritó de nuevo: ¡Viva Danton!, grito que fue repetido por sus secuaces.

Iba yo a dar las gracias a Danton, cuando su nombre varias veces repetido en el interior del club, llegó hasta nuestros oídos.

—¡Danton! ¡Danton!, gritaban varias voces; ¡Danton a la tribuna!

—Dispénsame, amigo mío, me dijo; ya lo oyes; estrecha mi mano y permíteme que entre. He dado la derecha al sargento, te doy la izquierda... quizá tenía sarna el digno patriota. Y volviéndose:

—Voy allá, dijo con aquella voz tonante que promovía y apaciguaba los huracanes; voy allá... aguardarse.

Y se fue corriendo.

Quedeme solo en la puerta con mi desconocida.

—Y ahora, señora, le dije, estoy a vuestras órdenes. ¿Dónde queréis que os acompañe?

—¡Toma!, a casa de la tía Ledieu, me contestó riendo; ya sabéis que es mi madre.

—¿Pero dónde vive la tía Ledieu?

—Calle de Ferou, número 24.

—Vamos, pues, a casa la tía Ledieu, calle de Ferou, número 24.

Atravesamos varias calles hasta llegar a la de Ferou, sin que hubiésemos trocado una sola palabra.

Sólo a los rayos de la luna que brillaba en toda su esplendidez, había podido examinar a mis anchas a mi compañera. Era una encantadora mujer de veinte a veintidós años, morenita, de ojos grandes y azules, más vivarachos que melancólicos, de sarcásticos labios, de nariz fina y recta, de dientes como perlas, de manos de reina, de pies de niña, Todo esto conservando, bajo el traje ordinario de la hija de la tía Ledieu, un tinte aristocrático que no es de extrañar hubiese despertado la suspicacia del bravo sargento y su belicosa patrulla.

Al llegar a la puerta nos detuvimos y nos miramos en silencio.

—¡Y bien!, ¿qué me queréis, mi querido Alberto?, me dijo sonriendo mi desconocida.

—Quería deciros, mi querida Angelita, que no valía la pena de encontrarnos para separarnos tan pronto.

—Os pido mil perdones pero creo al contrario que valía la pena, atendido a que si no os hubiese encontrado, me hubieran llevado al cuerpo de guardia; hubieran averiguado que no era la hija de la tía Ledieu y descubierto que era una aristócrata, y probablemente me cortaban la cabeza.

—¿Entonces confesáis que sois una aristócrata?

—Yo no confieso nada.

—Pero veamos, decidme al menos vuestro nombre.

—Ángela.

—Demasiado sabéis que ese nombre con que al acaso os he bautizado, no es el vuestro.

—¡No importa! Le aprecio y le guardo... para vos al menos.

—¿Qué necesidad tenéis de guardarlo para mí, si yo, no debo volveros a ver?

—Yo no digo esto. Digo solamente que si nos volvemos a ver, es tan inútil que sepáis mi nombre, como yo el vuestro. Os he llamado Alberto; guardad ese nombre de Alberto, como guardo yo el de Angelita.

—Sea; pero escuchadme, Angelita.  
—Os escucho, Alberto.  
—¿Sois una aristócrata, lo confesáis?  
—Y aunque no lo confesara, lo adivinaríais ¿no es cierto? Con eso, mi confesión pierde la mayor parte de su mérito.  
—¿Y os persiguen por aristócrata?  
—Algo hay de ello.  
—¿Y os ocultáis para evitar las persecuciones?  
—En la calle de Ferou, número 24, en casa la tía Ledieu; su marido ha sido cochero de mi padre. Ya veis que no tengo secretos para vos.  
—¿Y vuestro padre?  
—No tengo secretos para vos, mi querido señor Alberto, en cuanto a los míos; pero los secretos de mi padre no son los míos. Mi padre vive escondido aguardando una ocasión de emigrar. Esto es todo lo que puedo deciros.  
—¿Y qué contáis hacer?  
—Partir con mi padre si es posible; si es imposible, dejarle partir solo, e ir más tarde a reunirme con él.  
—¿Esta noche, cuando habéis sido detenida, veníais de ver a vuestro padre, verdad?  
—Verdad.  
—Escuchadme, querida Angelita.  
—¡Os escucho!  
—Ya habéis visto lo que ha pasado esta noche.  
—Sí, y he visto que erais persona influyente...  
—¡Oh! Por desgracia no mucho. Tengo sin embargo algunos amigos.  
—Y esta noche he conocido yo a uno de ellos.  
—Y ya lo sabéis; no es de los menos influyentes de la época.  
—¿Contáis acaso valeros de él para proteger la fuga de mi padre?  
Reservo mi influencia para vos.  
—¿Y para mi padre?  
—Para vuestro padre tengo otro medio.  
—¡Tenéis otro medio!  
Y diciendo esto, Angelita se apoderaba de mis manos mirándome con ansiedad.  
—¿Si salvo yo a vuestro padre, guardaréis un buen recuerdo de mí?  
—¡Oh! Os quedaría agradecida toda mi vida.  
Y pronunció estas palabras con adorable expresión de anticipada gratitud.  
Luego, mirándome y con tono suplicante:



—¿Pero, os bastará la gratitud?, preguntó.

—Sí, respondí.

—Entonces no me había engañado, exclamó, sois un noble corazón. Os doy gracias en nombre de mi padre y en el mío, y aun cuando no consiguiérais nada más tarde, os quedo muy reconocida por lo pasado.

—¿Cuándo nos veremos, Angelita?

—¿Cuándo tenéis precisión de verme?

—Mañana espero ya tener alguna buena noticia que comunicaros.

—Pues bien, veámonos mañana.

—¿Dónde?

—Aquí, si queréis.

—¿Aquí, en la calle?

—Demasiado veis que es lo más seguro. Hace media hora que hablamos, de pie en el umbral de esta puerta, y no ha pasado un alma.

—¿Por qué no he de subir yo a vuestra habitación o por qué no habéis de ir vos a la mía?

—Porque, viniendo vos a la mía, comprometéis a las honradas gentes que me han dado asilo; yendo yo a la vuestra, os comprometo a vos.

—Como gustéis. Tomaré la cédula de una de mis parientas y os la daré.

—Sí, para que guillotinen a vuestra parienta si por casualidad me prenden.

—Tenéis razón; os procuraré entonces una cédula con el nombre de Angelita.

—Perfectamente; ya veréis cómo Angelita acabará por ser mi único y verdadero nombre.

—¿A qué hora nos veremos?

—A la misma en que hoy nos hemos encontrado; a las diez.

—Bueno pues, a las diez.

—Pero ¿cómo nos encontraremos?

—¡Oh!, no es difícil. A las diez menos cinco minutos estaréis vos en la puerta. A las diez en punto bajaré yo.

Entonces hasta mañana a las diez, mi querida Angelita.

—Hasta mañana a las diez, querido Alberto. Quise besarla la mano, presentome ella la frente. Al siguiente día por la noche, estaba yo en la calle a las nueve y media.

A las diez menos cuarto abrió la puerta.

Ambos nos habíamos adelantado un cuarto de hora. De un salto estuve a su lado.

—Conozco ya que tenéis buenas noticias, me dijo sonriendo.

—Excelentes. Primeramente ahí tenéis vuestra cédula.

—Antes hablemos de mi padre.

Y rechazó mi mano.

—Vuestro padre está salvado, si quiere.

—¿Si quiere?, decid, ¿qué ha de hacer?

—Confiar en mí.

—Es ya cosa hecha.

—¿Le habéis visto?

—Os habéis expuesto.

—¡Y qué queréis! Convenía así, pero Dios me protege.

—¿Y se lo habéis dicho todo?

—Le he dicho que vos habíais salvado mi vida ayer, y que tal vez salvaríais la suya mañana.

—Mañana, sí, mañana precisamente le salvaré si quiere.

—¡Oh!, decid, decid, ¿le salvaréis?

—Sí, sólo que..., dije vacilando.

—¿Qué?

—No podréis partir con él.

—¿No os dije ya que respecto a eso, nada había resuelto aún?

—Luego, acaso más tarde estoy seguro de poderos alcanzar un pasaporte.

—Hablemos primero de mi padre; después hablaremos de mí.

—Ya os dije que yo podía contar con algunos amigos.

—Sí.

—Pues bien, hoy he ido a ver a uno.

—¿Y qué?

—Un amigo a quien vos conocéis de nombre, el cual es garantía de valor, de lealtad y de honor.

—Y ese nombre es...

—Marceau.

—¡El general Marceau!

—Cabalmente.

—Razón tenéis; si ese ha prometido, cumplirá.

—Pues ha prometido.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Si supiéseis qué feliz me hacéis! ¿Y qué ha prometido, decid?

—Ha prometido servirnos.

—¿De qué manera?

—De una manera sencillísima, Kleber acaba de hacerle nombrar general en jefe del ejército del Oeste. Parte mañana por la noche.

—¿Mañana por la noche? Entonces, no tendremos tiempo de preparar nada.

—Es que nada tenemos que preparar.

—No comprendo.

—Se lleva a vuestro padre.

—¡A mi padre!

—Sí, en calidad de secretario. Así que llegue a la Vendée, vuestro padre dará a Marceau su palabra de honor de no servir contra la Francia; se trasladará una noche al campo Vendeano; de allí pasará a Bretaña, a Inglaterra. Cuando esté ya sano y salvo en Londres, os comunicará noticias suyas; yo os procuraré un pasaporte, e iréis a Londres a reuniros con él.

—¡Mañana!, exclamó. ¡Mi padre partirá mañana!

—Y no hay tiempo que perder.

—Sería preciso avisarle.

—Avisadle.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—¿Pero a esta hora?, ¿cómo?

—Ahí tenéis vuestra cédula y mi brazo.

—Tenéis razón.

—Mi cédula.

Se la di y se la metió en el pecho.

—Vuestro brazo ahora.

Le di mi brazo y partimos.

Bajamos hasta la plaza de Taranne, es decir, hasta el sitio donde la había encontrado la víspera.

—Aguardadme aquí, me dijo. Me incliné y aguardé.

Desapareció por un ángulo del antiguo palacio de Montignon; y al cabo de un cuarto de hora volvió a salir.

—Venid, dijo, mi padre quiere veros y daros las gracias. Volvió a tomar mi brazo y me condujo hasta la calle de San Guillermo enfrente del palacio de Mortemart.

Llegados allí, se detuvo, sacó una llave de su bolsillo, abrió una puertecita, me tomó por la mano, me guió hasta el segundo piso y Llamó con una seña particular.

Un hombre de cuarenta y ocho a cincuenta años abrió la puerta. Iba vestido de operario y parecía ejercer el oficio de encuadernador de libros.

Pero a las primeras palabras que me dijo, a las primeras gracias que me dio, el gran señor había hecho traición a su propio disfraz.

—Caballero, me dijo, la Providencia os ha enviado a nosotros, y yo os recibo como un enviado de la Providencia. ¿Es cierto que vos podéis salvarme, y sobre todo que queréis salvarme?

Yo se lo conté todo: le dije cómo Marceau se encargaba llevarle consigo en calidad de secretario, y no le pedía más que la promesa de no hacer armas contra la Francia.

—Os hago de todo corazón semejante promesa, me dijo, y se la renovaré.

—Os doy gracias en su nombre y en el mío.

—¿Y cuándo parte Marceau?

—Mañana.

—¿Debo ir a su casa esta misma noche?

—Cuando gustéis. Os aguarda ya.

El padre y la hija se miraron.

—Creo que sería más prudente ir esta misma noche, padre mío, dijo Angelita.

—Sea; pero si me arrestan, no tengo cédula. —Aquí tenéis la mía.

—¿Pero y vos?

—¡Oh! Yo, yo soy conocido.

—¿Dónde vive Marceau?

—Calle de la Universidad, n.º 40, en casa de su hermana la señora Des-Graviers-Marceau.

—¿Me acompañaréis?

—Os iré siguiendo a poca distancia para poder acompañar a la señorita cuando vos os hayáis quedado allí.

—¿Y cómo sabrá Marceau que yo soy el hombre de quien le hablasteis?

—Le entregaréis esta escarapela tricolor, y por ella os reconocerá.

—¿Qué puedo hacer yo por mi salvador?

—Encargarme la salvación de vuestra hija como me ha encargado ella la vuestra.

—Vamos.

Se caló el sombrero y apagó las luces.

Bajamos a la luz de un rayo de luna que filtraba por las ventanas de la escalera.

Al llegar a la puerta, tomó el brazo de su hija, y por la calle de Saint-Péres, llegó bien pronto a la de la Universidad.

Yo los seguía siempre a diez pasos.

Llegaron al número 40 sin haber encontrado a nadie. Acerquéme entonces a ellos.

—Buen agüero, dije; y ahora, ¿queréis que aguarde o que suba con vosotros? —No, no os comprometáis más; aguardad aquí a mi hija.

Yo me incliné.

—Os repito mil gracias, y me despido de vos, dijo tendiéndome la mano. No hay palabras para expresar lo que siento; pero espero que Dios, un día u otro, tendrá a bien permitirme expresar toda mi gratitud.

Le contesté estrechándole la mano.

Después entró en la casa, seguido de su hija; pero la encantadora joven me estrechó también la mano antes de entrar.

Al cabo, poco más o menos, de diez minutos, abrióse la puerta.

—¿Cómo estamos?, le dije.

—Vuestro amigo es digno bajo todos conceptos de ser vuestro amigo; es decir, que es hombre delicadísimo. Se ha figurado que yo sería feliz quedándome con mi padre hasta el momento de partir, y su hermana me hace arreglar una cama en su propio cuarto. Mañana a las tres de la tarde mi padre estará fuera de todo peligro, y mañana, a las diez de la noche, como hoy, si creéis que la gratitud de una hija que os deberá la vida de su padre merece vuestra atención, id a buscarla a la calle de Ferou.

Iré, sí por cierto. ¿Nada os ha dicho para mí vuestro padre?

—Os da gracias por vuestra cédula, que os devuelvo, y os suplica que me enviéis a unirme con él lo más pronto posible.

—Será cuando gustéis, la contesté opreso el corazón. —Primero hay que saber dónde he de ir a encontrarle, Luego añadió sonriendo:

—¡Oh, todavía no estáis libre de mí!

Tomé su mano y la estreché contra mi corazón. Pero ella presentándoseme como la víspera la frente.

—Hasta mañana, me dijo.

Y al besarla, no fue solamente su mano la que estreché embelesado, sino su agitado pecho, su palpitante corazón.

Entré en mi casa con un cielo de felicidad en el alma. ¿Era la conciencia de la buena acción que había hecho o era que amaba ya a aquella adorable criatura?

Yo no sé si dormía o si estaba despierto; pero sé que cantaban en mi interior todas las armonías de la naturaleza; sé que la noche me pareció sin fin, el día inmenso; sé que así como quería apresurar la marcha del tiempo, hubiera deseado asimismo detenerle para no perder un minuto de los días que tenía aún que vivir.

Al día siguiente, estaba ya a las nueve en la calle de Ferou. A las nueve y media acudió ella.

Adelantose hacia mí y me echó los brazos al cuello.

—¡Está salvado!, dijo, ¡mi padre está salvado, y a vos debo su salvación! ¡Oh, si supiérais cuánto os amo!

Quince días después, Angelita recibió una carta que le anunciaba la llegada de su padre a Inglaterra.

Al día siguiente, la llevé yo un pasaporte. Al recibirle, Angelita se deshizo en lágrimas.

—¿No me amáis, pues?, me dijo.

—Os amo más que a mi propia vida, le contesté; pero he comprometido mi palabra a vuestro padre, y antes de todo debo cumplir mi palabra.

—Entonces yo soy quien faltará a la mía, dijo ella. Si tú tienes valor para dejarme partir, Alberto, yo, yo no tengo valor para abandonarte.

Y, desgraciadamente, no partió.

## VII. Alberto

---

Lo mismo que en la primera pausa, en la relación del señor Ledrú, hubo un breve instante de silencio. Silencio más respetado aún que el primero, porque todos conocían que iba acercándose el fin de la historia, y el señor Ledrú había dicho que acaso no se sentiría con fuerzas para concluirla.

La interrupción fue corta; casi al mismo instante prosiguió:

—Tres meses habían transcurrido desde aquella noche en que tratamos de la partida de Ángela, y, desde aquella noche, ni una sola palabra de separación había sido pronunciada.

Ángela había deseado una habitación en la calle Taranne y tomé una a nombre de Ángela. No le conocía otro, como ella no me conocía otro que Alberto.

Habíala hecho entrar en un colegio de niñas en clase de subdirectora, con objeto de sustraerla con más seguridad a las pesquisas de la policía revolucionaria, que eran más activas que nunca.

Los domingos y los jueves los pasábamos juntos en la pequeña habitación de la calle de Taranne donde, desde la ventana del gabinete, veíamos la plaza en que por primera vez nos habíamos encontrado.

Cada día recibíamos una carta; ella bajo el nombre de Ángela, yo bajo el de Alberto.

Aquellos tres meses fueron los más felices de mi vida.

Entre tanto, preciso es saber que yo no había renunciado al designio que me ocurrió después de mi conversación con el ayudante del verdugo. Había pedido y obtenido el permiso de hacer experimentos sobre la persistencia de la

vida después del suplicio, y esos experimentos me habían demostrado que el dolor sobrevivía al suplicio y debía ser terrible.

—Esto es lo que niego, exclamó repentinamente el doctor.

—Pero vamos a ver, continuó Ledrú, ¿me negaréis que la cuchilla hiere el centro del sistema nervioso, y que el dolor ha de ser atroz?

—No; pero ha de durar poco.

—Pues esto es lo que niego a mi vez, contestó Ledrú, con profunda convicción. Y aunque durase algunos segundos, forzosamente ha de existir la conciencia de la vida, ¿quién sabe si la intensidad del sufrimiento compensa su brevedad?

—Entonces, según esta opinión, ¿erró la Asamblea en sustituir la horca por la guillotina?

—¿Qué duda tiene?

—Dejemos esto; volvamos al hecho. Tengo curiosidad de saber el fin de la historia.

Me pareció que Ledrú suspiraba. No podía ver su rostro, porque había cerrado la noche.

—Estábamos en lo más fuerte de las ejecuciones, se guillotinaban treinta o cuarenta personas por día; y tan gran cantidad de sangre corría en la plaza de la Revolución, que se vieron obligados a abrir un foso de tres pies de profundidad alrededor del cadalso.

Ese foso estaba cubierto de tablas.

Una de esas tablas se hundió cierto día bajo el pie de un niño de ocho o diez años que cayó en aquel hediondo foso y se ahogó.

Inútil es decir que me guardé bien de referir a Angelita en qué empleaba mi tiempo el día que no la veía; por otra parte, debo confesar que había empezado a sentir tan fuerte repugnancia hacia aquellos pobres restos humanos, que me horrorizaba el nuevo dolor, que les causaban quizá mis experimentos.

Pero me dije por fin que aquellos estudios a los cuales me entregaba, eran en beneficio de la sociedad entera, puesto que si llegaba algún día a hacer partícipes de mis convicciones a una reunión de legisladores, lograría tal vez la abolición de la pena de muerte.

A medida que mis experimentos producían resultados, iba consignándolos en una memoria.

Al cabo de dos meses llevaba hecho sobre la persistencia de la vida después del suplicio, cuanto se puede hacer. Resolví entonces llevar mis experimentos



todavía más adelante, si era posible, ayudado del galvanismo y de la electricidad.

Se me cedió el cementerio de Clamart y se pusieron a mi disposición todas las cabezas y cuerpos de los guillotinado. Convirtieron para mí en laboratorio una capillita construida en el ángulo del cementerio. Ya recordaréis que después de haber arrojado a los reyes de sus palacios, arrojase a Dios de sus iglesias.

Tenía allí una máquina eléctrica y tres o cuatro instrumentos de los llamados excitadores.

A eso de las cinco llegaba el terrible convoy. Los cuerpos estaban mezclados en el chirrión y amontonadas las cabezas en un saco.

Tomaba al acaso una o dos cabezas y uno o dos cuerpos, y el resto se arrojaba a la huesa común.

Al siguiente día las cabezas y cuerpos que habían servido para mis experimentos la víspera, se juntaban al convoy del día. Casi siempre me ayudaba mi hermano en mis estudios.

En medio de mis continuas relaciones con la muerte, iba creciendo mi amor hacia Angelita. La pobre niña por su parte me amaba con todo su corazón.

Muchas veces pensé en hacer de ella mi mujer, y habíamos medido juntos la dicha de semejante unión; pero para ser mi mujer era preciso que Angelita dijera su nombre, y su nombre que era el de un emigrado, de un aristócrata, de un proscrito, su nombre llevaba consigo la muerte.

Con frecuencia le escribió su padre que apresurara su viaje, pero ella le había dicho nuestro amor, y le había pedido su consentimiento, que le fue concedido. Todo iba viento en popa por aquel lado.

Sin embargo, en medio de todos aquellos procesos terribles, un proceso más terrible todavía nos había entristecido profundamente.

El proceso de la reina María Antonieta.

Principiado el 4 de octubre, seguía con actividad: el 14 de octubre la ilustre víctima compareció ante el tribunal revolucionario: el 16, a las cuatro de la madrugada, fue condenada; el mismo día a las once subió las escaleras del cadalso.

Por la mañana recibí una carta de Angelina en que me decía que no quería dejar pasar un día semejante sin verme. Llegué a cosa de las dos a nuestra pequeña habitación de la calle de Taranne, y encontré a Angelina deshecha en llanto. Yo mismo me hallaba profundamente afectado por aquella ejecución.

Había sido tan buena para mí la reina en mi juventud, que guardaba un profundo recuerdo de su bondad.

Toda mi vida me acordaré de aquel día; era un miércoles y reinaba en París más que la tristeza el terror.

Por mi parte experimenté extraño desaliento, algo como el presentimiento de una gran desgracia. En vano intentaba devolver las perdidas fuerzas a mi amada, que lloraba recostada en mis brazos; me faltaron palabras de consuelo; mi corazón estaba triste y apesadumbrado.

Como de costumbre, pasamos juntos la noche, y nuestra noche fue aún más triste que el día. Recuerdo que un perro encerrado en una habitación superior a la nuestra aulló hasta las dos de la madrugada.

Nos informamos de lo ocurrido a la mañana siguiente; su amo había salido llevándose la llave; había sido arrestado en la calle, conducido al tribunal revolucionario, condenado a las tres y ejecutado a las cuatro.

Era preciso separarnos. Las clases de Angelita empezaban a las nueve de la mañana. Su colegio estaba situado cerca del jardín botánico. A mí me costó mucho él dejarla ir, y ella no acababa nunca de resolverse a dejarme.

Fui a buscar un coche y la acompañé yo mismo hasta la extremidad de la calle des Fassés Saint-Bernard: allí bajé para dejarla. Durante todo el camino, habíamos permanecido abrazados sin pronunciar una sola palabra, mezclando nuestras lágrimas que se deslizaban a lo largo y de nuestras mejillas hasta llegar a los labios, confundiendo su amargo sabor con la dulzura de nuestros besos.

Bajé del coche, pero en lugar de irme a mi vez me quedé clavado en el sitio mismo para ver, hasta perderle, el coche que se la llevaba.

A los veinte pasos se detuvo, y Angelita asomó la cabeza por la portezuela como si hubiera adivinado que yo estaba todavía allí: Me precipité hacia ella, subí al coche, tiré las persianas y la estreché en mis brazos, pero dieron las nueve, enjuagué sus lágrimas, le di un beso, y saltando del carruaje me alejé corriendo.

Parecióme que me llamaba; pero todas aquellas lágrimas, todas aquellas idas y venidas podían ser notadas. Tuve el fatal valor de volverme.

Entré en mi casa desesperado. Pasé el día escribiendo a mi amada; por la noche le envié un volumen.

Acababa de echar mi carta al correo cuando recibí una de ella.

La habían reñido mucho por haber pasado un día sin ir, le habían hecho infinidad de preguntas y la amenazaron con no permitirle salir la primera vez que le tocara el turno.

Le tocaba el turno el domingo siguiente; pero me juraba Angelita que aquel día me vería aun cuando debiese romper con la directora del colegio.

Yo también lo juré; parecíame que si estaba siete días sin verla, lo cual debía ocurrir forzosamente si no podía disfrutar del día de asueto, parecíame, digo, que me volvería loco. Tanto más cuanto que Angelita dejaba traslucir alguna inquietud. Le pareció que le hablan abierto una carta que acababa de encontrar en el colegio, y que era de su padre.

Pasé una mala noche y peor día. Como de costumbres, escribí a Angelita, y como debía dedicarme a mis estudios, a cosa de las tres fui a casa de mi hermano a fin de llevármele conmigo a Clamart.

Mi hermano no estaba en casa y fuíme solo.

Hacía un tiempo horrible; la naturaleza desolada se deshacía en lluvia, la lluvia fría y continua que anuncia el invierno. Todo lo largo de mi camino estuve oyendo a los pregoneros gritar con voz enronquecida la lista de los condenados del día; era numerosa, y había niños, mujeres y hombres. La sangrienta cosecha era aquel día abundante y no me habían de faltar objetos por cierto para mi estudio de la noche.

Los días eran cortos. Llegué a las cuatro a Clamart, y había anochecido.

Era sombrío, casi odioso el aspecto del cementerio con sus vastas sepulturas, recientemente removidas, con sus escasos árboles que chocaban como esqueletos al hálito tempestuoso del viento.

Lo que no era tierra removida y amontonada era hierba, cardos u ortigas. Cada día la tierra amontonada invadía la tierra verde.

En medio de todas aquellas excrescencias del suelo, la huesa del día estaba abierta esperando su presa; previendo que el número de condenados sería mayor, era la huesa mayor que de costumbre.

Acerquéme maquinalmente. El fondo estaba lleno de agua; ¡pobres cadáveres desnudos y fríos, que iban a arrojar en aquella agua fría como ellos!

Al llegar junto a la huesa, resbaló mi pie y estuve a punto de caer dentro; erizáronse mis cabellos; estaba mojado, sentía escalofríos, y me fui a mi laboratorio.

Como ya he dicho, era una antigua capilla; registré con los ojos —¿qué buscaba?, no lo sé—, registré con los ojos para ver si en la pared o sobre el pedazo de altar que quedaba, existía algún signo oculto; nada había en la pared, estaba vacío el altar. En el sitio en que había antes el tabernáculo, es decir Dios, la vida, había un cráneo despojado de su carne y de sus cabellos, es decir la muerte, la nada.

Encendí mi vela colocándola encima la mesa de mis experimentos, cargada de instrumentos de rara forma inventados por mí mismo, y me senté, pensando ¿en qué?, en aquella pobre reina que había visto tan bella, tan dichosa, tan amada; y que, la víspera, perseguida por las imprecaciones de todo un pueblo, fue conducida en carreta al cadalso, y que, a aquella hora misma, con la cabeza separada del cuerpo, dormía en la huesa de los pobres, ella que había dormido bajo los recamados pabellones de las Tullerías, de Versalles y de Saint-Cloud.

Mientras me abismaba en tan sombrías reflexiones, redoblaba la lluvia y pasaba el viento en largas ráfagas, con lúgubre gemido, por entre las ramas de los árboles por entre los tallos de las yerbas que con su hálito hacía estremecer.

No tardó en mezclarse a aquellos rumores, como el ruido prolongado de un trueno lúgubre; sólo que este trueno en vez de mugir en las nubes, rodaba por el pavimento que hacía retemblar.

Era el ruido de la carreta mortuoria que volvía de la plaza de la Revolución y que entraba en Clamart.

Abriose la puerta de la capilla y entraron, llevando un saco, dos hombres empapados de agua.

El uno era aquel mismo Legrós que había yo visitado en la cárcel, el otro un sepulturero.

—Tomad, señor Ledrú, me dijo el criado del verdugo, aquí tenéis vuestra obra; —y no tenéis necesidad esta noche de daros prisa, pues os dejamos aquí todos estos trastos; mañana, cuándo sea de día, se les enterrará, que no hay cuidado que se resfríen por pasar una noche al aire libre.

Y riendo como condenados, aquellos dos estipendiarios de la muerte dejaron su saco en un ángulo junto al antiguo altar, a mi izquierda.

Enseguida salieron sin cerrar la puerta, que, impelida por el viento, empezó a dar estrepitosos golpes, dejando pasar largos soplos de aire que hacían vacilar la llama de mi vela, que subía pálida, y, por decirlo así, moribunda, a lo largo de su ennegrecida mecha.

Sentí violentos deseos de irme con ellos; pero no sé qué me detenía en mi sitio. Temblaba y estaba pálido sin duda; no era miedo, no, en verdad, pero el ruido del viento, el rumor acompasado de la lluvia, el fúnebre murmullo de los árboles, los silbidos del aire que hacía temblar mi luz; todo esto sacudía sobre mi cabeza vago espanto, que de la húmeda raíz de mis cabellos, serpenteaba por todo mi cuerpo.

De repente, me pareció que una voz a un tiempo dulce y quejumbrosa, una voz que partía del recinto mismo de la capilla, pronunciaba el nombre de

Alberto.

Me estremecí..., me estremecí como no me es dado explicar. ¡Alberto! Una sola persona en el mundo me llamaba así.

—Mis ojos errantes dieron vuelta lentamente a la pequeña capilla (de la cual, por estrecha que fuese, mi luz no bastaba a iluminar todo el recinto), y se detuvieron sobre el saco depositado junto al altar y cuya ensangrentada y abollada tela denunciaba el fúnebre contenido.

En el instante en que se fijaban mis ojos en el saco, la mismo voz, pero más débil, más quejumbrosa aún, repitió el mismo nombre.

—¡Alberto!

Me erguí frío de espanto: aquella voz parecía salir del interior del saco.

Me palpé para saber si estaba dormido o despierto; enseguida, envarado, como si fuera de piedra, los brazos extendidos, me dirigí hacia el saco donde hundí una de mis manos.

Parecióme entonces que unos labios, cálidos todavía, se apoyaban en mi mano.

Había ya llegado a aquel grado de terror, en que el exceso del mismo terror nos da serenidad y ánimo. Cogí aquella cabeza y volviendo a mi sillón, donde caí sentado, la dejé encima de la mesa.

Aquella cabeza cuyos labios parecían estar tibios todavía, cuyos ojos estaban medio cerrados, aquella cabeza era la cabeza de Ángela.

Creí que estaba loco. Grité tres veces:

—¡Ángela!

A la tercera vez abriéronse los ojos, me miraron, dejaron caer dos lágrimas, y, despidiendo una llama húmeda como si se escapara el alma, se cerraron para no volverse a abrir.

Me levanté loco, insensato, furioso; quise huir, pero, al levantarme, enganchose un faldón de mi frac en la mesa; la mesa cayó arrastrando consigo la vela que se apagó, y la cabeza que rodó, y arrastrándome a mí mismo, perdido y delirante.

Entonces, tendido en el suelo, parecióme ver aquella cabeza deslizarse hacia la mía por la pendiente de las baldosas; sus labios rozaron mis labios; un estremecimiento de hielo recorrió todo mi cuerpo; lancé un gemido y me desmayé.

Al día siguiente, a las seis, los sepultureros me encontraron tan frío como las baldosas sobre las cuales estaba tendido. Ángela descubierta por la carta de su padre, había sido arrestada aquel mismo día, condenada aquel mismo día, ejecutada aquel mismo día.

La cabeza que me había hablado, los ojos que me habían mirado, los labios que habían besado mis labios, eran los labios, los ojos, la cabeza de Ángela.

—Ya sabéis, Lenoir, continuó el señor Ledrú, volviéndose hacia el caballero, ya sabéis que poco me faltó en aquella época para morirme.

## VIII. El gato, el alguacil y el esqueleto

---

**E**l efecto producido por la relación del señor Ledrú fue terrible; ninguno de nosotros trató de resistirse a aquella impresión, ni siquiera el doctor.

El caballero Lenoir, interpelado por el doctor Ledrú, contestó con una simple seña de asentimiento; la dama pálida que se había un instante levantado en su sillón, volvió a dejarse caer recostada en sus almohadones sin dar más signo de vida que un suspiro; el comisario de policía que no veía en todo aquello ninguna causa que incoar, no dijo ni siquiera una palabra. Por mi parte, anotaba en mi imaginación todos los detalles de la catástrofe, por si me placía contarlos un día. En cuanto a Alliette y al abate Moulle, la aventura estaba demasiado conforme con sus ideas para que trataran de combatirla.

Al contrario, el abate Moulle rompiendo el primero el silencio, y resumiendo en cierto modo la opinión general:

—Creo perfectamente lo que acabáis de contarnos, mi querido Ledrú, dijo; pero ¿cómo os explicáis ese hecho, según se dice en lenguaje material?

—Yo no me le explico, dijo Ledrú; lo cuento, y nada más.

—¿Cómo lo explicáis?, preguntó el doctor; porque, en fin, sea cual sea la persistencia de la vida, vos no admitís que al cabo de diez horas una cabeza cortada, hable, mire, funcione.

—Si me lo hubiese explicado, mi querido doctor, contestó el señor Ledrú, no hubiera sufrido a consecuencia de tan terrible acontecimiento, la enfermedad que a poco más me lleva al sepulcro.

—Pero en fin, doctor, dijo el caballero Lenoir, ¿cómo os lo explicáis vos?, porque vos no admitiréis que Ledrú acabe de contarnos una historia imaginaria, siendo su enfermedad un hecho material también.

¡Un problema! Me lo explico por una alucinación. Lever, creyó oír, lo que fue exactamente para él como si hubiese visto y oído. Los órganos que transmiten la percepción al sensorium, es decir, al cerebro, pueden ser turbados por las circunstancias que sobre ellos influyen; en tales casos se turban, y al turbarse transmiten percepciones falsas; creemos oír y oímos; creemos ver y vemos. El frío, la lluvia, la oscuridad Habían turbado los órganos de Ledrú y nada más. El loco también ve y oye lo que cree ver y oír; la alucinación es una locura momentánea... de la cual persiste el recuerdo cuando ha desaparecido.

—Pero ¿y cuándo no desaparece?, preguntó el abate Moulle, entonces la enfermedad entra en él orden de las incurables y acaba el paciente por morirse.

—¿Y habéis tratado alguna vez esa case de enfermedades, doctor?

—No, pero he conocido algunos médicos que las han tratado, y entre otros un doctor inglés que acompañaba a Walter-Scott en su Francia.

—¿Y os contó algo?

—Sí, una historia parecida a la que acaba de contarnos nuestro huésped: más extraordinaria aún.

—¿Y que vos explicáis cómo un fenómeno físico?, añadió el abate Moulle.

—Naturalmente.

—Y el hecho que os contó el doctor inglés, ¿podéis contárnoslo a nosotros?

—¿Por qué no?

—¡Contadlo, pues, doctor; contadlo!

—¿Lo deseáis?

—Pues es claro, dijimos todos.

—Empiezo pues. El doctor que acompañaba a Walter-Scott, cuando su viaje a Francia, se llamaba Sympson; era uno de los más distinguidos miembros de la Facultad de Edimburgo, y en relaciones, por consiguiente, con los más elevados personajes de la ciudad.

Entre esos personajes había un magistrado del tribunal supremo, cuyo nombre no me dijo. El nombre fue el único secreto que tuvo por conveniente guardar al relatar las historias.

Ese magistrado, al cual prodigaba como médico sus cuidados, desmejorábase de día en día, sin ninguna causa aparente de desarreglo en la salud, al influjo de terrible melancolía que se había apoderado de él. En diferentes ocasiones su familia había interrogado al doctor, y el doctor por su parte había interrogado a su amigo sin conseguir de él otra cosa que respuestas



vagas, que no hicieron más que despertar su inquietud, probándole que existía un secreto, que el enfermo no quería revelar.

Por fin, un día el doctor Sympson insistió tanto en que su amigo le confesara que estaba enfermo, que éste cogiéndole las manos, con triste sonrisa.

—Pues bien, sí; le dijo; estoy enfermo y mi enfermedad, querido doctor, es tanto más incurable cuanto que existe entera en mi imaginación.

—¿Cómo en vuestra imaginación? —Sí, me vuelvo loco.

—¡Os volvéis loco!, ¿y por qué?, vamos a ver. Tenéis la mirada lúcida, la voz tranquila —le tomó la mano—, el pulso excelente.

—He aquí precisamente lo que agrava mi estado, querido doctor; el verlo y juzgarlo.

—Pero en fin, ¿en qué consiste vuestra locura?

—Cerrad la puerta para que nadie venga a interrumpirnos, doctor; voy a deciroslo.

El doctor cerró la puerta y fue a sentarse junto a su Amigo.

—¿Recordáis, le dijo el magistrado, la última causa criminal en la cual intervine?

—Sí, la de cierto bandido escocés, a quien vos condenasteis a ser ahorcado, y lo fue.

—Precisamente. Pues bien, en el instante en que pronunciaba yo la sentencia, chispearon sus ojos y me mostró el puño amenazándome. No fijé en ello la atención, porque semejantes amenazas son frecuentes en los condenados. No obstante, al día siguiente de la ejecución, presentose el verdugo en mi casa pidiéndome humildemente perdón por su visita; y declarandome que había creído deber advertirme una cosa: el bandido había muerto pronunciando una especie de conjuro contra mí, y diciendo que al día siguiente a las seis, hora en que había sido ejecutado, recibiría yo noticias tuyas.

Temí alguna sorpresa de sus compañeros, alguna venganza a mano armada, y apenas dieron las seis, me encerré en mi despacho con un par de pistolas sobre mi bufete.

Dieron las seis en el reloj de mi chimenea. Todo el día había tenido ocupada la imaginación con lo que me dijera el ejecutor. Sonó, sin embargo, el último martillazo, sin que oyera otro ruido que el de una especie de maullido. Volvime y vi un enorme gato negro y color de fuego. ¿Cómo había entrado?, era imposible decirlo, pues estaban cerradas las puertas y ventanas todas. Forzosamente debió de quedar encerrado en la habitación durante el día.

Nada había comido.

Llamé y vino mi criado, pero no pudo entrar puesto que me había encerrado por dentro; llegueme a la puerta y la abrí. Entonces le hablé del gato negro y color de fuego; pero inútilmente le buscamos: había desaparecido.

No volví a acordarme de él, llegó la noche, después el día; transcurrió éste y dieron las seis.

Oí en aquel instante el mismo ruido tras de mí y vi el mismo gato.

Esta vez saltó sobre mis rodillas.

Ninguna antipatía siento por los gatos y sin embargo semejante familiaridad me causó desagradable impresión. Le eché de encima de mis rodillas, pero apenas estuvo en el suelo volvió a echarse sobre mí. De nuevo le rechacé, pero tan inútilmente como la vez primera. Entonces me levanté, me paseé por el aposento, siguióme el gato paso a paso; impacientado por tamaña pertinacia, llamé como la víspera, y entró mi criado. Pero el gato había huido debajo de la cama donde le buscamos inútilmente; al meterse allí había desaparecido.

Salí por la noche, visité a dos o tres amigos, y me volví enseguida a casa, donde entré con una llave que llevo siempre encima.

Como no tenía luz, subí pausadamente la escalera por miedo de tropezar, y al llegar al último escalón, oí a mi criado que hablaba con la doncella de mi mujer.

Oí pronunciar mi nombre y esto hizo que prestara atención a lo que decía; entonces le oí contar toda la aventura de la víspera y de aquel mismo día; sólo que añadió: el amo está loco...; no había en la habitación ni huellas de gato negro y color de fuego.

Estas pocas palabras me asustaron: o la visión era real o era falsa; si era real estaba yo bajo el peso de un hecho sobrenatural; si era falsa; si creía yo ver una cosa que, no existía, como había dicho mi criado, estaba loco.

Ya comprenderéis, mi querido amigo, con qué impaciencia, mezclada de temor, aguardé nuevamente las seis; al siguiente día, bajo el pretexto de arreglar no sé qué cosa, hice quedar a mi criado conmigo: dieron las seis mientras él estaba allí; al postrer golpe del timbre, oí el mismo ruido y vi a mi gato. Estaba sentado junto a mí.

Permanecí un instante sin decir nada, esperando que mi criado repararía en el animal y sería el primero en hablarme; pero iba y venía por mi aposento sin ver nada.

Aproveché un instante en que, en la línea que debía recorrer para cumplir la orden que iba a darle, le era casi preciso pasar por encima del gato.

—Poned mi campanilla sobre la mesa, John, —le dije.

Él estaba en la cabecera de mi cama, la campanilla sobre la chimenea; para ir de la cabecera de mi cama a la chimenea forzosamente debía pasar por encima del gato.

John echó a andar; pero en el momento en que iba a poner el pie sobre él, el gato saltó sobre mis rodillas.

John no le vio o a lo menos no pareció verle.

Confieso que un sudor frío bañó mi frente y que esas palabras: «¡El amo está loco!» se ofrecieron de una manera terrible a mi imaginación.

—John, le dije, ¿nada veis encima de mis rodillas? —John me miró. Enseguida, como quien toma una resolución—. Señor, veo un gato. — Respiré. Cogí el gato y le dije—: Pues quitadlo de aquí.

Me tendió las manos; le puse el animal en los brazos y a una señal mía salió.

Estaba ya más tranquilo; durante diez minutos miré a mi alrededor con un resto de ansiedad; pero como no percibí animal alguno, me decidí a ir a ver qué había hecho John con el gato.

Salía pues, de mi aposento con intención de preguntárselo, cuando al pasar la puerta del salón, oí una carcajada que salía del tocador de mi mujer. Acerquéme en silencio y de puntillas y oí la voz de John que decía a la doncella

—El amo no se vuelve loco, no, porque ya lo está. Ya te dije que ahora le ha dado por ver un gato negro, color de fuego. Pues bien, esta tarde me ha preguntado si veía el tal gato sobre sus rodillas...

—¿Y qué has contestado?, preguntó la doncella.

—Pues... he contestado que sí que le veía. ¡Pobre hombre! No he querido contrariarle. Entonces, adivina lo que ha hecho.

—¿Cómo quieres que lo adivine?

—Pues bien, ha cogido de encima de sus rodillas el pretendido gato, me lo ha puesto en los brazos y me ha dicho: ¡Llévatelo! ¡Llévatelo! Yo entonces me he llevado muy seriamente el gato, y él se ha quedado tan satisfecho.

—Pero si tú te has llevado el gato, señal de que existía.

—No, mujer; no existía más que en su imaginación. ¿Pero qué habría ganado con decirle la verdad? Nada, hacer que me despidiera quizá, y yo estoy bien aquí, y aquí me quedo. Me da veinte y cinco libras al año por ver un gato; le veo. Que me dé treinta y verá dos.

No tuve valor para oír; exhalé un suspiro y entreme en mi cuarto.

Estaba vacío...

Al día siguiente a las seis, como de costumbre, mi compañero apareció junto a mí y no me dejó hasta el siguiente día. ¿Qué os puedo decir?, amigo mío, continuó el enfermo; durante un mes renovose la misma aparición, y comenzaba ya a acostumbrarme a su presencia, cuando un día, el que hacía treinta después de la ejecución, dieron las seis sin que el gato apareciese.

Creí haberme zafado de él y no dormí de alegría; toda la mañana del siguiente día apresuré, por decirlo así, el tiempo; me tardaba en llegar a la hora fatal. De las cinco a las seis, mis ojos no abandonaron el reloj. Seguía la marcha de la aguja que avanzaba de minuto en minuto. Por fin llegó a la cifra XII, dejose oír el estremecimiento del reloj, enseguida dio el martillo el primer golpe, el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto, ¡en fin!...

Al sexto abriose la puerta...

Al sexto abriose la puerta, dijo el infeliz magistrado, y vi entrar a una especie de alguacil del tribunal, vestido como si estuviera al servicio del Lord teniente de Escocia.

Mi primera idea fue la de que el Lord teniente me enviaba algún mensaje y alargué la mano hacia mi desconocido. Pero él no pareció haber reparado en mi gesto, y fue a colocarse detrás de mi sillón.

No tenía necesidad de volverme para verle; estaba sentado delante de un espejo y le veía en él.

Me levanté y me puse a andar; siguióme él a algunos pasos de distancia.

Me volví a la mesa y llamé.

Acudió mi criado, pero no vio al alguacil como no había visto al gato.

Le despedí, y quedeme con aquel extraño personaje a quien pude examinar minuciosamente.

Llevaba el traje de gala, la coleta recogida en una bolsa, la espalda al lado, la capita bordada y el sombrero bajo el brazo.

A las diez me acosté, y entonces como para pasar la noche lo más cómodamente posible, sentose él en un sillón frente a mi cama.

Volví la cara a la pared, pero como me fue imposible dormirme, volvime dos o tres veces; y las dos o tres veces, a la luz de mi lamparilla de noche, le vi recostado en el mismo sillón.

Él tampoco dormía.

En fin, vi los primeros rayos del día deslizarse en mi aposento a través de las rendijas de las celosías, me volví nuevamente hacia mi hombre: había desaparecido, estaba vacío el sillón.

Me vi libre de mi visión hasta la noche.

Por la noche había recepción en casa del comisario mayor de la Iglesia, y bajo pretexto de preparar mi traje de ceremonia, llamé a mi criado a las seis menos cinco minutos, mandándole que echara el cerrojo.

Obedeció.

Al último martillazo de las seis, fijé los ojos en la puerta: la puerta se abrió y entró mi alguacil.

Encamineme inmediatamente a la puerta que estaba cerrada; los cerrojos al parecer no habían salido de sus anillos de hierro; me volví; el alguacil estaba detrás de mi sillón, y John iba y venía por el aposento sin reparar en él por nada de éste mundo.

Era evidente que no veía al hombre como no había visto al animal.

Me vestí.

Entonces tuvo lugar una cosa extraña. Lleno de atenciones hacia mí, mi nuevo criado ayudó a John en todo lo que hacía, sin que John reparase que fuese ayudado.

Cuando John sostenía mi traje por el cuello, el fantasma lo sostenía por el extremo; John me presentaba mis pantalones por la cintura en tanto que el fantasma los tenía por las piernas.

Nunca había tenido criado más oficioso. Llegó la hora de salir.

Entonces, en lugar de seguirme, el alguacil me precedió, deslizose por la puerta de mi aposento, bajó la escalera, mantúvose con el sombrero debajo del brazo detrás de John, que abría la portezuela del carruaje, y cuando John la hubo cerrado y hubo tomado sitio en la trasera del coche, subió él al asiento del cochero que se echó a un lado para hacerle sitio.

Detúvose el coche a la puerta del comisario mayor de la Iglesia; John abrió la portezuela, el fantasma estaba en su sitio detrás de él. Apenas puse el pie a tierra, cuando el fantasma se precipitó delante de mí, pasando por entre los criados que llenaban el vestíbulo, y volviéndose para mirar si le seguía.

Entonces me decidí a ensayar en el cochero lo que había ensayado en John.

—Patrick, le pregunté, ¿quién era ese que estaba a tu lado?

—¿Quién señor?

—El hombre que estaba sentado en tu mismo asiento. Patrick me miró con ojos en que se pintaba el mayor asombro.

—Vamos, sin duda me he engañado.

Y entré a mi vez.

El alguacil se había parado en la escalera y me aguardaba. Desde que me vio continuar mi camino, continuó él el suyo; entró delante de mí, como para anunciarme en la sala de recepción, y enseguida, cuando yo estuve dentro, fue él a colocarse en la antesala y en el sitio que le correspondía.

Como John y Patrick, nadie reparó en el fantasma. Entonces fue cuando mi temor se trocó en espanto y cuando comprendí que me volvía verdaderamente loco.

A partir de aquella noche empezaron todos a observar el cambio que experimentaba y a preguntarme —vos como los demás— qué preocupación me absorbía.

Encontré a mi fantasma en la antesala. Lo mismo que a mi llegada, corrió delante de mí a mi partida, subiose al asiento, entró conmigo en mi casa, tras de mí en mi cuarto, y sentose en el sillón donde había estado sentado la víspera.

Quise entonces asegurarme si había algo de real y sobre todo palpable en aquella aparición. Hice un violento esfuerzo sobre mí mismo, y dirigíme de espaldas a sentarme en la poltrona.

Nada sentí, pero por el espejo le vi en pie detrás de mí. Acostéme, lo mismo que la víspera, pero esta vez a la una de la madrugada. Tan pronto como estuve en la cama, le volví a ver en el sillón.

Al amanecer desapareció. La visión duró un mes.

Cumplido el mes, faltó todo un día a la cita acostumbrada. Esta vez ya no creí como la primera en una desaparición total, sino en alguna modificación terrible, y, en lugar de alegrarme de mi aislamiento, aguardé con espanto el siguiente día.

El siguiente día, a la última vibración de las seis, oí un ligero roce en las cortinas de mi cama, y en el punto intermedio que existe entre mi cama y la pared, vi un esqueleto.

Aquella vez, amigo mío, como ya comprenderéis, se presentaba, si así cabe decirlo, la imagen viva de la muerte.

El esqueleto estaba allí, inmóvil, mirándome con sus ojos vacíos.

Me levanté, di varios paseos por mi habitación; la cabeza del esqueleto me seguía en todas mis evoluciones, sus ojos no me abandonaron un instante, el cuerpo permaneció inmóvil. Aquella noche no tuve valor para acostarme. Dormí, o por mejor decir, estuve con los ojos cerrados, en el sillón donde acostumbraba a estar el fantasma de que había llegado a echar de menos la presencia.

Al amanecer desapareció el esqueleto.

Mandé a John que mudara mi cama de sitio y cruzará las, cortinas.

A la postrer campanada de las seis distinguí el mismo roce, vi agitarse las cortinas y enseguida reparé en las extremidades de dos manos huesosas que las descorrían; el esqueleto ocupó en la abertura el sitio que había ocupado la víspera.

Esta vez tuve valor para acostarme.

La cabeza que, como la víspera, me seguía en todos sus movimientos, inclinose entonces hacia mí.

Los ojos que, como la víspera, no dejaron de mirarme ni un solo instante, se fijaron entonces en mí.

¡Ya comprenderéis la noche que pasaría!

Pues bien, doctor, veinte noches hace que las paso así. ¿Y ahora que sabéis lo que me aqueja, tomáis a vuestro cargo el curarme?

—Lo procuraré al menos, respondió el doctor.

—¿De qué modo?, veamos.

—Estoy convencido de que el fantasma que veis sólo existe en vuestra imaginación.

—¿Qué me importa que exista o no, si le veo?

—¿Queréis que procure verlo yo también?

—No pido otra cosa.

—¿Cuándo?

Lo más pronto posible. Mañana.

—¡Sea pues, hasta mañana... y buen ánimo! El enfermo sonrió tristemente.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, el doctor entró en el aposento de su amigo.

—¿Qué hay?, le preguntó, ¿y el esqueleto?

—Acaba de desaparecer, respondió éste con voz débil.

—Pues señor, vamos a arreglarnos de manera que esta tarde no vuelva.

—Haced lo que gustéis.

—¿Por de pronto, decís que entra a la postrer campanada de las seis?

Sin falta.

Comencemos por parar el péndulo. Y fijó el volante.

—¿Qué queréis hacer?

—Quiero quitaros la facultad de medir el tiempo.

—Bueno.

—Y ahora vamos a estarnos con las ventanas y los postigos cerrados, a oscuras.

—¿Por qué?

—Siempre con el mismo objeto, a fin de que no podáis daros cuenta del curso del día.

Cerraron los postigos y encendieron luces.

—Tenednos dispuestos un desayuno y una comida, John, dijo el doctor; no queremos ser servidos a horas fijas, sino cuando yo llame.

—Ya lo oís, John, dijo el enfermo, señor.

—Y ahora dadnos naipes, dados, dominós, y dejadnos. John trajo los objetos pedidos y se retiró.

El doctor empezó por distraer al enfermo lo mejor que pudo, hablando, jugando con él; después, cuando sintió apetito, llamó.

John, que sabía por qué le llamaban, trajo el desayuno. Después del desayuno empezó la partida, y fue interrumpida por un nuevo campanillazo del doctor.

John entró con la comida.

Comieron, bebieron, tomaron café y se pusieron a jugar de nuevo, Pasado así, entre dos personas solas, el día parece largo. El doctor creyó haber medido el tiempo con su imaginación, y parecióle que debía haber ya transcurrido la hora fatal.

—¡Bueno!, dijo levantándose, ¡victoria!

—¿Cómo victoria?, preguntó el enfermo.

—Sin duda, serán ya las ocho o las nueve, y el esqueleto no ha venido.

—Mirad vuestro reloj, doctor, puesto que es el único de la casa que no está parado, y, si ha pasado la hora, me comprometo como vos a cantar victoria.

El doctor miró su reloj, pero nada dijo.

—Os habéis engañado, ¿no es verdad, doctor?, dijo el enfermo: son las seis en punto.

—Sí ¿y qué?

—Que ya está aquí el esqueleto.

Y el enfermo se hizo hacia atrás y dio un profundo suspiro.

El doctor miró a todas partes.

—¿Dónde le veis?, —preguntó.

—En su sitio acostumbrado, a la cabecera de mi cama, entre las dos cortinas.

El doctor se levantó, separó la cama, pasó a la cabecera y fue a tomar entre las cortinas el sitio que el esqueleto ocupaba.

—Y ahora, dijo, ¿continuáis viéndole?



—No veo lo bajo de su cuerpo porque el vuestro lo oculta, pero veo su cráneo.

—¿Dónde?

—Encima de vuestro hombro derecho; como si tuviéseis dos cabezas, la una viva y la otra muerta.

Aunque incrédulo, estremeciose el doctor a su pesar. Volviose, pero nada vio.

—Amigo mío, dijo tristemente volviendo hacia el enfermo; amigo mío, si tenéis que hacer testamento, hacedlo cuanto antes.

Y salió.

Nueve días después, John, al entrar en el cuarto de su señor, le encontró muerto en la cama.

Hacía tres meses, día por día, que había sido ejecutado el bandido.

## IX. Los sepulcros de San Dionisio

---

**P**ero vamos a ver, ¿qué nos prueba eso, doctor?, preguntó el señor Ledrú.

—Eso prueba que los órganos que transmiten al cerebro las percepciones pueden perturbarse a consecuencia de ciertas causas, hasta el punto de ofrecer al espíritu un espejo infiel, y que en semejante caso se ven objetos y se perciben sonidos que no existen.

—Sin embargo, dijo el caballero Lenoir con la timidez de un sabio de buena fe, sin embargo, suceden ciertas cosas que dejan huella, ciertas profecías que acaban por cumplirse. ¿Cómo explicaréis, doctor, que golpes dados por espectros hayan podido determinar cardenales en el cuerpo del que los ha recibido? ¿Cómo explicaréis que una visión haya podido diez, veinte, treinta años antes, revelar el porvenir? ¿Lo que no existe puede magullar lo que es o anunciar lo que será?

—¡Ah!, dijo el doctor; ¿os referís a la visión del rey de Suecia?

—No; me refiero a la que he presenciado yo mismo.

—¿Vos?

—¿Dónde?

—En San Dionisio. —¿Cuándo?

—En 1794, cuando la profanación de las tumbas. Sí; oíd eso, doctor, dijo el señor Ledrú. —¿Cómo?, ¿qué visteis?, ¡decid!

—En 1793 fui nombrado director del Museo de los monumentos franceses, y como tal, presencié la exhumación de los cadáveres de la abadía de San Dionisio, cuyo nombre habían trocado en el de Franciada los patriotas ilustrados. Han transcurrido cuarenta años y puedo contaros los casos rarísimos que señalaron aquella profanación.

El odio que se llegó a inspirar al pueblo contra el rey Luis XVI, y que no bastó a ahogar el cadalso del 21 de enero, se había remontado a los reyes de su raza, quísose perseguir la monarquía hasta en su frente, los monarcas hasta en su tumba; arrojar al viento las cenizas de sesenta reyes.

Tal vez a ello se mezclaba la curiosidad de investigar si se habían conservado tan intactos como se pretendía los grandes tesoros que se decían enterrados en algunas de aquellas tumbas.

El pueblo se lanzó sobre San Dionisio.

Del 6 al 8 de agosto destruyó cincuenta y una tumbas, la historia de doce siglos.

Entonces el gobierno resolvió regularizar este desorden, registrar, por su propia cuenta, los sepulcros, y heredar de la monarquía, a la cual acaba de herir en la persona de Luis XVI, su último representante.

Tratábase, también, de anonadar hasta el nombre, hasta el recuerdo, hasta los huesos de los reyes; tratábase de borrar de la historia catorce siglos de monarquía.

Pobres locos, que no comprendían que los hombres pueden a veces mudar el porvenir... pero nunca el pasado.

Habíase preparado en el cementerio una gran huesa común por el estilo de las huesas de los pobres. En aquel foso y sobre un lecho de cal debían ser arrojados, como en un muladar, los huesos de los que, desde Dagoberto hasta, Luis XV, habían hecho de Francia la primera nación del mundo.

Con esto, se daba una satisfacción al pueblo, pero se proporcionaba sobre todo un placer a los legisladores, a los abogados, a los periodistas envidiosos, aves de rapiña de las revoluciones, a quienes ofende cualquier esplendor, como deslumbra la luz a las aves nocturnas.

El orgullo de los que no pueden edificar se cifra en desunir.

Fui nombrado inspector de las excavaciones; era para mí un medio de salvar multitud de preciosidades.

Acepté.

El sábado 12 de octubre mientras se instruía el proceso de la reina, hice abrir el panteón de los Borbones contiguo a las capillas subterráneas, y empecé por sacar el féretro de Enrique IV, muerto asesinado el 14 de mayo de 1610, a la edad de cincuenta y siete años.

La estatua del Puente Nuevo, obra maestra de Juan de Bolonia y de su discípulo, había sido fundida para convertirla en groseros sueldos.

El cuerpo de Enrique IV estaba milagrosamente conservado; sus facciones, que podían muy bien reconocerse, eran las mismas que el amor del pueblo y el

pincel de Rubens han consagrado. Cuando se le vio salir primero de tumba y aparecer a la luz del día, envuelto en su sudario, tan bien conservado como si viviera, ¡cuán grande fue la emoción!; en poco estuvo que el grito de: ¡viva Enrique IV!, tan popular en Francia, no resonara instintivamente bajo las bóvedas de la Iglesia.

Cuando vi aquellas muestras de respeto, y hasta me atrevería a decir de amor, hice apoyar el cuerpo de pie en una de las columnas del coro y allí pudieron ir todos a contemplarle.

Iba vestido, como cuando vivía, con su jubón de terciopelo negro, sobre el cual se destacaban su gorguera y sus vueltas blancas; calzas de terciopelo parecidas al jubón, medias de seda del mismo color, y los zapatos de terciopelo.

Sus hermosos cabellos canos formaban todavía una aureola en torno de su cabeza; la hermosa barba blanca le caía sobre el pecho.

Entonces comenzó una interminable procesión como si fueran a la adoración de la reliquia de un santo: las mujeres acudían, unas a tocar las manos del buen rey, otras a besar la extremidad de su capa, otras en fin hacían arrodillar a sus hijos murmurado en voz baja:

—¡Ah si viviera!, el pobre pueblo no sería tan desgraciado. Y hubieran podido añadir: ni tan feroz; porque lo que causa la ferocidad del pueblo es la desgracia.

Aquella procesión duró todo el sábado 12 de octubre, el domingo 13 y el lunes 14.

El lunes empezaron de nuevo las excavaciones después de la comida de los trabajadores, es decir, a las tres de la tarde.

El primer cadáver que sacamos después del de Enrique IV, fue el de su hijo Luis XIII. Estaba bien conservado, y aunque borrados los rasgos de su fisonomía, podía aún reconocérsele por su bigote.

Siguió, después, el de Luis XIV, conocido por sus marcadas facciones que han hecho de su rostro la máscara típica de los Borbones; sólo que estaba negro como la tinta.

Después vinieron sucesivamente los de María de Médicis, segunda esposa de Enrique IV, de Ana de Austria, esposa de Luis XIII, de María Teresa, esposa de Luis XIV, y del Delfín.

Todos esos cuerpos estaban corrompidos; pero el del Delfín era putrefacción líquida.

Las exhumaciones continuaron el martes 15 de octubre. El cadáver de Enrique IV seguía en pie junto a su columna, asistiendo impasible a aquel

vasto sacrilegio que alcanzaba a la vez a sus predecesores y a su descendencia.

El miércoles 16, a las once de la mañana, precisamente en el momento en que caía sobre el cadalso de la plaza de la Revolución la cabeza de María Antonieta, se extraía del panteón de los Borbones el féretro del rey Luis XV.

Según la antigua costumbre del ceremonial de Francia, estaba colocado a la entrada del panteón esperando a su sucesor que no debía ir a reunirsele. Sacáronle de allí, y no fue abierto sino en el cementerio y junto a la huesa.

Al principio, el cuerpo retirado del féretro de plomo y cuidadosamente envuelto en telas y vendas, parecía entero y bien conservado; pero, desprendido de su envoltorio, sólo ofreció la imagen de la más asquerosa putrefacción; exhalaba un hedor en tal manera infecto que todo el mundo huyó, y hubo precisión de quemar varias libras de pólvora para purificar el aire.

Arrojamos enseguida a la huesa lo que quedaba del héroe del Parc-aux-Cerfs, del amante de las señoras de Chateauroux, de Pompadour y de Dubarry, y, colocadas sobre un lecho de cal viva, con una capa de cal viva cubrimos aquellas inmundas reliquias.

Había yo permanecido el último para hacer quemar la pólvora y arrojar la cal, cuando oí un gran rumor en la iglesia; entré en ella precipitadamente y vi a un trabajador que luchaba con sus camaradas, mientras las mujeres le amenazaban airadas con el puño.

El miserable había abandonado su triste tarea para ir a presenciar un espectáculo más triste todavía, la ejecución de María Antonieta; después, embriagado por los gritos que había dado y oído dar, y por el espectáculo de la sangre que vio verter, había vuelto a San Dionisio, y acercándose a Enrique IV, de pie junto a su columna y que continuaba rodeado de curiosos que casi hubieran podido llamarse devotos, se le encaró y le dijo:

—¿Con qué derecho permaneces tú aquí en pie, cuando se cortan las cabezas de los reyes en la plaza de la Revolución? Y, al mismo tiempo, agarrándole de la barba con la izquierda, se la había arrancado, y con la derecha abofeteó el cadáver real.

El cadáver había caído al suelo con un seco ruido, parecido al de un saco de huesos.

Súbitamente resonó un grito unánime y espontáneo. Con cualquier otro rey, hubiérase podido arriesgar tamaño ultraje, pero con Enrique IV, el rey del pueblo, era casi un ultraje al pueblo.

El sacrilego trabajador corría pues el mayor riesgo cuando me lancé a su socorro.

Desde que vio que podía hallar en mi un apoyo, púsose bajo mi protección; pero al mismo tiempo que le protegía, quise dejarle bajo el peso de la infame acción que acababa de cometer.

—Amigos míos, dije a los obreros, dejad a ese miserable, porque aquel a quien ha insultado está en el cielo y va a obtener de Dios su castigo.

Y luego, después de haberle tomado la barba que arrancó del cadáver y que conservaba todavía en su mano izquierda, le arrojé de la iglesia, anunciándole que quedaba despedido. Los silbidos y amenazas de sus camaradas le persiguieron hasta la calle.

Temiendo nuevos ultrajes contra Enrique IV mandé que lo llevaran a la huesa común. El cadáver fue acompañado hasta allí con las más profundas pruebas de respeto. Y en lugar de ser arrojado como los otros al osario real, fue descendido, depositado suavemente y colocado en uno de sus ángulos, extendiéndose piadosamente sobre él una capa de tierra en lugar de una capa de cal.

Al anochecer retiráronse los trabajadores y quedó solo el guardián; era éste un honrado sujeto colocado allí por mis órdenes, temiendo que, a favor de la oscuridad de la noche, no entrara alguien en la iglesia, ya fuese para ejecutar nuevas mutilaciones, ya para cometer nuevos robos: este guardián dormía de día y velaba desde las siete de la tarde a las siete de la mañana. Pasaba la noche en pie, paseándose para entrar en calor, o sentándose junto a un buen fuego encendido cerca de una de las columnas más inmediatas a la puerta.

Todo ofrecía en la basílica la imagen de la muerte, más terrible aún por efecto de la devastación. Los panteones estaban abiertos; las sepulcrales losas, arrojadas a las paredes; las estatuas rotas alfombraban el pavimento de la iglesia; aquí y allá sepulcros destrozados habían vomitado sus muertos de que no debían dar cuenta hasta el día del juicio final. Todo, en fin, inducía el espíritu del hombre, si era superior, a la meditación; si débil, al terror.

Por fortuna, el guardián no era espíritu, sino materia organizada, Miraba todos aquellos destrozos y ruinas, lo mismo que hubiera podido contemplar la tala de un bosque o la siega de un campo; y sólo atendía a contar las horas de la noche al oír la voz monótona del reloj, única cosa que había quedado viva en la desolada basílica.

En el preciso instante en que daban las doce, y cuando vibraba el último martillazo entre las sombrías profundidades de la iglesia, el guardián oyó algunos gritos terribles en el cementerio. Eran gritos de socorro, prolongadas quejas, dolorosas lamentaciones.

Pasado el primer momento de sorpresa, armose de un azadón y se adelantó hacia la puerta que comunicaba con la iglesia y el cementerio; pero, una vez abierta, reconociendo que los gritos salían de la huesa de los reyes, no se atrevió a pasar, volvió a cerrar la puerta y corrió a mi cuarto, a despertarme.

Me negué de pronto a creer en aquellos clamores que, según él, salían del osario real; pero como mi casa estaba precisamente delante de la iglesia, el guardián abrió la ventana, y, en medio del silencio turbado sólo por el rumor de la nocturna brisa, creí efectivamente oír prolongados gemidos que no me parecieron solamente rumores del viento.

Levanteme, pues, y acompañé al guardián hasta la iglesia. Llegados allí y cerrada la puerta tras de nosotros, oímos más distintamente los gemidos de que me había hablado. Era tanto más fácil distinguir de donde partían, cuanto que la puerta del cementerio, mal cerrada por el guardián, se había vuelto a abrir después de haber éste partido. No cabía ninguna duda de que los gritos procedían efectivamente del cementerio.

Encendimos dos antorchas y nos encaminamos hacia la puerta; pero por tres veces, al acercarnos a la puerta, nos las apagó la corriente de aire que de fuera a dentro se había establecido. Comprendí que era como uno de esos pasos estrechos difíciles de franquear, y que, así que estuviésemos en el cementerio, no tendríamos ya que sostener la misma lucha. Hice por lo tanto encender, a más de las antorchas, una linterna. Nuestras antorchas se apagaron de nuevo, pero la linterna no. Franqueamos el estrecho y, ya dentro del cementerio, volvimos a encender las antorchas que el viento respetó.

Sin embargo, a medida que nos acercábamos, habían ido amortiguándose los clamores, y cuando llegamos al borde de la huesa apenas se oían ya.

Sacudimos nuestras antorchas por encima de la vasta abertura, y, en medio de los esqueletos, sobre aquella capa de cal y de tierra que cubría el osario vimos algo informe que se agitaba.

Este algo parecía un hombre.

—¿Qué tenéis y qué queréis?, pregunté yo a aquella especie de sombra.

—¡Ay de mí!, murmuró una voz. Soy el miserable que ha dado un bofetón a Enrique IV.

—Pero ¿cómo estás ahí?, pregunté.

—Sacadme cuanto antes de aquí, señor Lenoir, y os lo contaré después todo.

Desde que el guardián de los muertos se hubo convencido de que tenía que habérselas con un vivo, el terror que se apoderara de él había

desaparecido; se encaminó a buscar una escalera tendida poco más allá sobre la hierba del cementerio y la mantuvo en pie, aguardando mis órdenes.

Le mandé que bajara la escalera a la huesa e invité al trabajador a que subiese. Arrastrose en efecto este último hasta el pie de la escalera; pero, llegado allí, cuando fue preciso ponerse en pie y subir los escalones, advirtió que tenía una pierna y un brazo rotos.

Arrojámosle entonces una cuerda con un nudo corredizo, y pasose esta cuerda por debajo de los brazos. Cogí uno de los cabos; bajó el guardián algunos escalones, y gracias a este doble sostén, conseguimos sacar a aquel vivo de entre la compañía de los muertos.

Apenas se halló fuera de la huesa, se desmayó.

Nos lo llevamos junto al hogar; le acostamos sobre un lecho de paja, Y envié al guardián en busca de un cirujano.

No tardó aquél en regresar acompañado del doctor, y aún antes que el herido hubiese vuelto en sí. Sólo en el acto de la operación abrió los ojos.

Efectuada la cura, di gracias al cirujano, y como deseaba saber por qué extraña circunstancia el profanador se encontraba en la huesa real, despedí también al guardián. Éste no quería otra cosa que irse a acostar después de las emociones de una noche como aquella. Quedé, por consiguiente, a solas con mi trabajador. Senteme en una piedra cerca de la paja donde éste yacía y frente al hogar, cuya trémula llama iluminaba la parte de la iglesia donde nos hallábamos, dejando todas las profundidades en una obscuridad tanto más densa, cuanto mayor era la claridad en donde nos encontrábamos nosotros.

Interrogué entonces al herido y he aquí lo que me contó:

El despido le había inquietado poco. Tenía dinero en su bolsillo, y hasta entonces había visto que de nada se carece con dinero.

Con que, se había ido a la taberna, donde comenzó por pedir una botella, pero al tercer vaso vio entrar al huésped.

—¿Acabaréis pronto?, le había preguntado éste.

—¿A qué viene esa pregunta?, había contestado el trabajador.

—Porque he oído decir que eres tú el que has dado un bofetón a Enrique IV.

—¡Pues bien, sí, yo soy!, había contestado descaradamente el trabajador. ¿Y qué?

—¡Cómo y qué!... Que no quiero dar de beber a un bribón como tú que atraería la maldición sobre mi casa.

—¡Tu casa!..., tu casa es la casa de todo el mundo, y desde el momento que paga está uno en su casa.



—Pero tú no pagarás.

—¿Y por qué?

—Porque no quiero tu dinero; y como tú no pagarás, no estarás en tu casa sino en la mía; y como estarás en la mía, tendré el derecho de ponerte de patitas en la calle.

—Eso en el caso de que seas más hombre que yo.

—Es que si no basto yo solo, llamaré a mis mozos.

—¡Pues bien, llámalo sí!, ¡a ver!

El tabernero había llamado y tres mozos, prevenidos de antemano, habían entrado a su vez, armados de sendos garrotes: por muchos deseos, pues, que de resistirse tuviera, le había sido fuerza al trabajador retirarse sin decir palabra.

Entonces salió y andorreó algún tiempo por la villa, y, a la hora de la comida, habíase entrado en el figón al que acostumbraban ir a comer los trabajadores.

Acababa de engullir su sopa cuando entraron los compañeros que habían concluido ya su jornal.

Al reparar en él, detuviéronse todos en el umbral, y llamaron al huésped para decirle que si aquel hombre seguía yendo a comer allí, todos ellos dejarían de concurrir a su casa, del primero al último.

El huésped preguntó qué había hecho aquel hombre sobre el cual pesaba la reprobación general. Contestáronle que era el que había dado un bofetón a Enrique IV.

—Entonces, ¡largo de aquí!, dijo el huésped avanzándose hacia él, ¡y ojalá se te convierta en veneno la comida!

Había aún menos posibilidad de resistirse en el figón que en la taberna. El trabajador maldito se levantó amenazando a sus camaradas, que le abrieron paso separándose, no a causa de sus amenazas, sino a causa de la profanación que había cometido.

Salió, con rabia en el corazón; anduvo errante buena parte de la noche por las calles de San Dionisio jurando y blasfemando. Luego, sobre las diez, se encaminó a su posada.

Contra la costumbre de la casa, estaban cerradas las puertas. Llamó, y asomose el posadero a la ventana; pero como la noche era muy oscura no pudo reconocer al que llamaba.

—¿Quién va?, preguntó.

El trabajador dio su nombre.

—¡Ah!, dijo el posadero; ¿eres tú, tú el que has dado un bofetón a Enrique IV? Aguarda.

—¿Y qué tengo que aguardar?, dijo con impaciencia el trabajador.

Y al mismo tiempo un bulto cayó a sus pies.

¿Qué es eso?, preguntó el trabajador.

—Toma... lo tuyo.

—¿Cómo lo mío?

Puedes ir a acostarte donde quieras. No quiero la maldición en mi casa.

Furioso el trabajador cogió una piedra y la tiró contra la puerta.

—Aguárdate, dijo el posadero, voy a despertar a tus camaradas y verás la que te espera.

Comprendió el trabajador que nada bueno podía esperar. Retirose, y encontrando a cien pasos de allí una puerta abierta, entró en un cobertizo, donde había un montón de paja; tendiose en ella y al poco rato quedó dormido. A las doce menos cuarto parecióle que alguien le tocaba el hombro.

Despertó y vio ante él una forma blanca que tenía el aspecto de una mujer y que le hacía señas para que la siguiera. Creyó que sería alguna de aquellas infelices que siempre tienen posada que ofrecer al que puede pagar la posada, y como tenía dinero y prefería pasar la noche a cubierto y en una cama antes que pasarla en un cobertizo y acostado sobre paja, se levantó y siguió a la mujer.

Ésta dirigióse por la acera izquierda de la *Grande-Rue*, atravesó la calle, y tomó por la derecha, introduciéndose en un callejón y no cesando de indicar al trabajador que le siguiese.

El hombre, acostumbrado a aquel manejo nocturno y conociendo por experiencia las calles donde acostumbran a vivir las mujeres del género de la que seguía, no vaciló un instante y penetró tras de ella en el callejón.

El callejón aquel daba a la campiña; creyó el trabajador que vivía aquella mujer en una casa aislada, y continuó siguiendola.

A los cien pasos atravesaron una brecha, pero de pronto, vio ante sí la antigua abadía de San Dionisio con su gigantesco campanario y sus ventanas ligeramente teñidas por la luz del hogar interior, junto al cual velaba el guardián.

Buscó con los ojos a la mujer; ésta había ya desaparecido.

Tendió la vista a su alrededor y se encontró en el cementerio.

Entonces quiso volver a pasar por la brecha.

Pero sobre la brecha, de pie, sombrío, amenazador, el brazo extendido hacia él, le pareció ver el espectro de Enrique IV.

El espectro dio un paso hacia adelante y el trabajador otro hacia atrás.

Al cuarto o quinto faltó la tierra a sus pies y cayó de espaldas en el foso.

Entonces parecióle ver que se erguían a su alrededor todos aquellos reyes, predecesores y descendientes de Enrique IV; entonces le pareció que levantaban sobre él los otros, gritando: ¡Maldición al sacrílego! Entonces le pareció que al contacto de aquellos cetros pesados como plomo, ardientes como fuego, sus miembros se despedazaban.

En aquel instante daban las doce y oyó los lamentos el guardián.

Hice cuanto me fue posible para tranquilizar a aquel infeliz; pero había perdido completamente la razón, y, después de un delirio de tres días, murió gritando: ¡Perdón!

—Dispensadme, dijo el doctor, pero no acabo de comprender la consecuencia de vuestro relato. El accidente de vuestro trabajador prueba que, preocupada la imaginación con lo que le había acaecido durante el día, en estado de vigilia o en estado de sonambulismo, comenzó a andar errante por la noche; que, divagando a la ventura, entró en el cementerio, y que mientras miraba al cielo en lugar de mirar a sus pies, cayó en la huesa donde naturalmente y a consecuencia de su caída se rompió un brazo y una pierna. Ahora bien, vos nos habéis hablado de una predicción realizada, y no veo en todo ello la menor sombra de predicción.

—Aguardad, doctor, dijo el caballero; la historia que acabo de contar y que, realmente, no es más que un hecho, conduce directamente a esa predicción que voy a narrar y que es un misterio.

Es la siguiente:

El 20 de enero de 1794, después de la demolición del sepulcro de Francisco I, abrióse la tumba de la condesa de Flandes, hija de Felipe el Largo.

Estos dos sepulcros eran los últimos que quedaban por registrar, pues todos los panteones estaban abiertos, todas las tumbas vacías y todos los esqueletos habían sido arrojados al osario.

Sólo una sepultura faltaba encontrar, la del cardenal de Retz, que, según se decía, había sido enterrado en San Dionisio.

Habían vuelto a cerrarse todos los panteones, o casi todos: el de los Valois, y el de los Carlovingios. No quedaba abierto más que el de los Borbones, que debía cerrarse al siguiente día.

Pasaba el guardián su última noche en la iglesia donde nada tenía ya que guardar, y se aprovechaba del permiso de poder dormir.

A media noche, fue despertado por el sonido del órgano y de los cantos religiosos.

Se frotó los ojos, y volvió la cabeza hacia el coro, es decir, hacia el lado de donde partían los cantos.

Entonces vio con el mayor asombro las gradas del coro ocupadas por los religiosos de San Dionisio; a un arzobispo celebrando en el altar; la capilla-ardiente, iluminada; y bajo la capilla-ardiente el gran paño de oro mortuario que no acostumbra a servir más que para cubrir los cadáveres reales.

Cuando el guardián despertó, había terminado ya la misa y empezaba la ceremonia del entierro.

El cetro y la corona, colocados sobre un almohadón de terciopelo rojo, fueron entregados a los heraldos que los presentaron a tres príncipes.

Enseguida, más bien deslizándose que andando, y sin que el ruido de sus pasos despertara el menor eco bajo las bóvedas, adelantáronse los gentilhombres de cámara, que, tomando el cuerpo, lo llevaron al panteón de los Borbones, el único que había quedado abierto, pues, según he dicho, habíanse ya cerrado los otros.

Entonces bajó el rey de armas al panteón, y una vez allí llamó a los heraldos para que fueran cada uno a llenar su cometido.

El rey de armas y los heraldos eran en número de cinco. Desde el fondo del panteón, el rey de armas llamó al primer heraldo, que bajó llevando las espuelas.

Enseguida al segundo, que bajó con las manoplas. Después al tercero, con el escudo.

Después al cuarto, con el yelmo coronado. Por fin al quinto, llevando la cota de malla. Enseguida llamó al primer escudero trinchante, que llevó el estandarte; a los capitanes de los suizos, de los arqueros de la guardia y de los doscientos gentilhombres de palacio, al escudero mayor, que llevó la espada real; al primer chambelán, con la bandera de Francia; al mayordomo mayor ante el cual pasaron todos los demás mayordomos, arrojando sus bastones blancos en el panteón y saludando a los tres príncipes portadores de la corona y del cetro, a medida que iban desfilando; a los tres príncipes, que llevaron a su vez el cetro y la corona.

Entonces el rey de armas gritó en voz alta y por tres veces:

*«El rey ha muerto; ¡viva el rey!*

*»El rey ha muerto; ¡viva el rey!*

*»El rey ha muerto; ¡viva el rey!».*

Un heraldo que había permanecido en el coro, repitió el triple grito.

En fin, el mayordomo mayor rompió su vara en señal de que la casa real estaba rota.

Luego sonaron las trompetas y despertó el órgano.

Después, a medida que las trompetas sonaban cada vez más débilmente, y que el órgano gemía cada vez más bajo, las llamas de los cirios palidieron, los cuerpos de los concurrentes se borraron, y al último gemido del órgano, al último son de la trompeta, todo desapareció.

Al siguiente día, el guardián, anegado en lágrimas, contó el entierro que había visto y al cual sólo él, pobre diablo, había asistido, prediciendo que aquellos mutilados sepulcros volverían a ser colocados en su lugar, y que, no obstante los decretos de la Convención y la obra de la guillotina, Francia vería una nueva monarquía y San Dionisio nuevos reyes. Por semejante predicción prendieron y estuvieron a punto de matar al pobre diablo, que, treinta años después, es decir, el 20 de septiembre de 1824, tras de la misma columna donde tuvo su visión, me decía, tirándome de un faldón del frac.

—¡Y bien!, señor Lenoir, ¿me engañaba cuando os decía que volverían un día nuestros pobres reyes a San Dionisio?

En efecto, aquel día enterraban a Luis XVIII con el mismo ceremonial que viera practicar el guardián de las tumbas treinta años antes.

—Explicad esto, doctor.

## X. El Panadero

---

Calló el doctor, ya porque se daba por vencido, ya por parecerle difícil, (esto era lo más probable), negar lo que decía una persona como el caballero Lenoir.

El silencio del doctor dejaba el campo libre a los comentadores; el abate Moulle fue el primero en romper el silencio.

—Todo eso, dijo, confirma mi sistema.

—¿Y cuál es vuestro sistema?, preguntó el doctor, regocijado de emprender la polémica con campeones menos rudos que el señor Ledrú y el caballero Lenoir.

—Que vivimos entre dos mundos invisibles, poblado el uno de espíritus infernales y de espíritus celestes el otro; que a la hora de nuestro nacimiento, dos genios, uno bueno y otro malo, vienen a colocarse a nuestro lado, nos acompañan, toda nuestra vida, inspirándonos uno el bien y otro el mal, y apoderándose de nosotros el que triunfa a la hora de nuestra muerte. Así, nuestro cuerpo llega a ser presa de un demonio o morada de un ángel, En la pobre Angelita el buen genio había triunfado, y os decía adiós, Ledrú, por los magos labios de la joven mártir; en el bandido condenado por el magistrado escocés, el demonio había quedado dueño del sitio, y se presentaba sucesivamente al juez bajo la forma de un gato, con el traje de un alguacil o con la apariencia de un esqueleto; en fin, en el último caso, el ángel de la monarquía venga en el sacrílego la terrible profanación de los sepulcros, como Cristo manifestándose a los humildes, muestra la futura restauración del trono al pobre guardián de las tumbas, y esto con tanta pompa como si la fantástica ceremonia tuviese por testigos los futuros dignatarios de la corte de Luis XVIII.

—Pero en fin, señor abate, dijo el doctor, todo sistema está fundado en una convicción.

—Sin duda.

—Y para que ésta sea real, es preciso que se apoye en un hecho.

—En un hecho se apoya la mía.

—¿En un hecho que os ha sido contado por alguien en quien tenéis plena confianza?

—En un hecho que me ha ocurrido a mí mismo. —Contadnoslo, señor abate.

—Con mucho gusto. Nací en aquella parte de la herencia de nuestros antiguos reyes, llamada hoy departamento de l'Aisne, y que se llamaba en otro tiempo isla de Francia; mis padres habitaban una pequeña aldea situada en medio del bosque de Villers-Cotterêts, llamada Fleury. Antes de mi nacimiento, habían tenido ya mis padres cinco hijos, tres varones y dos hembras; todos habían muerto. De ello resultó que al verse mi madre en cinta de mí, hizo voto de llevarme vestido de blanco hasta la edad de siete años, y mi padre prometió una peregrinación a Nuestra Señora de Liesse.

Dos votos semejantes no son raros en provincia, y tenían entre los dos una relación directa, puesto que el blanco es el color de la Virgen y que Nuestra Señora de Liesse es la misma Virgen María.

Desgraciadamente, mi padre murió durante el embarazo de mi madre; pero ésta, que era piadosa mujer, no desistió de cumplir en todo su rigor el doble voto. Así es que desde mi nacimiento me vistieron de blanco de pies a cabeza, y tan pronto como se halló en disposición de andar, emprendió mi madre a pie, y según el voto prometido, la sagrada peregrinación. Por fortuna Nuestra Señora de Liesse estaba situada a quince o diez y seis leguas no más, de la aldea de Fleury; en tres jornadas, escasas, llegó mi madre a la capilla.

Allí hizo sus devociones y recibió de manos del cura una medalla de plata que colgó de mi cuello.

Gracias a ese doble voto, me vi exento de todos los accidentes de la niñez, y, cuando hube llegado a la edad de la razón, fuese resultado de la educación religiosa que recibiera, o bien influencia del amuleto, me sentí impulsado hacia el estado eclesiástico.

Después de haber cursado en el seminario de Soissons, me ordené en 1780 y fui enviado de vicario a Etampes. La casualidad hizo que fuera agregado a la iglesia de Etampes, que está bajo la advocación de Nuestra Señora.

Es esta iglesia uno de los maravillosos monumentos que la época romana ha legado a la Edad Media. Fundada por Roberto el Fuerte fue concluida en

el siglo XII. Aún conserva en el día unos magníficos ventanales, que, en la época de su prosperidad, debían armonizar admirablemente con la pintura y el dorado que cubrían sus columnas y enriquecían sus capiteles.

Ya desde niño había yo amado esas maravillosas eflorescencias de granito que la fe hizo brotar de la tierra en el espacio intermedio del siglo X al XVI para cubrir el suelo de Francia, la hija mayor de Roma, con un bosque de iglesias, y que cesó cuando murió la fe en los corazones, con el veneno de Lutero y de Calvino.

Cuando niño había jugado en las ruinas de San Juan de Soissons, y deleitádome contemplando los caprichos de todas aquellas molduras que parecen flores petrificadas; de suerte que cuando me hallé en Nuestra Señora de Etampes me consideré feliz al ver que la casualidad o por mejor decir la Providencia, me hubiese dado, pobre golondrina, semejante nido, triste alción, semejante buque.

Así es que mis más gratos momentos eran los que pasaba en la iglesia. No pretendo decir que fuese un sentimiento puramente religioso el que allí me detenía; no, era un sentimiento de bienestar que puede compararse al del pájaro cuando se le saca de la campana neumática para volverlo al espacio y a la libertad. Mi espacio era el que se extendía de la portada al ábside; mi libertad era soñar horas enteras de rodillas sobre una tumba o apoyado en una columna: ¿En qué soñaba?, no era ciertamente en argucias teológicas, no; sino en la lucha eterna del bien y del mal que tiraniza al hombre desde el día del pecado; en los hermosos ángeles de nevadas alas, o en los repugnantes demonios de rojas facciones, que, a cada rayo de sol, brillaban sobre los cristales, resplandecientes de fuego ce leste unos, y envueltos otros en las llamas del infierno.

En una palabra, mi habitación era Nuestra Señora, allí vivía, allí pensaba, allí rezaba. Sólo iba a la casita que me destinaron, a comer y a dormir. Y aun muchas noches no dejaba yo mi hermosa y querida basílica hasta las doce o la una dadas.

Ya todos lo sabían. Cuando no estaba en casa estaba en la iglesia; iban a buscarme allí y allí me encontraban.

De los rumores del mundo, pocos llegaban hasta mí, encerrado como me hallaba en aquel santuario de religión y de poesía sobre todo.

Sin embargo, entre aquellos rumores uno había que a todos interesaba, grandes y pequeños, clérigos y seglares. Los alrededores de Etampes se veían asolados por las hazañas de un sucesor, o por mejor decir de un rival de



Cartouche y de Poulailleur, que, por su audacia, parecía seguir las huellas de sus predecesores.

Llamaban a este bandido que todo lo devastaba, pero en particular las iglesias, el Panadero.

Lo que más atrajo mi atención en los hechos de aquel bandido, fue que su mujer, que vivía en un arrabal de Etampes, era una de mis más asiduas penitentes. Honrada y digna mujer para la que era un remordimiento la existencia criminal de su marido, y que, creyéndose responsable ante Dios como esposa, pasaba su vida rezando y confesándose, esperando atenuar con sus santas obras la impiedad del Panadero.

En cuanto a éste, acabo de deciroslo, era un bandido que no temía ni a Dios ni al diablo; según él, la sociedad estaba mal organizada y había sido enviado a la tierra para reformarla; pretendía restablecer el equilibrio en las fortunas, y no era más que el precursor de una secta que debía surgir el día menos pensado y predicar lo que él ponía en práctica, a saber, la comunidad de bienes.

Veinte veces fue arrestado y conducido a la cárcel; pero, casi siempre a la segunda o tercera noche hallaban vacío su calabozo; y como no podían darse cuenta de aquellas evasiones, decíase que había encontrado la yerba que corta el hierro.

Algo de extraordinario había en aquel hombre.

Confieso que sólo pensaba en él cuando su pobre mujer iba a confesarse conmigo, confiándome sus terrores y pidiéndome consejos.

Ya comprenderéis que, entonces, le aconsejaba emplear toda su influencia sobre su marido para llevarle a buen camino; pero la influencia de la pobre mujer era bien débil por cierto. No le quedaba otra cosa que el eterno recurso de gracia que abre para con el Señor la oración.

Acercábanse las fiestas de Pascua del año 1783. Era la noche del jueves al viernes santo. Durante el día del jueves había oído yo gran número de confesiones y hacia las ocho de la noche me había sentido en tal manera fatigado, que me dormí en el confesionario.

El sacristán me había visto dormido; pero conociendo mis costumbres y sabiendo que tenía en mi bolsillo una llave de la puerta de la iglesia, ni siquiera pensó en despertarme; lo que aquella noche me sucedía, me había sucedido ya cien veces.

Dormía, pues, cuando en mitad de mi sueño sentí resonar como un doble ruido.

La vibración del martillo de bronce dando las doce.

El rumor de unas pisadas sobre las baldosas.

Abrí los ojos y me disponía a salir del confesionario, cuando en el rayo de luz filtrado por la luna a través de los cristales de una de las ventanas, parecióme ver pasar un hombre.

Como aquel hombre andaba con precaución, mirando a su alrededor a cada paso, comprendí que no era el monaguillo, ni el bedel, ni el chantre, ni alguno de los dependientes de la iglesia, sino un intruso que allí se encontraba con dañada intención.

El nocturno visitador se encaminó hacia el coro. Parose llegado allí y oí a los pocos instantes el seco ruido del eslabón al chocar con el pedernal; vi luego brillar chispas, encendióse un pedazo de yesca y no tardó una pajuela en ir a fijar su luz errante en el pábilo de uno de los cirios del altar.

A la luz de este cirio pude entonces distinguir fácilmente a un hombre de mediana estatura que llevaba colgados del cinto dos pistolas y un puñal, de rostro más bien sarcástico que terrible, y que, abarcando con una mirada investigadora toda la extensión de la circunferencia iluminada por el cirio, pareció completamente tranquilizado con este examen.

Luego sacó de su bolsillo no un manajo de llaves, sino un manajo de ganzúas, y con ayuda de una de ellas abrió el sagrario, sacando primeramente el copón, magnífica copa de plata antigua, cincelada en tiempo de Enrique II, después un macizo viril que había sido regalado al pueblo por la reina María Antonieta, y en fin unas vinajeras de plata sobredorada.

Como esto era todo lo que contenía el sagrario, volvióle a cerrar cuidadosamente y se puso de rodillas para abrir una urna que había en la parte Inferior del altar.

Encerraba esta urna una Virgen de cera adornada con una corona de oro y de diamantes y cubierta con un vestido bordado de piedras preciosas.

A los cinco minutos la urna, de la cual, por otra parte; el ladrón hubiera podido romper las partecitas de cristal, se hallaba abierta como el sagrario con ayuda de una de las ganzúas, cuando, para impedir semejante robo, salí del confesionario y me adelanté hacia el altar.

El ruido que hice abriendo la puerta obligó al ladrón a volverse. Inclínose hacia el lado en donde yo estaba y trató de sondear con su vista las lejanas sombras de la iglesia; pero el confesionario se hallaba fuera del alcance de la luz, de manera que realmente no me vio hasta que entré en el círculo iluminado por la trémula llama del cirio.

Al ver a un hombre, el ladrón se apoyó en el altar, sacó una de las pistolas de su cinto y apuntó.

Pronto, empero, pudo convencerse, por mi hábito talar, de que yo no era más que un simple sacerdote inofensivo, sin más escudo que la fe, sin más arma que la palabra.

A pesar de su amenaza, adelanteme hasta las gradas del altar. Estaba yo plenamente convencido de que si disparaba, o fallaría la pistola o se desviaría la bala; tenía la mano sobre mi medalla y me sentía completamente protegido por el santo amor de la Virgen.

La tranquilidad del pobre vicario pareció hacer mella en el bandido.

—¿Qué queréis?, me dijo esforzándose en afectar tranquilidad.

—¿Eres el Panadero?, le pregunté.

—Y ¿quién, si no yo, se atrevería a entrar en una iglesia solo, como yo?

—Pobre pecador endurecido que te enorgulleces de tu crimen, le dije, ¿no comprendes que no apartándote de la senda que has emprendido, pierdes no solamente tu cuerpo sino también tu alma?

—¡Bah!, dijo, en cuanto a mi cuerpo, le he salvado ya tantas veces, que espero salvarle aún, y por lo que se refiere a mi alma...

—¿Y qué?, ¡por lo que se refiere a tu alma!

—Es cosa que incumbe a mi mujer; mi mujer es santa por los dos y salvará mi alma con la suya.

—Tu mujer es, en efecto, una santa que, de fijo, moriría de dolor si cometías este crimen.

¡Hola!, ¡hola!, ¿y creéis que morirá de dolor mi pobre mujer?

—Estoy seguro.

—¡Toma!, con que voy a enviudar, continuó el bandido, soltando una carcajada y extendiendo la mano hacia los vasos sagrados.

Pero yo subí al altar y le detuve.

—No, le dije, porque no cometerás semejante sacrilegio.

—¿Y quién me lo impedirá?

—Yo.

—¿Por la fuerza?

—No, por la persuasión. El Señor no ha enviado a la tierra sus ministros para que se valiesen de la fuerza, que es una cosa humana, sino de la persuasión, que es una virtud celeste. No, amigo mío, no cometerás semejante sacrilegio, y no lo digo por la iglesia que puede ciertamente comprar otros vasos sagrados, sino por ti, que no podrías purgar pecado tal.

—¡Toma!, ¡toma!, ¿y creéis vos que sea este el primero?

—No; ya sé que es el décimo, el vigésimo, el trigésimo quizá, ¿pero qué importa? Hasta aquí tus ojos estuvieron cerrados y esta noche se abrirán. ¿No

has oído decir nunca que existió un hombre llamado Saulo que guardaba las capas de los que apedrearon a San Esteban? Pues bien, ese hombre tenía los ojos cubiertos de escamas, según dice él mismo; un día, las escamas cayeron de sus ojos; vio, y fue después San Pablo. ¡Sí, San Pablo..., el grande, el ilustre San Pablo!

—¿Pero decidme, señor cura, San Pablo no fue ahorcado?

—¡Y bien!, ¿de qué le sirvió entonces ver?

—Le sirvió para convencerse de que a veces la salvación está en el suplicio. San Pablo ha dejado un nombre venerado en la tierra y goza de beatitud eterna en el cielo.

¿A qué edad consiguió ver San Pablo?

—A treinta y cinco años.

—He pasado ya la edad; tengo cuarenta.

—Siempre es tiempo de arrepentirse. Jesús decía en la cruz al mal ladrón: Una palabra de arrepentimiento y te salvo.

—¡Parece que aprecias mucho tu plata!

—No, lo que aprecio es tu alma, que quiero salvar.

—¡Mi alma! ¡Para el bobo que te crea!

—¿Quieres que te pruebe que lo que me interesa es tu alma?

—¿En cuánto estimas el robo que esta noche vas a cometer?

—¡Psé!... en mil escudos, exclamó el bandido mirando las vinajeras, el copón, el viril y el vestido de la Virgen.

—¿En mil escudos?

—Bien sé que vale el doble: pero será preciso perder al menos las dos terceras partes; ¡esos diablos de judíos son tan ladrones!

—Ven a mi casa.

—¿A tu casa?

—Sí, sígueme. Tengo allí una suma de mil francos y te la entregaré a cuenta.

—¿Y los otros dos mil?

—Los otros dos mil, te prometo, a fe de sacerdote, que Iré a mi país; mi madre tiene algunos bienes, venderé tres o cuatro fanegas de tierra para reunir los otros dos mil francos, y te los daré.

—Sí, ya para darme una cita y hacerme caer en un lazo.

—Tú no crees en lo que dices, dije extendiendo hacia él la mano.

—¡Y bien!, verdad es, no creo en ello, dijo con aire sombrío. ¿Pero tu madre, es rica?

—Mi madre es pobre.

—¿Entonces quedará arruinada?

—Cuando le habré dicho que al precio de su ruina he salvado un alma, me bendecirá. Por otra parte, si se queda sin nada, vendrá a vivir conmigo, y nunca me faltará para los dos.

—Acepto, dijo. Vamos a tu habitación.

—Bueno, pero aguarda.

—¿Qué?

—Vuelve a guardar en el sagrario los objetos que has sacado, y ciérralos con llave, será un acto meritorio.

El bandido frunció las cejas como hombre a quien invade la fe a pesar suyo; volvió a colocar los sagrados vasos en el sagrario y lo cerró con el mayor cuidado.

—Vamos, dijo.

—Haz primero la señal de la cruz.

Trató de soltar una carcajada burlona; pero la risa comenzada se interrumpió por sí sola.

Después, hizo la señal de la cruz.

—Y ahora, le dije, sígueme.

Salimos por la puerta pequeña, y no tardamos cinco minutos en estar en mi casa.

Durante el camino, por corto que fuese, parecía muy inquieto el bandido mirando a su alrededor y temiendo que no le hiciera yo caer en una emboscada.

Al llegar a mi casa, detúvose junto a la puerta.

—¿Y los mil francos?, me preguntó.

—Aguarda, respondí.

Encendí una bujía, abrí un armario y tomé un saquito.

—Ahí los tienes, le dije.

Y le entregué el saco.

—¿Y cuándo tendré los otros dos mil?

—Te pido seis semanas de plazo.

—Está bien; te concedo las seis semanas.

—¿A quién se los daré?

El bandido reflexionó un instante.

—A mi mujer, dijo.

—Bien está.

—Bajo el supuesto de que no ha de saber ni de dónde viene ese dinero, ni cómo lo he ganado.

—No lo sabrá ella, ni nadie. ¿Y me prometes tú a la vez no intentar jamás nada contra Nuestra Señora de Etampes ni contra otra cualquier iglesia bajo la advocación de la Virgen?

—Jamás.

—¿Bajo tu palabra?

—Lo juro.

—Vete, hermano, y no vuelvas a pecar.

Le saludé, haciéndole seña con la mano de que podía retirarse.

Pareció vacilar un momento; después abriendo la puerta con precaución, desapareció.

Yo entonces me arrodillé y rogué por aquel hombre.

No había aún concluido mi rezo, cuando oí llamar a la puerta.

—Adelante, dije sin volverme.

Alguien entró efectivamente, y viéndome rezar, detúvose y se quedó en pie detrás de mí.

Cuando hube terminado mi rezo, me volví y vi al Panadero inmóvil y en pie junto a la puerta, con su saquito debajo del brazo.

—Toma, me dijo, te devuelvo tus mil francos.

—¿Mis mil francos?

—Sí, y te perdono los otros dos mil.

—¿Y subsiste sin embargo la promesa que me has hecho?

—¡Bah!

—¿Te arrepientes?

—Yo no sé si me arrepiento o no; pero yo no quiero tu dinero, ya lo sabes.

Y depositó el saco sobre la mesa.

Después se paró como para pedirme algo, pero parecía que le costaba trabajo decirlo. Su mirada me interrogaba.

—¿Qué deseas?, le dije. Habla, amigo mío. Lo que acabas de hacer es una acción loable; no te avergüences de obrar mejor.

—¿Tienes gran devoción a la Virgen?, me preguntó.

—Muy grande.

—¿Y crees que por su intercesión un hombre, por culpado que sea, pueda salvarse a la hora de la muerte?

—Sí.

—Pues bien, en cambio de tus tres mil francos, cuyo pago te dispense, dame alguna reliquia, algún escapulario, algún rosario que pueda besar en la hora de mi muerte.

Me quité la medalla y la cadena de oro que me pusiera al cuello mi madre el día de mi nacimiento, y que desde entonces no había abandonado, y se las di al bandido.

Éste besó la medalla y desapareció.

Un año transcurrió sin que oyera hablar del Panadero; sin duda había abandonado a Etampes para ir a ejercer en otro punto sus hazañas.

Recibí un día una carta de mi colega el vicario de Fleury. Decíame que mi madre estaba muy enferma y deseaba verme. Obtuve una licencia y partí.

Seis semanas o dos meses de solícitos cuidados y oraciones devolviéronle a mi madre la salud. Nos separamos, alegre yo, restablecida ella, y volvíme a Etampes.

Llegué un viernes por la noche, y encontré agitada toda la población. El famoso ladrón, el Panadero, había sido arrestado en Orleans, y juzgado por el consejo de la villa, que, después de condenarle, le había enviado a Etampes para ser ahorcado allí, puesto que los alrededores de aquella población habían sido el principal teatro de sus hazañas.

La ejecución se había efectuado durante aquella misma mañana.

Esto fue lo que supe en la calle; pero al llegar a casa supe más: supe que una mujer del pueblo había ido desde el día anterior por la mañana (es decir, desde el momento en que había llegado el Panadero a Etampes para sufrir su suplicio), a informarse más de diez veces si yo estaba de regreso.

Semejante insistencia no era extraña por cierto. Había escrito anunciando mi próxima llegada y me aguardaban de un instante a otro.

No conocía de la clase baja más que a la pobre mujer que había quedado viuda: Resolví dirigirme a su casa sin pérdida de momento.

De mi casa al barrio de los pobres, no había más que un paso.

Bien es verdad que daban las diez de la noche; pero yo pensé que puesto que el deseo de verme era tan ardiente, a la pobre mujer no la molestaría mi visita.

Bajé, pues, al arrabal e hice que me indicaran su casa.

Como todos la tenían por una santa, nadie le echaba en cara el crimen de su marido, ni su deshonra.

Llegué a la puerta. El ventanillo estaba abierto y pude ver a través del vidrio a la pobre mujer arrodillada y rezando al pie de la cama.

En el movimiento de sus hombros podía conocerse qué sollozaba rezando.

Llamé a la puerta.

Levantose y acudió precipitadamente a abrir.

—¡Ah, señor cura!, exclamó, el corazón me lo decía; cuando habéis llamado, he comprendido que erais vos. ¡Ay de mí! Llegáis tarde; mi marido ha muerto sin confesión.

—¿Ha muerto sin arrepentirse?

—No, muy al contrario; segura estoy de que en fondo de su corazón era cristiano, pero había declarado que no quería otro sacerdote sino vos, que con nadie se confesaría más que con vos, y que si con vos no se confesaba, se confesaría con la Virgen.

—¿Esto os ha dicho?

—Sí, y al decírmelo besaba una medalla prendida de su cuello con una cadena de oro, recomendando sobre todo que no se le quitara aquella medalla y afirmando que si con ella se le enterraba, el demonio no tendría poder alguno sobre su cuerpo.

—¿Y no ha dicho más?

—Al dejarme para ir al cadalso, me indicó que llegaríais esta tarde y que vendríais a verme tan pronto como llegaseis; por esto os esperaba yo.

—¿Esto ha dicho?, exclamé con asombro.

—Sí, y me ha encargado que os dijera...

—¿A mí?

A vos... que a la hora que llegaseis... os rogara...

—¡Dios mío, jamás me atreveré a decir semejante cosa; sería tan penoso para vos!

—Decid, buena mujer, decid.

—¡Pues bien!, encargome que os rogara que fuéseis a la horca y allí, junto a su cuerpo, dijeseis, en provecho de su alma, cinco Padre-nuestros y cinco Ave-marías. Ha añadido también, señor cura, que no os negaríais a ello.

—Y ha tenido razón, porque voy a ir.

—¡Oh! ¡Cuán bueno sois!

La pobre mujer me tomó las manos y quiso besarlas. Yo me desasí.

—Vamos, buena mujer, le dije; ¡ánimo!

—Dios me da el suficiente, señor cura, no me quejo.

—¿No ha pedido más?

—Nada más.

—Bien está. Si basta cumplir semejante deseo para el reposo de su alma, lo obtendrá.

Y dicho esto salí.

Eran las diez y media poco más o menos. Estábamos a últimos de abril y el cierzo era frío todavía. Pero el cielo estaba hermoso, hermoso sobre todo



para un pintor; rodaba la luna por un mar de sombrías olas que daban grandioso carácter al horizonte.

Di la vuelta a las vetustas murallas de la villa y llegué a la puerta de París, la única que quedaba abierta en Etampes después de las once de la noche.

El fin de mi excursión era una explanada que, hoy como entonces, domina la villa toda; sólo que en el día no quedan más huellas de la horca; que se elevaba entonces en mitad de la explanada, que tres fragmentos de albañilería que aseguraban los tres postes unidos entre si por dos maderos y formaban el patíbulo.

Para llegar a esa explanada situada a izquierda del camino cuando se va de Etampes a París, era preciso pasar por junto a la torre de Guinette, fortaleza avanzada que parece un centinela colocado aisladamente en la llanura para guardar la población.

Esa torre que vos debéis haber visto, caballero Lenoir, y que Luis XI trató de derribar en otra época sin conseguirlo, quedó destruida por la explosión y parecía mirar la horca, de la cual sólo veía una parte, con la negra órbita de un gran ojo sin pupila.

De día, es la morada de los cuervos, de noche es el palacio de los mochuelos y de los búhos.

Perseguido por sus gritos y chillidos tomé el camino de la explanada, camino estrecho, difícil, escabroso, cortado en la toca y abierto a través de la maleza.

No diré que tuviese miedo. El hombre que cree en Dios, y en él confía, nada debe temer; pero estaba conmovido.

No se oía más que el monótono tic-tac del molino del arrabal, el grito de los búhos y mochuelos y el silbido del viento al introducirse por entre la maleza.

La luna penetraba en una nube negruzca cuyas extremidades bordaba con plateada franja. En breve se ocultó.

Mi corazón latía con violencia. Parecíame que iba a ver, no lo que había ido a ver, sino algo inesperado.

Iba en tanto prosiguiendo mi camino y al llegar a cierto punto de la cuesta comencé a distinguir el cabo superior de la horca compuesto de los tres postes y del doble travesaño de encina de que os he hablado ya.

De estos travesaños de encina penden las cruces de hierro en las cuales colocaban a los condenados.

Distinguía como una móvil sombra el cuerpo del infeliz Panadero que balanceaba el viento en el espacio.

De pronto me detuve. Era que al distinguir completamente la horca, desde su extremidad superior a su base, distinguí también una masa informe que parecía un animal de cuatro patas y que se movía.

Paréme y me acurruqué detrás de una roca. Era el animal aquel mayor que un perro y más grueso que un lobo.

Levantose repentinamente sobre las patas posteriores, y fuéme fácil entonces reconocer que no era otro que el que Platón llama bípedo sin plumas un hombre.

¿Qué podía hacer a semejante hora un hombre al pie de la horca, a menos que no fuera un alma religiosa que iba a rezar o un alma irreligiosa que iba a cometer un sacrilegio? Resolvíme en todo caso a mantenerme quieto y observar. Precisamente en aquel instante salía la luna de entre las nubes, dando de lleno sobre la horca. Alcé la vista.

Pude entonces ver distintamente no sólo al hombre, sino todos los movimientos que hacía.

Aquel hombre levantó una escalera tendida en el suelo, la apoyó en uno de los postes más cercanos al cadáver, y subió por ella.

Después formó con el ahorcado un grupo extraño, en el cual muerto y vivo parecieron confundirse en un abrazo.

De improviso, resonó un grito terrible. Vi agitarse los dos cuerpos, oí pedir socorro, con voz ahogada que pronto se extinguió; luego, uno de los dos cuerpos se desprendió de la horca, en tanto que el otro quedaba pendiente de la cuerda agitando sus piernas y sus brazos.

Imposible me era adivinar lo que en la infame máquina ocurría; pero en fin, obra del hombre o del demonio, algo extraordinario acababa de suceder, algo que necesitaba pronto auxilio, que reclamaba pronto socorro.

Precipitéme entonces. A mi vista el ahorcado pareció redoblar su agitación, mientras que, debajo de él, yacía inmóvil el cuerpo que se descolgara de la horca.

Acudí primeramente al vivo. Subí precipitadamente la escalera y con mi cortaplumas corté la cuerda; el ahorcado cayó al suelo, y de un salto estuve yo a su lado.

Se retorció presa de horribles convulsiones; el otro cadáver manteníase siempre inmóvil. Comprendí que el nudo corredizo seguía apretando el cuello del pobre diablo. Me incliné para librarle de él, y a duras penas logré deshacer el nudo que le estrangulaba.

Durante esta operación que me obligaba a mirar a aquel hombre cara a cara, reconocí con asombro que era el verdugo.

Tenía los ojos fuera de sus órbitas, el rostro cárdeno, la boca torcida; y un resuello, parecido a estertor, se escapaba de su pecho.

Pero lentamente recobró la vida.

Habíale recostado junto a una gran piedra; al cabo de un instante pareció recobrar sus sentidos, tosió, volvió la cabeza al toser y acabó por mirarme fijamente.

Su asombro no fue mayor de lo que había sido el mío.

—¡Oh, oh!, señor cura, dijo, ¿sois vos?

—Sí, yo mismo.

—¿Y qué venís a hacer aquí?

—¿Y vos?

Pareció coordinar sus ideas. Miró otra, vez en torno; pero esta vez detuviéronse sus ojos en el cadáver.

¡Ah!, dijo tratando de levantarse; vámonos, señor cura, vámonos de aquí en nombre del cielo.

—Idos, si vos queréis, le contesté. A mí me toca cumplir un deber.

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿Y cuál es?

—Ese desgraciado a quien hoy habéis ahorcado, encargó que viniera yo a decir al pie de la horca cinco Padre-nuestros y cinco Ave-Marías por la salvación de su alma.

—¿Por la salvación de su alma? ¡Ay, señor cura!, trabajo tendréis para salvarle; es Satanás en persona.

—¡Cómo, Satanás en persona!

—Sin duda; ¿no acabáis de ver lo que me ha hecho?

—¡Cómo es eso! ¿Qué os ha hecho, pues?

—Me ha ahorcado.

—¿Os ha ahorcado? A mí me parecía, por el contrario que erais vos quien le había prestado tan triste servicio.

—Sí, a fe mía, y creía haberle ahorcado que no había más que pedir. Parece sin embargo que me engañé. Pero ¿cómo no ha sabido aprovechar el momento en que yo estaba colgado a mi vez para escaparse?

Acerquéme al cadáver y lo levanté; estaba rígido y frío.

—Porque está muerto, le dije.

—¡Muerto!, repitió el verdugo. ¡Muerto!, ¡ah, diablo!, peor es entonces. ¡Huyamos, señor cura, huyamos!

Y se levantó.

—Amigo mío, dije al ejecutor mirándole fijamente, aquí hay algún misterio. Hace poco me preguntábais qué venía a hacer aquí. A mi vez os pregunto ¿qué es lo que ha dirigido aquí vuestros pasos?

—El caso es, señor cura, el caso es que vale más decíroslo ahora, pues al fin y al cabo tendría que acabar por decíroslo en confesión. Pero aguardad...

Y se echó hacia atrás.

—¿Se mueve?

—No, tranquilizaos; bien muerto está el infeliz.

—¡Bien muerto!... ¡bien muerto! No importa. Voy a deciros a qué he venido, ¡y si miento!... si miento, él me desmentirá.

Decid.

—Ese hereje no ha querido oír hablar de confesión; sólo preguntaba de vez en cuando:

—¿Ha llegado el abate Moulle? Cuando le decíamos: Todavía no, exhalaba un suspiro. Entonces le ofrecíamos ir a buscar un sacerdote y él decía: No, el abate Moulle o ninguno.

—Sí, lo sé.

Al pasar por el pie de la torre de Guinette, se detuvo. Mirad, me dijo, si veis venir al abate Moulle.

—No, le dije.

Y volvimos a proseguir nuestro camino. Al pie de la escalera se volvió a parar.

—¿No viene el abate Moulle?, preguntó.

—¿No os he dicho que no? —No hay cosa peor que un hombre que os repite siempre lo mismo.

—Vamos, pues.

Le pasé la cuerda al cuello, le puse los pies en la escalera y le dije:

—Sube.

Subió sin hacerse de rogar, pero cuando hubo llegado a mitad de la escalera:

—Aguarda, me dijo; espera a que me cerciore de si viene el abate Moulle.

—Bueno. Esto no está prohibido.

Entonces miró por última vez entre la multitud; pero no viéndolos exhaló un suspiro.

Creí que estaba ya determinado y que no había más que empujarle; pero él vio mi movimiento.

—Aguarda, repitió.

—¿Qué hay ahora?

—Quiero besar una medalla de la Virgen que llevo colgada del cuello.

—¡Ah!, le contesté, es justo. Bésala.

Y yo mismo le acerqué a los labios la medalla.

—¿Qué más?, le pregunté.

—Quiero ser enterrado con esta medalla.

—¡Hum!, ¡hum!, me parece, dije yo, que todo lo del ahorcado pertenece al verdugo.

—Eso a mí no me importa; pero quiero ser enterrado con mi medalla.

—¡Quiero!, ¡quiero!, ¡vaya qué tono!

—Pues lo quiero, ¡ea!, me repitió. Acabóseme la paciencia; estaba pronto así como así, la cuerda ceñía su cuello y el otro cabo colgaba del garfio.

—Vete al diablo, le dije. Y lo arrojé al espacio.

—Virgen mía, tened piedad...

Esto fue todo lo que pudo decir: la cuerda ahogó a un mismo tiempo al hombre y la frase.

Enseguida, ya sabéis cómo van las cosas, enseguida empuñé la cuerda, salté sobre sus hombros, y ¡ay!, ¡ay!, todo se concluyó. No ha tenido que quejarse de mí, porque os juro que no ha sufrido pizca.

Pero todo eso, le dije, no me dice por qué has venido aquí esta noche.

—¡Oh! Esto es lo más difícil de contar.

—Pues bien, voy a decírtelo. Has venido a robarle su medalla.

—Y bien, sí, el demonio me ha tentado. Me he dicho: ¡bueno!, ¡bueno!, tú quieres; esto es fácil de decir, pero cuando venga la noche ¡ya veremos! Así es que al anochecer, he salido de casa; había ya dejado la escalera en sitio donde fácilmente pudiera encontrarla. He dado un paseo; he venido por el camino más largo, y cuando he visto que no había nadie en la explanada, cuando ya no he oído el menor rumor, heme acercado a la horca, he apoyado mi escalera, he subido, he atraído hacia mí el ahorcado, le he despojado de su cadena, y...

—¿Y qué?

—Y... creedme, a fe mía, en el momento en que le quité la medalla, el ahorcado me ha cogido, ha retirado su cadena del nudo corredizo, ha puesto mi cabeza en lugar de la suya, y a su vez me ha empujado como yo le había empujado a él por la mañana. Lo cuento como ha sucedido.

—¡Imposible! Os engaños.

—¿Me habéis hallado colgado, sí o no?

—Sí.

Pues bien, yo os respondo que no soy yo quien me he ahorcado. Es cuanto puedo deciros.

Reflexioné un instante.

—Y la medalla, ¿dónde está?

A fe mía, buscadla en el suelo; no debe estar lejos, puesto que la he soltado al sentirme ahorcar.

Me levanté y registré el suelo. Un rayo de luna hería la medalla como para guiar mis pesquisas.

La recogí; fui al cadáver del pobre Panadero y se la puse al cuello.

En el momento en que tocó su pecho la medalla, algo como un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y un grito agudo y casi doloroso salió de su pecho.

El verdugo dio un salto atrás.

Mi espíritu acababa de ser iluminado por aquel grito. Recordaba lo que las santas Escrituras decían acerca de los exorcismos, y del grito que lanzan los demonios al salir del cuerpo de los poseídos.

El verdugo temblaba como una hoja.

—Acercaos, amigo mío, le dije, y nada temáis.

Acercose titubeando.

—¿Qué me queréis?

—Es preciso volver a colocar ese cadáver en su sitio.

—¿Para que vuelva a ahorcarme, eh? No hay tal.

—No hay peligro ninguno, amigo mío. Respondo de todo.

—¡Pero, señor cura!, ¡señor cura!

—Venid, venid os digo.

El desdichado adelantó un paso más.

—¡Hum!, murmuró, no me fío mucho.

—Y hacéis mal, amigo mío. Mientras cuelgue la medalla del cuerpo, nada tenéis que temer.

—¿Por qué?

—Porque ningún poder tendrá sobre él el demonio. Esa medalla le protegía, vos se la habéis quitado, y en el instante mismo el mal genio que le impulsara al mal y que había sido alejado por su buen ángel, ha vuelto a entrar en el cuerpo y ya habéis visto cuál ha sido su obra.

—Entonces ese grito que acabamos de oír...

—Es el que ha arrojado cuando ha sentido que le escapaba su presa.

—¡Toma! —dijo el verdugo, y en efecto, es cosa que podría muy bien ser.

—Y así es en verdad.

—Entonces, voy de nuevo a subirlo a la horca.

—Sí, preciso es que se cumpla la sentencia. El pobre diablo titubeaba todavía.

—No temáis nada, le dije; os respondo de todo.

—No importa, replicó el verdugo, no me perdáis de vista y acudid en mi socorro al menor grito.

—Tranquilizaos.

Acercose al cadáver, levantolo suavemente por los hombros y le fue arrastrando hacia la escalera, hablándole al mismo tiempo.

—No tengas miedo, Panadero, le decía, no temas; no es para quitarte tu medalla.

—¿No nos perdéis de vista, señor cura, verdad?

—No, amigo mío, no; tranquilizaos.

—No es para quitarte tu medalla, no, prosiguió el ejecutor con su más conciliador acento; puesto que así lo has deseado serás enterrado con ella.

—¡Y es verdad que no se menea, señor cura!

—Ya lo veis.

—Sí, serás enterrado con la medalla y entre tanto te vuelvo a colocar en tu sitio según deseos del señor cura, pues lo que es por mí... ¡ya comprendes!

—Sí, sí, le dije sin poder retener la risa; pero vamos, acabad.

—A fe mía, ya está, dijo a los pocos momentos dejando el cuerpo que acababa de prender al garfio y saltando a tierra. Y el cuerpo se balanceó en el espacio, inmóvil e inanimado. Púseme de rodillas y empecé a rezar como deseaba el bandido.

—Señor cura dijo el verdugo arrodillándose junto a mí, ¿quisierais hacerme el obsequio de decir las oraciones en voz alta y poco a poco para que yo pudiese repetir las?

—¡Cómo, desgraciado!, ¿las has olvidado?

—Creo que nunca las he sabido.

Dije entonces los cinco Padre-nuestros y las cinco Ave-Marías que el verdugo repitió concienzudamente después de mí. Concluida la plegaria, me levanté.

—Panadero, dije en voz baja al reo, hice cuanto me ha sido posible para salvar tu alma y ahora a la Virgen venerada toca lo restante.

—Amén, dijo mi compañero.

En el momento mismo un rayo de luna iluminó el cadáver como una cascada de plata. Las doce daban en Nuestra Señora.

—Vámonos. Ya nada tenemos que hacer aquí.

—Señor cura, díjome el pobre diablo, si fuerais tan bueno que me concedierais otro favor...

—¿Cuál?

—El de acompañarme hasta mi casa; mientras no medie entre ambos la puerta no estaré tranquilo.

—Vamos, amigo mío.

Dejamos la explanada no sin que mi compañero se volviera de vez en cuando, a ver si estaba efectivamente en su lugar el ahorcado.

Nada se movió.

Entramos en la villa. Acompañé a mi hombre hasta su casa. Aguardé a que encendiera luz; después despidiose de mí, cerró la puerta y me dio las gracias. Yo me encaminé a mi habitación, perfectamente tranquilo de cuerpo y de espíritu.

Al día siguiente, cuando desperté, me dijeron que la mujer del ladrón me aguardaba en el comedor.

Estaba serena y casi alegre.

—Señor cura, me dijo, vengo a daros gracias: mi marido se me apareció ayer cuando daban las doce en Nuestra Señora, y me dijo:

—Mañana por la mañana irás a encontrar al abate Moulle y le dirás que, gracias a él y la Virgen, he sido salvado.



## XI. El brazalete de pelo

---

**M**i querido abate, dijo Alliette, os profeso a vos la mayor estima y la mayor veneración a Cazotte: admito perfectamente la influencia de vuestros buenos y malos genios, pero hay una cosa que olvidáis y de la que soy vivo ejemplo: tal es que la muerte no mata la vida; la muerte no es más que un modo de transformación del cuerpo humano, la muerte mata la memoria y nada más. Si la memoria no muriera, cada cual se acordaría de todas las peregrinaciones de su alma, desde el principio del mundo hasta nosotros. En esto consiste la piedra filosofal y éste es el secreto que encontró Pitágoras, y que han hallado también el conde de san Germán y Cagliostro; secreto que yo poseo a mi vez y que hace que mi cuerpo morirá, como recuerdo positivamente que le ha sucedido ya cuatro o cinco veces, y aun, al decir que mi cuerpo morirá, me engaño: ciertos cuerpos hay que no mueren nunca y el mío es uno de ellos.

—Señor Alliette, dijo el doctor, ¿queréis de antemano concederme una autorización?

—¿Cuál?

—La de hacer abrir vuestra tumba un mes después de vuestra muerte.

—Un mes, dos, un año, diez años, cuando queráis, doctor; eso sí, tomad vuestras precauciones... porque el mal que hagáis a mi cadáver podría dañar al cuerpo en el que hubiese entrado mi alma.

—Con que, ¿creéis efectivamente en esa locura?

—¡Vaya si creo! Como que he visto...

—¿Y qué habéis visto?, ¿a uno de esos muertos vivos?

—Sí.

Veamos, señor Alliette, puesto que cada cual ha contado su historia, contad también la vuestra; curioso sería que fuese la más verosímil de todas.

—Verosímil o no, doctor, voy a contárosla tal como es. Iba yo de Estrasburgo a los baños de Louesche, ¿conocéis el camino, doctor?

—No; pero no importa; seguid.

—Iba yo, pues, de Estrasburgo a los baños de Louesche, y pasaba naturalmente por Bale, donde debía dejar la posta para tomar una calesa.

Al llegar a la posada de la Corona que me recomendaron mucho, lo primero que hice fue buscar una calesa, suplicando a mi huésped que se informará de si alguien, en la villa, se disponía a hacer el mismo camino que yo; en caso positivo, dile amplias facultades para proponer a la persona en cuestión mi compañía, que debía naturalmente hacer el camino, a la vez, más agradable y menos costoso.

Por la noche había encontrado ya mi huésped lo que yo deseaba. La mujer de un negociante de Bale que acababa de perder su hijo, de edad de tres meses, al cual criaba, había tenido, a consecuencia de esa desgracia, una enfermedad para cuya curación, se le ordenaron las aguas de Louesche: Era el primer hijo de aquella joven pareja, casados hacía tan sólo un año.

Mi huésped me contó que había costado no poco decidir a la mujer a separarse de su marido. Quería absolutamente o quedarse en Bale o que su marido la acompañara a Louesche; pero por otra parte, exigiendo los baños el estado de su salud, mientras el estado de su comercio exigía en Bale la presencia de su marido, se había decidido y partía conmigo a la mañana siguiente, acompañada de su doncella.

Un sacerdote católico, cura ecónomo de una aldehuela de aquellos alrededores, nos acompañaba y ocupaba el cuarto asiento en el coche.

Al siguiente día, a las ocho de la mañana, el carruaje fue a buscarme a la fonda; el sacerdote estaba ya en él; subí, y fuimos a recoger a la señora y a su camarera.

Del interior de la calesa asistimos a la despedida de ambos esposos; empezaría en su habitación, continuaría en el almacén y terminó en la calle. Sin duda la mujer tenía algún presentimiento, pues estaba inconsolable. Hubiérase dicho que en lugar de partir para un viaje de cincuenta leguas iba a dar la vuelta al mundo.

El marido parecía más tranquilo, pero aun así estaba más conmovido de lo que realmente convenía en semejante separación.

Partimos por fin.

Naturalmente, tanto el sacerdote como yo, habíamos cedido los dos mejores asientos de la calesa a las dos mujeres; nosotros íbamos junto a las ventanillas y ellas en el fondo.

Emprendimos el camino de Soleure y nos detuvimos por la noche en Mundischwyl. Durante todo el día nuestra compañera había estado desazonada, inquieta. Por la tarde, vio pasar un carruaje de regreso, y ya quería volver a tomar el camino de Bale. Su doncella, sin embargo, logró decidirla a continuar la ruta.

El día siguiente nos pusimos en camino, a eso de las nueve de la mañana. La jornada era corta, pues no contábamos pasar de Soleure.

Al anochecer y cuando empezábamos a distinguir la población, estremeciose la enferma.

—¡Ah!, dijo, deteneos; corren tras de nosotros. Asomé la cabeza fuera de la portezuela.

—Os engañáis, señora, respondí, la carretera está completamente desierta.

—Es extraño, insistió. Oigo perfectamente el galope de un caballo.

Creí haber visto mal, y me incliné más todavía fuera de la portezuela.

—Nadie, señora, le dije.

Asomose ella a su vez, y miró. Nadie; el camino estaba desierto.

—Me había equivocado, dijo recostándose en el fondo del carruaje; y cerró los ojos como mujer que quiere ensimismarse. Al día siguiente partimos a las cinco de la mañana, pues nos tocaba una jornada larga. Nuestro conductor quería ir a dormir a Berna. A la misma hora que la víspera, es decir, a eso de las cinco, nuestra compañera salió de la especie de soñolencia en que había estado sumida, y extendiendo el brazo hacia el cochero.

—Conductor, dijo, deteneos; esta vez, estoy segura, corren hacia nosotros.

La señora se engaña, respondí o el cochero. A nadie veo más que a los tres aldeanos que acaban de pasar y siguen tranquilamente su camino.

—Pero yo estoy oyendo el galopar de un caballo.

Tal era la convicción con que dijo estas palabras, que no pude resistir a la tentación de mirar.

Como el día anterior, el camino estaba absolutamente desierto.

—Es imposible, señora, respondí; no veo jinete alguno.

—¿Cómo puede ser que no veáis un jinete, cuando yo veo la sombra de un hombre y de un caballo?

Seguí con mis ojos la dirección de su mano y vi en efecto la sombra de un caballo y de un caballero; pero en vano busqué los cuerpos a que pertenecían aquellas sombras.

Hice notar tan extraño fenómeno al cura, que se persignó. Poco a poco la sombra fue debilitándose, llegó a hacerse por grados menos visible y se desvaneció por fin.

Entramos en Berna.

Todos aquellos presagios parecían fatales para la pobre mujer; sin cesar decía que quería volverse y proseguía, sin embargo, su camino.

Fuese inquietud moral, fuese progreso natural de la enfermedad, al llegar a Thun se encontró tan afectada y débil la enferma, que le fue preciso continuar en litera su camino. De este modo atravesó Kander-Thal y Gemmi. Al llegar a Louesche declarósele una erisipela, y durante más de un mes estuvo sorda y ciega.

Por lo demás no la habían engañado sus presentimientos, pues apenas había hecho veinte leguas, cuando cayó enfermo su marido de una fiebre cerebral.

La enfermedad había hecho progresos tan rápidos que el mismo día, conociendo la gravedad del mal, envió un hombre a caballo para prevenir a su esposa e invitarla a regresar. Pero entre Lauffen y Breinteinbach una caída de caballo obligó al jinete, muy mal parado, a quedarse en una venta; no pudiendo hacer otra cosa por el marido que hacerle prevenir del accidente que en mitad de su camino le detenía.

Entonces habían enviado otro correo, pero sin duda pesaba sobre ellos la fatalidad. Al salir de Kander-Thal, había dejado su caballo para tomar un guía y atravesar la cumbre de Schwalbach que separa el Oberland del Valais, cuando, a mitad del camino, un alud, desprendido del monte Attels le había arrastrado con él al abismo; salvose el guía como por milagro.

En esto el mal hizo progresos terribles. Tuvieron que afeitar la cabeza del enfermo que tenía cabellos muy largos, con objeto de aplicarle nieve en el cráneo. A partir de entonces, el moribundo no había conservado esperanza alguna y en un momento de calma escribió a su esposa:

«Mi querida Berta:

Voy a morir, pero no quiero separarme enteramente de ti. Mándate hacer un brazalete de los cabellos, que acaban de cortarme y que expresamente hago guardar. Llévalo siempre, pues me parece que así estaremos juntos todavía.

TU FEDERICO».

Luego entregó aquella carta a un tercer emisario ordenándole que partiera tan pronto como él hubiese dado el último suspiro.

Aquella misma noche había muerto. Una hora después había partido el expreso. Más afortunado que sus predecesores, llegó a Louesche al anochecer

del día quinto.

Pero al llegar había encontrado a la pobre mujer ciega y sorda. Sólo al cabo de un mes, y gracias a la eficacia de las aguas, convalecía de aquella doble enfermedad. Hasta un mes después no se habían atrevido a comunicar a la pobre mujer la fatal nueva a la cual, por otra parte, las diferentes visiones que había tenido la habían preparado. Por espacio de otro mes había permanecido allí para restablecerse del todo, y en fin, después de tres meses de ausencia, regresó a Bale.

Como por mi parte yo había terminado mi temporada de baños y me sentía muy aliviado de mi reumatismo, le pedí permiso para partir con ella, lo que aceptó con alegría por encontrar en mí una persona a quien hablar de su marido que yo apenas había visto, pero que al fin y al cabo conocía.

Salimos de Louesche y al quinto día, por la tarde, llegamos a Bale.

Nada más triste ni más doloroso que la entrada de aquella pobre viuda en su casa; como los dos jóvenes esposos estaban solos en el mundo, a la muerte del marido se había cerrado el almacén, y el comercio cesó como cesa el movimiento cuando se para un péndulo. Se envió a buscar al médico que había cuidado al enfermo, a las diferentes personas que en sus últimos momentos le asistieran, y por medio de ellos, en cierto modo, se resucitó aquella agonía, se reconstruyó aquella muerte ya casi olvidada en aquellos corazones Indiferentes.

La infeliz viuda pidió los cabellos que su marido le legara. El médico recordó haber ordenado que se los cortaran, el barbero recordó asimismo haberle afeitado, pero a esto se redujo todo. Los cabellos habían sido arrojados al viento, y se habían perdido.

La mujer quedó sumida en la desesperación: el solo y único deseo del moribundo, el de que llevase un brazalete de sus cabellos, era imposible de realizar.

Transcurrieron varias noches; noches profundamente tristes, durante las cuales la viuda, errante por la casa, parecía más bien una sombra, que un ser viviente.

Apenas acostada, o por mejor decir, apenas dormida, sentía adormecerse su brazo derecho, y la infeliz no se despertaba hasta el momento en que le parecía que aquel adormecimiento le subía al corazón.

Este adormecimiento principiaba en la muñeca, es decir, en el sitio donde debiera haber estado colocado el brazalete y donde sentía una presión parecida a la de un brazalete de hierro demasiado estrecho.

Era evidente que, el muerto manifestaba su pesar por no haberse cumplido su postrera voluntad.

Comprendiendo la viuda ese pesar que venía de más allá de la tumba, resolvió abrir la sepultura; y si la cabeza de su marido no había sido enteramente rapada, recoger los cabellos suficientes para realizar su postrer deseo.

Sin decir nada a nadie de sus proyectos, envió a buscar al sepulturero.

Pero el sepulturero que había enterrado a su marido había muerto, y el sucesor, que sólo hacía quince días que había entrado en ejercicio, ni siquiera sabía dónde estaba la tumba.

Entonces esperando una revelación, puesto que la doble aparición del caballo y del caballero y la presión del brazalete le daban derecho a creer en prodigios, se dirigió sola al cementerio, sentose en un banco cubierto de yerba verde y vivaz como la que sobre las tumbas crece, y allí invocó algún nuevo signo que le sirviese de guía en sus investigaciones.

Una danza macabra se veía pintada sobre la pared del cementerio. Detuviéronse sus ojos en la Muerte y largo tiempo se fijaron sobre aquella figura burlona y terrible a un mismo tiempo.

Parecióle entonces que la Muerte levantaba su descarnado brazo y con el huesoso índice señalaba una tumba entre las últimas.

Encaminose directamente a ella la viuda, y al estar allí parecióle ver clara y distintamente que la Muerte dejaba caer el brazo en su primitivo sitio.

Hizo entonces una señal en la tumba, fue a buscar al sepulturero, condújole al sitio señalado por ella y le dijo:

—¡Cavad!, ¡está aquí!

Yo asistía a esta operación porque quise seguir hasta el fin aquella maravillosa aventura.

El sepulturero empezó a cavar; llegó al féretro y levantó la tapa. Al principio había titubeado, pero la viuda le dijo con voz firme:

—Levantadla; es el féretro de mi marido.

El sepulturero obedeció, tanto era lo que aquella mujer sabía inspirar a los otros la confianza que la animaba.

Entonces apareció una cosa milagrosa y que yo vi por mis propios ojos. No solamente el cadáver era el cadáver de su marido, no solamente este cadáver, aunque pálido, estaba lo mismo que cuando vivía, sino que sus cabellos, desde el día que habían sido rapados, es decir, desde el día de su muerte, habían crecido de tal manera que salían como raíces por entre las rendijas del ataúd.

La pobre mujer se inclinó hacia aquel cadáver que parecía estar solamente dormido; le besó en la frente, cortó un mechón de sus largos cabellos, tan maravillosamente crecidos en la cabeza de un muerto, y mandó hacer un brazalete.

Desde aquel día cesó el nocturno entorpecimiento del brazo. Sólo, cada vez que estaba próxima a correr un peligro, una suave presión, un amistoso apretón del brazalete le advertía que anduviese con cuidado.

—¿Y bien?, ¿creéis que aquel muerto estuviese realmente muerto; que aquel cadáver fuese verdaderamente cadáver? Yo no lo creo.

—Y preguntó la dama pálida con un timbre de voz tan singular, que a todos nos hizo estremecer en aquella oscuridad en que nos había dejado la ausencia completa de la luz, ¿no oísteis decir si aquel cadáver salió alguna vez de la tumba, no oísteis decir si se vio alguien afectado por su vista y su contacto?

—No —dijo Alliette.

—Salí de aquel país a poco.

—¡Ah! —dijo el doctor— mal hacéis, señor Alliette, en ceder tan pronto. Ahí tenéis sino a la señora Gregoriska que estaba pronta a convertir vuestro buen negociante de Bale en Suiza, en vampiro polaco, húngaro o valaco. ¿Acaso, cuando vuestra permanencia en los montes Cárpatos —prosiguió riendo el doctor—, acaso visteis vampiros?

—Oíd —dijo la dama pálida con extraña solemnidad; puesto que todo el mundo aquí ha contado una historia, voy a contar también una. No diréis, doctor, que no sea verdadera, puesto que es la mía... Vais a saber por qué estoy tan pálida.

En aquel momento un rayo de luna que se deslizó a través de los cristales y culebreando llegó hasta la butaca donde estaba recostada, la envolvió en azulada luz que parecía convertirla en una estatua de mármol negro tendida sobre una tumba.

Ni una sola voz acogió la proposición; pero el profundo silencio que reinó en el salón anunció que todos esperaban con ansiedad la historia.

## XII. Los montes Cárpatos

---

—**S**oy Polaca; nací en Sandomir, es decir, en un país donde las leyendas llegan a ser artículos de fe, donde creemos en nuestras tradiciones de familia tanto, o más quizá, que en el Evangelio. Ninguno de nuestros castillos deja de tener su espectro, ni existe una sola cabaña sin su espíritu familiar. Tanto en la mansión del rico como en la morada del pobre, en el castillo como en la choza, se reconoce lo, mismo el principio amigo, que el principio enemigo. A veces entran en lucha y combaten. Entonces suenan en las galerías misteriosos rumores, rugidos espantosos en las viejas torres, terremotos terribles que estremecen las paredes, que obligan tanto a aldeanos como a caballeros a huir lo mismo de la cabaña que del castillo corriendo a la iglesia en busca de la cruz bendita o de las santas reliquias, únicos preservativos contra los demonios que nos atormentan.

Pero otros principios combaten allí siempre cara a cara, principios más terribles, más encarnizados, más implacables aún la tiranía y la libertad.

El año 1825 presencié entre la Rusia y la Polonia una de esas luchas en las cuales diríase que se vierte toda la sangre de un pueblo, como se vierte a menudo toda la sangre de una familia.

Mi padre y mis dos hermanos habían alzado pendón contra el nuevo Czar, yendo a agruparse bajo la bandera de la independencia polaca, vencida siempre, pero siempre erguida.

Supe un día que mi hermano más joven había sucumbido otro día me anunciaron que mi hermano mayor había sido herido de muerte, y por fin, después de un día entero, durante el cual había estado oyendo el aterrador



rugido del cañón que incesantemente se aproximaba, vi llegar a mi padre con un centenar de jinetes, restos de los tres mil hombres que capitaneaba.

Venía a encerrarse en nuestro castillo con intención de enterrarse bajo sus ruinas.

Mi padre que nada temía por él, temblaba por mí. En efecto, para mi padre no se trataba más que de la muerte, pues que estaba bien seguro de no caer vivo en manos de sus enemigos; pero para mí se trataba de la esclavitud, del deshonor, de la vergüenza.

De los cien hombres que le quedaban, eligió mi padre diez, llamó al intendente, le entregó todo el oro y joyas que poseíamos y recordando que, cuando la segunda partición de Polonia, mi madre, casi niña, había encontrado un refugio impenetrable en el monasterio de Sahastrú, situado en medio de los montes Cárpatos, le ordenó conducirme a ese monasterio que, hospitalario para la madre, no sería sin duda menos hospitalario para la hija.

No obstante el gran amor que me profesaba mi padre, la despedida no fue larga. Según toda probabilidad, los rusos debían avistar el castillo al siguiente día, y por lo tanto, no había tiempo que perder.

Púseme precipitadamente un traje de amazona con el cual tenía por costumbre acompañar a mis hermanos en sus cacerías. Se me ensilló el caballo más seguro de la cuadra, mi padre colocó en el arzón sus propias pistolas, obra maestra de Toula, abrazome y dio la orden de partida.

Durante la noche y la jornada del siguiente día hicimos veinte leguas siguiendo las orillas de una de esas rías sin nombre que van a arrojarse en brazos del Vístula. Esta primera etapa nos había puesto fuera del alcance de los rusos.

A los últimos rayos del sol habíamos visto brillar las nevadas cumbres de los montes Cárpatos.

Al terminarse la jornada del siguiente día alcanzamos su base; y por fin, al amanecer del tercer día, empezamos a penetrar en uno de sus desfiladeros.

Nuestros montes Cárpatos no se parecen por cierto a las civilizadas montañas de vuestro Occidente. Cuanto la naturaleza tiene de extraño y grandioso se presenta allí a las miradas en su más completa majestad. Sus tempestuosas cimas se pierden en las nubes, cubiertas de eternas nieves; sus inmensos bosques de abetos se inclinan sobre el pulido espejo de lagos parecidos a mares; lagos cuya límpida superficie nunca surcó la menor navecilla, cuyo cristal, profundo como el azul del cielo, jamás empañó la red del pescador; allí apenas resuena de vez en cuando la voz humana, entonando algún canto moldavo al cual responden los gritos de los animales salvajes.

Canto y gritos van entonces a despertar algún eco solitario, asombrado de que un rumor cualquiera le haya dado a conocer su propia existencia.

Durante millas enteras, se viaja bajo sombrías bóvedas de bosques cortados por las inesperadas maravillas que la soledad ofrece a cada paso y que asombran y admiran. Allí el peligro se halla en todas partes, y se compone de mil peligros diferentes, pero ni tiempo se tiene para sentir miedo, tanta es la sublimidad de que se revisten. Aquí cascadas improvisadas por el derretimiento de los hielos que, saltando de roca en roca, invaden repentinamente el estrecho sendero que seguís, sendero abierto por la bestia salvaje y el cazador que la persigue; más allá árboles minados por el tiempo que desprendiéndose del suelo caen con terrible estruendo parecido a un terremoto, otras veces soplan huracanes que os envuelven de nubes por en medio de las cuales se ve brillar, alargarse y torcerse el rayo, parecido a una serpiente de fuego.

Siguen a los elevados picos, a los bosques vírgenes, a las montañas gigantes, a las selvas sin límites, llanuras sin fin, verdadero mar con sus olas y tempestades, sábanas áridas y abolladas donde la vista se pierde en un horizonte sin límites; entonces no es ya terror lo que se tiene, sino honda tristeza, vasta y profunda melancolía de que nada puede distraeros, porque el aspecto del país, hasta donde alcanza la mirada, es siempre el mismo. Subís y bajáis veinte veces cuevas parecidas, buscando en vano un camino trillado; al verse así perdido el viajero en su propio aislamiento y en medio de los desiertos, se cree solo en la naturaleza, y su melancolía se trueca en desolación. En efecto, la marcha parece haber llegado a ser una cosa inútil y que a nada puede conducir; no encontráis aldea, ni castillo, ni choza, ningún vestigio de habitación humana. Sólo algunas veces, como una tristeza más en aquel yermo paisaje, un pequeño lago sin cañaverales, sin matorrales, dormido en el fondo de un barranco, como otro Mar muerto, corta el camino con sus verduzcas aguas, por encima de las cuales se elevan al acercaros, algunos pájaros acuáticos con discordes y prolongados gritos. Después dais un rodeo, subís la colina que se os presenta, bajáis a otro valle, de nuevo subís otra colina, y esto dura hasta que se ha atravesado la cadena montañosa, que va siempre menguando.

Pero, pasada esta cordillera, si volvéis hacia el mediodía, entonces recobra el paisaje su grandiosidad, entonces veis otra cordillera de montes más elevados, de forma más pintoresca, de aspecto más rico; esa nueva cordillera ostenta sus penachos de bosques, sus serpenteadores arroyos; con la sombra y el agua renace la vida en el paisaje; oyese la campana de una ermita; vese

serpentear una caravana en la falda de una montaña. En fin, a los últimos rayos del sol, se distinguen, como una bandada de blancos pájaros acurrucados, las casas de algunas aldeas que parecen haberse agrupado como para preservarse de cualquier ataque nocturno; porque, con la vida ha vuelto el peligro, y no son ya, como en los primeros montes que se han atravesado, bandadas de osos y de lobos las que deben temerse, sino hordas de bandidos moldavos las que deben combatirse.

Íbamos entre tanto acercándonos al término de nuestro viaje. Habían transcurrido sin accidente alguno diez jornadas de camino. Podíamos ya distinguir la cima del monte Pión que domina con su cabeza toda aquella familia de gigantes y en cuya cuesta meridional está situado el convento de Sahastrú al cual me dirigía.

Tres días más y habríamos llegado.

Estábamos a fines del mes de julio. El día había sido bochornoso; y con una voluptuosidad indecible empezábamos a aspirar, a eso de las cuatro, las primeras brisas de la noche. Habíamos ya doblado las ruinosas torres de Niantzo, y bajábamos hacia una llanura que empezábamos a percibir a través de la abertura de los montes. Desde donde nos hallábamos, podíamos seguir con la vista el curso del Bistriza cuyas orillas esmaltaban rojas amapolas y campánulas de blancas flores. Costeábamos un precipicio en cuyo fondo corría el río, que allí no era más que un torrente. Nuestras cabalgaduras apenas tenían espacio suficiente para marchar dos de frente.

Precedíamos nuestro guía, recostado sobre su caballo, cantando una canción moldava, de monótonas modulaciones y cuyas palabras escuchaba yo con singular interés.

El cantor era al mismo tiempo el poeta. Nada puedo decir de la música; sería preciso ser uno de aquellos montañeses, para cantársela con toda su salvaje tristeza, y su sombría sencillez. He aquí la letra:

Allá en el yermo pantano,  
el pantano de Stavila,  
que con sangre de guerreros  
bañó sus cienos un día,  
¿no veis tendido un cadáver  
sobre la tierra rojiza?  
¡Es el terrible bandido  
el seductor de María!

Hirió una bala su pecho.  
hirió con punta homicida  
un yatagán su garganta;  
pero ¡oh misterio!, tres días.  
tres días hace lo menos

que la sangre enrojecida,  
humedeciendo la tierra  
con sus olas siempre tibias,  
brota incesante a raudales  
a raudales de la herida,  
de la herida del bandido  
vil seductor de María.

Ya de sus ojos azules  
la impura llama no brilla.  
¡Huyamos todos, huyamos  
de la laguna maldita!  
¡Es un vampiro! Los lobos  
buscan su oculta guarida,  
y voladoras las aves,  
sus alas negras agitan,  
que es un vampiro el amante,  
el seductor de María.

De improviso sonó la detonación de un arma de fuego y silbó una bala. Interrumpiose la balada, y el guía, herido de muerte; cayó rodando al fondo del precipicio, en tanto que su caballo se detenía estremecido, alargando su inteligente cabeza hacia el abismo en donde desapareció su dueño.

Al mismo tiempo resonó un inmenso grito y vimos aparecer en los flancos de la montaña unos treinta bandidos. Estábamos completamente rodeados.

Empuñó cada cual su arma, y aunque cogidos por sorpresa, como los que me acompañaban eran veteranos acostumbrados al fuego, no se dejaron intimidar y contestaron: yo misma, dando el ejemplo, empuñé una pistola, y, conociendo la desventaja de nuestra posición, grité: «¡Adelante!» y espoleé a mi caballo, que se precipitó frenético en dirección a la llanura.

Pero teníamos que habérnoslas con montañeses que saltaban de roca en roca como verdaderos demonios del abismo, haciendo fuego al saltar y guardando siempre sobre nuestro flanco la posición que desde un principio habían tomado.

Por lo demás, nuestra maniobra había sido prevista. En un sitio donde se ensanchaba el camino, y formaba una plazoleta el monte, nos esperaba un joven a la cabeza de una docena de jinetes; al vernos pusieron sus caballos a galope y vinieron a encontrarnos de frente, tanto que los que nos perseguían descendían de los flancos de la montaña, y, cortándonos la retirada nos envolvían por todos lados.

La situación era grave, y sin embargo, acostumbrada desde mi infancia a las escenas de guerra, pude abarcarla con una mirada sin perder un solo detalle.

Todos aquellos hombres, vestidos con pieles de carneros, llevaban inmensos sombreros hongos coronados de flores naturales, como los de los húngaros. Cada uno empuñaba un largo fusil turco, que blandían, después de haber disparado, lanzando gritos salvajes: llevaban, a más, en el cinto, un sable y un par de pistolas.

El jefe era un joven de veintidós años apenas, de rostro pálido, rasgados ojos negros y cabellos que caían en bucles sobre sus hombros. Su traje se componía del vestido moldavo guarnecido de pieles y ceñido a la cintura por una faja con tiras de oro y seda. Un sable corvo brillaba en su mano y se veían cuatro pistolas prendidas a su cinto. Durante el combate lanzaba gritos roncros e inarticulados que parecían no pertenecer a la lengua humana, y que sin embargo eran, por lo visto, voces de mando porque sus hombres obedecían a aquellos gritos, tendiéndose boca abajo en el suelo para evitar las descargas de nuestros soldados, levantándose a su vez para hacer fuego, disparando sobre los que aún estaban en pie, rematando los heridos y convirtiendo el combate en carnicería.

Había visto caer, uno tras otro, las dos terceras partes de mis defensores. Cuatro quedaban todavía en pie, agrupándose a mi alrededor, no para pedir gracia que estaban ciertos de no obtener sino resueltos a vender su vida lo más caro posible.

Entonces el jefe arrojó un grito más expresivo que los demás extendiendo hacia nosotros la punta de su sable. Sin duda esa orden era la de envolver en un círculo de fuego nuestro último grupo y fusilarnos a todos juntos, porque los largos mosquetes moldavos se bajaron simultáneamente. Comprendí que había llegado nuestra hora suprema. Levanté los ojos y las manos al cielo en mi postrer rezo y aguardé la muerte.

En aquel momento vi, no bajar, sino precipitarse, saltar de roca en roca, un joven que se detuvo en pie, sobre una piedra que dominaba toda aquella escena, parecido a una estatua en su pedestal, y que, extendiendo la mano sobre el campo de batalla, no pronunció más que una sola palabra:

—¡Basta!

A tal voz alzaron todos la mirada pareciendo obedecer a aquel nuevo jefe. Sólo un bandido uno solo, encarándonos el fusil, hizo fuego.

Uno de nuestros hombres exhaló un grito; la bala le había roto el brazo izquierdo.

Volvióse casi enseguida para arrojarse sobre él que le había herido, pero antes de que hubiese dado cuatro pasos su caballo, un relámpago brilló encima de nosotros, y el bandido rebelde caía, despedazada por un balazo la cabeza.

Tan diversas emociones habían agotado mis fuerzas: me desmayé.

Cuando recobré mis sentidos, me hallaba tendida en la yerba, apoyada la cabeza sobre las rodillas de un hombre de quien solo veía la mano blanca, y cubierta de sortijas, rodeando mi talle, en tanto que, ante mí, en pie, cruzado de brazos, el sable bajó uno de ellos, manteníase el jefe moldavo que contra nosotros había dirigido el ataque.

—Kostaki, decía en francés y en tono de mando el que me sostenla, vais al instante a ordenar que vuestros hombres se retiren y a dejarme cuidar a esta mujer.

—Hermano mío, respondió el aludido que parecía contenerse con pena; hermano mío, cuidado de no apurar mi paciencia. Yo os dejo el castillo, dejadme vos el bosque. En el castillo vos sois el dueño pero yo soy aquí el soberano. Bastaríame aquí una palabra para obligaros a obedecerme.

—Kostaki, soy el mayor, es decir, el dueño en todas partes, lo mismo en el castillo que en el bosque, lo mismo allí que aquí. ¡Oh!, soy de la sangre de Brankovan, como vos mismo, acostumbrado también a mandar, y mando.

—Vos, Gregoriska, mandáis a vuestros lacayos, pero a mis soldados ¡no!

—Vuestros soldados son bandidos, Kostaki... bandidos que haré colgar de las almenas de nuestras torres, si al instante no me obedecen.

—Pues bien, tratad de mandárselo.

Entonces sentí que el que me sostenía retiraba suavemente la rodilla y colocaba con cuidado mi cabeza sobre una piedra. Seguile ansiosa con la vista, y pude ver al mismo joven que había caído, por decirlo así, del cielo en medio de nuestra pelea, y que sólo había podido entrever, por haberme desmayado en el instante mismo en que habló.

Tendría unos veinte y cuatro años, era de elevada estatura, y en sus grandes ojos azules se leían resolución y firmeza singulares.

Sus largos cabellos rubios, indicio de la raza eslava, caíanle sobre los hombros como los del arcángel san Miguel, ornando unas mejillas jóvenes y frescas; entreabría sus labios desdeñosa sonrisa, dejando ver una doble hilera de perlas; su mirada era la que cruza el águila con el rayo. Iba vestido con una especie de túnica de terciopelo negro; un pequeño birrete parecido al de Rafael, ornado de una pluma de águila, cubría su cabeza; llevaba pantalones ajustados y botas bordadas. Su talle estaba ceñido por un cinturón del cual pendía un cuchillo de caza; y colgaba de sus hombros una pequeña carabina de dos cañones, cuya puntería había podido apreciar uno de los bandidos.

Extendió la mano, y aquella mano tendida parecía dictar órdenes a su mismo hermano.

Pronunció algunas palabras en idioma moldavo, palabras que parecieron ejercer profunda Impresión en los bandidos. Entonces, en el mismo idioma, habló a su vez el joven jefe, y adiviné que en sus palabras iban envueltas imprecaciones y amenazas.

Pero a aquel largo y acalorado discurso, el mayor de los dos hermanos sólo respondió una palabra.

Los bandidos se inclinaron.

Hizo un gesto, y los bandidos se alinearon tras de nosotros.

—Y bien, sea, Gregoriska, dijo Kostaki volviendo a valerse de la lengua francesa. No irá esa mujer a la caverna; pero no por ello dejará de ser mía. La encuentro hermosa, la he conquistado y la quiero.

Y al decir estas palabras, arrojose hacia mí y me tomó en sus brazos.

—Esa mujer será conducida al castillo y entregada a mi madre, y de aquí a allá no la abandonaré, respondió mi protector.

—¡Mi caballo!, gritó Kostaki en lengua moldava.

Diez bandidos se apresuraron a obedecer y presentaron al dueño el caballo que pedía.

Gregoriska miró a su alrededor, cogió por la brida al caballo sin dueño y de un salto montó en él sin tocar si siquiera los estribos.

Kostaki se colocó en la silla casi con tanta ligereza como su hermano, aun cuando me tenía aún entre sus brazos, partió al galope.

El caballo de Gregoriska parecía haber recibido el mismo impulso, y fue a colocar su cabeza y su flanco junto a la cabeza y flanco del caballo de Kostaki.

Era cosa curiosa el ver a aquellos dos jinetes, volando uno al lado del otro, sombríos, silenciosos, no perdiéndose de vista ni un solo instante, y, sin mirarse al parecer, abandonados a sus caballos, cuya desesperada carrera les llevaba a través de bosques, rocas y precipicios.

Mi cabeza caída me permitía ver los hermosos ojos de Gregoriska fijos en los míos. Kostaki lo reparó, levantó mi cabeza y ya no vi más que su mirada sombría que me devoraba. Bajé los párpados; pero inútilmente: a través de su velo, continué viendo aquella mirada lancinante que, penetrando hasta el fondo de mi pecho, me atravesaba el corazón.

Entonces se apoderó de mí una extraña alucinación; parecióme ser la Leonora de la balada de Burger, arrastrada por el caballo y el caballero fantasmas, y cuando sentí que nos deteníamos, sólo con terror abrí mis ojos, tan convencida me hallaba de que no iba a ver a mi alrededor sino cruces rotas y sepulcros abiertos.

Lo que vi, no, era mucho más risueño.

Era el patio interior de un castillo moldavo construido en el siglo XIV.



## XIII. El castillo de Brankovan

---

**K**ostaki dejó que me deslizara desde sus brazos al suelo, y casi al mismo tiempo bajó conmigo; pero por rápido que fuese su movimiento, no hizo más que seguir al de Gregoriska.

Como éste lo había dicho, él era el amo en el castillo.

Los criados acudieron con presteza en cuanto vieron llegar a los dos jóvenes y a la extranjera; pero aunque guardaran iguales consideraciones a Kostaki y a Gregoriska, conociase perfectamente que trataban al último con más profundo respeto y mayor sumisión.

Dos mujeres se acercaron; Gregoriska les dio una orden en idioma moldavo y con la mano me hizo seña de que las siguiese.

Era tan respetuosa la mirada con que acompañó la seña, que no vacilé. Pasados cinco minutos, me encontraba en un aposento que, por desamueblado e inhabitable qué pareciera al hombre menos exigente, era desde luego el mejor del castillo.

Era una gran pieza cuadrada, con una especie de diván de sarga verde que servía por el día de asiento, y de lecho por la noche. Había además cinco o seis grandes sillones de encina, un ancho cofre y en uno de los rincones de esta estancia un dosel semejante a un magnífico altar. Nada de cortinas, ni en las ventanas ni en el lecho.

Subíase a ese cuarto por una escalera donde de trecho en trecho aparecían en sus nichos, de tamaño mayor que el natural, tres estatuas de los Brankovan.

Pasado un momento, subieron al cuarto los equipajes, entre los que se hallaban mis maletas. Las mujeres me ofrecieron sus servicios. Pero aunque

reparé en el desorden de mi traje, conservé mi vestido de amazona, por estar más en armonía con el de mis huéspedes que otro cualquiera.

En aquel momento llamaron quedito a la puerta.

—Entrad, dije naturalmente en francés, porque ya sabéis que el francés es para nosotros los polacos una lengua casi materna.

Gregoriska entró.

—¡Ah, señora!, ¡cuánto me alegro de que habléis francés!

—Y yo también, le respondí, puesto que por esta casualidad he podido apreciar vuestra generosa conducta para conmigo. En este idioma me habéis librado de los designios de vuestro hermano y en este mismo idioma voy a expresaros mi sincero reconocimiento.

—Gracias, señora. Era natural que me interesara por una mujer que se encontraba en vuestra situación. Hallábame cazando en la montaña, cuando oí detonaciones irregulares y continuas, por lo que comprendí que se trataba de algún ataque a mano armada, y me dirigí adonde sonaba el tiroteo. Gracias a Dios, llegué a tiempo; pero ¿me permitiréis, señora, que me informe del casual motivo por qué una mujer de distinción, como vos se ha arriesgado a penetrar en nuestras montañas?

—Soy polaca, le respondí; mis dos hermanos acaban de sucumbir en la guerra contra Rusia; mi padre, a quien he dejado dispuesto a defender nuestro castillo contra el enemigo, sin duda a estas horas ha ido ya a reunirse con ellos en el sepulcro, y yo, obedeciendo las órdenes de mi padre, huyendo de aquellas escenas de muerte, venía a buscar un refugio en el monasterio de Sahastrú, donde mi madre encontró en su juventud y en iguales circunstancias un asilo seguro.

—¿Sois enemiga de los rusos? Tanto mejor, entonces, dijo el joven, tanto mejor, porque ese título tal será para vos poderoso auxiliar en este castillo, y es fuerza que sepáis que hemos menester de todas nuestras fuerzas para sostener la lucha que se prepara. Y puesto que ya sé ahora quién sois vos, justo es que sepáis quiénes somos nosotros: el nombre de Brankovan no os será desconocido, ¿verdad, señora?

Inclineme, en ademán afirmativo.

—Mi madre es la última princesa de este nombre la última descendiente de aquel ilustre caudillo a quien hicieron matar los Cantimir, miserables cortesanos de Pedro I. Casó mi madre en primeras nupcias con mi padre Servan Waivady, príncipe como ella pero de raza menos ilustre.

Mi padre había sido educado en Viena, donde pudo apreciar las ventajas de la civilización. Resolvió hacer de mí un europeo, y partimos para Francia,

Italia, España y Alemania.

Mi madre..., no debiera un hijo, bien lo sé, contaros lo que voy a deciros; pero como es preciso que nos conozcáis, podréis apreciar las causas de esta revelación; mi madre que, durante los primeros viajes de mi padre, cuando estaba yo en mi infancia, había tenido relaciones culpables con un jefe de sectarios (así es, añadió Gregoriska sonriendo, cómo llaman en este país a los hombres que os han atacado), mi madre, digo, que había tenido relaciones culpables con el conde Giordaki Koproli, medio griego, medio moldavo, escribió a mi padre para decírselo todo y pedirle el divorcio, apoyando semejante demanda en que no quería —ella, una Brankovan— continuar siendo la mujer de un hombre que era cada día más extranjero en su país. Desgraciadamente, mi padre no tuvo necesidad de otorgar su consentimiento a esta demanda, que a vos podrá parecer extraña, pero que es muy natural y común entre nosotros. Acababa mi padre de morir de un aneurisma que le martirizaba hacía ya tiempo, y yo fui quien recibí la carta. Nada tenía yo que hacer, sino votos sinceros por la felicidad de mi madre, y una carta mía le llevó estos votos anunciándole que había quedado viuda.

En esta misma carta le pedía el permiso de continuar mis viajes, permiso que me fue otorgado.

Mi intención decidida era fijarme en Francia o en Alemania, para no encontrarme frente a un hombre que me odiaba y a quien yo no podía amar —me refiero al marido de mi madre— cuando llegó repentinamente a mi noticia que el conde Giordaki Koproli acababa de ser asesinado, según decían, por los antiguos cosacos de mi padre.

Me apresuré a regresar: yo amaba a mi madre, comprendía su soledad, su necesidad de tener junto a ella y en tal momento, a las personas que podían serle caras. Sin que nunca me hubiese profesado un amor muy tierno, era yo su hijo.

Una mañana entré, sin que me esperasen, en el castillo de nuestros padres, y encontré en él a un joven que tomé al principio por un extranjero y que luego supe era mi hermano. Era Kostaki, el hijo del adulterio, que había legitimado un segundo casamiento; Kostaki, es decir, la indomable criatura que habéis visto, cuya única ley son las pasiones, para quien nada sagrado hay en este mundo más que su madre, y que me obedece como el tigre obedece al brazo que le ha domado, pero con un eterno rugido y retenido por la vaga esperanza de devorarme un día.

En el interior del castillo, en la morada de los Brankovan y de los Waivady soy todavía el amo; pero, fuera de este recinto, al hallarse al aire libre, vuelve a

ser el salvaje hijo de los bosques y de los montes que todo quiere doblegarlo bajo su voluntad de hierro. ¿Cómo ha cedido hoy, y cómo sus hombres han cedido? No sé explicármelo; tal vez por añeja costumbre, por un resto de respeto. No quisiera sin embargo aventurar una nueva prueba. Permaneced aquí no abandonéis esta habitación, este patio, el interior de los muros, en fin, y yo respondo de todo; pero si dais un paso fuera del castillo, no respondo de nada como no sea de hacerme matar para defenderos.

—¿No podré, pues, según los deseos de mi padre, continuar mi camino hacia el convento de Sahastrú?

—Haced, ensayad, ordenad, y os acompañaré; pero de seguro quedaré en el camino, y vos... vos no llegaréis.

—¿Qué hacer, entonces?

—Quedarse, aguardar, tomar consejo de los acontecimientos, aprovechar las circunstancias. Suponed que habéis caído en una cueva de bandidos y que sólo vuestro valor puede sosteneros, vuestra sangre fría salvaros. Mi madre, no obstante su preferencia por Kostaki, el hijo de su amor, es buena y generosa. Además, es una Brankovan, es decir, una verdadera princesa. Vos la veréis y ella os defenderá contra las brutales pasiones de Kostaki. Poneos bajo su protección; sois bella y os amaré... os amaré, sí, porque, ¿quién podría veros sin amaros? —añadió mirándome con indefinible expresión—, venid ahora al comedor, donde os espera mi madre; y no mostréis turbación ni desconfianza; hablad en polaco; nadie conoce aquí esta lengua; yo traduciré vuestras palabras a mi madre, y, perded cuidado, no le diré sino lo que sea preciso decirle. Lo que sobre todo os encargo, es que no digáis ni una sola palabra acerca de lo que acabo de revelaros; nadie debe sospechar que estamos de acuerdo. Venid.

Le seguí por la escalera de que ya os he hablado, iluminada por resinosas antorchas sostenidas por manos de hierro empotradas en la pared.

Era evidente que sólo para mí usaban aquella iluminación no acostumbrada.

Llegamos al comedor.

Enseguida de haber abierto la puerta Gregoriska, y haber pronunciado, en moldavo, una palabra que luego supe que quería decir: la extranjera, una mujer de elevada estatura se adelantó hacia nosotros.

Era la princesa Brankovan.

Llevaba trenzados detrás de la cabeza sus blancos cabellos, cubierto por una gorrita de marta cibelina, coronada por un penacho, testimonio de su regla estirpe, y vestía una especie de bata de tela de oro, cuyo cuerpo sembrado

de pedrerías ocultaba a medias un sobretodo de tela turca, guarnecido de pieles análogas a las de la gorra.

En la mano, un rosario de cuentas de ámbar.

A su lado estaba Kostaki llevando el espléndido y majestuoso traje madgiar, con el cual me pareció aún más extraño.

Era una túnica de terciopelo verde de mangas muy anchas, que le caía hasta cerca de las rodillas; llevaba pantalones de cachemira encarnada y babuchas de tafilete bordadas de oro; su cabeza estaba descubierta, y sus largos cabellos, azules a fuerza de ser negros, caían sobre el desnudo cuello, donde asomaba la finísima orla blanca de una camisa de seda.

Saludome torpemente y pronunció en moldavo algunas palabras que fueron para mí ininteligibles.

Podéis hablar francés, hermano mío, dijo Gregoriska, la señora es polaca y entiende este idioma.

Entonces pronunció Kostaki en francés ciertas palabras casi tan ininteligibles para mí como las que en moldavo había pronunciado, pero las interrumpió la madre extendiendo gravemente el brazo. Indudablemente declaraba a sus hijos que era ella quien debía recibirme.

Entonces empezó en lengua moldava un discurso de bienvenida al cual daba su fisonomía un sentido fácil de explicar. Mostróme la mesa, ofrecióme un asiento junto al suyo, designóme con un ademán la casa entera, como para decirme que podía disponer de ella, y sentándose la primera con benévola dignidad, hizo la señal de la cruz y empezó una oración.

Cada uno ocupó entonces su asiento, asiento fijado por la etiqueta. Gregoriska sentose junto a mí. Yo era la extranjera, y por consiguiente ocupaba el sitio honorífico de Kostaki junto al de su madre Smeranda.

Así era cómo se llamaba la princesa.

Gregoriska también había mudado de traje. Llevaba como su hermano la túnica madgiar; sólo que era de terciopelo granate y sus pantalones de cachemira azul. Pendía de su cuello una magnífica condecoración: el Nisham del sultán Mahmoud.

Los demás comensales de la casa cenaban a la misma mesa, cada cual ocupando el sitio que le designaba su jerarquía entre los amigos o entre los servidores.

La cena fue triste; ni una vez sola me dirigió Kostaki la palabra aunque su hermano guardó siempre la atención de hablarme en francés. Por lo que toca a la madre, ofrecióme ella misma de todo lo que sirvieron con aquella

solemnidad que nunca la abandonaba. Tenía razón Gregoriska: era una verdadera princesa.

Después de la cena, Gregoriska se adelantó hacia su madre, explicándole en lengua moldava la necesidad que sentiría sin duda de hallarme sola, y cuán necesario me sería el descanso después de un día tan lleno de emociones.

Smeranda hizo con la cabeza una seña de aprobación, tendióme la mano, besóme en la frente como lo hubiera hecho con su hija y me deseó una feliz noche en su castillo.

Gregoriska no se había equivocado: deseaba yo ardientemente aquel instante de soledad. Así, pues, di las gracias a la princesa que me acompañó hasta la puerta, donde me esperaban las dos mujeres que me habían conducido anteriormente a mi habitación.

La saludé a mi vez, lo mismo que a sus dos hijos y entré en el aposento mismo del cual saliera una hora antes.

El sofá había sido convertido en lecho, y éste era el único cambio que allí se había operado.

Di gracias a las doncellas haciéndoles seña de que me desnudaría sola, y salieron enseguida deshaciéndose en testimonios de respeto que indicaban que tenían orden de obedecerme en todo.

Quedeme en aquel aposento inmenso donde mi luz, al cambiar de sitio, no iluminaba más que las partes que recorría, sin llegar a iluminar lo restante; singular combinación que establecía una lucha entre el resplandor de mi bujía y los rayos de la luna que atravesaban por mi ventana sin cortinas.

Además de la puerta por la cual había entrado y que daba a una escalera, otras dos puertas comunicaban con mi aposento; pero los cerrojos enormes de que estaban provistas y que se cerraban del lado en que yo me hallaba, bastaban para tranquilizarme.

Llegueme a la puerta de entrada que cuidadosamente inspeccioné. Ésta, como las otras, tenía sus medios de defensa. Abrí mi ventana: daba sobre un precipicio.

Comprendí que ya con intención había Gregoriska elegido aquella habitación.

En fin, al volver a mi sofá, encontré sobre una mesa colocada a mi cabecera, un billetito doblado.

Le abrí y leí en polaco.

«Dormid tranquila; nada tenéis que temer mientras permanezcáis en el interior del castillo.

GREGORISKA».

Seguí el consejo que me daba. Y vencida de la fatiga me acosté y me dormí.

## XIV. Los dos hermanos

---

**A** datar de aquel momento quedé establecida en el castillo, y empezó el drama que voy a contaros.

Ambos hermanos se enamoraron de mí cada uno según su carácter.

Kostaki, desde el día siguiente, me dijo que me amaba, declaró que sería suya y no de otro, y que me mataría antes que dejarme pertenecer a otro, fuera quien fuese.

Gregoriska nada dijo; pero me rodeó de cuidados y atenciones. Todos los recursos de una educación brillante, todos los recuerdos de su juventud pasada en las más nobles cortes de Europa fueron empleados para complacerme y ¡ay!, no era difícil, al primer sonido de su voz, había yo sentido que aquella voz acariciaba mi alma; a la primera mirada de sus ojos sentí que aquella mirada penetraba hasta mi corazón.

A los tres meses, Kostaki me había repetido cien veces que me amaba, y yo le odiaba; a los tres meses Gregoriska no me había dirigido aún una sola palabra de amor; y, sin embargo, yo sentía que cuando me lo exigiese sería suya enteramente.

Kostaki había renunciado a sus correrías. Ya no abandonaba el castillo. Había abdicado por de pronto en favor de una especie de teniente que, de vez en cuando, venía a recibir sus órdenes, y desaparecía.

Smeranda me amaba también con apasionada amistad cuya expresión me daba miedo. Protegía visiblemente a Kostaki y parecía estar más celosa de mí, de lo que lo estaba él mismo. Sólo que, como no entendía el polaco, ni el francés y yo por mi parte no entendía el moldavo, no podía instar mucho en



favor de su hijo; pero había aprendido a decir en francés tres palabras, las cuales repetía cada vez que sus labios se posaban sobre mi frente:

—Kostaki ama Hedwigia.

Un día supe una noticia terrible y que vino a colmar mis desdichas; habíase dado libertad a los cuatro hombres que sobrevivieran al combate, y habían partido para Polonia, jurando que uno de ellos volvería antes de tres meses para darme noticias de mi padre.

Uno de ellos regresó, en efecto, una mañana.

Nuestro castillo había sido tomado por asalto, incendiado y arrasado; mi padre se hizo matar defendiéndole.

Estaba sola en el mundo.

Redobló sus instancias Kostaki y su ternura Smeranda; pero por aquella vez pretexté el luto de mi padre. Kostaki insistió diciendo que cuanto más aislada me hallaba, más necesidad tenía de sostén; su madre insistió con él y más que él quizá.

Gregoriska me había hablado de esa fuerza de voluntad, de ese poder que ejercen sobre sí mismos los moldavos, cuando no quieren dejar leer en sus sentimientos. De ello era él propio un ejemplo viviente. Era imposible estar más cierta de amor de un hombre de lo que yo lo estaba del suyo, y sin embargo, si se me hubiese preguntado en qué prueba se apoyaba aquella certeza, me hubiera sido imposible decirlo; nadie, en el castillo, podía decir que hubiese visto su mano tocar la mía, ni sus ojos buscar los míos. Sólo los celos podían descubrir a Kostaki aquella rivalidad, como sólo mi amor podía esclarecerme sobre aquel amor.

Lo confieso, sin embargo, aquel poder de Gregoriska sobre sí mismo me inquietaba. Ciertamente que yo creía, pero no era bastante, necesitaba convencerme, cuando una noche, así que acababa de entrar en mi habitación, oí llamar quedito a una de las dos puertas que ya he indicado que cerraban por dentro. En el modo de llamar, adiviné que el llamamiento procedía de un amigo. Acerquéme y pregunté:

—¿Quién va?

—Gregoriska, respondió una voz cuyo acento no era posible que equivocara yo con otro.

—¿Qué me queréis?, le pregunté temblando de emoción.

—Si tenéis confianza en mí, dijo Gregoriska, si me creéis hombre de honor, concededme un favor.

—¿Cuál?

—Apagad vuestra luz como si estuviéseis acostada, y, dentro de media hora, abridme vuestra puerta.

—Volved dentro de media hora, fue mi única respuesta. Apagué la luz y esperé.

Mi corazón latía con violencia, comprendiendo que se trataba de algún acontecimiento importante.

Transcurrió la media hora; oí llamar aún más quedo que la primera vez. Como durante el intervalo había descorrido los cerrojos, sólo tuve que abrir la puerta.

Gregoriska entró y, sin aguardar a que él me lo dijera, empujé la puerta detrás de él y corrí los cerrojos.

Permaneció un instante mudo e inmóvil, imponiéndome silencio con el gesto. Después, cuando se hubo cerciorado de que ningún peligro urgente nos amenazaba, condújome al centro de la vasta habitación y conociendo por mi temblor que me sería imposible permanecer en pie, fue a buscarme una silla.

Me senté, o por mejor decir, me dejé caer sobre aquel asiento.

—¡Oh! ¡Dios mío!, le dije, ¿qué hay, y por qué tantas precauciones?

—Porque mi vida, lo cual nada importaría, y la vuestra quizá también dependen de la conversación que vamos a tener. Asustada; le cogí de la mano.

Llevó él mi mano a sus labios, sin dejar de mirar para pedirme perdón de semejante osadía.

Yo bajé los ojos; era expresar en silencio mi consentimiento.

—Os amo, me dijo con su voz melodiosa como un canto; ¿me amáis vos?

—Sí, le respondí.

—¿Consentiríais en ser mi esposa?

—Sí.

Gregoriska pasó la mano por su frente con una profunda aspiración de felicidad.

—¿Entonces, no rehusaréis seguirme?

—Os seguiré a todas partes.

—Porque ya comprenderéis, continuó, que no podemos ser felices sino huyendo.

—¡Oh!, si exclamé; ¡huyamos!

—¡Silencio!, dijo él estremeciéndose; ¡silencio!

—Tenéis razón.

Y, trémula, me acerqué a él.

—He aquí la causa, me dijo, de que haya permanecido tan largo tiempo sin confesaros mi amor. Y es que deseaba, una vez seguro de vuestro amor,

que nada pudiera oponerse a nuestra unión. Yo soy rico, Hedwigia, inmensamente rico; pero a la manera de los señores moldavos, rico en tierras, en rebaños, en siervos. Pues bien, he vendido al monasterio de Hango por valor de un millón de tierras, en rebaños, en villas, y me han dado por valor de trescientos mil francos en pedrerías cien mil francos en oro, y el resto en letras de cambio sobre Viena. ¿Os bastará un millón?

Yo le estreché la mano.

—Vuestro amor me hubiera bastado Gregoriska, juzgad pues. —Pues bien, oídme. Mañana, iré al monasterio de Hango para terminar el negocio con el superior. Tiene caballos dispuestos, que nos esperarán desde las nueve, ocultos a cien pasos del castillo. Después de cenar, subiréis como hoy a vuestra habitación, como hoy apagaréis vuestra luz como hoy, en fin, me introduciré yo en vuestro aposento. Sólo que mañana en lugar de salir solo, vos me seguiréis, llegaremos a la puerta que da al campo, encontraremos nuestros caballos, y pasado mañana al amanecer habremos andado ya treinta leguas.

—¡Ojalá fuese pasado mañana!

—¡Hedwigia mía!

Gregoriska me estrechó contra su corazón, nuestros labios se encontraron.

¡Ah!, él lo había dicho era hombre honrado; pero, harto comprendió, que si no le pertenecía mi cuerpo, al menos le pertenecía el alma.

Transcurrió la noche sin que me fuera dado dormir un solo instante. Me encontraba ya huyendo con Gregoriska, me sentía llevada por él como lo había sido por Kostaki; sólo que, esta vez, la carrera terrible, espantosa, fúnebre, se trocaba en tierno y prolongado abrazo, al cual la celeridad añadía cierta voluptuosidad, propia de la carrera. Llegó el día, y bajé.

Parecióme que había algo de más sombrío aún de lo acostumbrado, en la manera como me saludó Kostaki. Su sonrisa no era solo una ironía, era una amenaza.

Smeranda parecióme la misma que de costumbre.

Durante el desayuno, Gregoriska mandó que le ensillaran su caballo. Kostaki pareció no fijar la atención en semejante orden.

A las once se despidió de nosotros Gregoriska diciéndonos que hasta la noche no estaría de vuelta, y suplicando a su madre que no le esperase a comer; después volviéndose hacia mí, me rogó tuviese a bien admitir sus disculpas.

Salió. Siguióle la mirada de su hermano hasta el instante en que dejó el aposento, y, en aquel instante, brotó de esta mirada un rayo tal de odio que a mi pesar me estremecí.

Transcurrió el día en medio de las ansias que podéis figuraros. A nadie había confiado yo nuestros proyectos, ni aun casi en mis rezos me había atrevido a decírselos a Dios, y parecíame que cada mirada que en mí se fijaba podía penetrar y leer en el fondo de mi corazón.

La comida fue un suplicio. Sombrío y taciturno, Kostaki hablaba raras veces; aquel día se contentó con dirigir dos o tres veces la palabra en moldavo a su madre y cada vez me hizo estremecer el acento de su voz.

Cuando me levanté para subir a mi aposento, Smeranda, como de costumbre, me abrazó, y, al abrazarme, me dijo aquella misma frase que desde hacía ocho días no había oído salir de su boca:

—Kostaki ama Hedwigia.

Esta frase me persiguió como una amenaza, y al encontrarme sola en mi aposento parecióme que una voz murmuraba a mis oídos:

—¡Kostaki ama a Hedwigia!

Ahora bien, el amor de Kostaki, Gregoriska me lo había dicho, era la muerte.

A las siete de la noche y cuando empezaba a oscurecer, vi a Kostaki atravesar el patio. Se volvió para mirar hacia mis ventanas; pero yo me hice atrás a fin de que no pudiera verme.

Hallábame inquieta, porque le había visto dirigirse hacia las cuadras.

Arriesgueme a descorrer los cerrojos de la puerta y a deslizarme hasta el aposento vecino, desde donde podía ver todo lo que iba a hacer.

En efecto, se dirigía a la cuadra, de donde por sí mismo sacó a su caballo favorito, y ensillóle con sus propias manos, con el cuidado de un hombre que concede la mayor importancia a los menores detalles. Llevaba el traje mismo con el cual le vi por primera vez, y su sable por toda arma.

Ensillado ya su caballo, miró otra vez a la ventana de mi aposento. Enseguida, como no me viera, montó, hízose abrir la puerta por la cual había salido y debía entrar su hermano y se alejó al galope en dirección al monasterio de Hango.

Entonces oprimiose mi corazón de una manera terrible; un presentimiento fatal me decía que Kostaki iba al encuentro de su hermano.

Permanecí en aquella ventana tanto tiempo como pude distinguir el camino que a un cuarto de legua del castillo había un recodo y se perdía en el principio de un bosque. Pero la noche era cada vez más densa y lo perdí de

vista. Permanecí allí todavía. Por fin, la propia inquietud me devolvió la fuerza, y como era evidente que en la sala baja podía recibir más pronto las primeras noticias del, uno o del otro de los dos hermanos, bajé.

Mi primera mirada fue para Smeranda. En la tranquilidad de su rostro vi que no sentía aprensión alguna; daba sus órdenes para la cena acostumbrada y estaban Colocados en sus sitios los cubiertos de ambos hermanos.

No me atreví a interrogar a nadie. ¿Por otra parte, a quién hubiera interrogado? Nadie en el castillo, excepto Kostaki y Gregoriska, hablaba ninguno de los dos idiomas únicos que yo conocía.

Me estremecía al menor ruido.

A las nueve, por lo común, nos sentábamos a la mesa para cenar.

Había yo bajado a las ocho y media y seguía con los ojos la aguja cuyo movimiento era casi visible en el vasto cuadrante del reloj.

Dieron los tres cuartos. La vibración resonó sombría y triste; enseguida la aguja emprendió su marcha silenciosa, y la vi de nuevo recorrer la distancia con la regularidad y lentitud de una punta de compás.

Algunos minutos antes de las nueve parecióme oír en el patio el galope de un caballo Smeranda lo oyó también, porque volvió la cabeza del lado de la ventana; pero era demasiado oscura la noche para que pudiese ver nada.

—¡Oh!, ¡si me hubiese mirado en aquel momento, cómo hubiera adivinado lo que pasaba en mi corazón!

No había sonado más que el galope de un solo caballo, y era muy natural. Ya sabía yo que no regresaría más que un solo caballero.

¿Pero cuál?

Resonó en la antesala el rumor de unas pisadas. Éstas eran lentas; parecían gravitar sobre mi corazón.

Abriose la puerta y vi diseñarse una sombra en la oscuridad. Esta sombra se paró un instante en el umbral de la puerta.

Mi corazón estaba suspenso.

La sombra se adelantó, y a medida que iba penetrando en el círculo de luz, yo respiraba.

Reconocí a Gregoriska.

Un instante más de dolor, y rompíase mi corazón.

Reconocí a Gregoriska, sí, pero pálido como la muerte. Solamente con verle, se adivinaba ya que acababa de ocurrir algo terrible.

—¿Eres tú, Kostaki?, preguntó Smeranda.

—No, madre mía, respondió Gregoriska con voz sorda.

—¡Ah!, ¿por fin estáis aquí, y desde cuando acá debe esperaros vuestra madre?

—Madre mía, dijo Gregoriska fijando una mirada en el reloj, no son más que las nueve.

En aquel momento, efectivamente, dieron las nueve.

—Verdad es, dijo Smeranda. ¿Dónde está vuestro hermano? A mi pesar, pensé que era la misma pregunta que Dios había dirigido a Caín.

Gregoriska no respondió.

—¿Nadie ha visto a Kostaki?, preguntó Smeranda. El mayordomo se informó.

—A las siete, dijo éste, el conde ha ido a la cuadra a ensillar por sus propias manos su caballo, y ha partido por el camino del monasterio de Hango.

En aquel momento encontráronse mis ojos con los de Gregoriska. No sé si fue realidad o alucinación, pero me pareció que una gota de sangre lucía en medio de su frente.

Llevé lentamente el dedo a mi propia frente, indicando el sitio donde creía ver aquella mancha.

Comprendióme Gregoriska; tomó su pañuelo y se engujó.

—Sí, sí, murmuró Smeranda, habrá encontrado algún oso, algún lobo que se habrá entretenido en perseguir. Por cosa tan baladí deja un hijo a su madre. ¿Dónde le habéis dejado, Gregoriska?, decid.

—Madre mía, respondió Gregoriska con voz conmovida pero entera, mi hermano y yo no hemos partido juntos.

—Bien está, dijo Smeranda; Sírvase la cena, sentémonos a la mesa y ciérrense las puertas. Los que estén fuera, dormirán fuera.

Las dos primera partes de esta orden fueron ejecutadas al pie de la letra. Smeranda ocupó su asiento, sentose Gregoriska a su derecha y yo a su izquierda.

Después salieron los criados para cumplir la tercera, orden, es decir, para cerrar las puertas del castillo.

En aquel momento oyose un gran rumor en el patio y un sirviente, azorado, se precipitó en el comedor exclamando:

—Princesa, el caballo del conde Kostaki acaba de entrar en el patio, solo y cubierto de sangre.

—¡Oh!, murmuró Smeranda irguiéndose pálida y amenazadora; así entró una noche el caballo de su padre.

Dirigí la vista hacia Gregoriska. No estaba ya pálido; estaba lívido.

En efecto, el caballo del conde Koproli había entrado una noche en el patio del castillo, cubierto de sangre, y una hora después los servidores habían encontrado y traído el cuerpo cubierto de heridas.

Smeranda tomó un hachón de manos de uno de los criados, adelantose hacia la puerta, la abrió, y bajó al patio.

Al asustado caballo apenas podían contenerle tres o cuatro servidores.

Smeranda se adelantó hacia el animal; miró la sangre que manchaba su silla, y descubrió una herida en lo alto de la frente.

—Kostaki ha sido muerte de frente, dijo la princesa, en duelo, y por un solo enemigo. Buscad su cuerpo, hijos míos, que más tarde trataremos de buscar al matador.

Como el Caballo había entrado por la puerta de llano, todos los servidores se precipitaron por esta puerta, y relucieron los hachones por la campiña hasta perderse en el bosque, como, en una hermosa noche de verano, se ven centellear las luciérnagas en las llanuras de Niza y de Pisa.

Smeranda, como si hubiese estado convencida de que las pesquisas no serían largas, esperaba de pie en la puerta. Ni una lágrima corría de los ojos de aquella desolada madre, y sin embargo sentíase rugir la desesperación en el fondo de su alma.

Gregoriska estaba detrás de ella y yo junto a Gregoriska. Por un instante, al abandonar el salón, había tenido la intención de ofrecerme el brazo, pero no se atrevió.

Al cabo de un cuarto de hora o poco más, se vio por la revuelta del camino parecer una antorcha, enseguida dos, después todas.

Sólo que aquella vez en lugar de esparramarse por la campiña, estaban agrupadas en torno de un centro común.

Este centro común, según pudo verse muy pronto, se componía de una litera y de un hombre tendido sobre ella.

El fúnebre cortejo avanzaba, pero lentamente.

A los diez minutos llegó a la puerta. Al reparar en la madre viva que aguardaba al hijo muerto, los que lo llevaban se descubrieron instintivamente, después entraron silenciosos en el patio.

Smeranda les siguió, y nosotros seguimos a Smeranda. De ese modo llegamos al salón en el cual fue depositado el cuerpo.

Entonces, con ademán de suprema majestad, Smeranda se abrió paso, y acercándose al cadáver, dobló en tierra una rodilla, separó los cabellos que ocultaban su rostro, y permaneció contemplándole por largo tiempo, enjutos los ojos. Abriendo enseguida la túnica moldava, entreabrió la camisa manchada de sangre.

La herida estaba en el costado derecho del pecho. Debía haber sido causada por una hoja recta y cortante de dos filos. Recordé haber visto aquel día mismo, en el cinto de Gregoriska, el largo cuchillo de caza que servía de bayoneta a su carabina.

Busqué el arma en su cinto, pero había desaparecido. Smeranda pidió agua, mojó su pañuelo en ella y lavó los cruentos bordes.

La sangre fresca y pura subió a enrojecer los labios de la herida.

El espectáculo que ante los ojos se me ofrecía, presentaba no sé qué de atroz y de sublime a la vez. Aquel vasto salón, ahumado por las antorchas de resina, aquellos rostros bárbaros, aquellos ojos brillantes de ferocidad, aquellos trajes extraños, aquella madre que calculaba, a la vista de la sangre tibia todavía, el tiempo que hacía que la muerte le robara a su hijo, aquel terrible silencio, interrumpido solamente por los sollozos de los bandidos de quien era Kostaki el jefe, todo esto, lo repito, era atroz y sublime a un mismo tiempo.

Por fin, Smeranda acercó sus labios a la frente de su hijo; enseguida, levantándose, y echando hacia atrás las largas trenzas de sus cabellos blancos, que se habían desprendido:

—¡Gregoriska!, dijo.

Gregoriska se estremeció, movió la cabeza y saliendo de su atonía.

—¿Madre mía?, respondió.

—Acercaos, hijo mío, y oídme.

Gregoriska obedeció, pero estremeciéndose.

A medida que se iba acercando al cadáver, la sangre, más abundante y más encarnada, brotaba de la herida. Por fortuna, Smeranda no miraba ya hacia aquel lado, pues a la vista de aquella sangre acusadora, no hubiera tenido necesidad de buscar al asesino.

—Gregoriska, dijo la princesa, sé muy bien que Kostaki y tú no os amabais; sé muy bien que tú eres Waivady por tu padre, y él era Koproli por el suyo, pero por vuestra madre ambos pertenecíais a los Brankovan. Sé asimismo que tú eres un hombre de las ciudades de Occidente y él un hijo de las montañas orientales; pero, erais hijos de una misma madre. Pues bien, Gregoriska, quiero saber si iremos a depositar al hijo junto a su padre sin que haya sido pronunciado el juramento de venganza; quiero saber si puedo llorar



tranquila como una mujer, confiando en que tú, un hombre, tomará a su cargo el castigo del asesino.

—Nombradme al asesino de mi hermano, señora, y os juro, que, si lo exigís, antes de una hora habrá cesado de vivir. —Jurad, sin embargo, Gregoriska, jurad bajo pena de maldición, ¿entendéis, hijo mío?, jurad que morirá el asesino, que no dejaréis piedra sobre piedra de su casa, que su madre, sus hijos, sus hermanos, su mujer o su desposada morirán por vuestra mano. Jurad e invocad sobre vos la cólera celeste si faltáis a tan sagrado juramento; invocad para vos, si faltáis a tan santo voto, la miseria, la execración de vuestros amigos, la maldición de vuestra madre.

Gregoriska extendió su mano sobre el cadáver.

—Juro que el asesino morirá, dijo.

A este juramento extraño y del que solamente yo y el muerto quizá, podíamos comprender el verdadero sentido, vi o creí verse cumplir un espantoso prodigio.

Los ojos del cadáver se abrieron y se clavaron en mí más animados acaso de lo que nunca los había visto, y sentí, como si hubiera sido palpable aquel doble rayo, penetrar un hierro encendido en mi corazón.

Era ya más de lo que podía soportar. Me desmayé.

## XV. El monasterio de Hango

---

Cuando recobré mis sentidos, me encontré acostada en mi cama; velaba junto a mí una de las dos mujeres. Pregunté dónde estaba Smeranda, y se contestó que velaba junto al cuerpo de su hijo.

Pregunté dónde estaba Gregoriska y se me dijo que había salido para el monasterio de Hango.

—No pensábamos ya en fugarnos. ¿No había muerto Kostaki? No se trataba tampoco de matrimonio. ¿Podía casarme con el fratricida?

Tres días y tres noches transcurrieron así en medio de sueños extraños. Ya durmiese, ya estuviese despierta, veía siempre aquellos dos ojos vivos en aquel rostro muerto: era una visión horrible.

Al tercer día debía efectuarse el entierro de Kostaki. Por la mañana me llevaron, de parte de Smeranda, un traje completo de viuda.

Me vestí y bajé.

La casa parecía deshabitada. Todo el mundo se hallaba en la capilla.

Encamineme hacia allí.

Al ir a penetrar en el sagrado recinto, Smeranda, a quien no había visto desde tres días antes, atravesó el umbral y llegó a mí.

Parecía una estatua del Dolor. Con un movimiento leve como el de una estatua, posó sus labios helados sobre mi frente y con voz sepulcral pronunció sus acostumbradas palabras: Kostaki ama Hedwigia.

No podéis figuraros el efecto que produjeron en mí estas palabras. Semejante protesta de amor hecha en tiempo presente en vez de tiempo pasado; ese ama en vez de amaba; ese amor de ultratumba que venía a buscarme en vida produjo en mí una terrible impresión.

Al mismo tiempo un extraño sentimiento se apoderaba de mí, como si yo hubiese sido en efecto la mujer del que había muerto y no la prometida del que estaba vivo. Aquella tumba me atraía hacia sí, a pesar mío, dolorosamente, como dicen que la serpiente atrae al pájaro que fascina. Busqué con los ojos a Gregoriska y le vi pálido, en pie y apoyado contra una columna; sus ojos estaban fijos en el cielo y no puedo por lo tanto decir si me vio.

Los monjes del monasterio de Hango rodeaban el cuerpo entonando salmodias del rito griego, armoniosas alguna vez, monótonas casi siempre. Yo también quise rezar, pero expiró en mis labios la oración. Hallábase mi espíritu perturbado en tal manera que parecíame más bien asistir a un conciliábulo de demonios que a una reunión de sacerdotes.

En el instante en que se llevaron el cuerpo, quise seguirle, pero las fuerzas me faltaron. Sentí vacilar mis piernas y me apoyé en la puerta.

Entonces acercóseme Smeranda, e hizo una seña a Gregoriska.

Gregoriska, obediente, se acercó.

Enseguida Smeranda me dirigió la palabra en lengua moldava.

—Mi madre me manda repetiros palabra por palabra lo que va a decir, murmuró Gregoriska.

Entonces Smeranda habló de nuevo. Cuando hubo concluido:

—He aquí las palabras de mi madre, dijo Gregoriska.

«Lloráis a mi hijo, Hedwigia, porque le amabais, ¿no es verdad? Os doy gracias por vuestras lágrimas y por vuestro amor; de aquí en adelante sois mi hija lo mismo que si Kostaki hubiese sido vuestro esposo; de aquí en adelante tenéis una patria, una madre, una familia. Derramemos la copia de lágrimas que se debe a los muertos, y enseguida seamos entrambas, yo su madre, vos su mujer, dignas del que ya no es. ¡Adiós! Retiraos a vuestra habitación; yo voy a seguir a mi hijo hasta su última morada; a mi vuelta me encerraré con mi dolor y no me veréis hasta que lo habré vencido; pero; no lo dudéis, le venceré, porque no quiero que me mate».

No pude contestar a estas palabras de Smeranda traducidas por Gregoriska, sino con un gemido.

Subí a mi aposento y el cortejo se alejó. Vile desaparecer por un recodo del camino. El monasterio de Hango no distaba más que media legua del castillo, por el atajo; pero lo montañoso del terreno obligaba al camino a torcer, y siguiendo éste se empleaban, en el viaje cerca de dos horas.

Estábamos en noviembre. Los días eran fríos y cortos. A las cinco era ya de noche.

A cosa de las siete vi reaparecer las antorchas. Era el cortejo fúnebre que regresaba. El cadáver reposaba en el panteón de sus padres. Todo había

concluido.

Os he indicado ya la obsesión extraña de que era presa desde el fatal acontecimiento que a todos nos había vestido de luto, y especialmente desde que había visto abrirse y fijarse en mí unos ojos que la muerte había cerrado. Aquella noche, fatigada por las emociones de todo el día, estaba aún más triste. Oía dar una tras otra las horas en el reloj del castillo y me iba entristeciendo a medida que el tiempo transcurrido me acercaba al instante en que Kostaki había muerto.

Oí dar las nueve menos cuarto.

Entonces una sensación extraña se apoderó de mí. Era un terror espeluznante que recorría todo mi cuerpo, helándolo; y mezclado con este terror algo como un sueño invencible que entorpecía mis sentidos: mi pecho se oprimió, veláronse mis ojos. Extendí los brazos y fui a caer de espaldas sobre mi lecho.

Sin embargo mis sentidos no se habían amortiguado tan completamente que me impidieran oír un rumor de pisadas acercándose a mi puerta; enseguida, me pareció que esta se abría: después ya no vi ni oí nada más.

Únicamente sentí un vivísimo dolor en el cuello. Después de lo cual caí en completo letargo.

A media noche, desperté; mi lámpara estaba aún encendida; quise levantarme; pero estaba tan débil, que me fue preciso probarlo dos o tres veces. Vencí, empero, esta debilidad como despierta, sentía en el cuello el mismo dolor que había experimentado en mi adormecimiento, me arrastré, apoyándome en la pared, hasta el espejo y miré.

Algo parecido a la picada de un alfiler marcaba la arteria de mi cuello.

Pensé que algún insecto me había mordido durante mi sueño, y, como estaba fatigada a lo sumo, me acosté y me dormí. Al día siguiente desperté como de costumbre y como de costumbre quise levantarme tan pronto como se abrieron mis ojos; pero sentí una debilidad que no había experimentado más que una sola vez en mi vida; el día siguiente de una sangría.

Me acerqué al espejo y me asombró mi palidez.

El día transcurrió triste y sombrío: experimentaba una impresión extraña, tenía necesidad de permanecer inmóvil, porque todo movimiento era para mí una fatiga.

Llegó la noche; encendieron mi lámpara; las camareras, así al menos lo comprendí por sus gestos, me ofrecieron quedarse. Les di las gracias y salieron.

A la hora misma de la víspera experimenté los mismos síntomas quise entonces levantarme y pedir socorro; pero no pude andar ni hasta la puerta. Oí vagamente el timbre del reloj dando las ocho y tres cuarto; resonaron los pasos, abrióse la puerta; pero nada veía, nada oía, y, como la víspera, había ido a caer tendida sobre mi cama.

Como la víspera sentí un agudo dolor en el mismo sitio; como la víspera, también me desperté a las doce de la noche, sólo que mucho más débil y mucho más pálida.

Se renovó todavía al siguiente día la terrible obsesión. Estaba decidida a bajar hasta la habitación de Smeranda, por débil que me encontrase, cuando una de las doncellas entró en mi cuarto y pronunció el nombre de Gregoriska. Gregoriska iba tras ella.

Quise levantarme para recibirle; pero volví a caer en mi sillón.

Lanzó un grito al verme y quiso precipitarse hacia mí; pero tuve fuerza suficiente para extender mi brazo hacia él.

—¿Qué venís a hacer aquí?, le pregunté.

—¡Ah!, ¡venía a despedirme de vos!, ¡venía a deciros que dejo este mundo que me es insoportable sin vuestro amor y sin vuestra presencia!, ¡venía a deciros que me retiro al monasterio de Hango!

—Mi presencia os está vedada, Gregoriska, le respondí; pero no mi amor. ¡Ah!, yo os amo siempre, y mi mayor pena es que de hoy en adelante este amor sea casi un crimen.

—¿Entonces puedo esperar que oraréis por mí, Hedwigia?

—Sí, sólo que no oraré mucho tiempo, añadí sonriendo.

—¿Qué tenéis?, ¿por qué estáis tan pálida?

—¡Tengo... que Dios se compadece de mí y me llama a su lado!

Gregoriska se me acercó, tomome una mano, que no tuve fuerza para retirarle y, mirándome fijamente.

—Esa palidez no es natural, Hedwigia, me dijo. ¿De qué proviene?

—Si os lo dijese, Gregoriska, creeríais que estoy loca:

—No, no, decídmelo, Hedwigia, os lo suplico; vivimos aquí en un país que a ningún otro se parece, en una familia que a ninguna otra se parece tampoco. Decid, decidlo todo: os lo suplico.

Entonces se lo conté todo. La extraña alucinación que me sobrecogía a la hora en que Kostaki había debido morir; el terror, el entorpecimiento, aquel frío glacial, aquella postración que me encadenaba a mi lecho, aquea ruido de pasos que creía oír aquella puerta que creía ver abrirse, en fin, aquel dolor agudo seguido de una palidez y de una debilidad sin cesar crecientes.

Había creído que mi relación le parecería a Gregoriska un principio de locura, y la terminaba con timidez, cuando vi, por el contrario, que prestaba a mi relato atención profunda.

Cuando hube acabado de hablar, reflexionó un instante.

—¿Así, me preguntó, os dormís cada noche a las nueve menos cuarto?

—Sí, por más esfuerzos que haga para resistir al sueño.

—¿Creéis ver abrirse vuestra puerta?

—Sí, no obstante tengo echado el cerrojo por dentro.

—¿Sentís un dolor agudo en el cuello?

—Sí a pesar de conservar apenas mi cuello la huella de una herida.

—¿Queréis permitirme que vea?, me dijo. Yo recliné mi cabeza sobre el hombro. Gregoriska examinó la cicatriz.

—Hedwigia, me dijo a los pocos instantes, ¿tenéis confianza en mí?

—¿Y lo preguntáis?, le contesté.

—¿Creéis en mi palabra?

—Como creo en los Santos Evangelios.

—Pues bien, Hedwigia, bajo mi palabra os juro que no viviréis ocho días si os negáis a hacer hoy mismo lo que voy a deciros.

—¿Y si consiento?

—Si consentís... os salvaréis quizá.

—¿Quizá?

Gregoriska se calló.

—Sucedá lo que suceda, añadí, haré cuanto me mandéis.

—¡Pues bien!, oídme, dijo, y no os asustéis sobre todo. Tanto en vuestro país, como en Hungría y como en nuestra Rumanía existe una tradición...

Me estremecí, porque la tradición a que aludía había ya acudido a mi memoria.

—¡Ah!, exclamó, ¿sabéis ya lo que quiero decir?

—Sí, respondí, he visto en Polonia a personas sometidas a tan horrible fatalidad.

—¿Supongo que hablaréis de los vampiros?

—Sí; cuando era muy niña, vi desenterrar en el cementerio de una villa perteneciente a mi padre, cuarenta personas, muertas en quince días, sin que se pudiera adivinar la causa de su muerte. Diez y siete dieron todas las señales de vampirismo, es decir, se las encontró frescas, coloradas, semejantes a vivos; las otras eran sus víctimas.

—¿Y qué hicieron para libertar al país?

—Se les hundió una estaca en el corazón y los quemaron enseguida.

—Sí, así se procede, ordinariamente; pero, en nuestro caso para nosotros, no basta esa. Para libraros del fantasma, quiero ante todo conocerle, y os juro por el cielo que lo conoceré. Sí, y si es preciso lucharé con él cuerpo a cuerpo, sea quien fuere.

—¡Oh! Gregoriska, exclamé, aterrada.

—He dicho sea quien fuere y lo repito. Pero es preciso para salir con bien de esa terrible aventura, que consintáis en todo lo que de vos voy a exigir.

—Decid.

—Halláos dispuesta a las siete. Bajad a la capilla; pero bajad sola: hay que vencer vuestra debilidad, Hedwigia, hay que vencerla. Allí recibiremos la bendición nupcial. Consentid en ello, querida mía; es preciso para defenderos que, ante Dios y ante los hombres, tenga yo derecho a velar sobre vos. Subiremos enseguida aquí; y después, veremos.

—¡Oh! Gregoriska, exclamé; si es él, os matará.

—Nada temáis, mi amada Hedwigia. Consentid solo.

—Ya sabéis que haré cuanto queráis, Gregoriska.

—Entonces, hasta la noche.

—Sí, haced por vuestra parte lo que gustéis, que yo os secundaré en cuanto pueda.

Y salió.

Un cuarto de hora después vi a un jinete tomar a escape el camino del monasterio: era él.

Apenas le hube perdido de vista caí de rodillas y recé, como no se reza en vuestro país sin creencias; y esperé las siete ofreciendo a Dios y a los santos el holocausto de mis pensamientos; sólo me levanté en el instante en que dieron las siete.

Estaba débil como una moribunda, pálida como un cadáver.

Cubrí mi cabeza con un ancho velo negro, bajé la escalera sosteniéndome en las paredes, y me dirigí a la capilla sin haber encontrado a nadie.

Gregoriska me aguardaba con el padre Basilio, superior del convento de Hango. Llevaba en el costado una espada santa, reliquia de un viejo cruzado que había tomado a Constantinopla con Ville-Hardouin y Beandoin de Flandes.

—Hedwigia, me dijo golpeando con la mano su espada, con la ayuda de Dios ved lo que romperá el encanto que amenaza vuestra vida. Acercaos resueltamente; ved aquí a un santo hombre que, después de haber recibido mi confesión, va a recibir nuestros juramentos.

Comenzó la ceremonia; quizá no hubo nunca otra más sencilla y solemne a la vez. Como nadie asistía, él mismo nos colocó en la cabeza las nupciales coronas. Vestidos ambos de luto, dimos la vuelta al altar, con un cirio en la mano; después, el religioso pronunció las palabras de ritual y añadió:

—Y ahora id, hijos míos, y que Dios os dé la fuerza y el valor indispensable para luchar contra el enemigo del género humano. Armados estáis con vuestra inocencia y su justicia: venceréis al demonio. Id, y benditos seáis.

Besamos los libros santos y salimos de la capilla.

Entonces, por vez primera, me apoyé en el brazo de Gregoriska, y parecióme que al contacto de aquel brazo valeroso, a la proximidad de aquel noble corazón, la vida entraba nuevamente en mis venas.

Segura estaba yo de triunfar, pues que Gregoriska se hallaba conmigo; subimos a mi aposento.

Daban las ocho y media.

—Hedwigia, me dijo entonces Gregoriska, no tenemos tiempo que perder. ¿Quieres dormirte como de costumbre para que todo ocurra durante tu sueño?, ¿o quieres permanecer despierta y verlo todo?

—Junto a ti nada temo, quiero permanecer despierta y verlo todo.

Gregoriska sacó de su bolsillo un ramo bendito, húmedo aún de agua sagrada y me lo dio.

—Toma pues este ramo, me dijo, acuéstate, recita tus preces a la Virgen y espera sin temor. Dios está con nosotros. Sobre todo, no dejes caer tu ramo, porque con él dictarás órdenes al infierno mismo. No me llames, no grites; reza, aguarda y espera.

Me tendí en la cama, cruzando mis manos sobre el pecho en el cual apoyé el ramo bendito.

Por su parte, Gregoriska se ocultó detrás del dosel de que ya he hablado y que cortaba el ángulo de mi aposento. Contaba yo los minutos y sin duda Gregoriska los contaba también por su parte.

Dieron los tres cuartos.

Vibraba aún el zumbido del martillo, cuando sentí el mismo entorpecimiento, el mismo terror, el mismo frío glacial; pero acerqué a mis labios el ramo bendito y dispuse esa primera sensación.

Entonces oí distintamente el rumor de los mesurados y lentos pasos que resonaban en la escalera y se acercaban a mi puerta.

No tardó ésta en abrirse pausadamente, sin ruido, como empujada por una fuerza sobrenatural, y entonces...



La voz se detuvo como ahogada en la garganta de la dama pálida.

—Y entonces, continuó ésta haciendo un esfuerzo, entonces vi a Kostaki, pálido como le había visto cuando estaba tendido en la litera; sus largos cabellos negros, esparcidos sobre los hombros, goteaban, sangre; llevaba su traje acostumbrado; pero la ropilla, desabrochada, dejaba ver la ensangrentada herida.

Todo era muerto, todo era cadáver... carne, traje, movimientos... los ojos solo, sus ojos terribles estaban vivos.

Ante aquel espectáculo ¡cosa extraña!, en vez de sentir redoblar, mi espanto, sentí acrecentarse mi valor. Dios me lo enviaba sin duda para que pudiera juzgar mi situación y defenderme contra el infierno. Al primer paso que dio el fantasma hacia mi lecho, crucé con osadía mi mirada con aquella mirada de plomo y le presenté el ramo bendecido.

El espectro intentó adelantarse; pero un poder más fuerte que el suyo le mantuvo en su sitio.

Se paró.

—¡Oh!, murmuró; no duermes; ¡todo lo sabe!

Hablaba en moldavo y, sin embargo, lo entendí como si aquellas palabras hubiesen sido pronunciadas en un idioma conocido. Nos hallábamos así, cara a cara, el fantasma y yo, sin que mis ojos pudieran separarse de los suyos, cuando vi, sin tener necesidad de volver la cabeza hacia aquel lado, a Gregoriska, salir de su escondite, parecido al ángel exterminador llevando su espada en la mano. Hizo la señal de la cruz con la mano izquierda, y avanzó lentamente tendida la espada hacia el fantasma; éste, al aspecto de su hermano, había a su vez tirado del sable con una carcajada terrible; más apenas el sable hubo tocado el hierro bendecido, cuando el brazo del fantasma cayó inerte junto a su cuerpo.

Kostaki exhaló un suspiro preñado de lucha y desesperación.

—¿Qué quieres?, preguntó a su hermano.

—¡En nombre del Dios vivo!, exclamó Gregoriska, te conjuro para que me respondas.

—Habla, dijo el fantasma rechinando los dientes.

—¿Soy yo quien te aguardó?

—No.

—¿Soy yo quien te atacó?

—No.

—¿Soy yo quien te hirió?

—No.

—Tú te arrojaste sobre mi espada, y todo hubo concluído. Por consiguiente, a los ojos de Dios y de los hombres, no soy culpable del crimen de fratricidio; tú no has recibido una misión divina sino infernal; tú has salido de la tumba, no como una sombra santa, sino como un espectro maldito y vas a volver de nuevo a tu tumba.

—¡Con ella, sí!, exclamó Kostaki haciendo un esfuerzo supremo para apoderarse de mí.

—¡Solo!, exclamó a su vez Gregoriska; esa mujer me pertenece.

Y al pronunciar estas palabras, con la punta del hierro bendito tocó la llaga viva.

Kostaki exhaló un grito, como si le hubiese herido una espada de fuego y llevando a su pecho la mano izquierda dio un paso hacia atrás.

Al mismo tiempo y con un movimiento que parecía ir acorde con el suyo, Gregoriska dio un paso hacia adelante; entonces, fijos sus ojos en los ojos del muerto, la espada apuntada al pecho de su hermano, comenzó una caminata lenta, terrible, solemne; algo parecido a la escena de D. Juan y del Comendador, retrocediendo el espectro ante el sagrado acero, bajo la voluntad irresistible del campeón de Dios, siguiéndole éste paso a paso sin pronunciar una sola palabra, jadeantes los dos, lívidos entrambos, el vivo empujando al muerto delante de él, y obligándole a abandonar el castillo que había sido en el pasado su morada, por la tumba que era su habitación en lo porvenir.

¡Oh!, era cosa horrible de ver, os lo juro.

Y no obstante, arrastrada yo por una fuerza superior, invisible, desconocida, sin darme cuenta de lo que hacía, me levanté y los seguí. Bajamos la escalera iluminados sólo por las pupilas ardientes de Kostaki; así atravesamos la galería, así cruzamos el patio; así franqueamos la puerta, con el mismo andar mesurado; el espectro hacia atrás, Gregoriska con el brazo extendido, y yo siguiéndoles.

Esta fantástica carrera duró una hora; era preciso volver el muerto a su tumba; sólo que, en vez de seguir el camino habitual, Kostaki y Gregoriska habían cortado el terreno en línea recta, inquietándose poco por los obstáculos que habían dejado de existir. Bajo sus pies se allanaba el suelo, secábanse los torrentes, retrocedían los árboles, separábanse las rocas; el mismo milagro se operó para mí que se operaba para ellos; solamente, el cielo me parecía cubierto de una gasa negra, la luna y las estrellas habían desaparecido, y no veía brillar en la obscuridad de la noche más que los ojos de fuego del vampiro.

De este modo llegamos a Hango, de este modo pasamos a través del seto de arbustos que servía de muralla al cementerio. Apenas habíamos entrado, distinguí en la sombra la tumba de Kostaki colocada al lado de la de su padre; ignoraba qué estuviese situada allí y la conocí sin embargo.

Aquella noche nada ignoraba yo, todo lo sabía. Gregoriska se detuvo a orillas de la abierta huesa.

—Kostaki, dijo, no ha concluido aún todo para ti. Una voz celeste me dice que serás perdonado si te arrepientes; ¿prometes volver a entrar en la tumba, prometes no salir de ella, prometes, en fin, consagrar a Dios el culto que hasta ahora has tributado al infierno?

—No, respondió Kostaki.

—¿Te arrepientes?, preguntó Gregoriska.

—¡No!

—¿Por última vez, Kostaki?

—¡No!

—Pues bien; llama en tu auxilio a Satanás como yo invoco a Dios, y veamos de nuevo quién saldrá victorioso.

Dos gritos resonaron a un mismo tiempo; cruzáronse los aceros brotando chispas, y el combate duró un minuto que me pareció un siglo.

Kostaki cayó; vi alzarse la espada terrible, la vi hundirse en su cuerpo y clavar aquel cuerpo en la tierra recientemente removida.

Un grito supremo y que nada tenía de humano desgarró el aire.

Yo me precipité.

Gregoriska había permanecido en pie, pero vacilando. Corrí y le sostuve en mis brazos.

¿Estáis herido?, le pregunté con ansiedad.

—No, díjome; pero en un duelo semejante, mi querida Hedwigia, no es la herida la que mata, es la lucha. He luchado con la muerte y pertenezco a la muerte.

—Amado, amado mío, exclamé, aléjate de aquí y volverá la vida tal vez.

—No, dijo él, aquí está mi tumba, Hedwigia; pero no perdamos tiempo: toma un poco de esa tierra impregnada con su sangre y aplícatela sobre la mordedura que te hizo; es el único medio de preservarte en lo futuro de su horrible amor. Obedecí estremeciéndome. Inclíneme para recoger aquella ensangrentada tierra, y, al bajarme, vi el cadáver clavado en el suelo; la espada bendita le atravesaba el corazón, y brotaba de su herida una sangre negra y abundante, como si en aquel instante acabase de morir.

Impregné un poco de tierra con la sangre, y apliqué el horrible talismán sobre mi herida.

—Y ahora, mi adorada Hedwigia, dijo Gregoriska con voz débil; escucha bien mis postreras instrucciones: abandona el país tan pronto como puedas. Sólo la distancia es una seguridad para ti. El padre Basilio ha recibido hoy mis voluntades supremas, y a sus cuidados dejo encomendado el cumplimiento. ¡Hedwigia, un beso!, ¡el último!, ¡el único, Hedwigia!... ¡Ah!, ¡yo muero!

Y al decir estas palabras, Gregoriska cayó junto a su hermano.

En cualquier otra circunstancia, hallándome en medio del cementerio, cerca de aquella tumba abierta, con aquellos dos cadáveres, tendidos uno junto al otro, hubiérame vuelto loca; pero, y lo he dicho, Dios había puesto en mí una fuerza igual a los acontecimientos de los que me hacía no solamente testigo, sino también actriz.

En el momento en que miraba en torno mío, buscando un auxilio cualquiera, vi abrirse la puerta del monasterio, y los monjes, guiados por el padre Basilio, adelantáronse dos a dos, con sendas antorchas encendidas y entonando las preces de difuntos.

El padre Basilio acababa de llegar al convento; había previsto lo que había ocurrido, y, a la cabeza de toda la comunidad, se dirigía al cementerio.

Encontrame viva junto a dos muertos.

Kostaki tenía el rostro contraído por una postrera convulsión.

Gregoriska, por el contrario, estaba tranquilo y casi sonriendo.

Como lo había encargado Gregoriska, se le enterró junto a su hermano; el cristiano guardando al condenado.

Smeranda al saber aquella nueva desgracia y la parte que en ella había yo tomado, quiso verme. Fue por consiguiente a encontrarme al monasterio de Hango y supo de mi boca todo lo que en aquella terrible noche había acontecido.

Referile en todos sus detalles la fantástica historia, pero me escuchó como Gregoriska me había escuchado, sin admiración, sin terror.

—Hedwigia, me dijo después de un momento de silencio, por extraño que sea lo que acabáis de contarme, no habéis dicho sin embargo más que la pura verdad. La raza de los Brankovan está maldita hasta la tercera y cuarta generación por haber muerto un sacerdote a manos de un Brankovan. Pero ha llegado el término de la maldición, pues, aunque esposa, sois virgen y en mí se extingue la raza. Si mi hijo os ha legado un millón, tomadlo, y a mi muerte, aparte de los legados piadosos que cuento hacer, tendréis el resto de mi fortuna. Y ahora, creedme, seguid cuanto antes el consejo de vuestro esposo;

volvéis pronto a los países donde no permite Dios que se cumplan esos terribles prodigios. De nadie necesito yo para que conmigo llore a mis hijos. Adiós, y no os inquietéis por mí. Mi suerte futura sólo pertenece a mí y a Dios.

Y después de haberme abrazado y besado en la frente como de costumbre, me dejó y fue a encerrarse en el castillo de Brankovan.

Ocho días después partí para Francia, y, como lo había esperado Gregoriska, cesó de visitarme el terrible fantasma. Mi salud se ha restablecido también y no he conservado de ese acontecimiento más que la palidez mortal que acompaña hasta la tumba a toda criatura humana que ha recibido el beso de un vampiro.

Callose la dama, dieron las doce, y casi me atrevería a decir que el más valiente de nosotros se estremeció al timbre del reloj.

Era ya hora de retirarnos, y nos despedimos del señor Ledrú. Un año después, ese excelente hombre había muerto.

Ésta es la primera vez que, después de su muerte, se me presenta ocasión de pagar un tributo al buen ciudadano, al modesto sabio, al hombre honrado sobre todo.

Me apresuro pues a aprovecharla. Jamás he vuelto a Fontenay-aux-Roses.

The background of the page is a marbled pattern in shades of red and white, with a mottled, organic texture. The colors range from light pink to deep, dark red, creating a rich, layered effect.

**UNA COMIDA EN  
CASA DE ROSSINI**

# I

---

**S**alía yo para Italia, en 1840, por tercera o cuarta vez, y entre otros encargos, llevaba el de ofrecer, en nombre de mi buen amigo Dennié, un velo de encajes a la señora Rossini que residía en Bolonia con el ilustre compositor al que El Conde Ory y Guillermo Tell han dado cartas de naturalización francesa.

No sé si después de mí quedará algo de mí; pero en todo caso y por lo que pudiera ser, he tomado la piadosa costumbre, olvidando a mis enemigos, de enlazar el nombre de mis amigos no sólo con mi vida íntima sino también con mi vida literaria. Así, a medida que avanzo hacia el porvenir, arrastro conmigo todo lo que ha tomado parte en mi pasado, todo lo que se ha mezclado con mi presente, como un río que no contento con reflejar las flores, los bosques, las casas de sus riberas, se llevara al Océano la imagen de esas casas, de esos bosques, de esas flores.

Con esto nunca estoy solo si tengo sobre mi mesa una obra mía. Abro entonces el libro; cada página recuerda un día transcurrido, y ese día renace al instante, del alba al crepúsculo, animado por las emociones mismas que le llenaron, poblado de los mismos personajes que le atravesaron. ¿Dónde me encontraba yo aquel día? ¿A qué lugar del mundo iba a buscar una distracción, a pedir un recuerdo, a coger una esperanza, botón que se marchita a menudo antes de abrirse, flor que se deshoja a veces antes de desarrollarse? ¿Visitaba Alemania; Italia, África, Inglaterra o Grecia? ¿Subía el Rhin, rezaba en el Coliseo, cazaba en la Sierra, atravesaba el desierto, meditaba en Westminster, grababa mi nombre sobre la tumba de Arquímedes o sobre la roca de las Termópilas? ¿Qué mano estrechó la mía ese día? ¿La de un rey sentado en el trono o la de un pastor guardando su rebaño? ¿Qué príncipe me llamó su

amigo? ¿Qué mendigo me apellidó su hermano? ¿Con quién partí mi bolsillo por la mañana? ¿Cuáles han sido en veinticuatro años las horas felices señaladas con lápiz o las sombrías marcadas con carbón?

¡Ay de mí!, lo mejor de mi vida pertenece ya a los recuerdos; soy como uno de esos árboles de frondoso ramaje llenos de pájaros mudos al mediodía, pero que despertarán hacia el ocaso, y que, llegada la noche, llenarán mi vejez de aleteos y de cantos, alegrándola con su júbilo, sus amores y sus murmullos. Pero ¡ay!, la muerte derribará el árbol hospitalario, y al caer, ahuyentará a los bulliciosos cantores, cada uno de los cuales es una hora de mi vida.

Y ved ahí cómo un solo nombre me ha desviado de mi camino lanzándome de la realidad a la ilusión.

El amigo que me había encargado llevar el indicado velo, no existe ya. Tenía un ingenio encantador, era un preciosísimo narrador de anécdotas; en su compañía he pasado no pocas veladas en casa de la distinguida señorita Mars, segada también por la inexorable muerte, que la arrebató como pudiera arrebatar una estrella al cielo de mi vida.

Dirigíame a Florencia, término de mi viaje; pero en vez de detenerme allí, ocurrióseme la idea de adelantar hasta Bolonia y de cumplir el encargo como digno mensajero, es decir, entregando personalmente el velo en propias manos de la hermosa dama a quien iba destinado.

Necesitábanse tres días para ir y tres para volver, y además un día de permanencia; total siete días, siete días gastados, perdidos. Pero, en verdad, iba a ver a Rossini, a Rossini que sin duda acababa de desterrarse por miedo de ceder a la tentación de escribir alguna nueva obra maestra.

Recuerdo que llegué a Bolonia a la caída de la tarde. La ciudad parecía de lejos sumergida en un vapor, por encima del cual se elevaban, se destacaban sobre el sombrío fondo del Apenino, la catedral de San Pedro y las dos rivales de la torre inclinada de Pisa, la Garizeuda y la Asinelli. De vez en cuando, el sol, próximo a ocultarse, lanzaba un postrer rayo que inflamaba los cristales de algún palacio, como si estuvieran llenas de llamas las salas; en tanto que el Reno, pintado con todos los colores del cielo que reflejaba, serpenteaba por la llanura como cinta de plateado moaré. Gradualmente el sol fue escondiéndose tras los montes y los cristales que relucían poco antes fueron poco a poco oscureciéndose. El Reno tomó el aplomado tinte del estaño; enseguida llegó la noche rápida envolviendo la ciudad con sus negros mantos que en breve dejaron traslucir millares de puntos tan luminosos como los que brillaban en el cielo.



Las diez serían cuando entré en la fonda de los Tres Reyes. Mi primer cuidado fue el de enviar mi tarjeta a Rossini; que desde aquel instante puso su palacio a mi disposición. Al día siguiente a las once estaba en su casa.

El palacio de Rossini es, como todos los palacios italianos, un compuesto de columnas de mármol, de frescos y de cuadros, espacioso y suficiente para contener tres o cuatro casas francesas, construido para verano, no para invierno, es decir, lleno de aire, de sombra, de frescor, de rosas y de camelias.

En Italia, como es sabido, las flores parecen nacer en los aposentos y no en los jardines, donde no se ven ni oyen más que cigarras.

Rossini habitaba ese mundo de salas, de aposentos, de antesalas y de terrados. Siempre alegre, risueño, chispeante de verbosidad y de ingenio; su mujer, al contrario, cruzaba los mismos aposentos, risueña como el maestro, pero lenta, grave y bella como la Judit de Horacio Vernet.

Saludome con exquisita afabilidad; y me apresuré a entregarle el famoso velo negro que era causa de mi visita a Bolonia.

Rossini había dispuesto ya su comida. Deseaba que mis compañeros de mesa me fuesen simpáticos, y sabiendo que un día u otro debía yo ir a Venecia, había invitado a un joven poeta llamado Luis de Scamozza, que acababa de terminar sus estudios en aquella famosa universidad de Bolonia que ha dado por divisa a la moneda de la ciudad: *Bononia Docet*.

Tena yo cuatro horas a mi disposición para visitar a Bolonia que contaba abandonar al día siguiente, salvo el volver más adelante. Pedí pues permiso a Rossini, y emprendí mi paseo en tanto que el ilustre maestro bajaba a la cocina con objeto de vigilar muy de cerca un plato de stuffato acompañado de mucaroni, para cuya preparación pretende Rossini que no tiene rival en toda la península itálica, desde que ha muerto Alberoni.

En otra ocasión quizá narraré las maravillas de la ciudad universitaria. Describiré aquel Neptuno en bronce, obra maestra del célebre hijo de sus muros a quien ha bautizado con su propio nombre; su catedral de San Pedro rica sobre todo en la Anunciación de Luis Carrachio; mediré la inclinación de sus dos torres, texto eterno de querellas entre los sabios, que todavía no han logrado decidir si se inclinan por un capricho del arquitecto o por efecto de un terremoto; es decir, si han sido inclinadas por mano del hombre o por el hálito de Dios. Pero hoy tengo prisa para volver a mi historia y vuelvo.

A las seis estábamos reunidos en casa del célebre maestro, alrededor de una larga mesa colocada en medio de un vasto comedor pintado al fresco, ventilado por todas partes. La mesa, según las costumbres italianas, estaba

cubierta de flores y de frutas heladas, dispuesto todo para servir de acompañamiento al famoso *stuffato*, la obra maestra de la comida.

Nuestros convidados eran: Dos o tres sabios italianos, es decir, una muestra de esas gentes que discuten durante un siglo si la historia de Ugolino es una alegoría o un hecho; si Beatriz es una ilusión o una realidad; si Laura tuvo trece hijos o solamente doce.

Dos o tres artistas del teatro de Bolonia, entre ellos un joven tenor llamado Roppa que al sentirse, de pronto, dotado de una hermosa voz, pasó de las cocinas de un cardenal al teatro de la Fenice.

Después el joven estudiante-poeta, del cual me había hablado Rossini, figura triste o melancólica, mejor dicho, noble soñador, en el fondo de cuya alma vivía la esperanza de la regeneración italiana; admirable soldado que hoy en día defiende como un Héctor a la heroica Venecia que hace revivir las maravillas imposibles de la antigüedad, luchando como una nueva Troya, una nueva Siracusa, una nueva Cartago. Por último Rossini, su mujer y yo.

La conversación versó sobre Dante, sobre Petrarca, sobre el Tasso, sobre Cimarosa, sobre Pergolese, sobre Beethoven, sobre Grimod de la Reyniere y sobre Brillat-Savarin, y, debo consignar, en elogio de Rossini, que me pareció tener las ideas más claras y más fijas acerca de estos dos ilustres gastrónomos.

Apresúrome a añadir que se hallaba brillantemente sostenido en ese terreno por Roppa que, ignorante de las teorías, pero fuerte en la práctica, habíase dedicado diez años a la cocina sin conocer a Carême, como se dedicaba hacía ya cuatro años a la música sin conocer a Grétry.

Toda esa conversación me indujo a preguntar a Rossini por qué no escribía ya música.

—Creía haber dado una razón poderosa, me contestó.

—¿Cuál?

—La pereza.

—¿Y es la única razón?

—Creo que sí.

—De manera que si un empresario os acechase en un rincón de su teatro y os apuntara una pistola al pecho...

—Diciéndome; «Rossini, vas a escribir tu más bella ópera», ¿no es verdad?

—¡Pues bien, la escribiría!

—¡Ay!, tal vez había más amargura que candor en esta última palabra.

Por lo demás, quizá me engaño, pero nunca he creído en esa sencillez de un gran genio, y cada vez que Rossini hablaba de cocina ante mí, me parecía siempre que era para no hablar de otra cosa.

—Veamos, respondedme; Berlioz, ese gran músico-poeta ¿no encierra, como en Ugolino, algún mito indescifrable en ese ilustre Pezzarés que diviniza los macaroni y desprecia la berza ácida?

—¿Entonces, dije yo a Rossini, toda la cuestión se reduce a una emboscada?

—Y no a otra cosa.

—¿Y si, en vez de una pistola, se os presentaba un poema?

—Probadlo.

—Mirad, Rossini; tal vez os parezca extraño lo que voy a decir, pero si yo escribiese para vos, trocaría el orden acostumbrado.

—¿Cómo es eso?

—Sí; en vez de daros yo un poema para que compusierais la música, vos me daríais una partitura y yo os escribiría el libreto.

—¡Vamos a ver!, dijo Rossini, explicadme vuestra idea.

—¡Oh!, es muy sencilla. En la colaboración del compositor y del poeta ha de ocurrir forzosamente que el uno absorba al otro; que el poema mate la partitura o que mate la partitura al poema. Ahora bien, ¿cuál de los dos ha de sacrificarse?... el poeta, pues que, gracias a los cantantes, jamás se oyen los versos, mientras que, gracias a la orquesta, siempre se oye la música.

—¿Así, pues, vos sois de los que creen que los buenos versos inspiran al compositor?

—Ciertamente, mi querido maestro: la poesía, y la poesía como la de Víctor Hugo y Lamartine, lleva consigo su propia música. No es hermana de la música, es una rival; no es aliada, es adversaria. En lugar de prestar su ayuda a la sirena, la encantadora lucha con ella; combate parecido al de Armida y de la hada Morgana. La música queda victoriosa, pero la victoria extenua.

—¿Entonces, consentiríais en escribir poesía sobre música?

—Sin duda; consentiría en ello, yo que he escrito trescientos volúmenes y veinticinco dramas, porque forzaría a mi amor propio a ayudaros, a serviros, porque, ya que me elevo sobre la cima cuando quiero, miraría como una honrosa delicadeza el cedéroslo a vos a quien respeto, a quien admiro, a vos, mi hermano en el arte. Yo tengo mi reino como vos el vuestro Si Eteocle y Polinice hubiesen tenido cada uno un trono, no se hubieran degollado, y hubieran probablemente muerto de vejez, felicitándose las pascuas todos los años.

—Perfectamente. Acepto vuestra palabra.

—¿De escribir versos sobre música?

—Pues os la doy. Decidme sólo de antemano qué género de ópera desearíais.

—Quisiera una ópera fantástica. Bien veis, mi querido Berlioz, que había berza ácida en el fondo.

—Una ópera fantástica, añadí, ¡cuidado con ello! La Italia con su cielo puro, no es en verdad el país de las tradiciones sobrenaturales. Los fantasmas, los espectros, las apariciones, necesitan las largas y frías noches del Norte; la oscuridad de la Selva Negra, las nieblas de Inglaterra, los vapores del Rhin. ¿Qué haría una pobre sombra errante por entre las ruinas de Roma, por la ribera de Nápoles, por las llanuras de Sicilia? ¿Dónde se refugiaría, Dios mío, si se veía perseguida por el exorcista? Ni siquiera el más pequeño vapor donde huir, el más leve jirón de niebla en que ocultarse, el más pequeño bosque que le sirva de asilo: indudablemente sería cogida, cogida por el cuello y arrastrada a la luz. Atreveos a poblar la noche de sueños, cuando la noche es vuestro día, cuando la luna es vuestro sol, cuando vivís, no de las ocho de la mañana a las ocho de la noche, sino de las ocho de la noche a las ocho de la mañana; mientras se deslizan lentamente nuestras sombrías veladas, vosotros improvisáis las serenatas, hacéis resonar vuestras calles con rumores de júbilo, con cantos de amor. Vuestra aparición es una hermosa joven de ojos y cabellos negros, que se asoma al balcón, deja caer un ramillete de rosas y desaparece. ¡Oh! ¡Julietta! ¡Julietta!, si te levantaste de tu sepulcro, fue porque Shakespeare, el poeta del Norte, te dijo: «¡Levántate!». Y a la voz de ese poderoso encantador, a quien nada podía resistir, obedeciste, bella flor de la primavera de Verona. Pero ninguno de tus compatriotas pensó antes, ni pensará después, en repetir semejante orden. ¡Cuidado con ello, Rossini, cuidado con ello!

Ya veis que os he dejado hablar, exclamó riendo mi huésped.

—Sí, y espero me perdonéis por haber abusado de vuestro permiso.

—No por cierto, hablad, seguid hablando; aquí tenéis a mi amigo Luis de Scamozza que es poeta como vos, que os escucha y que se encargará de responderos.

Tendí la mano a mi joven colega.

—Ya escucho, le dije.

—¿Sabéis por qué el ilustre maestro os dirige a mí?, me dijo Scamozza sonriendo.

—Porque sabe que tendré un placer en oíros.

—No, no por cierto. Porque sabe que un acontecimiento ocurrido a uno de mis abuelos protesta enérgicamente contra lo que acabáis de decir. ¿Es posible que un admirador del Dante venga a negarnos esa sublime poesía de

ultratumba, de que el desterrado de Florencia es el único modelo y de que Milton, el poeta del Norte, no es más que un pobre neófito? ¡Ah!, nosotros tenemos derecho a todas las poesías, porque hemos soportado todas las desgracias. ¿Habéis visto jamás vuestro pardo cielo delineado por sombras más luminosas que las de Francesca y Paolo? ¿Habéis visto salir de la tumba espectro más terrible que el de Farinata de los Oberti? ¿Habéis andado nunca junto a una sombra más tierna que la del poeta Sordello de Mantua? ¡Ah! Dudáis de la Italia fantástica. Pues bien, que os dé Rossini su partitura y yo os daré el argumento para vuestro poema.

—¡Vos!

—Yo, sí; ¿no os he dicho que en mi misma familia vivía el recuerdo de una lúgubre historia?

—¡Pues bien, contádmela!

—No, porque todos la saben aquí; pero, os repito, si Rossini os entrega su partitura, yo os enviaré mi historia.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

—Bueno, dijo Rossini, ésta noche, antes de acostarme, escribiré la obertura.

Y luego, con la copa en la mano.

—¡Al éxito de la ópera *Los estudiantes de Bolonia!*, dijo. Todos brindaron.

Ya no se habló de otra cosa más que de aquel hermoso proyecto durante todo el resto de la comida.

A las diez dejábamos la mesa. Rossini se sentó al piano e improvisó la sinfonía.

Por desgracia, se olvidó de escribirla. Al día siguiente recibí la historia. Nunca más he oído hablar de la partitura. La historia es esta.

## II. El juramento

---

**E**l 1.º de diciembre del año 1703, bajo el pontificado de Clemente XI y a cosa de las cuatro de la tarde, tres jóvenes que era fácil reconocer por estudiantes pertenecientes a la universidad de Bolonia, salían de la ciudad por la puerta de Florencia, y se encaminaban hacia ese hermoso cementerio que a primera vista presenta más bien el aspecto de un alegre paseo que de un mortuorio recinto.

Los tres iban a buen paso, envueltos en sendas capas y mirando a cada instante tras de sí cual si temiesen ser seguidos. Uno de ellos ocultaba algo bajo su capa, y fácil era ver que este algo era un par de espadas. Llegados al cementerio, en vez de proseguir su camino hasta la puerta, volvieron los tres jóvenes a la derecha y siguieron la pared meridional; llegados luego a la extremidad de esta pared, volvieron bruscamente a la izquierda, y, apoyados en la pared oriental, encontraron a otros tres jóvenes, dos de ellos sentados y uno en pie que al parecer les esperaban.

Al reparar en los recién llegados, los dos jóvenes sentados se levantaron y el que estaba en pie se separó de la pared. Los tres salieron al encuentro de los que llegaban.

Los tres iban también envueltos en grandes capas; por una de ellas asomaban las puntas de dos espadas.

Cuatro de los jóvenes continuaron su camino hasta haberse reunido.

Los otros dos permanecieron separados, de manera que cuando los cuatro estudiantes se hubieron agrupado, los dos solitarios se encontraron cada uno a veinte pasos del grupo, Y, por consiguiente a cuarenta pasos uno de otro.

Los cuatro conferenciaron un instante con la mayor animación, mientras los otros dos, que parecían extraños a la conferencia, uno agujereaba la húmeda tierra apoyándose sobre su bastón, y el otro descabezaba los cardos con su varilla.

Dos o tres veces se interrumpió la conferencia, y cada vez el grupo del centro se separó para ir a formar un doble grupo del que los dos jóvenes aislados eran momentáneamente los personajes principales.

Cada vez pudo verse cómo estos últimos hacían señales de negación, lo cual indicaba que no eran del parecer de sus compañeros o no cedían a sus demandas.

Por fin, como se prolongaban las negociaciones sin que se presentara, al parecer, solución amistosa posible, los jóvenes que llevaban las espadas las sacaron y las sometieron a la investigación de sus amigos.

Las espadas fueron entonces examinadas con el mayor cuidado, y era evidente que se discutía sobre la mayor o menor gravedad que, por lo tocante a las heridas, debía resultar de la forma de las armas. Últimamente, como no lograran ponerse de acuerdo con respecto a la elección, lanzaron al aire una moneda a fin de que fuera resultado de la casualidad.

Pronunció esta; dejáronse a un lado las espadas no designadas, y se hizo seña a los dos jóvenes quienes, después de aproximarse, y de cambiar un atento saludo, se pusieron en mangas de camisa.

Enseguida, uno de ellos plantó en el suelo su bastón, y el otro arrojó su varilla sobre sus vestidos.

Ambos se acercaron.

Entonces uno de los camaradas les presentó a cada cual una espada por el puño, cruzó las dos puntas, y, retirándose hacia atrás, pronunció la palabra:

—¡Adelante!

En el mismo instante arrojáronse uno sobre otro, y resbalaron las espadas hasta el puño.

Ambos dieron enseguida un paso atrás y se encontraron en guardia.

Los dos eran de una fuerza igual poco más o menos, pero de una fuerza inferior.

A los pocos segundos, la espada de uno de ellos se hundió casi enteramente en el cuerpo de su adversario.

—Herido, dijo el que diera la estocada y dio un salto atrás y bajó la espada, sin abandonar, no obstante, su postura.

—No, dijo el otro, no.

—Sí por cierto.

Y el que había hablado el último, miró la hoja de su espada, enrojecida hasta los dos tercios.

—No es nada, no es nada, dijo el herido dando un paso adelante para acercarse a su enemigo.

Pero, a semejante movimiento, un chorro de sangre brotó de su herida, abrióse la mano que empuñaba la espada y cayó ésta al suelo. Tosió el herido ligeramente Y aun cuando quiso escupir, no tuvo fuerzas: la sangre enrojeció sus labios.

Dos de los jóvenes eran estudiantes de cirugía.

—¡Ah!, ¡diablo!, exclamaron al ver aquellos síntomas que indicaban la gravedad de la herida.

En efecto casi al mismo tiempo, el herido inclinó la cabeza sobre su pecho, titubeó dio media vuelta sobre sí mismo, agitó los brazos y cayó exhalando un suspiro.

Los dos estudiantes; se precipitaron sobre el cuerpo de su camarada, y uno de ellos le había desabrochado Y empuñaba su lanceta para sangrar al herido.

El otro que le había arremangado el brazo lo dejó caer diciendo:

—Está muerto.

A esta palabra el que había quedado de pie palideció espantosamente como si él mismo fuera a morir.

Arrojó su espada y dio un paso rápido hacia el cuerpo de su adversario; pero detuviéronle los dos testigos.

—¡Vamos, vamos!, dijo uno de ellos ha sido una desgracia; pero como es irreparable, no se trata de lamentarse sino de ganar cuanto antes la frontera; ¿tienes dinero?

—Unos siete u ocho escudos.

Todos registraron sus bolsillos.

—Toma dijeron a un mismo tiempo cuatro voces, y huye sin pérdida de un minuto.

El joven se puso la casaca y se embozó en la capa.

Y después de haber estrechado la mano los unos y abrazado a los otros, según el grado de intimidad que con cada cual tenía, se encaminó en dirección a los Apeninos y desapareció rápido entre las sombras primeras de la noche.

Las miradas de los cuatro jóvenes le habían seguido hasta el momento de su desaparición.

—Ahora, dijo uno de ellos, ¿y Antonio? Todas las miradas se fijaron en el cadáver.

—¿Antonio?



—Sí, ¿qué hacemos de él?

—¡Llevarle a la ciudad! ¡Te parece que le hemos de dejar aquí!

—No, sin duda, pero ¿qué diremos?

—Una cosa muy sencilla. Que nos paseábamos tranquilamente extra-muros cuando repentinamente hemos visto a Antonio y a Héctor que se batían: que hemos corrido a separarlos, pero que antes de llegar a ellos, Antonio había ya caído muerto y Héctor se había escapado. Sólo que diremos que ha huido hacia Módena en vez de decir que ha huido hacia los Apeninos: la ausencia de Héctor será una prueba en favor nuestro.

—¡Bien!

Adoptada por unanimidad semejante versión ocultaron el segundo par de espadas entre unos matorrales arrebujaron al muerto en sucapa y tomaron el camino de la ciudad.

Al llegar a la puerta, hicieron los jóvenes la declaración convenida; tomáronse cuatro faquines y depositando a Antonio en una litera se le condujo hasta la casa en que vivía.

Bien mirado, la mitad del dolor podían ahorrarse los jóvenes. Antonio era veneciano, su familia no habitaba en Bolonia, una carta le daría la triste nueva y uno de los jóvenes, veneciano también y que conocía la familia de Antonio, quedó encargado de escribir esa carta.

Ese joven era uno de los tres que hemos visto salir por la puerta de Florencia; se llamaba Beppo de Scamozza, el segundo era de Velletri y se llamaba Gaetano Romanoli, el tercero era el que había quedado sobre el terreno del combate.

Hemos dicho ya del muerto todo lo que teníamos que decir. Sigamos a los vivos hasta la reducida habitación que ocupaban en el tercer piso de una no muy lujosa casa de huéspedes.

Daban las siete de la noche cuando los dos jóvenes, arrojando su capa sobre la cama que para los dos servía, se sentaron uno en frente de otro a los dos lados de una mesa sobre la cual brillaba un velón de tres mecheros de los que se usan aún, en nuestros días, en las casas de Italia, y que en la época en que ocurre nuestra historia, eran mucho más comunes que hoy.

Un solo mechero ardía con luz dudosa por la habitación. Digamos una palabra de esos dos jóvenes sobre los cuales va a concentrarse el interés de los acontecimientos que relatamos.

El uno, según hemos indicado se llamaba Beppo de Scamozza y era veneciano.

El otro, Gaetano Romanoli, era romano.

Beppo acababa de cumplir veintidós años. Era hijo natural o acababa de cumplir de un gran señor que le había asegurado una pequeña fortuna de seis u ocho mil libras de renta dejándole libre y solo en la vida.

El otro, por el contrario, pertenecía a una familia de honrados comerciantes, que, aun cuando establecidos en Roma, poseían varias casas en Velletri. Gaetano había nacido en Velletri.

La posición diferente de los dos jóvenes en el mundo donde les había arrojado la casualidad, había influido mucho sobre el carácter y casi diría sobre el físico de cada uno de ellos; la fisonomía modifica el rostro y ¿qué es la fisonomía?, la expresión superficial de los sentimientos interiores. Suponed el mismo rostro a dos niños, en el instante de su nacimiento, y haced que esos dos niños entren en la vida, uno por el lado triste, y el otro por el lado alegre, rodeados aquél de desgracias, éste de felicidades, y a veinte y cinco años ambos rostros que antes tenían una expresión análoga, presentarán ahora una fisonomía distinta.

Beppo, aislado, sin familia, educado por extranjeros, vivía casi desterrado de la vida. Desde su infancia comía ese pan de sal amarga de que habla Dante: era alto, delgado, pálido, melancólico, los cabellos, que llevaba largos, a usanza de la época, caían en bucles negros sobre sus hombros, prefería los trajes elegantes, que su pequeña fortuna le hubiera permitido llevar, vestidos de colores oscuros y sin bordados; verdad es que su corte subsanaba su sencillez, o que, bajo la tela y menos espléndida, Beppo de Scamozza olía a gran señor desde una legua.

Gaetano Romanoli era un alegre estudiante de veinte años, que estudiaba el derecho con intención de hacerse abogado, a fin de dejar a su hermana Betuna a la que adoraba, todas las ventajas que pudiera darle, a la época de su establecimiento, la cesión de la casa de comercio paterna. Educado por su familia, en medio de los solícitos cuidados y atenciones de que estuvo privada la infancia y la juventud de Beppo, había siempre visto la existencia bajo su aspecto alegre sonriendo siempre a la vida que le sonreía. Era un hermoso joven de mejillas bronceadas, pero llenas de frescura y de juventud; de nariz recta, mirada viva y dientes blancos que descubrían una sonrisa franca y familiar.

¿Cómo era posible que esos dos caracteres, tan opuestos, se hubiesen en cierta manera unido tan estrechamente uno a otro? ¿Cómo había llegado a ser un proverbio la amistad del melancólico Beppo y del alegre Gaetano? ¿Cómo no tenían más que un aposento, una mesa, y, según la vieja tradición de los hermanos de armas, una cama? Es uno de esos misterios de atracción que sólo

se explican por la simpatía de los contrastes, mucho más común de lo que se cree, y que une a menudo la fuerza con la debilidad, la tristeza con la alegría, la dulzura con la violencia.

Ambos jóvenes permanecieron un instante pensativos uno en frente de otro.

Pero, levantando la cabeza.

—¿En qué piensas?, preguntó Beppo.

—¡Ay!, respondió Gaetano estaba pensando en una cosa terrible y es que si lo que ha sucedido esta tarde al pobre Antonio, llegase a sucedernos a una de nosotros nos veríamos separados para siempre.

¡Hombre!, es raro dijo Beppo; tenía la misma idea.

—Y pensaba también, añadió Gaetano tendiendo la mano a su amigo, que con eso quedaría destruido mi más hermoso sueño.

—¿Qué sueño?

La esperanza de que te hablé varias veces, que debe hacer de nosotros más que dos amigos, dos hermanos.

—¡Oh, sí!, dijo melancólicamente Beppo; ¡Bettina!

—¡Si vieras cuán linda es, Beppo! ¡Si supieras cómo te ama!...

—¡Loco! ¿Cómo me ama, dices, cuando no me ha visto nunca?

—¿No te ha visto por mis ojos?, ¿no te conoce por mis cartas?

Beppo se encogió de hombros.

—Oye, dijo Gaetano, apuesto una cosa.

—¿Cuál?

—Verdad que no te ha visto nunca...

—Bien, ¿y qué?

—¿Y qué? Apuesto que si la casualidad hacía que te encontrase, te reconocería.

—¡Bah! Y por otra parte, ¿a qué formar esos proyectos? Ya sabes que tu padre no dará nunca la mano de Bettina sino a un comerciante.

—Mejor eres tú que un comerciante: eras un caballero.

—¡Vaya un caballero que no deja de ser un bastardo!, dijo Beppo meneando la cabeza. No, querido Gaetano, créeme, no nos forjemos, más ilusiones que las que pueden realizarse.

—¿Y cuáles?

—Primera la de no separarnos nunca. Y, tranquilízate, esto no te causará ninguna molestia, mientras dure tu amistad por mí, porque yo puedo seguirte a todas partes. No tengo familia, y tengo apenas patria. ¿Qué me importan las gentes entre las cuales vivo ni los lugares que habito? Si tú cesas de amarme, si

llego a ser para ti una carga, tú me lo dirás; entonces nuestros cuerpos se separarían naturalmente, pues no latirían ya juntos nuestros corazones.

—¿Pero de donde diablos sacas hoy esas ideas tan tristes?, exclamó Gaetano. Amigo mío, sólo una cosa nos separará, créeme, si piensas como yo.

—¿Cuál?

—La muerte.

—Pues bien, si como yo opinas tú, amigo, dijo Beppo, ni la muerte ha de separarnos.

—Explícate.

—¿Crees que algo de nosotros nos sobrevive?

—La religión lo promete, el corazón lo dice.

—¿Crees realmente en la inmortalidad del alma?

—¡Vaya si creo!

—Pues bien, amigo, no tenemos más que ligarnos por un juramento, por uno de esos juramentos que comprometen el alma y el cuerpo; y si uno de los dos muere, el cuerpo sólo habrá dejado al cuerpo, y el alma permanecerá fiel a su amistad: lo que en nosotros ama, no es el cuerpo, es el alma.

—¿Y crees que no es un sacrilegio lo que me propones?, preguntó Gaetano.

—¡No creo que se ofenda a Dios tratando de sustraer a la muerte el sentimiento más puro que existe en el hombre la amistad!

—Pues bien, sea, dijo Gaetano tendiendo la mano a su amigo, ¡en este mundo y en el otro, Beppo!

—Espera, dijo éste.

Levantóse, fue a buscar un crucifijo suspendido a la cabecera de la cama y lo colocó sobre la mesa.

Enseguida extendiendo la mano sobre la sagrada efigie:

—Por la sangre de Nuestro Señor, exclamó solemnemente, juro a mi hermano Gaetano Romanoli, que si muero el primero, fuera cual fuese el lugar en que cayere mi cuerpo, o se extinguiera mi vida, mi alma irá a encontrarle y le dirá cuanto le sea permitido decir de ese gran misterio que llaman la muerte.

Y este juramento, añadió Beppo, elevando al cielo una mirada llena de fe y de piedad, este juramento lo hago plenamente convencido de que no ataca, en nada los dogmas de la religión católica apostólica y romana, en la cual he nacido y en la cual confío morir.

A su vez extendió Gaetano la mano sobre el crucifijo, formulando el mismo juramento con las mismas palabras.

En aquel instante llamaron a la puerta.  
Los dos jóvenes se abrazaron; Y, los dos a un mismo tiempo:  
—¡Adelante!, exclamaron.

### III. Los dos estudiantes de Bolonia

---

**E**ntró un hombre con una carta en la mano. Era el criado del administrador de correos. El correo de Roma llegaba por la noche a Bolonia y por lo común no se recibían las cartas hasta la mañana. Pero el director, al preparar de antemano las cartas colocándolas en las diferentes cajas donde debían esperar a las personas a quienes iban destinadas había reconocido una dirigida a él; abrióla y halló en ella otra que, según le suplicaban, debía entregar inmediatamente a Gaetano Romanoli estudiante en Bolonia.

El joven era conocido del administrador, quien se había apresurado a enviarle aquella misiva que tan urgente parecía.

Tomola Gaetano de manos del mensajero, al cual dio una moneda; enseguida, vacilando, se acercó a la lámpara.

—¿Qué tienes?, le preguntó Beppo. ¡Palideces!

—Carta de mi hermana, murmuró Gaetano enjugando el sudor que inundaba su rostro.

—¡Y bien! ¿Qué motivo hay para palidecer... para temblar?

—Algo grave ocurre en mi casa.

—¿Y en qué lo conoces?

—Conozco tanto a Bettina, dijo Gaetano, que adivino en la simple inspección de su carta el sentimiento que la ha dictado No necesito abrir la carta para saber si es triste, alegre o indiferente. El sobre me lo dice todo.

—¿Y esta vez, que te dice el sobre?... añadió Beppo, lanzando sobre la carta una mirada inquieta.

—Que Bettina me ha escrito llorando. Mira si no, ahí tienes las dos primeras letras de mi apellido... un sollozo las ha interrumpido.

—¡Oh, te engañas!, dijo Beppo.

—Lee tú mismo, respondió Gaetano dando la carta a su amigo, sentándose y ocultando, con un suspiro, la frente entre las manos.

Beppo abrió la carta, pero su mano púsose a temblar a las primeras líneas y miró tristemente a Gaetano.

Éste lloraba.

—¡Valor, amigo!, dijo Beppo con tierno acento y apoyando la mano sobre el hombro de su amigo.

Gaetano alzó la frente. Las lágrimas se deslizaban a lo largo de sus mejillas.

—No me falta, dijo. ¿Qué ha sucedido?, habla.

—Tu padre está muy enfermo, y desea verte antes de morir.

—¿No ha muerto aún?, exclamó Gaetano.

Brilló un rayo de alegría en sus ojos.

—No.

—¿Me engañas?

—Lee tú mismo. Gaetano tomó la carta y leyó.

—¿Cuándo partimos?, dijo Beppo.

—Querrás preguntar cuándo parto yo, pues tú te quedas.

—¿Y Por qué he de quedarme yo si tú partes?

—Porque dentro de tres días has de examinarte para el grado de doctor, porque la tesis está ya impresa, porque has hecho tus regalos a los profesores.

—Pues bien, dejaremos esto para nuestro regreso.

—No, porque, mediante Dios no volverás.

—¿Entonces quieres que te deje partir solo?

—Tan pronto como hayas terminado tu examen, irás a reunirme conmigo. Si tenemos la dicha de salvar a nuestro padre, tú nos ayudarás a salvarle, y al fin de la convalecencia, te mirará como de la familia; si muere, tú perteneces ya a ella: mira, ¿no dice Bettina al terminar su carta: mil expresiones a nuestro querido hermano Beppo?

—Haré lo que quieras Gaetano. Reflexiona sin embargo...

—Estoy resuelto, yo parto esta noche, al instante mismo, tú partirás dentro de tres días. Acompáñame únicamente a tomar un carruaje, a fin de que no nos separemos hasta lo más tarde posible.

—¡Vamos!, dijo Beppo.

Gaetano metió una poca ropa blanca y un frac en un saco de noche, tomó todo el dinero que tenía, introdujo las pistolas en sus bolsillos, y con su carta de estudiante por pasaporte, bajó a buscar un carruaje.

En la misma casa-correo encontró el joven todo lo que deseaba. Gaetano, debía dejar la silla en casa del maestro de postas de Roma que era pariente del director de Bolonia.

Al cabo de diez minutos estaban enganchados los caballos. Al ver a su amigo subir al carruaje, Beppo insistió de nuevo en acompañarle, pero Gaetano se mostró inflexible: le recordó los exámenes, repitió diez veces a Beppo que la separación no pasaría de tres días y que al tercero partirían, a su vez Beppo cedió.

Crujió la silla, el postillón chasqueó su látigo, partieron los caballos y los dos amigos cambiaron todavía un adiós. Beppo esperó que la silla hubiese desaparecido, y, cuando el ruido de las ruedas, que parecía aún prolongar la presencia de Gaetano junto a él se hubo extinguido completamente, exhaló un suspiro y regresó a su casa triste y cabizbajo. Penosa sensación, cuya tristeza no intentaremos describir, se apoderó de Beppo al entrar en el solitario cuarto, donde todo atestiguaba la reciente presencia del amigo que acababa de dejarle.

Sentose a la misma mesa junto a la cual estaba aún la silla vacía en que una hora antes estuviera sentado Gaetano; después, resuelto a no acostarse, fue a buscar libros, pluma y papel y se Puso a trabajar.

Pero ¡cosa singular!, durante su trabajo, tres veces se apagó la lámpara, no de pronto, no por casualidad sino por sí misma como una boca que cesa de respirar, como un alma que se escapa.

Por tres veces Beppo la encendió asegurándose cada vez de que no se había apagado por falta de aceite, pues que al asomar el día el recipiente estaba lleno hasta la mitad.

Beppo era supersticioso como lo son todos los melancólicos. Su pesar de haber abandonado a Gaetano se trocó casi en remordimiento, su tristeza llegó a ser casi desesperación.

Además, por una coincidencia extraña, la lámpara se apagó mientras Beppo que, como lo hemos dicho, se había encargado de participarles la triste nueva, escribía a los parientes de Antonio. Amaneció sin haberse acostado Beppo. El joven había contado con el día para desechar sus ideas sombrías, pero el día era triste como de invierno; y, aun cuando el estudiante se esforzó en trabajar, el trabajo no pudo distraerle ni un momento de la incesante aprensión de que Gaetano corría algún peligro.

En efecto el camino es largo de Bolonia a Roma, y no siendo aún hoy día muy seguro para los viajeros que corren la posta de noche, menos lo sería en la



época de estos acontecimientos. Por prisa que se diera Gaetano, no podía contar su amigo con que hiciera el camino de Bolonia a Roma en menos de sesenta horas, y como había partido por la noche, como no debía detenerse, como Beppo sabía que bajo ningún pretexto se detendría, resulta que eran tres noches de peligro las que debía pasar.

Transcurrió el día lleno de tristeza y terminó más triste aún. El entierro de Antonio estaba fijado para la noche; efectuase a la luz de las antorchas, como es costumbre en Italia, y toda la universidad de Bolonia, menos el matador, y Gaetano figuró en la comitiva.

A cosa de las once, Beppo entró tan fatigado en su habitación, que no pensó siquiera en luchar con el sueño; se acostó, y se durmió enseguida.

Pero apenas se hubo apagado la lámpara, apenas cerró los ojos, apenas el pensamiento había perdido su lucidez, Beppo lanzó un grito, saltó fuera de su lecho y, a tientas, corrió a apoderarse de su espada.

Daban las once.

Tras un instante de reflexión Beppo encendió luz Y sentose, pálido y pensativo, sobre su cama, sin abandonar la espada.

Acababa de soñar que Gaetano, detenido en medio de un camino, luchaba contra una docena de hombres de patibularios rostros. Había creído oír la doble detonación de las pistolas; Y despierto como estaba aún, una voz sonaba todavía en sus oídos pidiendo socorro.

No obstante, al cabo de algunos minutos, su razón pareció dominar ese terror que nada motivaba; se volvió a acostar y volvió a dormirse.

Pero su sueño prosiguió como una acción empezada y que debía terminarse.

Vio a Gaetano tendido a orillas del camino, con una herida en el corazón.

Después, por fin, en medio de un solitario paisaje, entre montañas cubiertas de nieve, una huesa abierta recientemente y cuyo negro hoyo destacábase cual fúnebre mancha en la blanca capa del invierno.

Cuando Beppo despertó, después de ese tercer sueño, el sol brillaba esplendoroso.

Era el día en que debía presentarse a examen, pero en lugar de ello, el joven se levantó, vistió su traje de camino, tomó a su vez sus armas y su bolsa, compró el más vigoroso caballo que pudo encontrar, y partió para reunirse con Gaetano o tener a lo menos noticias suyas. Estaba resuelto a viajar noche y día, siguiendo el camino que emprendiera su amigo. Cuando su caballo no pudiese llevarle, compraría o alquilaría otro.

Con esta resolución, marchó desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche sin más interrupción que un alto de media hora en Lojono; por la noche bien hubiera querido proseguir su camino, pero negose su caballo. Había andado cincuenta millas y tenía necesidad de algunas horas de descanso.

Preciso le fue pues a Beppo detenerse, como hemos dicho, a las diez de la noche, en Monte Carelli, aldehuela perdida en el corazón de los Apeninos.

Detúvose en una posada donde no se alojaban comúnmente más que carreteros, y después de haber cuidado a su caballo del que se ocupaba con preferencia, pensó en él y pidió de cenar.

Como se vio fácilmente que el joven pertenecía a una clase de viajeros superior a la que acostumbraba detenerse en el mesón de Porta Rossa se le sirvió su cena en aposento aparte.

Éste consistía en una sala baja iluminada apenas por una mala lámpara, sala donde había hecho entrar a Beppo una vieja, en tanto que delante de él ponían una mesa donde comer un par de chuletas Y una tortilla con salchichón.

Mientras ocurrían esos preliminares, el joven se paseaba de arriba abajo, ansioso Y escuchando el ruido de su espada al dar contra sus piernas. Llegaron por fin los dos platos esperados. La vieja acabó todos los preparativos poniendo un vaso y una botella sobre la mesa, preguntó a Beppo si necesitaba algo más, en vista de su contestación negativa salió dejando al viajero solo.

Beppo tenía prisa de engullir la flaca colación, durante la cual esperaba que su caballo recobraría fuerzas para continuar el camino. Desciñó, pues, la espada, dejola allí cerca y fue a sentarse.

Pero, apenas había tomado asiento, cuando a la otra parte de la mesa, frente a él, vio, sin saber por dónde entró ni cómo había ido allá, a Gaetano sentado, los brazos sobre el pecho y sonriéndole tristemente.

Aunque no era aquella la expresión que irradiaba por lo común en el rostro de su amigo, Beppo le reconoció y lanzó un grito de alegría.

—¡Ah, eres tú, mi querido Gaetano!, exclamó levantándose para abrazarle.

Pero no abrazó más que el aire. Sus brazos abiertos volvieron a juntarse sin haber tocado nada. Por tres veces se desvaneció la aparición como un vapor en los brazos del afligido joven. Y sin embargo, el espectro permanecía visible y sentado siempre en el mismo sitio.

Beppo empezó a comprender que tenía que habérselas con una sombra; pero como era la del hombre que más había amado en el mundo, no se aterró y comenzó a interrogarla.

No solamente no recibió respuesta, sino que poco a poco palideció la visión, se borró y desapareció.

El fantasma venía esta vez a confirmar el sueño, y Beppo ya no pensó más que en Gaetano. Algún grave acontecimiento debía haberle sucedido a su amigo, para que Dios le enviara aquella doble advertencia. Llamó, pues, a la posadera, pagó la cena que no había comido y dirigiéndose a la cuadra, ensilló por sí mismo el caballo y partió.

Hubiérase dicho que algo sobrenatural sostenía al caballo y al caballero.

Beppo viajó lo restante de la noche, y la mañana del siguiente día; por la tarde, después de tres páralas, más por atender a su cabalgadura que a él, llegó a Assise a eso de las siete.

Allí, por deseos que Beppo tuviera de seguir su camino, fuerza le fue detenerse. Su caballo no podía ya dar un paso.

Él necesitaba también descanso. Durante una noche y dos días había andado casi sin parar. Pidió una cama y se acostó. Sin embargo, fuera cual fuese la fatiga del cuerpo en Beppo, la turbación del espíritu era todavía mayor, de forma que no pudo dormirse.

La ventana de su cuarto no tenía cortinas ni celosías, y la luz de la luna penetraba a través de los cristales, tanto más clara cuanto que la avivaba el reflejo de la nieve que Beppo había encontrado algunas leguas antes de llegar a Assise.

Beppo hallábase, pues, recostado en su cama, fijos los ojos en el rayo de pálida luz que atravesaba su aposento, cuando repentinamente oyó pasos en la escalera que crujía bajo la presión. Estos pasos se acercaban a su puerta.

La puerta se abrió.

Beppo cogió una de las pistolas colocadas sobre su mesa de noche y dirigió el cañón hacia la puerta.

Pero en el umbral apareció un joven envuelto en una capa negra cubierta de nieve; se adelantó hasta el lecho, separó la capa que le cubría parte del rostro, y Beppo reconoció a su amigo.

Arrojó el estudiante su pistola, lanzó un grito y quiso precipitarse fuera del lecho, pero hízole Gaetano con la mano una seña, triste e imperiosa a un mismo tiempo.

Beppo permaneció sin voz, sin aliento, sin movimiento, los ojos espantosamente dilatados en aquella oscuridad pálida como una aurora boreal.

No le cabía duda a Beppo de que era la misma visión que se le había aparecido ya en Monte Carelli. El espectro empezó por despojarse de su capa y después de su traje, haciendo seña con la mano a Beppo para que le cediese en la cama su sitio acostumbrado.

Luego, se acostó junto a él.

Beppo estaba, a la vez, tan conmovido y tan aterrado, que permaneció inmóvil, tendido, apoyado en un brazo y contemplando a su amigo.

Enseguida, después de un Instante:

—Gaetano, dijo en voz baja, ¿eres tú? Habla, respóndeme.

Gaetano guardó silencio.

—Si Dios, continuó Beppo, permite que se interrumpan las leyes ordinarias de la naturaleza, será con algún fin. Dime, pues, qué quieres, amigo, y te juro hacerlo por nuestra amistad en este mundo.

Gaetano tampoco respondió.

—¿Estás muerto, amigo mío, continuó Beppo, y vienes en virtud del juramento que nos hemos hecho de no separarnos, ni aun después de la muerte? En tal caso, amigo, mira, no te evito.

Y pronunciando tales palabras, Beppo se acercó a su amigo con los brazos abiertos, pero exhaló un grito; pues le pareció haber tocado una estatua de hielo.

Algo parecido a un estremecimiento mortal acababa de conmover el cuerpo del vivo.

En cuanto al muerto, con la misma sonrisa triste que Beppo había visto ya en sus labios, se levantó, recogió uno después de otro sus vestidos, y salió del aposento, con la cabeza constantemente vuelta hacia su amigo y saludándole con la mano en señal de adiós.

En el momento en que Gaetano atravesaba el umbral de la puerta, Beppo creyó oír un prolongado suspiro.

Luego el ruido de los pasos se alejó gradualmente, como al acercarse.

—¡Oh, decididamente, murmuró el joven dejando caer su cabeza sobre la almohada, decididamente Gaetano ha muerto!... ¡muerto!

## IV. Los bandidos

---

Fuese entorpecimiento, fuese fatiga, Beppo no despertó hasta al amanecer. Una noche entera había bastado a su caballo para descansar y estaba dispuesto y pronto: Beppo montó y prosiguió su camino.

Hasta entonces había ido informándose en todas las posadas para saber si el día anterior había pasado por allí un joven de veinte a veinte y un años, solo en su silla, siguiendo el camino de Bolonia a Roma.

Hasta entonces en todas partes había tenido noticias positivas de Gaetano.

A causa de la nieve, el camino ya malo durante el estío, había llegado a ser casi intransitable; de modo que todo lo que Beppo pudo hacer durante esta jornada, fue llegar a Terni. En Strettura, es decir, dos leguas antes de llegar a Terni, e viajero había hecho su pregunta acostumbrada, y le contestaron que en efecto habían visto a Gaetano.

A las cinco de la tarde, Beppo llegó a Strettura, y cuando, después de haberse asegurado del tránsito de su amigo, supo que había continuado su camino hacia Terni, se apresuró hacer otro tanto, pero entonces el dueño de la posada, con el cual hablaba, movió la cabeza y le dio el consejo de no ir más lejos; el camino encerrado entre dos cadenas de los Apeninos, estaba infestado por una cuadrilla de bandidos y todos los días se oía contar alguna hazaña horrible de aquellos miserables.

Pero Beppo no había nunca tenido miedo a los vivos, y la idea de que era el espectro de Gaetano el que le había aparecido, le infundía fuerza superior; declaró, pues, que le corría mucha prisa llegar a Roma y que no conocía peligros capaces de detenerle en su camino.

Asegurose de que tenía en buen estado pistolas y espada, dio de espuelas a su caballo, y se internó en el valle que conduce de Strettura a Terni.

En efecto, no hay sitio más a propósito para una emboscada; bosques inmensos se extendían a lo largo de aquellos senderos; enormes rocas de granito se habían desprendido de la montaña y rodado hasta orillas del camino. Hubiérase dicho que era aquella la senda desolada de que habla Dante, que atraviesa el Caos y que conduce al Infierno.

Beppo esperaba ser atacado a cada minuto; pero, indiferente a su propia suerte, observaba con calma y frialdad cada revuelta del camino que parecía amenazarle con alguna emboscada, y al acercarse a un lugar temible, Beppo hacía apenas el movimiento de un hombre que se inclina sobre la silla. Atravesada el sitio sin accidente, levantábase otra vez con la sonrisa del desprecio ante ese peligro que parecía no atreverse a ir hacia él.

Por fin, distinguió las luces de la población, dirigióse en línea recta a la posada e hizo su pregunta.

Pero allí se interrumpían los informes; no sólo no habían visto a Gaetano, ni podían darle noticias suyas, sino que ni pasó por allí en quince días una silla de posta; el rumor de los estragos ejercidos por la banda de ladrones de quienes oyera hablar Beppo en Strettura, hacía que todos los viajeros prudentes retrocediesen y tomasen el camino de Aguapendente.

El caso es que Gaetano que había llegado a Strettura, no había aparecido en Terni. Perdianse sus huellas en el camino que conducía de una a otra población.

Beppo había observado, fuera de Terni, que en el camino que acababa de seguir, había una posada que parecía un centinela, perdido sobre aquella roca maldita. Pensó entonces que en aquel mesón que le acercaría al sitio donde según toda probabilidad habían detenido a Gaetano, podría adquirir noticias suyas más fácilmente que en la población.

Retrocedió y entró en el mesón que tenía por muestra:

#### MESON DE LA CASCADA DE TERNI

Una silla de posta estaba parada en el patio. Creyó reconocerla y se informó, pero le dijeron que pertenecía a una joven dama de Roma, que salía al encuentro de su hermano o de su marido y que se había detenido allí hacía dos horas, advertida del peligro que corría atravesando de noche semejante desfiladero.

Allí, Beppo habló nuevamente de su amigo; pero, aun cuando se dirigió a todas las personas de la posada, desde el dueño hasta el mozo de cuadra, nadie

pudo darle las noticias que pedía.

Beppo temía y deseaba al mismo tiempo el instante en que iba a encontrarse solo. Las dos apariciones que habían tenido lugar en dos noches, una en Monte Carelli, otra en Assise, se habían apoderado completamente de su espíritu, y persuadido estaba de que no pasaría la noche sin que volviera a ver a Gaetano.

Probó un bocado en el comedor y bebió un poco, prestando atento oído a las conversaciones por si traslucía algo de Gaetano; pero aunque la conversación versaba sobre los bandoleros nada oyó que fuese relativo al objeto único que le interesaba.

Retirose entonces a su aposento. Allí estaban su último temor y su postrera esperanza, faltábanle los medios humanos; los recursos sobrenaturales iban sin duda a acudir en su socorro.

Beppo nada hizo para provocar una nueva aparición ni para defenderse; se desnudó, se acostó, apagó la lamparilla y se durmió encargando a Dios el cuidado de su cuerpo y de su alma.

A las once despertó sobresaltado. Algunos segundos transcurrieron durante los cuales se borraron de su alma las ligeras nubes que sobreviven un instante al sueño; enseguida oyó el mismo ruido que oyera la víspera en Assise, es decir, el de unos pasos haciendo crujir la escalera. Estos pasos, como la víspera, se acercaban al aposento, abriose la puerta y apareció Gaetano.

Beppo creyó que, como la víspera, el espectro iba a desnudarse y acostarse junto a él. Parecíale tierna y siniestra a la vez aquella cohabitación con un amigo muerto, y retrocedía ya para cederle su sitio, cuando el espectro le hizo seña de que se levantara.

Sea que no comprendiese, sea que titubease, Beppo tardaba en obedecer.

Entonces Gaetano se quitó la capa cubierta de nieve. Como la víspera, estaba desnudo bajo la capa, y mostraba en su pecho una herida sangrienta que indicaba él con el dedo a su amigo. Beppo, desesperado, lo comprendió todo, arrojose de su lecho y se vistió a toda prisa.

En pie, a pocos pasos de la cama, el espectro esperaba inmóvil.

Cuando Beppo se halló pronto:

—Heme aquí, dijo, ¿qué ordenas?

Sin responderle, Gaetano hízole seña de armarse.

Beppo ciñó su espada y prendió al cinto sus dos pistolas.

—¿Así?, preguntó.

El espectro hizo una seña con la cabeza, y, sin dejar de mirar a su amigo para ver si le seguía, se encaminó hacia la puerta sonriendo tristemente como

para darle ánimo a Beppo y que nada temiera de él.

Salieron así del mesón, abriéndose ante ellos todas las puertas, o por mejor decir abriendo el espectro por donde iba un agujero que daba paso a ambos y que se cerraba detrás de ellos.

Después de haber seguido la carretera por espacio de un cuarto de hora poco más o menos, el espectro tomó un sendero a través de los matorrales y de las piedras; seguía Beppo espada en mano y reparando con terror que los pasos del fantasma no se imprimían en la nieve, pero que, en cambio, su sangre dejaba un largo rastro en pos de sí. Dos o tres veces, con la esperanza de que su amigo respondería a sus preguntas, Beppo le dirigió algunas tiernas palabras; pero cada vez, como si hubiera temido que el ruido denunciara la presencia de un ser viviente, Gaetano se puso el dedo en los labios invitando a Beppo a callarse.

Por lo demás, bien pronto fue inútil semejante recomendación, porque a medida que penetraban en el monte, iban acercándose a la cascada cuyo ruido era tal que dos personas no hubieran podido oírse por muy alto y por muy cerca que se hubiesen hablado.

Pero una cosa llamaba sobre todo la atención a Beppo, y era que a medida que en la montaña se internaban, reconocía el paisaje que en sueños había visto, completándose este paisaje con el aspecto de la huesa removida recientemente como una mancha en la vasta capa de nieve que cubría la tierra.

Beppo no tenía necesidad de explicación alguna. El espectro de Gaetano le había conducido al sitio donde había sido enterrado; arrodillóse, pues, ante la funeraria tierra rezando por su amigo. Entre tanto, el espectro había permanecido de pie, y parecía a Beppo que se unía a él en la oración.

Cumplido este piadoso deber, Beppo extendió su espada sobre la tumba de su amigo, juró vengar su muerte, y después, habiendo cortado dos ramas de encina, las unió en cruz y plantó la cruz sobre la huesa.

Ayudado por aquel rastro de sangre y por la cruz, no podía dejar de reconocer la tumba y el camino que a ella conducía. Sin duda en aquel momento el espectro juzgó que Beppo había hecho todo lo que debía hacer, porque, sin preocuparse del camino seguido, tomó otro a través de las rocas, mirando si Beppo continuaba siguiéndole.

El joven, que se sentía impelido por una fuerza sobrenatural, siguió al espectro para interrogarle sobre lo que debía, hacer. El espectro había desaparecido.

Un momento después oyó ruido de pasos y de voces en dirección opuesta a la que él seguía.



Beppo se separó del camino y se ocultó tras de una roca. Allí esperó para saber quiénes eran las personas que se aventuraban a atravesar de noche semejante camino.

A medida que se iban acercando aquellas personas, parecíale oír una voz de mujer.

No se engañaba. En medio de un grupo de cinco personas que seguían el sendero que acababa de dejar y que se dirigían hacia el lado donde estaba la tumba de Gaetano, hallábase una mujer.

Las otras personas eran: un guía, con una antorcha encendida, un hombre vestido a la manera de los montañeses de los alrededores de Roma, y dos hombres más que parecían dos criados.

La mujer era una joven de diez y nueve a veinte años apenas, vestida completamente de negro; extraña resolución animaba su semblante. Llevaba una pistola en la mano.

Los dos lacayos, qué parecían ser de su comitiva, iban armados también, pero no el montañés ni el guía.

Llegada a pocos pasos del sitio donde estaba escondido Beppo, La joven se negó a ir más lejos.

—¡Desgraciado!, decía dirigiéndose al montañés que parecía servirles de guía, he consentido en seguirte porque me has prometido llevarme al sitio en que está mi hermano, dos horas hace ya que andamos; ¿dónde está?

—Tened paciencia, señora, dijo el hombre, ya llegamos.

Y miraba a su alrededor como hombre que busca por donde escapar.

—Acuérdate de lo que te he dicho, replicó la joven en tono firme y elevando su pistola hasta la altura del pecho de aquel hombre; si tratas de fugarte, eres muerto.

—¡Oh!, no lo deseo, *signora*.

Y su inquietud desmentía sus palabras.

—Si da un solo paso atrás, dijo la joven a los dos lacayos, matadle.

—Pero ¿dónde están? ¿Dónde están?, murmuró el hombre desesperado.

—Sí, te faltan tus cómplices, dijo la joven. Oye; no morirás porque trates de fugarte, sino te niegas a responder. Tú has ido a Roma a llevarme esta carta de mi hermano en que me anuncia estar prisionero. Los bandidos habían fijado su rescate en veinte mil escudos; diez mil deberían serte entregados, y diez mil te han sido entregados; diez mil debían, en el término de tres días, ser traídos por una persona que no pudiera inspirar temor a tus compañeros, y a esa persona mi hermano debía serle entregado sano y salvo. Esta persona soy yo; he aquí los diez mil escudos. ¿Dónde está mi hermano?

A estas últimas palabras, Beppo lo había comprendido todo salió pues de su escondite y se dirigió al grupo.

Creyó la joven que era víctima de una sorpresa, y sin el menor espanto al parecer, hizo un movimiento de amenaza contra el bandido.

Pero Beppo extendió la mano.

—Sois Bettina Romanoli, hermana de Gaetano Romanoli, ¿no es verdad?, dijo el estudiante.

—Sí, respondió la joven. Luego, mirándole con atención:

—¡Y vos, añadió, vos sois Beppo de Scamozza!

—¡Ay!, sí, señora, y vengo de Bolonia esperando llegar a tiempo para socorrer a mi amigo.

—Y yo de Roma con el resto de la suma que exigían los bandoleros que le prendieron. Este hombre que se llevó la primera partida, debía esperarme en el mesón de Porta Rossa para recibir la segunda; pero antes de entregársela he exigido que me fuera devuelto mi hermano. Entonces se me ha ofrecido a conducirme donde estaba Gaetano, y he consentido, pero acompañada de esos dos fieles criados. Dos horas hace que andamos a través de la montaña y acabo de detenerme convencida de que este hombre nos vende.

—Bien esta; vigilad ese hombre ahora más que nunca, dijo Beppo a los dos criados.

Y volviéndose hacia Bettina:

—Voy a servirlos de guía, le dijo; ¿tenéis confianza en mí?

—¿No sois el mejor amigo de mi hermano?, dijo Bettina tendiéndole la mano a Beppo.

—Vamos, dijo éste.

Beppo volvió a seguir el camino por el cual había pasado pocos momentos antes, y condujo a Bettina hasta la tumba.

—Allí, señalándosela con el dedo.

—¡Bettina, hermana mía, valor, le dijo. Aquí está nuestro hermano Gaetano.

Bettina soltó un grito y cayó de rodillas.

El hombre se aprovechó de ese momento de turbación para intentar fugarse, pero los criados no se descuidaban, y se le frustró el intento.

Los dos levantaron sus pistolas y le amenazaron. Estremeciose Beppo en aquel instante, porque acababa de volver a ver la sombra de Gaetano.

La sombra de Gaetano que se mantenía a diez pasos de la huesa y hacía seña a Beppo de que le siguiera.

Beppo se inclinó en señal de obediencia.

Luego, dirigiéndose a los dos criados:

—Vigiladme a ese hombre, les dijo, vuelvo enseguida. Y siguió al espectro que se alejó en dirección de la cascada. Al cabo de cinco minutos, los dos seguían un sendero, tan próximo a ella, que les mojaba el salto del agua.

Al cabo de otros cinco minutos, habían llegado a la cumbre de la montaña, allí donde la cascada, rueda, rápida y mugidora, encajonada en una especie de canal de doce a quince pies de ancho.

Es imposible atravesar a nado aquel torrente. Quien a ello se atreviese, sería arrastrado por las aguas, arrojado como una flecha y precipitado de quinientos pies de altura.

Aísla una parte de la montaña cortada a pico de todos lados y a la cual no puede llegarse más que por un puente arrojado sobre el mugidor abismo.

El espectro se detuvo delante del puente.

Componíase éste de tres troncos de abeto; sin duda se había necesitado la fuerza de veinte hombres reunidos para llevar cada uno de aquellos abetos a lo alto de la montaña y recostarlos sobre el torrente.

Beppo procuraba leer en los ojos del espectro la intención que le había guiado al conducirlo allí.

El espectro hizo subir a Beppo a la cima más elevada de la montaña, y desde allí señalole la sombría abertura de una caverna situada a unos seiscientos pasos de la otra orilla.

De cuando en cuando, iluminábase la boca de esta caverna, y, después gritos de orgía y carcajadas salían de ella, dominando el rugido de la cascada.

En aquella caverna los bandidos que habían asesinado a Gaetano fueron a buscar un asilo por la noche.

Beppo no comprendía el objeto que se había propuesto el espectro al conducirlo hasta allí; pues, según toda probabilidad, antes de que tuviera tiempo para regresar a Terni y guiar allí suficiente para combatir a los bandidos, habría amanecido, fugándose la banda.

Gaetano adivinó lo que pasaba en el corazón de su amigo y meneó la cabeza.

—Habla, preguntó Beppo, ¿debo ir a ellos y atacarles solo? Siendo a tus órdenes, obedeceré sin vacilar, sin miedo.

Gaetano meneó otra vez la cabeza, bajó de la cumbre y se dirigió al torrente.

Llegado al puente, hizo seña a Beppo de que levantara los abetos y los arrojase al río.

—¿Cómo?, dijo Beppo, se necesitan veinte hombres para llevar a cabo obra semejante, obra imposible a un hombre solo.

El espectro hizo una seña que quería decir:

—*¡Pruébala!*

Beppo se inclinó; acababa de recordar aquellas palabras del Evangelio:

«Cree, y con la fe levantarás montañas».

Creyó firmemente, se bajó, cogió uno de los abetos por su extremidad, y sin más dificultad de la que le hubiera ofrecido una sencilla rama, lo dejó caer en el río que lo arrastró como una hoja cualquiera.

Hizo lo mismo con el segundo. Después con el tercero.

Luego escuchó.

Y sucesivamente, como tres cañonazos, oyó, dominando el ruido de la cascada, el ruido de la caída de aquellos gigantes del bosque.

El puente estaba destruido, y prisioneros los bandidos.

Quizá, en medio de la orgía, oyeron ellos también aquel ruido sordo y amenazador; pero sin duda lo confundieron con alguno de los rumores accidentales que despiertan, durante la noche, los ecos de las montañas.

Entonces Gaetano volvió a emprender el camino que había seguido, y que conducía a su tumba. Al cabo de diez minutos, Beppo que marchaba en pos de él, vio nuevamente el grupo en el sitio mismo donde le había dejado.

La antorcha del guía iluminaba a Bettina rezando siempre, y a los dos criados guardando al bandido.

Beppo se volvió hacia el espectro para enterarse de lo que debía hacer, pero sin duda estaba ya cumplida la obra sobrenatural. Gaetano hizo un gesto de adiós y abrió los brazos como para llamar a su amigo; Beppo se precipitó en sus brazos abiertos; pero disipose el espectro como un vapor, lanzó un suspiro y desapareció.

Beppo bajó tristemente al sitio donde estaba Bettina.

—Señora, le dijo, ¿ya todo lo sabéis ahora verdad? Volvámonos pues a Terni, y mañana haremos exhumar el cuerpo de nuestro infeliz amigo para tributarle los últimos deberes.

—Pero, preguntó la joven, ¿y es bastante para consuelo de su alma que repose su cuerpo en tierra santa? ¿No pensaremos en vengarle?

—La venganza está ya cumplida, señora, dijo Beppo. Y contó lo que acababa de hacer.

—Pero, es imposible, exclamó el bandido que había escuchado la relación con el terror de un condenado; serían necesarios veinte hombres para levantar

cada uno de los abetos que forman el puente.

—Dios me ha ayudado, respondió sencillamente Beppo.

Y, siguiendo el camino trazado por el rastro de sangre que Gaetano dejó sobre la nieve y que sólo él veía, condujo a la pequeña comitiva a la posada de Porta Rossa.

Allí, el ladrón, entregado en manos de la Justicia, confesó que en el momento de su regreso con los primeros diez mil escudos, se había promovido una disputa entre los bandidos sobre el reparto de la indicada suma; entonces uno de los miserables, viendo que le tocaba menos cantidad que a los demás, había dado una puñalada a Gaetano para armar al capitán del resto. Entonces fue, cuando para no perder aquella segunda partida, el bandido se había ofrecido a guiar a la joven hasta un sitio, donde, creyendo encontrar a su hermano, debía caer en una emboscada que la privaría de su vida y de su dinero.

Pero, el valor de Bettina, la actitud amenazadora de los dos criados, desviaron el curso del drama. El bandido, conociendo que su muerte sería el pago inmediato de su traición, en lugar de ir a reunirse con sus compañeros en la caverna, anduvo errante gran parte de la noche, esperando siempre encontrar ocasión de escaparse. La repentina aparición de Beppo le había privado de esa última esperanza.

Al día siguiente, la exhumación del cuerpo de Gaetano tuvo lugar en presencia del clero de Terni y de una partida de fuerza armada. El cadáver tenía en el pecho la misma herida ancha y profunda que el espectro había mostrado a Beppo.

En cuanto a los bandidos, como se sabía que no tenían más salida que el puente de abetos y que este puente estaba destruído, no se trató ni siquiera de apoderarse de ellos. La tierra estaba cubierta de nieve y no les presentaba ningún recurso; murieron de hambre. Los cadáveres de tres de ellos que habían tratado de atravesar el torrente a nado, fueron hallados sobre las rocas de la cascada.

Por lo que toca al cuerpo de Gaetano, fue conducido a Roma, escoltado por Bettina, Beppo y los dos fieles servidores.

Un año después, según el deseo de Gaetano, Beppo era el esposo de Bettina.

The background of the page is a marbled pattern in shades of red and white, with a mottled, organic texture. The colors are distributed unevenly, creating a sense of depth and movement.

# **LA MUJER DEL COLLAR DE TERCIOPELO**

## I. El Arsenal

---

**E**l 4 de Diciembre de 1846, estando anclado mi buque, desde la víspera, en la bahía de Túnez, desperté a cosa de las cinco de la madrugada profundamente triste, bajo el peso de una de aquellas impresiones que oprimen el pecho y humedecen los ojos por todo el día.

Nacía esta impresión de un sueño.

Salté de mi catre, me puse el pantalón, subí al puente y miré en torno mío.

Esperaba que el maravilloso paisaje que se desarrollaba a mis ojos, iba a distraer mi espíritu de aquella preocupación tanto más obstinada, cuanto menos real en su origen.

Ante mí y a un tiro de fusil, tenía el muelle que se extendía del fuerte de la Goulette al fuerte del Arsenal dejando estrecho paso a los buques que entran por el golfo al lago. El lago de aguas azules como el azul del cielo que reflejan, estaba agitado, en ciertos puntos, por los aleteos de una bandada de cisnes, en tanto que, sobre estacas plantadas a trechos para indicar los vados, se mantenía inmóvil, parecido a los pájaros esculpidos sobre los sepulcros, un cuervo marino que, de pronto, se dejaba caer como una piedra, sumergíase para apoderarse de su presa, volvía a salir a la superficie con un pescado en el pico, se lo comía, se encaramaba otra vez a su estaca, y recobraba su taciturna inmovilidad hasta que un nuevo pez, pasando a su alcance, solicitaba su apetito, y vencía su pereza, haciéndole desaparecer otra vez para volver a salir.

Y entretanto, cada cinco minutos, rasgaba el aire una bandada de flamencos cuyas alas de púrpura se destacaban sobre el blanco mate de su plumaje.

En el horizonte se divisaba Túnez, es decir, un montón de casas cuadradas, sin ventanas, sin aberturas, escalonadas en anfiteatro, blancas como piedra caliza, y resaltando sobre el cielo con singular nitidez. A la izquierda elevábanse, como inmensa muralla almenada, las montañas de Plomo, cuyo nombre explica su sombrío tinte y a cuyo pie trepaba la aldea de Sidi-Fathallah y se rebullían los morabitas; a la derecha distinguíase la tumba de San Luis y el sitio donde estuvo Cartago, dos de los mayores recuerdos que hay en la historia del Universo.

Detrás de nosotros se balanceaba, retenido por el áncora, el *Motezuma*, magnífica fragata de vapor de la fuerza de cuatrocientos cincuenta caballos.

A la verdad había en todo esto algo con que distraer la más preocupada imaginación. A la vista de tales riquezas hubiérase condenado al olvido lo pasado, lo presente y lo futuro, pero mi espíritu se obstinaba en un solo pensamiento que un sueño había clavado en mi mente.

Mis ojos permanecieron fijos. Todo aquel espléndido panorama se borró poco a poco en la vaguedad de mi mirada, y bien pronto nada vi de lo que tenía en torno. Desapareció la realidad, y luego, en medio de aquel nebuloso vacío, como bajo la varita de una hada, se delineó un salón de blanco artesonado, en el cual, sentada ante un piano por donde erraban descuidadamente sus dedos, manteníase una mujer inspirada y pensativa a un mismo tiempo, una musa y una santa. Conocí a esa mujer y murmuré, como si hubiera podido oírme:

—Os saludo, María, llena de gracias, mi espíritu está con vos.

No traté de resistir a aquel ángel de blancas alas que me volvía a los días de mi juventud, y, como una visión encantadora, me mostraba la casta figura de una niña, una joven y una madre; me dejaba arrastrar por la corriente de ese río que llaman memoria, y que sube al pasado en lugar de bajar hacia el porvenir.

Entonces sobrecogiome aquel sentimiento tan egoísta, y por consiguiente tan natural al hombre, que le impele a no guardar para sí solo su pensamiento, a duplicar la extensión de sus sensaciones comunicándolas, y a verter en fin en otra alma el licor amargo o dulce que llena la suya.

Tomé una pluma y escribí:

«A bordo del *Veloz*, a la vista de Cartago y de Túnez, el 4 Diciembre de 1846.

»Señora:

»Al abrir una carta fechada en Cartago y en Túnez, os preguntaréis quién puede escribiros desde tal sitio, y os animará un momento la esperanza de recibir un autógrafo de Régulo o de Luis IX. Pero ¡ay, señora!, el que de tan lejos deposita su humilde recuerdo a vuestros pies, no es ni un héroe ni un santo, y si ha tenido nunca alguna



semejanza con el obispo de Hippona cuya tumba visitaba hace tres días, será sólo en su primera parte de su vida. Verdad también que, como él, puede rescatar esa primera parte de la vida con la segunda. Pero es ya demasiado tarde para arrepentirse, y, según toda probabilidad, morirá como ha vivido, no atreviéndose ni siquiera a dejar tras de sí sus confesiones que, en rigor, pueden ser contadas pero casi no pueden ser leídas.

»Habéis ya mirado la firma, ¿no es verdad, señora?, y por consiguiente sabéis ya quién es el que os habla; de modo que en este instante os estáis preguntando cómo, entre ese magnífico lago que es la tumba de una ciudad, y el pobre monumento que es el sepulcro de un rey, el autor de *Los Mosqueteros* y de *Monte Cristo* ha pensado en escribiros, precisamente a vos, a vos a quien no ve en un año cuando se halla en París y por lo mismo casi a vuestro lado.

»Ante todo, señora, París es París, es decir una especie de torbellino donde se pierde la memoria de todo, en medio del ruido que hace la sociedad corriendo y la tierra girando. En París, ¡qué queréis!, hago como la sociedad y como la tierra; corro y giro, sin contar que cuando no giro ni corro, escribo. Pero entonces, señora, ya es otra cosa, y cuando escribo no estoy ya tan lejos de vos como pensáis, puesto que sois vos una de las pocas y raras personas para quienes escribo; rara vez dejo de decirme, cuando acabo un capítulo de que estoy contento o un libro que me satisface: “María Nodier, mujer de raro y encantador ingenio, leerá esto”, y quedome tan orgulloso y altivo, señora, porque espero que, después que hayáis leído lo que acabo de escribir, algo habré ganado en vuestro aprecio.

»Tanto es así, señora, cuanto que, volviendo a mi carta, esta noche he soñado, no me atreveré a decir en vos, pero sí de vos, olvidando las oleadas que balanceaban mi gigantesco buque de vapor que el gobierno me presta y en el cual he dado hospitalidad a uno de vuestros amigos y a uno de vuestros admiradores, a Boulanger y a mi hijo, sin contar a Giraud, Maquet, Chancel y Desbarolles que son también conocidos vuestros; tanto es así, decía, cuanto que me dormí sin pensar en nada, y como casi puede decirse que estoy en el país de las *Mil y una noches*, un genio me ha visitado con un sueño del que vos habéis sido la reina.

»El lugar a donde me ha conducido, o por mejor decir a donde me ha vuelto, señora, era mucho mejor que un palacio, mucho mejor que un reino; era aquella hermosa y excelente casa del Arsenal, en tiempo de su dicha y alegría, cuando nuestro muy querido Carlos nos recibía en ella con toda la franqueza de la hospitalidad antigua, y nuestra muy respetada María con toda la gracia de la hospitalidad moderna.

»¡Si vierais, señora, al escribir estas líneas qué profundo suspiro he dejado escapar! ¡Era yo entonces tan dichoso!

Vuestro encantador ingenio cumplía con todos, y algunas veces, me atrevo a decirlo, más conmigo que con cualquier otro. Ya veis ahora que es un sentimiento egoísta el que hacía vos me atrae. Algo le robaba yo a vuestra adorable alegría, como el guijarro del poeta Saadi roba una parte del perfume a la rosa.

»¿Os acordáis del disfraz de Pablo?, ¿de los zapatos amarillos de Francisco Michel?, ¿de mi hijo que era un niño?, ¿os acordáis del sitio en que teníais colocado el piano, y donde vos cantabais *Lasara*, maravillosa melodía que me habéis prometido, y que, sea dicho de paso, nunca me habéis dado?

»¡Oh!, puesto que invoco vuestros recuerdos, vamos más lejos todavía: ¿os acordáis de Fontaney y Alfredo Johannot, dos figuras ceñudas que permanecían siempre tristes en medio de nuestras risas, porque hay en los hombres que deben morir jóvenes un vago presentimiento de la tumba? ¿Recordáis a Taylor sentado en un rincón y pensando en algún nuevo viaje para enriquecer a Francia con un cuadro español, un bajo-relieve griego o un obelisco egipcio? ¿Recordáis a de Vigny, que, en aquella época, no sospechaba aún su transfiguración, dignándose mezclarse con el vulgo de los hombres? ¿Recordáis a Lamartine de pie ante la chimenea, y dejando rodar hasta nuestros pies la armonía de sus hermosos versos? ¿Recordáis a Hugo, el único entre nosotros que podía

mostrar la sonrisa de un igual en sus labios, mirándole y escuchándole como Eteocles debía mirar y escuchar a Polinice, en tanto que Mme. Hugo, jugando con sus hermosos cabellos, permanecía medio tendida sobre el sofá, como fatigada de la parte de gloria que lleva?

»Después, en medio, vuestra madre tan sencilla, tan buena, tan tierna; vuestra tía la señora de Tercy, tan discreta y bondadosa; Dauzats, tan caprichoso, tan extravagante, tan charlatán; Barye, tan aislado en medio del ruido, que su pensamiento parece siempre enviado por su cuerpo en busca de una de las siete maravillas del mundo; Boulanger, unas veces tan melancólico, otras tan alegre, siempre tan gran pintor, siempre tan gran poeta, siempre tan buen amigo en su alegría como en su tristeza; después, en fin, aquella niña que juguetona se deslizaba entre los poetas, los pintores, los músicos, los grandes hombres, las personas de ingenio y los sabios; aquella niña que yo tomaba en la palma de mi mano y que os ofrecía como una estatuilla de Barre o de Pradier. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué ha sido de todo eso, señora?

»Sopló Dios y el edificio mágico se desvaneció; los que lo poblaban huyeron, todo está desierto en aquel mismo lugar donde todo vivía, risueño, floreciente.

»Fontaney y Alfredo Jhannot han muerto, Taylor ha renunciado a los viajes, de Vigny se ha hecho invisible, Lamartine es diputado, Hugo, par de Francia, y Boulanger, mi hijo y yo estamos en Cartago, desde donde os veo, señora, mientras dejo escapar el profundo suspiro de que os hablaba hace poco, y que, a pesar del viento que arrastra como una nube la moribunda humareda de nuestro buque, no alcanzará jamás esos queridos recuerdos que el tiempo de alas sombrías arrastra silenciosamente hacia el nebuloso caos del pasado.

»¡Oh primavera, juventud del año!, ¡oh juventud, primavera de la vida!

»He aquí el desvanecido mundo que un sueño me ha devuelto esta noche, tan brillante, tan visible, pero también, ¡ay de mí!, tan impalpable como los átomos que danzan en un rayo de sol que filtra en un aposento oscuro por la rendija de una destrozada claraboya.

»Y ahora ya no os sorprende mi carta, ¿verdad, señora? El presente zozobraría sin cesar si no estuviera mantenido en equilibrio por el peso de la esperanza y el contrapeso de los recuerdos, y por desgracia o por fortuna quizá, yo soy de aquellos en quienes los recuerdos sobrepujan a las esperanzas.

»Hablemos ahora de otra cosa; porque, es permitido estar triste, pero a la condición de no contagiar a los otros con la propia tristeza. ¿Qué hace mi amigo Bonifacio?

»¡Ah!, he visitado, hace ocho o diez días, una población que le valdrá muchos castigos, cuando encontrará su nombre en el libro del pícaro usurero a quien llaman Salustio. Esta población es Constantina, la vieja Cyrta, maravilla construida en lo alto de una roca, sin duda por una raza de animales fantásticos con alas de águilas y manos de hombres, como dicen que los vieron los dos grandes viajeros, Herodoto y Levaillant.

»Después, hemos permanecido un poco en Utica y mucho en Bizerta. Giraut ha hecho en esta última población el retrato de un notario turco y Boulanger el de su escribiente. Os los envío, señora, para que podáis compararlos con los notarios y escribientes de París. Dudo que sea la ventaja de estos últimos.

»De mí puedo decir que he caído al agua cazando los flamencos y los cisnes, accidente que, en el Sena, helado probablemente a estas horas, hubiera podido tener fatales consecuencias, pero que, en el lago de Catón, no ha tenido más inconveniente que el hacerme tomar un baño completamente vestido, y eso con gran admiración de Alejandro, de Giraud y del Gobernador de la población, que, desde lo alto del terrado, seguían con la vista nuestro bote, sin poder comprender un acontecimiento que ellos atribuían a capricho mío, y que no era más que la pérdida del centro de gravedad.

»Me he librado como los cuervos marinos de que hace poco os hablaba, señora; como ellos he desaparecido, como ellos he vuelto a aparecer a flor de agua, sólo que no llevaba, como ellos, un pescado en el pico.

»Cinco minutos después no me acordaba ya de ello y estaba seco cómo M. Valery; tanto se esmeró el sol en acariciarme.

»¡Oh!, yo quisiera, a todas partes donde estáis, llevar un rayo de ese hermoso sol, aun cuando no fuera más que para hacer crecer, sobre vuestra ventana, un puñado de vellosillas.

»Adiós, señora; perdonadme esta larga carta; no tengo la cosa por costumbre, y, como el niño que se defendía de la inculpación de haber hecho el mundo, os prometo que no lo haré más: bien que me permitiréis que me pregunte ¿por qué el portero del cielo ha dejado abierta esa puerta de marfil por la cual salen los sueños de color de rosa?

»Dignaos recibir, señora, el homenaje de mis más respetuosos sentimientos.

»Alejandro Dumas».

«Estrecho cordialmente la mano de Julio».

¿Pero a qué viene esa carta pura y simplemente familiar?

Es que para contar a mis lectores la historia de la mujer del collar de terciopelo, me era preciso abrir las puertas del Arsenal; es decir, de la morada de Carlos Nodier.

Y ahora que me abrió la puerta la mano de su hija, y que por consiguiente estamos seguros de ser bien recibidos:

*«Quien me ame que me siga».*

A la extremidad de París, continuación del muelle de los Celestinos, arrimado a la calle Morland y dominando el río, se eleva un gran edificio de aspecto triste y sombrío, llamado *El Arsenal*.

Una parte del terreno sobre el cual se extiende esa pesada masa, se llamaba, antes de que se abrieran los fosos de la villa, el campo del Yeso. París, un día que se preparaba a la guerra, compró el campo e hizo construir en él almacenes para colocar su artillería. Hacia fines de 1533, Francisco I reparó que faltaban cañones y tuvo la idea de fundir algunos. Pidió uno de los almacenes a la villa, con promesa, se entiende, de volverlo cuando hubiese acabado la fundición; después, so pretexto de acelerar el trabajo, le pidió otro, después otro, siempre con la misma promesa; después, en virtud del proverbio que dice que lo que es bueno para tomar, es bueno para guardar, guardose sin cumplido los tres almacenes que pidió prestados.

Veinte años después, prendiose fuego a una veintena de millares de pólvora depositados allí. La explosión fue terrible: París tembló como tiembla Catania los días en que se agita Encelado; hubo piedras que llegaron al extremo del barrio de San Marcelo; los rugidos de aquel terrible trueno fueron a aterrar a Melun. Las casas vecinas oscilaron un instante, como si estuvieran ebrias, los peces perecieron en el río, muertos por aquella inesperada conmoción; más: treinta personas arrebatadas por el huracán de llamas,

cayeron hechas pedazos: hubo ciento cincuenta heridos. ¿De dónde provenía tal desastre? ¿Cuál era la causa de esta desgracia? Ignorose siempre, y como se ignoraba, atribuyose a los protestantes.

Carlos IX hizo reconstruir, sobre un plan más vasto, los edificios destruidos. Era el tal Carlos IX gran constructor; hacía esculpir el Louvre, y encargaba la fuente de los Inocentes a Juan Gonjou, a quien mató junto a ella, como todos saben, una bala perdida. Lo hubiera ciertamente concluido todo el gran artista y el gran poeta, si Dios, que tenía ciertas cuentas que pedirle acerca el 24 de Agosto de 1572, no le hubiera llamado.

Sus sucesores emprendieron las construcciones donde las había él dejado, y las continuaron. Enrique III hizo esculpir, en 1584, la puerta que daba al muelle de los Celestinos; tenía columnas en forma de cañones y sobre la lápida de mármol que la coronaba, leíase el siguiente dístico de Nicolás Bourbon que Santeuil quería comprar a precio de la horca:

*O Etnia hie Henrico vulcania tela ministrat Tela giganticos debellatura furores.*

Lo que quiere decir:

«El Etna suministra aquí los rayos que debe Enrique fulminar para destruir el furor de los gigantes».

Y, en efecto, después de haber destruido los gigantes de la Liga, Enrique plantó allí el hermoso jardín que figura en los mapas del tiempo de Luis XIII, en tanto que Sully establecía también allí su ministerio y hacía pintar y dorar los hermosos salones que aún hoy día forman la biblioteca del Arsenal.

En 1823 fue nombrado Carlos Nodier director de esa Biblioteca, y abandonó la calle Choiseul donde vivía, para establecerse en su nueva habitación.

Era un hombre adorable Nodier, sin un vicio, pero lleno de defectos, de encantadores defectos de los que forman la originalidad del hombre de genio: pródigo, indolente, callejero y vagamundo, pero con delicia, como decía Fígaro de su pereza.

Nodier sabía casi todo lo que al hombre le es dado saber; y además tenía el privilegio del hombre de genio; cuando no sabía, inventaba, y lo que inventaba era mucho más ingenioso, mucho más pintoresco, mucho más probable que la realidad.

Por otra parte, lleno de sistemas, paradójico con entusiasmo, pero sin presumir de propagandista; Nodier era paradójico para sí, para sí inventaba

sistemas; y cuando alguien los adoptaba, o aceptaba la paradoja, ya estaba él creando otras.

Nodier era el hombre de Terencio, al que nada humano es extraño. Amaba por la dicha de amar; amaba como brilla el sol, como murmura el agua, como perfuma la flor: todo lo que era bueno, todo lo que era bello, todo lo que era grande le era simpático; hasta en lo malo buscaba lo que de bondad podía haber, como el químico extrae saludable remedio de la planta venenosa.

¿Cuántas veces Nodier había amado? Le era imposible decirlo; por lo demás, gran poeta como era, confundía siempre el sueño con la realidad. Nodier había acariciado con tanto amor los fantasmas de su imaginación, que había concluido por creer en su existencia. Para él, *Teresa Aubert*, la *Hada de las Migajas*, *Inés de la Sierra*, habían existido. Eran sus hijas, como María; sólo que la señora Nodier no había entrado para nada en esa creación; como Júpiter, él había sacado todas aquellas Minervas de su cerebro.

Pero no eran sólo criaturas humanas, no eran sólo hijas de Eva e hijos de Adán los únicos que Nodier animaba con su soplo creador. Nodier había inventado un animal, le había bautizado; y le había dotado también de vida inmortal por su propia autoridad, sin inquietarse de lo que Dios podía decir.

Este animal era el taratantaleo.

¿Vosotros no conocéis el taratantaleo, verdad?, ni yo tampoco; pero Nodier le conocía, Nodier le sabía de memoria; os contaba sus costumbres, sus hábitos, sus caprichos; y os hubiera contado sus amores, si, desde el momento en que había percibido que el taratantaleo llevaba en él el principio de la vida eterna, no le hubiera condenado al celibato, pues era inútil la reproducción donde existía la resurrección.

¿Y cómo había Nodier descubierto el taratantaleo?

Voy a decíroslo:

A los diez y ocho años, Nodier se ocupaba de entomología, porque la vida de Nodier se dividió en seis distintos períodos:

Primeramente escribió historia natural: la *Biblioteca entomológica*.

Después lingüística: el *Diccionario de las onomatopeyas*.

Después política: la *Napoleónida*.

Después filosofía religiosa: las *Meditaciones del claustro*.

Después poesía: los *Ensayos de un joven bardo*.

Después novela: *Juan Sbogar*; *Smarra*: *Trilby*; *el pintor de Salqbourg*; *la Señorita de Mar san*; *Adela*; *el Vampiro*; *el Sueño de oro*; *los Recuerdos juveniles*; *el Rey de Bohemia y sus siete castillos*; *las Fantasías del doctor Neofobus*, y mil seductoras cosas más, que todos conocéis, que yo conozco, y cuyo título no acude ahora a mi pluma.

Nodier hallábase pues en el primer período de sus tareas, se ocupaba de entomología y vivía en un sexto piso, es decir en un piso más alto del que aloja

a Beranger el poeta. Hacía con el microscopio experiencias sobre los infinitamente pequeños, y, mucho antes que Raspail, había descubierto todo un mundo de animalillos invisibles.

Un día, después de haber sometido al examen el agua, el vino, el vinagre, el queso, el pan, todos los objetos, en fin, sobre los cuales se acostumbra a hacer experimentos, tomó un poco de arena mojada en el canal, y la puso en la caja de su microscopio, aplicando enseguida los ojos al lente.

Entonces vio moverse un animal extraño que tenía la forma de un velocípedo, armado de dos ruedas que agitaba rápidamente. ¿Tenía que atravesar un río?, sus ruedas le servían como las de un buque de vapor; ¿había que atravesar un terreno seco?, sus ruedas le servían como las de un cabriole. Nodier le miró, le detalló, le diseñó, le analizó por tan largo tiempo, que se acordó de pronto que olvidaba una cita, y partió precipitadamente dejando allí su microscopio, su taratantaleo, y el pellizco de arena, que era su mundo.

Cuando Nodier entró, era tarde ya; estaba fatigado, se acostó y durmió como duerme un hombre a los diez y ocho años. Hasta el día siguiente, y al abrir los ojos, no se acordó de sus granos de arena, el microscopio y el taratantaleo.

Pero ¡ah!, durante la noche la arena se había secado, y el pobre animal, que sin duda tenía necesidad de humedad para vivir había muerto. El diminuto cadáver estaba tendido de lado, sus ruedas se hallaban inmóviles. El buque de vapor no marchaba, el velocípedo estaba parado.

Pero, por muerto que estuviera, no dejaba de ser el animal una curiosa variedad de los efímeros, y su cadáver valía la pena de ser cuidadosamente conservado; sólo que ya se comprenderá que era preciso tomar precauciones mucho mayores para manejar un animal cien veces más pequeño que el arador, que las que hubieran podido tomar para mudar de sitio un animal diez veces mayor que un elefante.

Por medio de la barba de una pluma transportó Nodier sus granos de arena de la caja de su microscopio a una cajita de cartón destinada a ser el sepulcro del taratantaleo.

Prometíase enseñar el cadáver al primer sabio que se atreviera a subir seis pisos.

Pero un hombre a los diez y ocho años, piensa en tantas cosas, que bien puede perdonársele que olvide el cadáver de un efímero. Nodier olvidó durante tres meses, diez meses, un año quizá, el cadáver del taratantaleo.

Después, un día, vínole a las manos su caja, y quiso ver qué cambio había producido un año en el animal. El tiempo estaba borrascoso; y caía un

chubasco. Para verlo mejor, acercó el microscopio a la ventana, y vació en la caja el contenido de la cajita; el tiempo que se encarniza tanto con los colosos, parecía haber olvidado al infinitamente pequeño.

Nodier contemplaba su efímero, cuando he aquí que, repentinamente; una gota de lluvia, impelida por el viento, cae en la caja del microscopio y humedece la arena.

Entonces, con aquella humedad vivificadora, parecele a Nodier que su taratantaleo se reanima, que remueve un cuernecillo, enseguida el otro; que hace girar una de sus ruedas; que luego hace girar las dos; que recobra su centro de gravedad; que sus movimientos se regularizan; que vive en una palabra.

El milagro de la resurrección llega en fin a cumplirse no al cabo de tres meses, sino al cabo de un año.

Diez veces renovó Nodier la misma prueba, diez veces la arena se secó y murió el taratantaleo; diez veces, humedecida la arena, el taratantaleo resucitó.

No era un efímero lo que Nodier había descubierto, era un inmortal. Según todas las probabilidades, el animalito había visto el diluvio y debía asistir al juicio final.

Por desgracia, un día que Nodier, por la vigésima vez acaso, se disponía a renovar su experimento, el aire se llevó la arena seca y con la arena el taratantaleo-fenómeno.

Nodier recogió innumerables granos de arena en la canal y en otras partes, pero inútilmente; nunca encontró el equivalente de lo que había perdido; aquel ejemplar era el único en su especie, y, perdido para los hombres, no vivía más que en los recuerdos de Nodier.

Pero en estos vivía de una manera imposible de borrarse.

Hemos hablado de los defectos de Nodier; su defecto dominante, a los ojos de su esposa a lo menos, era la bibliomanía: este defecto que formaba la felicidad de Nodier, era la desesperación de su esposa.

Porque todo el dinero que Nodier ganaba se invertía en libros; ¡cuántas veces Nodier había salido para ir a buscar dos o trescientos francos necesarios a la casa, y entraba, en vez de ellos, con un volumen raro, con un ejemplar único!

Había soltado el dinero en casa de Techener o de Guillemot.

La señora Nodier quería reñir, pero el marido sacaba un volumen de su bolsillo, lo abría lo cerraba, lo acariciaba, mostraba a su mujer una errata que

certificaba la autenticidad del libro.

Y esto, mientras decía:

—Reflexiona, querida mía, que yo encontraré 500 francos, mientras que un libro semejante, ¡oh!, un libro semejante es imposible de encontrar: pregúntaselo a Pixerecourt.

Pixerecourt era la gran admiración de Nodier, que fue siempre aficionado al melodrama; Nodier llamaba a Pixerecourt, el Corneille de los arrabales.

Casi todas las mañanas iba Pixerecourt a hacer una visita a Nodier.

La mañana, en casa de éste, estaba consagrada a las visitas de los bibliófilos. Allí se reunían el marqués de Ganay, el de Chateau Girón, el de Chalabre, el conde de Labedoyère, Bérard, el hombre de los Elzevires, que en sus momentos de ocio, rehízo la Carta de 1830; el bibliófilo Jacob, el sabio Weiss de Besanzon, el universal Peignot de Dijon; en fin, los sabios extranjeros, que, tan pronto como llegaban a París, se hacían presentar o se presentaban solos a aquel cenáculo cuya reputación era europea.

Allí se consultaba a Nodier, el oráculo de la reunión; allí se le mostraban libros; allí se le pedían notas; era aquella su distracción favorita. Los sabios del Instituto no iban por cierto a esas reuniones; estaban celosos de Nodier. Nodier reunía el ingenio y la poesía a la erudición, y esta es una falta que la Academia de ciencias no perdona, como no la perdona tampoco la Academia francesa.

Luego Nodier satirizaba a menudo, y algunas veces mordía. Escribió un día *El Rey de Bohemia y sus siete castillos*; y por esta vez, la victoria fue suya. Creyose para siempre malquistado a Nodier con el Instituto. Nada de esto; la Academia de Tombouctou hizo entrar a Nodier en la Academia francesa.

Alguna consideración se han de guardar dos hermanas.

Después de dos o tres horas de trabajo, siempre fácil; después de haber cubierto diez o doce páginas de papel de seis pulgadas de alto por cuatro de ancho, poco más o menos, con letra regular, legible, sin borrón alguno, Nodier salía.

Salía y paseaba a la ventura, siguiendo sin embargo casi siempre la línea de los muelles, pero pasando y repasando el río, según la situación topográfica de los puestos de libros; enseguida de los puestos de libros, entraba en las librerías, y de las librerías pasaba a los talleres de encuadernación.

Porque Nodier era no sólo conocedor en libros, sino en cubiertas. Las obras maestras de Gaseon en tiempo de Luis XIII, de Desseuil en tiempo de Luis XIV, de Padeloup en tiempo de Luis XV y de Derome en tiempo de



Luis XV y Luis XVI, le eran tan familiares, que las reconocía con los ojos cerrados y con sólo tocarlas.

Nodier había hecho revivir la encuadernación, que, durante la Revolución y el Imperio, cesó de ser un arte; él fue quien animó, quien dirigió a los restauradores de ese arte, los Thouvenin, los Bradel, los Niedée, los Bozonnet y los Legrand. Thouvenin, muriéndose tísico, se levantaba de su lecho de muerte para dar un postrer vistazo a las encuadernaciones que estaba haciendo para Nodier.

La excursión de Nodier terminaba casi siempre en casa de Crozet o de Techener, dos cuñados rivales, y entre los cuales su plácido genio iba a interponerse. Allí, había reunión de bibliófilos; allí, reuníanse para hablar de libros, ediciones, ventas; allí, se hacían cambios; luego, así que aparecía Nodier, resonaba una exclamación, pero, en cuanto abría la boca, silencio absoluto. Entonces Nodier hablaba, vertía sus paradojas, *de omni re scibili et quibusdam aliis*.

Por la noche, después de comer, Nodier trabajaba comúnmente en el comedor, entre tres bujías, colocadas en triángulo, nunca más ni nunca menos; hemos dicho ya sobre qué papel y con qué letra, siempre con plumas de ave. Nodier tenía horror a las plumas de acero, como, en general, a todas las invenciones modernas; el gas le enfurecía, el vapor le exasperaba, veía el fin del mundo, infalible y próximo en la destrucción de los bosques y en el agotamiento de las minas de aceite. Cuando empezaba a enfurecerse contra los progresos de la civilización, hablaba con tal afluencia y chispa que era un encanto.

A eso de las nueve y media de la noche, Nodier salía; y esta vez no era la línea de los muelles la que seguía sino la de los arrabales; entraba en la *Porte Saint Martin*, en el *Ambigú* o en los *Funámbulos*, en los *Funámbulos* particularmente. Nodier divinizó a Debureau; para Nodier, no había más que tres actores en el mundo; Debureau, Potier y Taima; muertos Potier y Taima, quedaba Debureau y le consolaba a Nodier de la pérdida de los demás.

Había visto cien veces *El Buey furioso*.

Todos los domingos, Nodier almorzaba con Pixerecourt; allí encontraba a sus conocidos: el bibliófilo Jacob, rey cuando no estaba allí Nodier, virrey cuando aparecía Nodier; el marqués de Ganay y el de Chalabre.

El marqués de Ganay, hombre voluble, caprichoso, enamorado de un libro como un calavera del tiempo de la Regencia se enamoraba de una mujer, por

tenerla; luego, cuando lo tenía, fiel un mes, no fiel, entusiasta, llevándolo encima, parando a sus amigos para enseñárselo, colocándolo bajo su almohada al acostarse, y encendiendo a media noche su bujía para contemplarlo, pero sin leerlo jamás; siempre celoso de los libros de Pixerecourt, que éste rehusaba venderle a cualquier precio que fuera, y vengándose de su negativa comprando en la venta de la señora de Castellane un autógrafo que Pixerecourt ambicionaba diez años hacía.

—No importa, decía Pixerecourt furioso, lo tendré.

—¿Qué?, preguntaba el marqués de Ganay.

—El autógrafo.

—¿Y cuándo?

—¡A vuestra muerte!

Y Pixerecourt hubiera cumplido su palabra si al marqués de Ganay no se le hubiese ocurrido sobrevivir a Pixerecourt.

En cuanto al marqués de Chalabre no ambicionaba más que una cosa, pero ésta la deseaba ardientemente: una Biblia que nadie tuviera.

Tanto atormentó a Nodier para que le indicara un ejemplar único, que Nodier acabó por hacer más aún de lo que el marqués de Chalabre deseaba; le indicó un ejemplar que no existía.

Inmediatamente se puso el marqués a dar pasos en busca del ejemplar.

Nunca Cristóbal Colón se afaná de tal modo por descubrir la América; nunca Vasco de Gama empleó tanta perseverancia en encontrar la India, como el marqués de Chalabre en perseguir su Biblia. Pero la América existía entre los 70 grados de latitud Norte y los 53 y 54 de latitud Sur; la India estaba junto al Ganges, mientras que la Biblia del marqués de Chalabre no se hallaba en ninguna latitud ni más acá ni más allá del Sena. Resultó que Vasco de Gama encontró la India, Cristóbal Colón descubrió la América, pero el buen marqués, a pesar de lo mucho que se afaná, y buscó de norte a sur, de oriente a occidente, no pudo ni encontrar ni descubrir su Biblia.

Cuanto más difícil era encontrarla, con más ardor la buscaba el buen marqués.

Había ofrecido primero 500 francos, luego ofreció 1000; después 2000, 4000, 10 000. A todos los bibliógrafos tenía locos con la bendita Biblia. Escribíase a Alemania y a Inglaterra. En vano. Por una nota del marqués de Chalabre no se hubieran tomado tanta molestia, ni atareado tanto; habrían contestado simplemente: *No existe*; pero era nota de Nodier, y la cosa variaba de aspecto. Si Nodier había dicho: *la Biblia existe* incontestablemente existía la Biblia. El papa podía engañarse; pero Nodier era infalible.

Las pesquisas duraron tres años. Todos los domingos el marqués de Chalabre, almorzando con Nodier en casa de Pixerecourt, le decía:

—¿Y esa Biblia, mi querido Carlos?

—¿Qué?

—Que no se encuentra.

—Quaere et inventes.

Y, lleno de nuevo ardor, el bibliómano volvía de nuevo a buscar, pero no encontraba.

En fin, trajéronle una Biblia al marqués de Chalabre.

No era la Biblia indicada por Nodier, pero no había más diferencia que la de un año en la fecha; no estaba impresa en Kent, pero estaba impresa en Strasburgo; no había más distancia que una legua; no era única, es verdad, pero el segundo ejemplar, único que existía, se hallaba en el Líbano, en el fondo de un monasterio druso. El marqués de Chalabre llevó la Biblia a Nodier y le pidió su parecer.

—¡Toma!, respondió Nodier que veía al marqués próximo a volverse loco si no encontraba una Biblia, tomad ésta, mi querido amigo, puesto que es imposible hallar la otra.

El marqués compró la Biblia mediante la suma de dos mil francos, hízola encuadernar espléndidamente y la puso en una caja ex profeso.

Cuando murió, el marqués dejó su biblioteca a Mlle. Mars, y ésta que todo lo era menos bibliómana, rogó a Merlín que hiciera la clasificación de los libros del difunto y pasara a efectuar la venta.

Merlín, el hombre más honrado de la tierra, entró un día en casa de Mlle. Mars con treinta o cuarenta mil francos en billetes de banco.

Los había encontrado en una especie de cartera que tenía la magnífica encuadernación de aquella Biblia casi única.

—¿Por qué, preguntaba yo a Nodier, habéis jugado esa broma al pobre marqués de Chalabre, vos tan poco bromista?

—Porque se arruinaba, amigo mío, y así durante los tres años que ha buscado su Biblia, no ha pensado en nada más; al cabo de esos tres años ha gastado dos mil francos; sin esto, hubiera derrochado cincuenta mil.

Y ahora que hemos mostrado a nuestro muy querido Carlos durante la semana y el domingo por la mañana, digamos lo que era el domingo desde las seis de la tarde hasta media noche.

¿Cómo había yo conocido a Nodier?

Como se le conocía. Me había hecho un favor —era en 1827— en ocasión en que yo acababa de escribir *Cristina*; a nadie conocía en el ministerio, a nadie en el teatro; mi oficina en lugar de serme una ayuda para llegar a la Comedia francesa, me era un obstáculo. Hacía ya dos o tres días que había escrito este último verso tan fuertemente silbado y tan fuertemente aplaudido:

¡Eh! Bien... *je n'ai pitié, mon perè, qu'on l'achève!*

Debajo de este verso había escrito la palabra FIN; por tanto no me quedaba que hacer sino leer mi producción a los señores cómicos del rey y ser recibido o rehusado por ellos.

Por desgracia, en aquella época el gobierno de la Comedia francesa era como el gobierno de Venecia, republicano pero aristocrático, y no llegaba el que quería hasta los serenísimos señores del comité.

Verdad es que había un censor encargado de leer las obras de los jóvenes que nada habían hecho aún y que, por consiguiente, no tenían derecho a una lectura sino después del examen; pero existían en las tradiciones dramáticas tan lúgubres historias de manuscritos esperando su turno por espacio de uno, dos y hasta tres años, que yo, familiar de Dante y de Milton, no me atrevía a aventurarme por aquellos limbos, temiendo que mi pobre *Cristina* no fuera sencillamente a aumentar el número de

*Questi sciaurati, che mai non fur viví*

Había yo oído hablar de Nodier como protector nato de todo poeta que empezaba. Pedíle una carta de recomendación para el barón Taylor, me la envió, y ocho días después se leía mi drama en el Teatro francés, y era casi recibido.

Digo casi, porque había en *Cristina*, relativamente al tiempo en que vivíamos, es decir, en el año de gracia de 1827, tales enormidades literarias, que los señores cómicos ordinarios del rey no se atrevieron a recibirme por sí solos y sujetaron su opinión a la de M. Picard, autor de *La Aldea*.

M. Picard era uno de los oráculos de la época.

Firmin me acompañó a su casa, y fui recibido por él en una sala-biblioteca adornada de todas las ediciones de sus obras y de su busto. Tomó mi manuscrito, dióme cita para ocho días más tarde y me despidió.

Al cabo de ocho días, punto por punto, llamé a la puerta de M. Picard, quien me aguardaba realmente. Me recibió con la sonrisa de Rigobert en *La casa en venta*.

—Caballero, me dijo, tendiéndome mi manuscrito cuidadosamente

arrollado, ¿tenéis algún medio de subsistir?

El prólogo no era para animarme.

—Sí señor, le contesté, tengo un empleo, aunque insignificante, en las oficinas del señor duque de Orleáns.

—Pues bien, hijo mío, exclamó Picard poniendo afectuosamente el manuscrito en mis manos y tomándomelas al mismo tiempo y estrechándolas, idos a vuestra oficina.

Y satisfecho de haber dado con una frase equívoca, frotose las manos, indicándome con el gesto que la audiencia estaba terminada.

No por eso debía menos una visita de agradecimiento a M. Nodier. Presentome pues en el Arsenal y Nodier me recibió, como acostumbraba a recibir, con su sonrisa también... pero hay sonrisas y sonrisas, como dice Moliere.

Quizá olvidaré un día la sonrisa de Picard, pero nunca olvidaré la de Nodier.

Quise probar a este último que no era yo tan indigno de su protección, como él podía creerlo a juzgar por la contestación de Picard. Dejóle mi manuscrito, y al día siguiente recibí una carta preciosa que me devolvía todo mi ánimo y me invitaba a las reuniones nocturnas del Arsenal.

Esas tertulias del Arsenal tenían no sé qué encanto, algo que ninguna pluma podrá nunca explicar. Se celebraban los domingos y empezaban en realidad a las seis.

A las seis la mesa estaba puesta. Había los convidados ordinarios, Cailléux, Taylor, Francisco Wey, que Nodier amaba como a un hijo; después, uno o dos convidados de ocasión, después... quien quería.

Una vez admitidos a esta seductora intimidad de la casa, íbase a comer en casa de Nodier siempre que se quería. Siempre había dispuestos dos o tres cubiertos aguardando a los convidados casuales, y si estos tres cubiertos eran insuficientes, añadían otro y otro y otro. Si era preciso alargar la mesa, la alargaban; pero infeliz del que llegaba el trece; comía sin piedad en una mesita, a menos que un catorce no fuera a relevarle de su penitencia.

Nodier tenía sus manías; prefería el pan negro al pan blanco, el estaño a la plata, el sebo a la cera.

Nadie lo advertía como no fuera la señora Nodier que le servía a su gusto.

Al año o a los dos años, yo era uno de esos íntimos amigos de que hablaba hace un momento; podía llegar sin dar aviso a la hora de la comida, y me

recibían con exclamaciones de alegría que no me dejaban duda sobre el placer que al recibirme experimentaban, y me invitaban a sentarme, o mejor dicho, me sentaba entre la señora Nodier y María.

Al cabo de algún tiempo, lo que no era un punto de hecho, llegó a ser un punto de derecho. Si llegaba demasiado tarde, y estaban ya sentados a la mesa, y hallaba ocupado mi sitio, daban una excusa al convidado usurpador, me devolvían mi sitio y aquel a quien yo había desalojado se colocaba dónde podía.

Nodier entonces pretendía que yo era una buena fortuna para él, puesto que le eximía de hablar. Pero si era una buena fortuna para él, era una mala fortuna para los otros. Nodier era el más delicioso narrador que había en el mundo. Podía hacerse con mi conversación lo que con el fuego para que arda, despertarle, atizarle, arrojarle esa limadura que hace brotar las chispas del ingenio como las de la fragua, pero no era más que verbosidad, entusiasmo, juventud; no tenía la sencillez, el encanto inexplicable, la gracia infinita de Nodier cuya conversación era como una red tendida donde el pajarero lo recoge todo, pájaros grandes y pequeños; no era Nodier en fin.

Sólo a falta de la suya se contentaban con la mía.

Pero algunas veces estaba yo de mal humor, o no quería hablar, y en vista de mi negativa, era indispensable, estando en su casa, que Nodier hablara: entonces todos escuchaban, grandes y pequeños. Era a un mismo tiempo Walter Scott y Perrault, el sabio en unión con el poeta, la memoria en lucha con la imaginación. Entonces no sólo entretenía oírle, sino que encantaba verle. Su largo cuerpo delgado, sus largos brazos flacos, sus largas manos pálidas, su largo rostro lleno de melancólica bondad, todo esto se armonizaba con su palabra viva y calurosa modulada con cierto acento provincial que nunca perdió Nodier. ¡Oh!, entonces la conversación era inagotable, siempre nueva, nunca repetida. El tiempo, el espacio, la historia, la naturaleza eran para Nodier la bolsa de Fortunato de donde Pedro Schlemill sacaba sus manos siempre llenas. Había conocido a todo el mundo, a Danton, a Carlota Corday, a Gustavo III, a Cagliostro, a Pío VII, a Catalina II, al gran Federico, ¡qué sé yo!

Como el conde de San Germán y el taratantaleo, había asistido a la creación del mundo y atravesado los siglos transformándose. Aun profesaba sobre esa transformación la teoría más ingeniosa que he oído.

Según Nodier, los sueños no eran más que un recuerdo de los días transcurridos en otro planeta, una reminiscencia de lo que en otro tiempo había sucedido. Según él, los sueños más fantásticos correspondían a hechos

cumplidos en otro tiempo en Saturno, en Venus, o en Mercurio; las imágenes más extrañas no eran otra cosa que la sombra de las formas que habían impreso sus recuerdos en nuestra alma inmortal. Visitando por primera vez el Museo prehistórico del jardín botánico le sorprendió encontrar animales que había visto en el diluvio de Deucalión y de Pyrrha y algunas veces se le escapó confesar que, viendo la tendencia de los Templarios a la posesión universal, había dado a Jacobo Molay el consejo de dominar su ambición. No era culpa suya, si Jesucristo había sido crucificado, puesto que, único entre sus oyentes, le había prevenido de las malas intenciones de Pilatos con respecto a él. Al Judío Errante sobre todo era a quien Nodier había tenido ocasión de encontrar: la primera vez en Roma, en tiempo de Gregorio VII; la segunda en París, la víspera de San Bartolomé, y la última vez en Viena, en el Delfinado; sobre este buen señor tenía los más preciosos documentos. A propósito del célebre judío; corregía un error en el cual habían caído los sabios y los poetas, y en particular Edgardo Quinet: no se llamaba Ahasverus, nombre medio griego y medio latino; se llamaba el hombre de los cinco sueldos, Isaac Laquedeme; de esto podía responder, como que lo sabía de su propia boca.

Después, de la política, de la filosofía, de la tradición, pasaba a la historia natural. ¡Oh!, en este punto Nodier aventajaba a Herodoto, Plinio, Marco Polo, Buffon y Lacepede. Arañas había visto él junto a las cuales era nada la araña de Pelisson; y sapos junto a los cuales no era Matusalén más que un niño; y caimanes junto a los cuales la tarasca no era más que un lagarto.

Así le sucedieron a Nodier cosas que sólo a los hombres de genio les suceden. Un día que buscaba lepidópteros —era cuando su permanencia en Estiría, país de las rocas graníticas y de los árboles seculares— subió a un árbol, con objeto de alcanzar un hueco que veía, metió su mano en ese hueco, como tenía por costumbre, que, por cierto, era una imprudencia, porque un día retiró de un hueco semejante, su brazo adornado de una serpiente que se le enroscó, —un día pues, que habiendo encontrado un hueco metió en él la mano, sintió una cosa floja y escurridiza que cedía a la presión de los dedos. Sacó precipitadamente la mano y miró; dos ojos brillaban con fuego tibio en el fondo del hueco, Nodier creía en el diablo; así es que, viendo aquellos dos ojos que no dejaban de parecerse a los ojos de brasa de Caronte, como dice Dante, Nodier echó a correr, pero luego reflexionó, se detuvo, tomó una hachuela, y, midiendo la profundidad del agujero, empezó a hacer una abertura en el sitio en que presumía que debía estar el objeto desconocido. Al quinto o sexto

hachazo, la sangre brotó del árbol, como bajo la espada de Tancredo corrió la sangre del bosque encantado del Tasso. Pero no salió una hermosa amazona, sino un enorme sapo encajado en el árbol donde sin duda había sido llevado por el viento cuando era del tamaño de una abeja. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí? Doscientos, trescientos, quinientos años quizá, y tenía cinco pulgadas de largo sobre tres de ancho.

Otra vez en Normandía, en ocasión en que hacía con Taylor el viaje pintoresco de Francia, entró en una iglesia, de cuya bóveda colgaban una gigantesca araña y un enorme sapo. Dirigióse a un aldeano para pedirle noticias sobre tan singular pareja.

Y he aquí lo que el viejo campesino le contó después de haberle conducido junto a una de las losas de la iglesia en la cual había la estatua yacente de un caballero armado de todas armas.

Aquel caballero era un antiguo barón, que había dejado en el país tan malos recuerdos, que los más atrevidos daban un rodeo a fin de no poner el pie sobre su tumba y esto, no por respeto, sino por terror. Encima de la tumba, y a consecuencia de un voto hecho por el caballero en su lecho de muerte, debía arder noche y día, una lámpara. El muerto había dejado una obra pía para este objeto.

Pero ocurrió un día, o mejor una noche, que, casualmente, el cura no durmió, y vio desde la ventana de su aposento que daba sobre las de la iglesia, que la lámpara palidecía poco a poco y se extinguía por fin. Atribuyolo a un accidente casual y no fijó aquella noche la atención en él.

Pero, a la noche siguiente, como despertara a las dos de la mañana, ocurriósele ver si la lámpara ardía. Dejó la cama, acercose a la ventana y notó *de visu* que la iglesia estaba sumergida en la más profunda oscuridad.

La repetición del hecho, en cuarenta y ocho horas, era cosa grave. Al día siguiente, y al amanecer, el cura hizo llamar al sacristán y le acusó de haber echado el aceite en su ensalada en lugar de haberlo puesto en la lámpara. El sacristán juró y perjuró que todas las noches, en los quince años que hacía ya que tenía el honor de ser sacristán, llenaba concienzudamente la lámpara, y que no podía ser otra cosa que una pesada broma de aquel mal caballero que después de haber atormentado a los vivos durante su vida, volvía a atormentarles trescientos años después de su muerte.

El cura declaró que daba entero crédito a la palabra del sacristán, pero que no por ello dejaría de estar presente por la noche cuando llenaría la lámpara;



con que, al anochecer, en presencia del buen cura, echaron aceite en la lámpara encendida: entonces el cura cerró por sí mismo la puerta de la iglesia, metiose la llave en el bolsillo y se retiró a su casa.

Al llegar a ella tomó su breviario, se arrellanó, cerca de la ventana, en su gran sillón, y fijos alternativamente los ojos en el libro y en la iglesia, esperó.

A media noche, vio la luz que alumbraba los cristales menguar, palidecer, apagarse.

Ninguna duda quedaba esta vez de que el hecho se debía a una causa extraña, misteriosa, inexplicable, en la cual no había podido tomar parte alguna el pobre sacristán.

El cura pensó un instante que se introducían ladrones en la iglesia y robaban el aceite. Pero suponiendo el crimen cometido por los ladrones, no serían tan malos muchachos cuando se limitaban a robar el aceite y respetaban los sagrados vasos.

No eran ladrones; y otra indudablemente debía ser la causa, otra diferente de las que podían imaginarse, causa sobrenatural quizá. El cura resolvió conocerla, fuese cual fuese.

Al siguiente día al anochecer llenó él mismo de aceite la lámpara para convencerse de que no era víctima de ningún engaño, y luego, en lugar de salir, como lo había hecho la víspera, ocultose en un confesonario.

Transcurrieron las horas, la lámpara ardía con luz igual y tranquila.

Dieron las doce...

El cura creyó oír un ligero ruido, parecido al de una piedra que se quita de su lugar, enseguida vio cómo la sombra de un animal con gigantescas patas. La sombra subió a uno de los pilares, corrió a lo largo de la cornisa, apareció un instante en la bóveda, bajó a lo largo de la cuerda, se detuvo en la lámpara que empezó a palidecer, vaciló y se apagó.

Encontróse el cura en la oscuridad más completa; comprendió pues que debía renovar la experiencia acercándose más al lugar en que pasaba la escena.

Nada más fácil: en lugar de meterse en el confesonario que estaba del lado de la iglesia opuesto al de la lámpara, no había que hacer más que esconderse en otro confesonario que estaba colocado a algunos pasos de ella solamente.

Todo pasó al día siguiente como la víspera, sólo que el cura cambió de confesonario y se proveyó de una linterna sorda.

Hasta media noche la misma calma, el mismo silencio, la misma claridad, pero también, a la última vibración de las doce, el mismo crujido que la víspera. Sólo que, como el crujido tuvo lugar a cuatro pasos del confesonario, los ojos del cura se fijaron inmediatamente en el sitio de donde partía el ruido.

La que crujía era la tumba del caballero.

Enseguida la esculpida losa que cerraba el sepulcro, se levantó lentamente, y por la abertura de la tumba, el cura vio salir una araña del tamaño de un perrito de aguas, con pelos de seis pulgadas y unas patas gigantescas, la cual se puso, incontinenti, sin vacilar, sin buscar un camino que le era familiar, por lo visto, a trepar por la columna, correr por la cornisa, bajar a lo largo de la cuerda y, llegada allí, a beber el aceite de la lámpara que no tardó en apagarse.

Pero enseguida el cura recurrió a su linterna sorda, cuyos rayos dirigió hacia la tumba del caballero.

Entonces reparó que el objeto que la tenía entreabierto era un sapo grueso como una tortuga marina, el cual hinchándose, levantaba la piedra y daba paso a la araña que iba enseguida a beberse el aceite que corría a compartir con su compañero.

Ambos vivían así siglos hacía en aquella tumba, donde habitarían probablemente hoy día si un incidente no hubiera revelado al cura la presencia de un ladrón en su iglesia.

Al día siguiente trató el cura de poner remedio; levantose la piedra de la tumba y se dio muerte al insecto y al reptil cuyos cadáveres estaban colgados del techo y certificaban tan extraño acontecimiento.

Por otra parte, el aldeano que había contado la anécdota a Nodier era uno de los que habían sido llamados por el cura para matar los dos comensales de la tumba del caballero, y como él se había encarnizado particularmente con el sapo, dióle en un ojo una gota de sangre que brotó del inmundo animal y estuvo a punto de volverse ciego como Tobías.

Se quedó tuerto y salió bien librado.

Pero no se limitaban aquí para Nodier las historias de los sapos: en la longevidad de este animal hallaba no sé qué misterio que le gustaba sobremanera. Así es que sabía todas las historias de sapos centenarios, de todos los sapos descubiertos en las piedras o en los troncos de los árboles, desde el encontrado en 1756 por el escultor Leprince, en Eretteville, en medio de una piedra dura donde estaba encajado, hasta el sapo encerrado por Herisant en 1771 en una caja de yeso y que encontró perfectamente vivo en 1774. Cuando se preguntaba a Nodier de qué vivían los desgraciados prisioneros:

—Se comen su piel —respondía. Había estudiado un sapo que seis veces había mudado de piel y las seis se había comido la antigua. En cuanto a los

que estaban en piedras de formación primitiva desde la creación del mundo, como el sapo que se encontró en la cantera de Bourswick, en Gothia, la inacción total en que se habían visto obligados a vivir, la suspensión de la vida en una temperatura que no permitía la descomposición y que no hacía necesaria la reparación de ninguna pérdida, la humedad del lugar que mantenía la del animal, todo esto parecía a Nodier razón suficiente para convencerle de una cosa en la que creía a pies juntillas, y que había estudiado a conciencia.

Por lo demás, Nodier tenía, ya lo hemos dicho, cierta humildad natural, cierta inclinación a hacerse pequeño, que le arrastraba hacia los pequeños y los humildes. Nodier, bibliófilo, encontraba entre los libros, obras maestras ignoradas que sacaba de la tumba de las bibliotecas; Nodier, filántropo, encontraba entre Los vivos, poetas desconocidos que daba a luz y que conducía él mismo a la celebridad; le exasperaba toda injusticia, toda opresión, y, según él, se oprimía al sapo, éramos injustos con él, desconocíamos las virtudes del sapo. El sapo era buen amigo. Nodier lo había ya probado con aquel caso de amistad del sapo y la araña, y, en rigor, lo probaba dos veces contando otra historia de sapo y de lagarto, no menos fantástica que la primera: —el sapo era, pues, no sólo buen amigo, sino también buen padre y buen esposo. Pariendo él mismo a su mujer, el sapo había dado a Los maridos la primera lección de amor conyugal; envolviéndolos huevos de familia en sus patas traseras, o llevándolos sobre sus hombros, el sapo había dado a los jefes de familia la primera lección de paternidad; en cuanto a esa baba que el sapo vierte o arroja cuando se le atormenta, Nodier aseguraba que era la más inocente substancia que había en el mundo, y la prefería a la saliva de muchos críticos conocidos suyos.

Y no era que esos críticos no fuesen recibidos en su casa como los demás y aun bien recibidos; pero, poco a poco, retirábanse voluntariamente; no se sentían en su elemento en medio de aquella atmósfera de bienestar natural que sólo atravesaba el sarcasmo como cruza la luciola el sereno ambiente en las hermosas noches de Niza y de Florencia, esto es, brillando un instante para apagarse enseguida.

Llegaba así el final de una comida encantadora, en la cual todos los accidentes, excepto el volcar el salero o un pan puesto al revés, eran mirados por el lado filosófico; luego se servía el café a la mesa. Nodier era en el fondo sibarita, saboreaba la sensual quietud que no permite ningún movimiento, ninguna mudanza, ningún desarreglo entre los postres y el fin de los postres. En aquellos instantes de delicias asiáticas, Mad. Nodier se levantaba e iba a

encenderlas luces del salón, a lo cual, yo, que no tomaba café, la acompañaba muchas veces; servíase de mi alta estatura para encender la araña sin necesidad de subirse sobre las sillas.

Entonces, iluminábase el salón (porque antes de la comida y los días ordinarios, no se recibía nunca más que en el gabinete de Mad. Nodier), entonces iluminábase el salón y alumbraba un artesonado con molduras del tiempo de Luis XV, un mueblaje de los más sencillos, que se componía de doce sillones y de un sofá de casimir encarnado, cortinas del mismo color, un busto de Hugo, una estatua de Enrique IV, un retrato de Nodier y un paisaje alpestre de Regnier.

Cinco minutos después, entraban en este salón los convidados, llegando el último Nodier apoyado en el brazo de Dauzats, en el de Bixio, en el de Francisco Wey o en el mío, siempre quejándose, siempre suspirando, como si no tuviera más que el aliento; iba enseguida a recostarse en un gran sillón a la derecha de la chimenea, tendidas las piernas, colgantes los brazos, o a colocarse de pie delante de la chimenea. Si se tendía en el sillón, ya se sabía, sumergíase Nodier en este instante de beatitud que da el café, queriendo disfrutar como egoísta y seguir silenciosamente el sueño de su espíritu. Si se apoyaba en la chimenea, era otra cosa, era señal que iba a contar algo, y entonces todo el mundo callaba y en breve se desarrollaba a nuestros ojos una de aquellas encantadoras historias de su juventud, que parecía una novela de Longo, un idilio de Teócrito, o algún sombrío drama de la revolución, del que el campo de batalla de la Vendée o la plaza de la Revolución eran siempre el teatro; o en fin, alguna misteriosa conspiración de Candoual o de Oúdet, de Staps o de Lahorie; entonces los que entraban, entraban de puntillas, saludaban con la mano e iban a sentarse en un sillón o a reclinarse junto a un tapiz; después la historia concluía como concluye todo. No se aplaudía como no se aplaude el murmullo de un río, el canto de un pájaro; pero, apagado el murmullo, perdido el canto, escuchábamos aún. En esto María, sin decir nada, iba a sentarse al piano, y, de pronto, un brillante cohete de notas se lanzaba a los aires como el prelude de un fuego artificial; enseguida, los jugadores, perdidos en un ángulo, iban a sentarse a las mesas y se ponían a jugar.

Por espacio de algunos años Nodier no jugó más que a la *bataille*, su juego predilecto, y en el cual pretendía ser invencible; pero, en fin, había hecho una concesión al siglo y jugaba al *ecarté*.

Entonces María cantaba una trova de Hugo, de Lamartine o mía puestas en música por ella; después en medio de aquellas seductoras melodías, siempre harto cortas, oíase de pronto brotar el ritornelo de una contradanza, cada caballero corría hacia su dama, y empezaba el baile.

Baile encantador del que María era la directora, arrojando en medio de los trinos rápidos, bordados por sus dedos sobre las teclas del piano, una palabra a los que se la acercaban, impelidos hacia ella por las ondulaciones de la danza.

A partir de este momento, Nodier desaparecía, completamente olvidado; no era él uno de esos dueños absolutos y regañones cuya presencia se siente y cuya proximidad se adivina. Era el huésped de la antigüedad que se retira para hacer lugar al visitante y se contenta con parecer siempre amable y tímido, casi como una mujer.

Por lo demás, Nodier, después de haber desaparecido un poco, desaparecía del todo, acostábase temprano, o por mejor decir, le acostaban temprano. Mad. Nodier tenía este cuidado a su cargo. En invierno salía la primera del salón; enseguida, algunas veces, cuando no había lumbre en la cocina, veíase pasar un calentador, llenarlo, y entrar en el dormitorio. Nodier seguía el calentador y punto concluido.

Diez minutos después, volvía a entrar Mad. Nodier. Su esposo estaba ya acostado y se dormía al son de las melodías de su hija, al roce de los pies y al eco de las risas de los danzantes.

Un día encontramos a Nodier mucho más humilde que de costumbre; estaba turbado, confuso, vergonzoso, y le preguntamos con inquietud qué tenía.

Acababa de ser nombrado académico.

Nos dio las más humildes excusas a Hugo y a mí.

Pero no era culpa suya; hábale nombrado la Academia en el momento en que menos lo esperaba.

Y es que Nodier, tan sabio por sí solo, como todos los académicos juntos, derruía piedra a piedra el diccionario de la Academia: contaba que el *inmortal* encargado de escribir el artículo *cangrejo* le había un día mostrado ese artículo, pidiéndole su parecer.

El artículo estaba concebido en estos términos:

«Cangrejo, pequeño pescado rojo que anda hacia atrás».

—No hay más que un error en vuestra definición, hábale contestado Nodier, y es que el cangrejo no es un pescado, que el cangrejo no es rojo y que el cangrejo no anda hacia atrás: lo demás está bien.

Olvidaba que en esto, María Nodier se había casado y era ya señora Menessier; pero este matrimonio no había cambiado en nada absolutamente la vida del Arsenal. Julio era un amigo de todos: tiempo hacía que se le veía ir a la casa; permaneció en ella en lugar de ir y nada más.

Me engaño, cumpliöse un gran sacrificio, Nodier vendió su biblioteca: Nodier amaba sus libros, pero adoraba a María.

Conviene decir también una cosa, y es que nadie sabía dar celebridad a un libro como Nodier. ¿Quería vender o hacer vender un libro? Lo ponía en las nubes con un artículo; con lo que en él descubría, lo hacía ejemplar único. Recuerdo la historia de un volumen titulado *le Zombi du grand Perou* que Nodier pretendía que se había impreso en las colonias y cuya edición destruyó con su autoridad particular; el libro valía cinco francos y subió a cien escudos.

Cuatro veces vendió Nodier sus libros, pero guardaba algunos; base sobre la cual, en dos o tres años, reconstituía su biblioteca.

Un día, interrumpiéronse todas esas encantadoras fiestas. Hacía ya un mes que Nodier estaba más abatido y se quejaba más que de costumbre, sin embargo de que la costumbre que tenían de oírle quejar, hacía que no fijasen en ello la atención. Porque con el carácter de Nodier era difícil distinguir el mal real de los sufrimientos quiméricos. Sin embargo, aquélla vez se debilitaba visiblemente. Habían cesado las correrías por los muelles y *boulevard*, y sólo daba un breve paseo hacia Saint-Mandé, cuando se filtraba un postrer rayo de sol de otoño por entre parduscas nubes.

El fin de su paseo era un mal café; en sus buenos tiempos Nodier se regalaba con pan negro; en esas correrías, por lo común, le acompañaba toda la familia, excepto Julio retenido en su oficina. La señora Nodier, María, los dos niños Carlos y Georgina, no querían dejar al marido, al padre y al abuelo. Conocían que no les quedaba mucho tiempo de estar con él y lo aprovechaban.

Hasta el último momento, Nodier insistió en la celebración del domingo; después, en fin, repararon que el enfermo no podía desde su aposento soportar el ruido y movimiento que se hacía en el salón. Un día María nos anunció con honda tristeza que el domingo siguiente estaría cerrado el Arsenal; enseguida dijo en voz baja a los más íntimos:

—Venid y hablaremos.

Nodier se metió por fin en cama para no levantarse más.

Fui a verle.

—¡Oh!, mi querido Dumas, me dijo alargándome la mano así que me vio; cuando yo estaba bueno, teníais en mí a un amigo; pero desde que estoy enfermo, en mí tenéis a un hombre agradecido. No puedo trabajar, pero puedo leer aún; y como veis, sigo leyéndoos hasta que me fatigo, y entonces llamo a mi hija y mi hija os lee.

Y Nodier señaló afectuosamente mis obras esparcidas por su cama y mesa.

Fue aquel, uno de mis instantes de orgullo real. Nodier aislado del mundo, no pudiendo ya trabajar, Nodier, aquel talento inmenso que todo lo sabía, Nodier me leía y se divertía leyéndome.

Le cogí las manos y hubiera querido besárselas; tanta era la gratitud que sentía hacia él.

A mi vez había la víspera leído una cosa suya, un tomito que acababa de aparecer, en dos cuadernos, en la *Revista de Ambos Mundos*.

Era *Inés de las Sierras*.

Estaba maravillado; esta novela, una de las últimas publicaciones de Carlos, era tan fresca, tanto era su colorido, que hubiérase tomado por una obra de su juventud encontrada y dada a luz por Nodier en el otro horizonte de su vida.

Esa historia de Inés, era una historia de apariciones, de espectros, de fantasmas, sólo que enteramente fantástica en su primera parte, cesaba de serlo en la segunda; el fin explica el principio.

De esa explicación me quejé a Nodier.

—Es verdad, me dijo, me he equivocado, pero tengo otra, y esta no la echaré a perder, podéis creerlo.

—En buen hora. ¿Y cuándo empezaráis esta otra?

Nodier me tomó la mano.

—Ésta no la echaré a perder he dicho, porque no voy a escribirla yo.

—¿Pues quién será?

—Vos.

—¡Cómo! ¿Yo, mi querido Carlos, yo, que ni siquiera sé de qué historia me habláis?

—Yo os la contaré. ¡Oh!, lo que es esta, la guardaba para mí o mejor para vos.

—Mi querido Carlos, vos la contaréis, vos la escribiréis, vos la imprimiréis. Nodier meneó la cabeza.

—Voy a decíroslo; ya me la devolveréis, si salgo de esta.

—Aguardad mi próxima visita; tiempo tenemos.

—Amigo mío, permitidme que os diga lo que le decía a un acreedor cuando le daba algo a cuenta: —Tomad entretanto.

Y empezó.

Nunca Nodier había contado de más seductora manera.

¡Oh!, ¡si hubiese, yo tenido pluma y papel, si hubiese podido escribir con la rapidez con que él hablaba!

La historia era larga y me quedé a comer.

Después de comer, Nodier se había amodorrado, y salí del Arsenal sin verle.

Ya no le volví a ver más.

Nodier a quien se creía tan propenso a quejarse, había ocultado hasta el último momento sus terribles sufrimientos a su familia. Cuando descubrió la herida, viose que era mortal.

Nodier era no solamente cristiano, sino bueno y verdadero católico. Había hecho prometer a María que enviaría a buscar un sacerdote cuando hubiese llegado la hora. La hora había llegado, y María envió a buscar al cura de san Pablo.

Nodier se confesó. ¡Pobre Nodier! Muchos pecadillos cometió en su vida, pero ninguna falta ciertamente.

Después de la confesión, entró toda la familia, y entonces él, desde su alcoba sombría, alargó sus brazos a su mujer, a su hija y a sus nietos.

Detrás de la familia, estaban los criados.

Detrás de los criados, la biblioteca, es decir, sus constantes amigos, los libros.

El cura dijo en alta voz los rezos, a los cuales Nodier respondió también en alta voz, como hombre familiarizado con la liturgia cristiana. Luego de concluidos los rezos, abrazóles a todos, a todos les tranquilizó con respecto a su estado, y afirmó que se sentía con vida aún para uno o dos días, sobre todo si se le dejaba dormir por algunas horas.

Dejósele solo, y durmió cinco horas.

El 26 de Enero por la tarde, es decir, la víspera de su muerte, se aumentó la fiebre y produjo un poco de delirio; a media noche no conocía nada, y pronunciaba palabras inconexas en las que se distinguían los nombres de Tácito y Fenelón.

A las dos la muerte empezó a llamar a la puerta; Nodier fue sacudido por una crisis violenta; su hija estaba recostada sobre su cama y le presentaba una taza



llena de una poción calmante; abrió él los ojos, miró a María, la reconoció en sus lágrimas, y entonces tomando la taza de sus manos bebió con avidez el brebaje que contenía.

—¿Lo has encontrado bueno?, le preguntó María.

—¡Oh!, sí, hija mía, como todo lo que viene de ti.

Y la pobre María dejó caer su cabeza sobre la almohada cubriendo con sus cabellos la frente húmeda del moribundo.

—¡Oh!, si permaneces así, dijo Nodier, no me moriré nunca. La muerte continuaba llamando.

Las extremidades empezaban a enfriarse, pero, a medida que la vida subía, concentrábase en el cerebro, y daba a Nodier una lucidez de espíritu que nunca había tenido. Bendijo a su mujer, a sus hijos y preguntó qué día era del mes.

—El 27 de Enero, dijo la señora Nodier.

—¿No olvidaréis esta fecha, verdad, amigos míos?

Y luego, volviéndose hacia la ventana:

—Quisiera ver otra vez el día, dijo con un suspiro.

Luego, se quedó dormido como un tronco.

Luego, su respiración hízose intermitente.

Luego, en fin, en el momento en que el primer rayo del día tocaba los cristales, abrió los ojos, Hizo con los labios y con la mirada una señal de adiós y espiró.

Con Nodier, todo murió en el Arsenal, alegría, vida y luz: fue un velo de luto arrojado sobre todos nosotros; cada uno perdió una porción de sí mismo perdiendo a Nodier.

Yo, por mi parte, no sé cómo decirlo, pero siento que algo ha muerto en mí desde que Nodier ha muerto, con la particularidad que ese algo no vive más que cuando de él hablo.

He aquí por qué tan a menudo hablo de él.

Ahora, la historia que se va a leer, es la que me contó Nodier.

## II. La familia de Hoffmann

---

**E**n el número de las ciudades que se esparcen a orillas del Rhin, como las cuentas de un rosario, del cual fuese el hilo el río, hay que contar a Manheim, la segunda capital del gran ducado de Badén, Manheim, la segunda residencia del gran duque.

Hoy que los buques de vapor, que suben y bajan el Rhin, pasan por Manheim, hoy que un camino de hierro conduce a Manheim, hoy que Manheim, en medio de la humareda de la fusilería ha ondeado, esparcidos los cabellos y sangriento el ropaje, el estandarte de la rebelión contra su gran duque, hoy no sé lo que es Manheim, pero en la época en que empieza esta historia, es decir, hace próximamente cincuenta y seis años, voy a deciros lo que era:

Era la ciudad alemana por excelencia, tranquila y política a un mismo tiempo, un poco triste o, mejor dicho, un poco meditabunda; era la ciudad de las novelas de Augusto Lafontaine y de los poemas de Goethe, de Enriqueta Belmann y de Werther.

En efecto, no hay más que echar una ojeada sobre Manheim, para juzgar al instante, viendo sus casas correctamente alineadas, su división en cuatro cuarteles, sus calles espaciosas y bellas donde crece la yerba, su fuente mitológica, su paseo sombreado de una doble hilera de acacias que la atraviesa de un extremo al otro, para juzgar, digo, cuán dulce y tranquila seria en semejante paraíso la vida, si algunas veces las pasiones amorosas o políticas, no fuesen a poner una pistola en la mano de *Werther* o un puñal en la mano de *Sand*.

Hay sobre todo una plaza que ofrece peculiar y característico aspecto: es la de la iglesia y el teatro.

Iglesia y teatro deben haber sido construidos a un mismo tiempo, por el mismo arquitecto probablemente; probablemente también a mediados del siglo pasado, cuando, los caprichos de una favorita influían sobre el arte, hasta tal punto, que todo Un aspecto del arte tomaba su hombre; desde la iglesia hasta la casa más pequeña, desde la estatua de bronce de diez codos, hasta la figurita de porcelana de Sajonia.

La iglesia y el teatro de Manheim son pues del estilo Pompadour.

La iglesia tiene dos nichos exteriores; en uno hay una Minerva y en otro se ve una Hebe.

Dos esfinges coronan la puerta del teatro; representa la una la Comedia y la Tragedia la otra.

La primera de estas esfinges tiene bajo su pata una máscara, la segunda un puñal. Ambas ostentan visible carácter egipcio.

Por lo demás, toda la plaza, casas acicaladas, árboles rizados, paredes festoneadas, todo es del mismo carácter y forma un conjunto de los más apacibles.

En un cuarto del primer piso de una casa cuyas ventanas dan oblicuamente sobre el pórtico de la iglesia de los jesuitas, vamos a introducir a nuestros lectores, haciéndoles observar solamente que les remozamos de más de medio siglo y que estamos en el año de gracia o desgracia de 1793, y en un domingo 10 del mes de Mayo. Todo está pues en camino de florecer, las algas a orillas del río, las margaritas en la pradera, la ojiaquita en las hayas, la rosa en los jardines, el amor en los corazones.

Ahora, añadamos a esto: uno de los corazones que laten más violentamente en la ciudad de Manheim y en sus alrededores, es el de un joven que habitaba el reducido aposento de que acabamos de hablar, y cuyas ventanas daban oblicuamente sobre el pórtico de la iglesia de los jesuitas.

Tanto el dueño, como el cuarto, merecen cada uno una descripción particular.

De fijo era el aposento el de un ingenio caprichoso y pintoresco a un mismo tiempo, porque tenía a la vez el aspecto de un taller, de un almacén de música y de un gabinete de estudio.

En ese gabinete había: una paleta, pinceles y un caballete y sobre el caballete un bosquejo empezado.

Una guitarra, un violín y un piano, y sobre este piano una tocata abierta.

Una pluma, tintero y papel, y en este papel borroneado el principio de una balada.

Después, colgados de las paredes, arcos, flechas, ballestas del siglo quince, instrumentos de música del diez y siete, hachas de todas épocas, botellas de cerveza de todas formas, espadas de todas especies, en fin, collares de vidrio, abanicos de plumas, lagartos rellenos de paja, flores secas, todo un mundo de cosas en una palabra, pero todo un mundo que no valía por cierto veinte y cinco thalers de buena moneda.

¿El que habitaba este aposento era un pintor, un músico o un poeta? Lo ignoramos.

Pero a lo menos era de fijo un fumador; pues en medio de todas esas colecciones, la colección más completa, la más vistosa, la colección que ocupaba el sitio de preferencia y que se mostraba encima de un viejo canapé, al alcance de la mano, era una colección de pipas.

Pero, fuese quien fuese, poeta, músico, pintor o fumador, por el momento ni fumaba, ni pintaba, ni componía, ni escribía.

No, miraba.

Y miraba inmóvil, en pie, apoyado en la pared, reteniendo su respiración; miraba por la ventana abierta, después de haber hecho un parapeto con su cortina para ver sin ser visto; miraba como se mira, cuando los ojos no son más que los anteojos del corazón.

¿Qué miraba?

Un sitio perfectamente solitario por entonces: el pórtico de la iglesia de los jesuitas.

Verdad es que este pórtico estaba solitario porque estaba llena la iglesia.

Pero, vamos a ver; ¿qué aspecto tenía el que habitaba este aposento, el que miraba por detrás de esta cortina, aquel cuyo corazón latía de tal modo mirando?

Era un joven de diez y ocho años todo lo más, pequeño de estatura, flaco de cuerpo, de aspecto salvaje. Sus largos cabellos negros caían de su frente hasta los ojos que velaban cuando no los separaba con su mano, y, a través del velo de sus cabellos, su mirada brillaba fija y leonada, como la de un hombre cuyas facultades mentales no siempre permanecen en perfecto equilibrio.

Este joven no era ni poeta, ni pintor, ni músico: era un compuesto de todo; era la pintura, la música, la poesía reunidas; era un todo caprichoso, fantástico, bueno y malo, valiente y tímido, activo y perezoso; este joven, en fin, era Ernesto, Teodoro, Guillermo Hoffmann.

Había nacido durante una rigurosa noche de invierno, en 1776, mientras el viento silbaba, y la nieve caía, mientras sufrían los desvalidos y los pobres; había nacido en Koenigsberg en el fondo de la Vieja Prusia, tan débil, tan delicado, tan pobremente conformado, que lo raquíptico de su persona hizo creer a todo el mundo que más prisa corría prepararle una tumba que comprarle una cuna. Había nacido el mismo año en que Schiller escribió su drama *Los bandidos*, y lo firmó: Schiller, *esclavo de Klopstock*; nacido de una de aquellas viejas familias ciudadanas como las teníamos en Francia en tiempo de la *Fronda*, como las hay aún en Alemania pero como bien pronto no las habrá en parte alguna; nacido de una madre de temperamento enfermizo, pero de una resignación profunda, lo que daba a su dolorida persona el aspecto de adorable melancolía; nacido de un padre de ánimo severo, porque era consejero de lo criminal y comisario de justicia en el tribunal superior provincial. En torno de esta madre y de este padre, había tíos magistrados, tíos bailios, tíos burgomaestres, tías jóvenes aún, bellas aún, coquetas aún; tíos y tías, todos músicos, todos artistas, todos vivarachos, todos alegres. Hoffmann decía haberles visto; se acordaba de ellos ejecutando a su alrededor, cuando él era niño, conciertos extraños donde cada uno tocaba uno de aquellos viejos instrumentos de los que ni aun se saben hoy día los nombres; salterios, cítaras, sistros, laudes, etc. Verdad es que Hoffmann no había visto nunca esos tíos músicos, esas tías músicas, y que tíos y tías se habían retirado unos tras otros como espectros, después de haber extinguido, al retirarse, la luz que ardía en sus pupilas.

De todos esos tíos, quedaba uno; de todas esas tías, quedaba una.

Esta tía era uno de los recuerdos seductores de Hoffmann.

En la casa donde Hoffmann había pasado su juventud, vivía una hermana de su madre, una joven de miradas suaves que penetraban hasta lo más profundo del alma; una joven tierna, discreta, llena de distinción, que, en el niño que todos tomaban por un loco, por un maniático, por un delirante, veía un ingenio superior que luchaba solo, para él, con su madre, se entiende, que le predecía el genio, la gloria; predicción que más de una vez hizo asomar las lágrimas a los ojos de la madre de Hoffmann; pues demasiado sabía que la compañera inseparable del genio y de la gloria es la desgracia.

Esta tía, era la tía Sofía.

Era música como toda la familia, y tocaba el laúd. Cuando Hoffmann despertaba en su cuna, despertaba inundado de vibrante armonía; cuando abría los ojos, veía la graciosa figura de la joven enlazada con su instrumento. Iba comúnmente vestida con un ropaje verde claro con lazos color de rosa; y

comúnmente también la acompañaba un viejo músico de torcidas piernas y de blanca peluca, que tomaba un contrabajo más grande que él, al cual se agarraba, subiendo y bajando por él como un lagarto por encima de una calabaza; en ese torrente de armonía, cayendo como una cascada de perlas de los dedos de la bella Euterpe, había bebido Hoffmann el filtro encantado que le había hecho músico.

Razón por la cual la tía Sofía era uno de los más seductores recuerdos de Hoffmann.

No sucedía lo mismo con el tío.

La muerte del padre de Hoffmann, la enfermedad de su madre le habían dejado en manos de ese señor.

Era un hombre tan exacto como el pobre Hoffmann descuidado, tan metódico como el pobre Hoffmann caprichosamente fantástico, y cuyo espíritu de orden y de exactitud se había eternamente ejercitado en el sobrino, pero siempre tan inútilmente como se había ejercitado en sus relojes la mente del emperador Carlos quinto; ya el tío podía hacer lo que quería; la hora daba según capricho de su sobrino y nunca según el suyo.

En el fondo, sin embargo, y a pesar de su exactitud y regularidad, no era tampoco tan grande enemigo de las artes y de la imaginación ese tío de Hoffmann; llegaba a tolerar la música, la poesía y la pintura, pero pretendía que un hombre sensato no debía recurrir a semejantes pasatiempos sino después de la comida, para hacer la digestión. El tío regulaba la vida de Hoffmann en esta forma: tantas horas para el sueño, tantas para el estudio del foro, tantas para la comida, tantos minutos para la música, tantos para la pintura, tantos para la poesía.

Hoffmann hubiera querido invertir el plan y decir: tantos minutos para el foro y tantas horas para la poesía, la pintura y la música; pero Hoffmann no mandaba; de ello resultó que el joven le cobró odio al foro y al tío, y un día se escapó de Koenigsberg con algunos thalers en el bolsillo y llegó a Heidelberg donde se detuvo algunos instantes, pero donde no pudo permanecer, porque quiso su desgracia que oyera en el teatro mala música.

De aquí que de Heidelberg había ido a Manheim, cuyo teatro, junto al cual vivía, como vemos, pasaba por ser el rival de las escenas líricas de Francia y de Italia; y decimos de Francia y de Italia porque no se olvidará que sólo hacía cinco o seis años en la época a que hemos llegado, de la gran lucha entre Gluck y Piccini en la Academia real de música.

Hoffmann estaba pues en Manheim (donde habitaba cerca del teatro y donde vivía del producto de su pintura, de su música y de su poesía, junto con

algunos federicos de oro que su buena madre le enviaba de cuando en cuando) en el momento en que arrogándonos el privilegio de Diablo cojuelo, acabamos de levantar el techo de su aposento, mostrándole a nuestros lectores en pie, apoyado en la pared, inmóvil tras de su cortina, jadeante, fijos los ojos en el pórtico de la iglesia de los jesuitas.

### III. Un enamorado y un loco

---

**E**n el instante en que Hoffmann estaba más abstraído contemplando algunas personas que salían de la iglesia, antes de terminar la misa, llamaron a la puerta.

El joven meneó la cabeza y golpeó el suelo con impaciencia, pero no respondió.

Llamaron por segunda vez.

Una mirada sombría y torva fue fulminada sobre el indiscreto o través de la puerta.

Llamaron tercera vez.

El joven permaneció completamente inmóvil; estaba decidido a no abrir.

Pero, en lugar de obstinarse en llamar, el importuno se contentó con pronunciar uno de los nombres de Hoffmann.

—¡Teodoro!, dijo.

¡Ah!, eres tú, Zacarías Werner, murmuró Hoffmann.

—Sí, soy yo; ¿tienes empeño en estar solo?

—No, aguarda.

Y Hoffmann fue a abrir.

Entró un joven alto, pálido, flaco, rubio y algo azorado. Podía tener tres o cuatro años más que Hoffmann, y en el momento en que se abrió la puerta, púsole la mano sobre el hombro y le besó la frente, como hubiera podido hacer un hermano mayor.

Era, en efecto, un verdadero hermano para Hoffmann. Nacido en la misma casa que él, Zacarías Werner, el futuro autor de *Martín Lutero*, *Attila*,



*El 24 de Febrero, La cruz del Báltico*, había crecido bajo la doble protección de su madre y de la madre de Hoffmann.

Las dos mujeres, aquejadas entrambas de una afección nerviosa que terminó por la locura, habían transmitido, a sus niños esa enfermedad, que, atenuada por la transmisión, se había convertido en imaginación fantástica en Hoffmann y en disposición melancólica en Zacarías. La madre de este último, se creía, como la Virgen, encargada de una misión divina. Su hijo, su Zacarías, debía ser el nuevo Cristo, el futuro Siloe prometido por las Escrituras. Mientras dormía, le trenzaba coronas de margaritas con las cuales ceñía su frente, y arrodillábase ante él cantando, con su voz dulce y armoniosa, los más hermosos cánticos de Lutero, esperando a cada versículo ver trocarse en celestial aureola la corona de margaritas.

Los dos niños fueron educados juntos; porque Zacarías habitaba Heidelberg, se había escapado Hoffmann de casa de su tío; Zacarías correspondió a semejante prueba de cariño, trasladándose a Manheim cuando éste se fue allí huyendo de la mala música de Heidelberg.

Pero, así que se vieron reunidos, así que se hallaron en Manheim, lejos de la autoridad de aquella tierna madre, los dos jóvenes le habían cobrado afición a los viajes, complemento indispensable de la educación del estudiante alemán, y habían resuelto visitar París.

Werner, a causa del espectáculo extraño que debía presentar la capital de Francia en el período del terror, a que se había llegado.

Hoffmann para comparar la música francesa con la italiana, y sobre todo para estudiar los recursos escenográficos de la ópera francesa, teniendo como tenía la idea, que acarició durante toda su vida, de llegar a ser director de un teatro.

Werner, libertino por temperamento, aunque religioso por educación, contaba por supuesto deleitarse y gozar con la extraña libertad de costumbres a que se había llegado en 1793, y de la cual, un amigo suyo llegado hacía poco de París, le había hecho una pintura tan seductora, que había trastornado la cabeza del voluptuoso estudiante.

Hoffmann contaba ver los museos de que tantas maravillas se le habían dicho, y, como andaba aún indeciso y perplejo en punto a criterio artístico, comparar la pintura italiana con la alemana.

Fuesen cuales fueran, por lo demás, los motivos secretos que impelían a los dos amigos, el deseo de visitar la Francia era en ambos igual.

Para llevar a cabo deseo semejante, sólo una cosa les hacía falta: dinero.

Pero, por una extraña coincidencia, había querido la casualidad que Zacarías y Hoffmann hubiesen recibido de su madre el mismo día cinco federicos de oro.

Diez federicos de oro hacían, poco más o menos, doscientas libras, hermosa suma para dos estudiantes a quienes habitación y comida no costaban más que cinco thalers por mes. Pero, aunque hermosa, era esta suma insuficiente para la realización del famoso viaje proyectado.

Una idea les había acudido a nuestros dos jóvenes (bastó que a ambos se les ocurriera, para que la acogiesen como inspiración del cielo), y fue la de ir al juego y arriesgar cada uno sus cinco federicos de oro.

Con solos diez federicos era imposible el viaje, pero exponiéndolos, podía ganarse una suma con que dar la vuelta al mundo.

Dicho y hecho: la estación de los baños se aproximaba, y, desde el 1.º de Mayo, estaban abiertas las casas de juego. Werner y Hoffmann entraron en una de ellas.

Werner tentó fortuna el primero y perdió en cinco puestas, sus cinco federicos.

Tocole el turno a Hoffmann.

Hoffmann arriesgó temblando su primer federico y ganó.

Animado por este principio, siguió. Estaba de suerte, ganaba cuatro puestas sobre cinco, y el joven era de aquellos que tienen confianza en la fortuna. En lugar de vacilar, marchaba franca y resueltamente de pároli en pároli; creyérase que un poder sobrenatural le secundaba, pues sin combinación preparada, sin cálculo alguno, arrojaba su oro sobre un naipe y su oro se doblaba, se triplicaba, se quintuplicaba.

Zacarías, trémulo y febril, más pálido que un espectro, Zacarías murmuraba: «¡Basta, Teodoro, basta!» pero el infatigable jugador se reía de esa pueril timidez. El oro seguía al oro; el oro engendraba el oro. En fin, dieron las dos de la madrugada, era la hora de cerrarse el establecimiento, el juego cesó, y nuestros dos jóvenes, sin contar, se llevaron cada uno una carga de oro. Zacarías, que no podía acabar de convencerse que fuese suya aquella suma, salió el primero; disponíase Hoffmann a seguirle, cuando un viejo oficial que no le había perdido de vista durante todo el tiempo que estuvo jugando, le detuvo en el instante en que iba a atravesar el umbral de la puerta.

—Joven, le dijo sentándole una mano sobre el hombro y mirándole fijamente, si a este paso vais, convengo en que haréis saltar la banca, pero

cuando la banca habrá saltado, sólo habréis conseguido ser presa más segura para el diablo.

Y, sin aguardar la contestación de Hoffmann, desapareció. El joven salió a su vez, pero no era ya el mismo: la predicción del viejo militar le había enfriado como un baño de nieve, y aquel oro, del que estaban llenos sus bolsillos, le pesaba extraordinariamente.

Parecíale que llevaba su carga de iniquidades.

Werner le aguardaba alegre y contento, y ambos se encaminaron juntos a casa de Hoffmann, riendo, bailando, cantando el uno; el otro meditabundo, sombrío.

El que reía, bailaba y cantaba, era Werner.

El meditabundo y casi sombrío, Hoffmann.

Los dos, por lo demás, decidieron partir al día siguiente para Francia.

Separáronse abrazándose.

Hoffmann que había quedado solo, contó su oro.

Había cinco mil thalers, veinte y tres o veinte y cuatro mil francos.

Estuvo reflexionando largo tiempo, y pareció por fin tomar una resolución definitiva.

Mientras reflexionaba a la luz de una lámpara de cobre que alumbraba la habitación, su rostro palideció y su frente inundábase de sudor.

Al menor ruido, aun cuando fuera tan leve como el estremecimiento del ala de un mosquito, Hoffmann se estremecía, se volvía y miraba en torno suyo aterrado.

Recordaba constantemente la predicción del oficial, murmuraba en voz baja versos del *Fausto*, y le parecía ver en el umbral al ratón roedor, y en el ángulo del aposento, al perro negro.

Por fin, tomó su partido.

Separó mil thalers que creyó le bastarían para su viaje, hizo un paquete de los otros cuatro mil y, luego, pegó con lacre un cartón sobre el paquete, escribiendo en él:

Al señor burgomaestre de Koenigsberg, para que sean repartidos entre las familias más pobres de la población.

Después, contento de la victoria que sobre sí mismo había alcanzado, aliviado de un peso enorme por lo que acababa de hacer, se desnudó, se acostó y durmió de un tirón hasta el día siguiente a las siete de la mañana.

A las siete despertó, y lo primero que hizo fue mirar sus mil thalers visibles y sus cuatro mil, sellados. Creía soñar.

La vista de tales objetos le aseguró de la realidad de lo que había sucedido la víspera.

Pero lo que sobre todo era para Hoffmann una realidad, sin embargo de que ningún objeto material estuviera allí para recordárselo, era la predicción del viejo oficial.

Así que, sin pesar alguno, se vistió como de costumbre, y tomando bajo el brazo sus cuatro mil thalers, fue a llevarlos en persona a la diligencia de Koenigsberg, no sin guardar antes los otros mil en su escritorio.

Después, como estaba convenido, según se recordará, que los dos amigos partirían aquella misma tarde para Francia, Hoffmann se puso a hacer sus preparativos de viaje.

Yendo, viniendo, cepillando una casaca, plegando una camisa, proveyéndose de pañuelos, Hoffmann acertó a fijar los ojos en la calle y permaneció en la postura en que le hemos hallado.

Una joven encantadora de diez y seis a diez y siete años, extranjera sin duda en la ciudad de Manheim, puesto que Hoffmann no la conocía, venía del extremo opuesto de la calle y se encaminaba hacia la iglesia.

Hoffmann en sus sueños de poeta, de pintor y de músico, no había visto nunca nada parecido.

Era algo que aventajaba, no sólo a cuanto había visto, sino a cuanto esperaba ver.

Y sin embargo, a la distancia en que se hallaba, sólo veía el seductor conjunto, sin percibir detalles.

Una vieja criada acompañaba a la joven.

Las dos subieron lentamente las gradas de la iglesia de los jesuitas, y desaparecieron bajo el pórtico.

Hoffmann dejó su maleta a medio hacer, una casaca a medio cepillar, su redingot a medio plegar y permaneció inmóvil detrás de su cortina.

Allí le encontramos aguardando la salida de la que había visto entrar en la iglesia.

Sólo temía una cosa, y era que fuese un ángel y que en lugar de salir por la puerta volara por la ventana para subir a los cielos.

En esta situación le hemos hallado y le halló también su amigo Zacarías Werner.

El recién llegado apoyó a un mismo tiempo, según hemos dicho, su mano en el hombro y sus labios en la frente de su amigo.

Luego suspiró profundamente.

Aun cuando Zacarías Werner estuviese siempre muy pálido, estaba sin embargo aquel día más pálido aún que de costumbre.

—¿Qué tienes?, le preguntó Hoffmann con sincera inquietud.

—¡Oh! ¡Amigo mío! —exclamó Werner... ¡Soy un bandido!, ¡un miserable!, merezco la muerte... párteme la cabeza de un hachazo... atraviésame el corazón con una flecha. No soy ni siquiera digno de ver la luz del cielo.

—¡Bah!, preguntó Hoffmann con la plácida indiferencia del hombre feliz; veamos, ¿qué te pasa, querido amigo?

—Me pasa, ¿me preguntas qué me pasa?... Pues bien, amigo mío, el diablo me ha tentado.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando he visto todo mi oro esta mañana, había tanto, tanto, que me ha parecido que era un sueño.

—¡Cómo!, ¿un sueño?

—Llenaba, cubría toda la mesa, continuó Werner. ¡Pues bien!, ¡cuando he visto esto, una verdadera fortuna, mil federicos de oro, amigo mío!... cuando de cada moneda ha brotado un rayo de luz, me ha vuelto a coger la rabia de jugar, no he podido resistir, he tomado la tercera parte de mi oro y me he ido al juego.

—¿Y lo has perdido?

—Hasta mi último kreutzer.

—¡Cómo ha de ser!, fortuna que te quedan los dos tercios restantes.

—¡Sí, los dos tercios restantes!, he ido enseguida a buscar el segundo tercio...

—¿Y le has perdido como el primero?

—Aún más pronto, amigo mío, aún más pronto.

—¿Y has ido a buscar el último tercio?

—No he ido, he volado; he tomado los 1500 thalers que restaban y les he puesto a la roja.

—Entonces, dijo Hoffmann, ha salido la negra, ¿no es así?

—¡Ay!, amigo mío, la negra, la horrible negra, sin vacilar, sin remordimiento, como si al salir no se me llevara hasta mi postrer esperanza.

—¿Y no echas de menos los mil federicos, más que a causa del viaje?

—¡Claro! ¡Oh!, ¡si solamente me hubiese guardado con que ir a París!

¡Quinientos thalers sólo!

—¿Te hubieras consolado de la pérdida del resto?

—Al instante mismo.

—Pues bien, consuélate, mi querido Zacarías, dijo Hoffmann conduciéndole hacia su escritorio; toma, aquí tienes los quinientos thalers; parte.

—¿Cómo que parta?, exclamó Werner, ¿y tú?

—¡Oh!, yo no parto ya.

—¿Cómo que tú no partes ya?

—No, por ahora al menos.

—¿Y por qué?, ¿por qué razón?, ¿quién te impide partir?, ¿qué te detiene en Manheim?

Hoffmann arrastró vivamente a su amigo hacia la ventana. Empezaban a salir de la iglesia; acababa la misa.

—Toma, mira, mira, dijo señalando con el dedo una persona a la atención de Werner.

Y en efecto, la joven desconocida aparecía en lo alto del pórtico, bajando lentamente las gradas de la iglesia, su libro de misa apretado contra el pecho, su cabeza baja, modesta y pensativa como la Margarita de Goethe.

—¿Ves?, murmuró Hoffmann, ¿ves?

—Ciertamente que veo.

—¡Y bien! ¿Qué dices?

—Digo que no hay mujer en el mundo que merezca tan enorme sacrificio, aun cuando sea la hermosa Antonia, aun cuando sea la hija del viejo Gottlieb Murr, el nuevo director de orquesta del teatro de Manheim.

—¿La conoces?

—Ya lo creo.

—¿Y a su padre también?

—Como que era el director de orquesta del teatro de Francfort.

—¿Y puedes darme una carta para él?

—Sí.

—Pues siéntate allí, Zacarías, y escribe.

Zacarías se sentó a la mesa y escribió.

En el instante de partir para Francia, recomendaba su joven amigo Teodoro Hoffmann a su viejo amigo Gottlieb Murr.

Hoffmann dio apenas a Zacarías el tiempo de acabar su carta; en cuanto hubo puesto la firma, se la arrebató y, abrazando a su amigo, se lanzó fuera del aposento.

—Lo mismo da, le gritó por última vez Zacarías Werner, ya verás cómo no hay mujer por linda que sea, que pueda hacerte olvidar París.

Hoffmann oyó las palabras de su amigo, pero ni juzgó siquiera a propósito el volverse para responderle, con una seña de aprobación o desaprobación.

En cuanto a Zacarías Werner, metiose sus quinientos thalers en el bolsillo, y, para no ser nuevamente tentado por el demonio del juego, corrió con tanta ligereza hacia el parador de diligencias, como Hoffmann corría hacia la casa del viejo director de orquesta.

Hoffmann llamaba a la puerta de maese Gottlieb Murr, precisamente en el momento en que Zacarías Werner subía a la diligencia de Strasburgo.

## IV. Maese Gottlieb Muir

---

**S**alió a abrir a Hoffmann el director de orquesta en persona, y aun cuando el joven no había visto nunca a maese Gottlieb, le reconoció sin embargo.

Aquél hombre, aunque de figura grotesca, no podía ser más que un artista, y un gran artista.

Era un viejecito de cincuenta y cinco a sesenta años, con una pierna torcida, y sin que por esto cojeara mucho de la pierna, que se asemejaba a un tirabuzón. Mientras andaba o por mejor decir, mientras iba dando saltitos (su modo de dar saltitos se parecía mucho al de una nevatilla), mientras iba dando saltitos precediendo a las personas que introducía en su casa, se detenía, hacía una pirueta sobre su pierna torcida, como si hincara una barrena en tierra, y continuaba su camino.

Siguiéndole, Hoffmann le examinaba y grababa en su espíritu algún fantástico y maravilloso retrato de los que nos ha dado en sus obras una tan completa galería.

El semblante del anciano era entusiasta, fino y vivaracho al propio tiempo, cubierto de una piel apergaminada, pintada de encarnado y negro como una página de canto llano. En medio de esa extraña facies, brillaban dos ojos vivos de los cuales se podía apreciar la mirada aguda tanto más cuanto que los anteojos que llevaba y que nunca abandonaba, ni aun durante el sueño, estaban constantemente levantados sobre su frente o bajados hasta la punta de su nariz.

Su cabeza era calva y constantemente abrigada por un gorro negro, especie de solideo, que había llegado a ser una parte inherente a su persona. Día y noche, maese Gottlieb recibía a los que le visitaban con su gorro. Solo, cuando



salía, se contentaba con poner encima una peluquita a lo Juan Jacobo, de manera que el gorro se encontraba aprisionado entre el cráneo y la peluca. Es inútil decir que nunca maese Gottlieb se inquietaba por la porción de terciopelo que aparecía debajo de su pelo postizo, que como estaba en más inmediata relación con el sombrero que con la cabeza, acompañaba al sombrero en su excursión aérea, cuantas veces maese Gottlieb saludaba.

Hoffmann miraba a su alrededor, pero no vio a nadie.

Siguió pues a maese Gottlieb, o maese Gottlieb, que, según lo hemos dicho, le precedía, quiso guiarle.

Detúvose maese Gottlieb en un espacioso gabinete lleno de partituras apiladas y hojas de música sueltas; sobre una mesa estaban diez o doce cajas más o menos adornadas, y de la forma que nunca engaña a un músico, es decir, la forma de una caja de violín.

En aquella ocasión, maese Gottlieb estaba disponiendo para el teatro de Manheim, en el cual quería hacer un ensayo de música italiana, el *Matrimonio segreto* de Cimarosa.

Llevaba metido en el cinto, a guisa de espada de Arlequín, o mejor, sostenido por el abotonado bolsillo de los calzones, un arco; se alzaba orgullosa una pluma detrás de la oreja, y tenía los dedos manchados de tinta.

Con estos dedos manchados de tinta, tomó la carta que Hoffmann le presentaba; luego, echando una mirada al sobre y reconociendo la letra:

—¡Ah! Zacarías Werner, dijo, poeta, poeta, pero aficionado.

Y como si la cualidad corrigiera algo el defecto, añadió:

—Aficionado, aficionado, pero poeta.

Enseguida: abriendo la carta.

—¿Ha partido, no es verdad?, ¿ha partido?

—Parte en este, mismo instante.

—¡Vaya con Dios!, añadió Gottlieb elevando los ojos como para recomendar su amigo al cielo; pero ha hecho bien en partir. Los viajes forman a los jóvenes, y si yo no hubiese viajado, no conocería al inmortal Paissiello, al divino Cimarosa.

—Pero no por ello conoceríais menos las obras, maese Gottlieb.

—Sí, sus obras, ciertamente; pero ¿qué es conocer la obra sin el artista?, es conocer el alma sin el cuerpo; la obra, es el espectro, la aparición; la obra es lo que de nosotros queda después de nuestra muerte. Pero el cuerpo, entendéis, es lo que ha vivido; jamás podréis comprender enteramente la obra de un hombre, si no habéis conocido al hombre mismo.

Hoffmann movió la cabeza.

—Verdad es, dijo, y nunca he apreciado completamente a Mozart hasta después de haberle visto.

—Sí, sí, dijo Gottlieb, Mozart tiene cosas buenas, pero ¿por qué?, porque ha viajado por Italia. La música alemana, joven, es la música de los hombres; pero, la música italiana es la música de los dioses.

—Y sin embargo, replicó Hoffmann sonriendo, y sin embargo no escribió Mozart en Italia *Las Bodas de Fígaro* y *Don Juan*, puesto que las ha escrito, la una en Viena para el emperador, la otra en Praga para el Teatro Italiano.

—Verdad es, joven, verdad es, y me gusta ver en vos ese espíritu nacional que os hace defender a Mozart. Sí, ciertamente, si el pobre diablo hubiese vivido, y repetido sus célebres viajes a Italia, hubiera sido un maestro, un gran maestro. Pero ese don Juan de que me habláis, esas *Bodas de Fígaro*, ¿cómo las ha hecho? Con libretos italianos, con letra italiana, con un reflejo del sol de Bolonia, de Roma o de Nápoles. Creedme, joven, hay que ver, hay que sentir aquel sol, para apreciar su valor. Mirad, cuatro años hace que he dejado yo Italia, y cuatro años hace que me hielo, excepto cuando pienso en Italia; el pensamiento solo de la Italia me vivifica; no tengo necesidad de capa cuando pienso en Italia, no tengo necesidad de casaca ni aun de gorro. Solo el recuerdo me enardece: ¡oh música de Bolonia!, ¡oh sol de Nápoles!, ¡oh!...

Y la figura del anciano expresó por un instante suprema beatitud, y todo su cuerpo pareció estremecerse a impulsos de una alegría infinita, como si los torrentes del sol meridional, inundando aún su cabeza, manasen de su frente calva a sus hombros y de sus hombros sobre toda su persona.

Hoffmann se guardó bien de sacarle de su éxtasis; sólo que se aprovechó de aquel momento para mirar a su alrededor, esperando siempre ver a Antonia. Pero las puertas permanecían cerradas y ningún ruido se oía en la habitación que denunciara un ser humano.

Fuéle pues preciso volver a dirigirse a maese Gottlieb cuyo éxtasis se desvanecía poco a poco, y del cual salió al fin con una especie de estremecimiento.

—¡Brrrrrrr!, ¿y, vamos a ver en qué puedo seros útil?

Hoffmann se estremeció.

—Vengo, maese Gottlieb, de parte de mi amigo Zacarías Werner, el cual me ha hablado de vuestra bondad para con los jóvenes, y como soy músico...

—¡Ah! ¿Sois músico?

Y Gottlieb enderezó su cuerpo, levantó la cabeza, la echó hacia atrás y a través de sus anteojos, momentáneamente depositados sobre los últimos confines de su nariz, miró a Hoffmann.

—Sí, sí, añadió éste, cabeza de músico, frente de músico, mirada de músico... ¿Y qué sois? ¿Compositor o instrumentista?

—Uno y otro, maese Gottlieb.

—¡Uno y otro!, dijo maese Gottlieb. ¡Uno y otro! Esos jóvenes se atreven a todo. Sería preciso la vida entera de un hombre, de dos hombres, de tres hombres, para ser solamente uno u otro, y ellos nada... tan impávidos, empiezan por ser uno y otro.

Y dio una vuelta sobre sí mismo, levantando los brazos al cielo y como si hincara en el suelo el tirabuzón de su pierna derecha.

Enseguida, concluida la pirueta, deteniéndose ante Hoffmann:

—Veamos, joven presuntuoso, dime... dime ¿qué has compuesto, veamos?

—Sonatas, cantos sagrados, quintetos.

—¡Sonatas después de Sebastián Bach! ¡Cantos sagrados después de Pergolese!, ¡quintetos después de Francisco José Haydn! ¡Ah!, ¡juventud!, ¡juventud!

Después, con un sentimiento de profunda piedad:

—Y como instrumentista, continuó, y como instrumentista ¿qué instrumento tocáis?

—Todos casi, desde el rabel hasta el clave, desde la viola hasta la tiorba; pero el instrumento a que me he dedicado especialmente es el violín.

—¿De veras?, dijo maese Gottlieb con aire sarcástico, ¿de veras le has hecho semejante honor al violín?, pues a fe mía, gran dicha para el pobre violín. Pero, desgraciado, añadió volviendo hacia Hoffmann dando saltitos sobre una sola pierna para ir más deprisa, ¿sabes lo que es el violín? El violín (y maese Gottlieb balanceó su cuerpo sobre esta sola pierna de que hemos hablado, quedándole la otra en el aire como la de la grulla), el violín, ¡toma!, es el más difícil de todos los instrumentos; el violín ha sido inventado por el mismo Satanás para condenar al hombre, cuando Satanás halló apuradas ya sus invenciones. Con el violín, mira, Satanás ha perdido más almas que con los siete pecados reunidos. Sólo el inmortal Tartini, Tartini mi maestro, mi héroe, mi dios, sólo él ha llegado quizás a la perfección en el violín, pero sólo él sabe lo que le habrá costado en este mundo y en el otro haber tocado toda una noche con el mismo violín del diablo, y haber guardado su arco. ¡Oh!, ¡el violín! ¿Ignoras, desgraciado profanador, que este instrumento oculta bajo su sencillez, bajo su pobreza, los más inagotables tesoros de armonía que sea dable al hombre beber en la copa de los dioses? ¿Has estudiado esa madera, esas cuerdas, ese arco, esa crin, esa crin sobre todo?, ¿esperas acaso reunir, juntar, domar con tus dedos ese todo maravilloso que desde hace dos siglos

resiste a los esfuerzos de los más sabios, que chilla, grita, se queja, gime, que se lamenta y gruñe y que sólo ha cantado realmente bajo los dedos del inmortal Tartini, mi maestro? ¿Cuándo has tomado un violín por primera vez, has pensado bien en lo que hacías, joven? Pero tú no eres el primero, añadió maese Gottlieb con un suspiro arrancado de lo más profundo de sus entrañas, y no serás tampoco el último a quien haya perdido el violín: ¡violín!, ¡tentador eterno! Otros también como tú han creído en su vocación y han perdido su vida en rascar las cuerdas y vas a aumentar el número de los desgraciados, ya tan numerosos, tan inútiles a la sociedad, tan insoportables.

Luego, de repente, y sin transición alguna, cogiendo un violín y un arco como un maestro de esgrima toma dos floretes, y presentándolos a Hoffmann:

—¡Pues bien!, le dijo con aire provocador, toca algo, veamos, toca y te diré a qué altura te hayas, y si es tiempo aún de sacarte del precipicio, te sacaré como lo he hecho con el pobre Zacarías Werner. También tocaba él el violín y lo tocaba con furor, con rabia. Se creía inimitable, pero yo le abrí los ojos, y rompió su violín en pedazos y encendió fuego con ellos. Después le puse un violoncelo entre las manos, y esto acabó de calmarle; allí había lugar para sus afilados y flacos dedos. Al principio les obligaba a hacer diez leguas por hora, pero hoy... hoy toca bastante bien el violoncelo para dar los buenos días a su tío, mientras que nunca hubiera tocado el violín más que para dar los buenos días al diablo. Vamos, vamos, joven, he aquí un violín, muéstrame lo que sabes.

Hoffmann tomó el violín y lo examinó.

—Sí, sí, dijo maese Gottlieb, ya veo que estás examinando de quién es, como el bebedor huele el vino que va a beber. Puntea una cuerda, una sola, y si tu oído no te dice el nombre del que ha hecho el violín, no eres digno siquiera de tocarlo.

Hoffmann punteó una cuerda que despidió un sonido vibrante, prolongado, febril, digámoslo así.

—Es un Antonio Stradivarius, dijo.

—Vamos, no va tan mal; pero ¿de qué época de la vida de Stradivarius? Porque el buen hombre hizo muchos violines desde 1698 a 1728.

—Sobre este punto confieso mi ignorancia, y me parece imposible...

—¡Imposible, blasfemo, imposible!, como si me dijeras, 'desgraciado, que es imposible reconocer la edad del vino catándolo. Óyeme bien; tan cierto como estamos hoy a 10 de Mayo de 1793, se construyó este violín durante el

viaje que el inmortal Antonio hizo de Cremona a Mantua en 1705, cuando dejó su primer taller a su discípulo. Este Stradivarius, y me alegro de que lo sepas, no es más que de tercer orden; pero aún temo que sea demasiado bueno para un pobre principiante como tú.

Hoffmann tomó el violín y no sin palparle con fuerza el corazón, empezó unas variaciones sobre el tema de *Don Juan*:

*Là ci darem la mano.*

Maese Gottlieb se hallaba en pie cerca, de Hoffmann, llevando a un tiempo el compás con la cabeza y con la punta del pie de la pierna torcida, A medida que Hoffmann tocaba, animábase su figura, brillaban sus ojos, su mandíbula superior mordía el labio inferior, y a los dos lados de este aplastado labio, salían dos dientes, que permanecían ocultos ordinariamente, pero que en aquel instante se destacaban como dos colmillos de jabalí. En fin, un *allegro*, de que Hoffmann triunfó con vigor y brillantez, le valió de maese Gottlieb un movimiento de cabeza que casi se parecía a una señal de aprobación.

Hoffmann acabó por tocar en cuarta mano en el violín lo que creía más brillante, pero que, lejos de satisfacer al viejo músico, le obligó a hacer un espantoso gesto.

Sin embargo su fisonomía tornó poco a poco a serenarse, y golpeando en el hombro del joven:

—Vamos, vamos, dijo, menos mal de lo que creía; cuando habrás olvidado lo que has aprendido, cuando no harás esas escalas a la moda, cuando escasearás esos saltos y ese modo chillón de tocar en cuarta mano, se podrá sacar de ti algún partido.

Semejante elogio de parte de un hombre tan severo como el viejo músico, satisfizo completamente a Hoffmann. Y luego no olvidaba, aún sumergido en aquel océano musical, que maese Gottlieb era el padre de la bella Antonia.

De forma que aplicando a otro objeto las palabras que el anciano acababa de pronunciar:

—¿Y quién se encargará, dijo, de hacer algo de mí?, ¿vos, maese Gottlieb?

—¿Y por qué no, joven?, ¿por qué no, si queréis atender los consejos del viejo Murr?

—Los atenderé, maestro, tanto como gustéis.

—¡Oh!, murmuró el anciano con melancolía, porque su mirada retrocedía a su pasado y su memoria a los años extinguidos, ¡yo he conocido a muchos profesores!, he conocido a Corelli por tradición, verdad es; él fue quien abrió el camino, él, quien ha desembarazado de obstáculos la ruta: o no tocar o

hacerlo como Tartini. Él, el primero, adivinó que el violín era, sino un Dios, al menos el templo de donde Dios podía salir; después de él viene Pugnani, violín regular, inteligente, pero flojo, demasiado flojo sobre todo en ciertos *apoggiamenti*; después Germiniani, vigoroso, no se puede negar, pero vigoroso por arranques sin transiciones; he ido a París expresamente para verle, como tú quieres ir a París para ver la ópera; un maniaco, amigo mío, un sonámbulo, hijo mío, un hombre que gesticulaba soñando, entendía muy bien el *tempo rubato*, fatal *tempo rubato* que mata más instrumentistas que las viruelas, que la fiebre amarilla, que la peste. Le toque mis melodías a la manera del inmortal Tartini, mi maestro, y no pudo menos de confesarme su error. Desgraciadamente, el pobre hombre estaba hundido hasta el cuello en su método; ya se ve, tenía setenta y un años. Cuarenta años antes le hubiera salvado como a Giardini a quien pude empezar a enseñar a tiempo, pero desgraciadamente era incorregible; el diablo en persona se había apoderado de su mano izquierda, así es que corría, corría, corría tanto que su mano derecha no podía seguirla ciertamente:... unos caprichos, unos saltos, un modo de tocar en cuarta capaz de dar el baile de San Víctor a un holandés, así fue que un día que en presencia de Jomelli, tocaba un trozo magnífico, el buen Jomelli, que era el hombre más honrado de la tierra, le dio tan rudo bofetón, que Giardini tuvo la mejilla hinchada por espacio de un mes y Jomelli la muñeca dislocada por espacio de tres semanas. Es como Lulli, un loco, un verdadero loco, un funámbulo, un saltimbanqui, un equilibrista sin balancín; debieran ponerle uno en la mano en lugar de un arco. ¡Ay de mí!, ¡ay de mí!, exclamó dolorosamente el anciano, lo digo con profunda desesperación, con Tartini y conmigo se extinguirá el hermoso arte de profesor de violín, este arte con el cual, el maestro de todos nosotros, Orfeo, atraía a los animales, removía las piedras y construía las ciudades. En lugar de construir como el violín divino, nosotros demolemos como las trompetas malditas. Si los franceses llegan a entrar alguna vez en Alemania, les bastará para derribar las murallas de Filipsburgo que tantas veces han sitiado, sí, les bastará, repito, hacer ejecutar por cuatro violinistas que yo sé, un concierto ante sus puertas.

El anciano tomó aliento y añadió con voz más suave:

—Sé muy bien que hay Viotti, uno de mis discípulos, un niño lleno de gran talento, pero impaciente, desordenado, sin reglas ni método. En cuanto a Giarnowicki es un necio y un ignorante, y lo primero que le tengo encargado a mi vieja Isabel, es que si por acaso oye pronunciar alguna vez semejante nombre a mi puerta, se la cierre en sus narices. Treinta años hace que Isabel vive con nosotros... pues lo haría como digo; arrojaría irremisiblemente de mi

casa a Isabel si dejara entrar un día a Giarnowicki, un sármata, un welche que se ha permitido hablar mal del maestro de los maestros, del inmortal Tartini. ¡Oh!, al que me traiga su cabeza, la cabeza de Giarnowicki, le prometo tantas lecciones y consejos como me pida. En cuanto a ti, hijo mío, continuó el anciano volviendo a Hoffmann, en cuanto a ti, no eres una notabilidad, verdad es, pero Rodé y Kreutzer, mis discípulos, no lo eran tampoco... En cuanto a ti te decía, pues, que viniendo a buscar a maese Gottlieb, que dirigiéndote a maese Gottlieb, que haciéndote recomendar a él por un hombre que le conoce y que le aprecia, por ese loco de Zacarías Werner, das una prueba de que late en tu pecho un corazón de artista... Con que... mira, no voy a poner en tus manos un *Antonio Stradivarius*, no, ni un Gramulo, el viejo maestro a quien tanto estimaba el inmortal Tartini que no tocaba nunca a no ser con Gramulos; no, en un Amati, en el abuelo, en el antepasado, en el tallo primero de todos los violines que existen, en el instrumento que será el dote de mi hija Antonia, quiero oírte; el arco de Ulises, en fin; el que pueda empuñar el arco de Ulises es digno de Penélope.

Y entonces el anciano abrió la caja de terciopelo completamente galoneada de oro, y sacó un violín como parecía que nunca debía haber existido otro, y como solo Hoffmann, quizá, recordaba haberlos visto en los conciertos fantásticos de sus tíos y tías.

Después, se inclinó sobre el instrumento venerable, y presentándoselo a Hoffmann:

—Toma, le dijo, y procura no ser indigno de él.

Hoffmann saludó, tomó el instrumento con respeto y empezó un viejo estudio de Sebastián Bach.

—¡Bach, Bach!, murmuró Gottlieb, pase en el órgano, pero nada entendía en el violín. No importa.

Al primer sonido que Hoffmann había sacado del instrumento, habíase estremecido, porque, como eminente músico que era, comprendió el tesoro de armonías que acababan de poner en sus manos.

El arco del violín, parecido verdaderamente a un arco, tan encorvado estaba, permitía al instrumentista abrazar las cuatro cuerdas a un tiempo, y la última de estas cuerdas se elevaba a tonos celestiales tan maravillosos que nunca Hoffmann había podido soñar que un sonido tan divino brotara de una mano humana.

El anciano entretanto permanecía junto a él, echada hacia atrás la cabeza, chispeantes los ojos, mostrando su animación en estas frases:

—No va tan mal, no va tan mal; la mano derecha, la mano derecha; la mano izquierda no es más que el movimiento, la derecha es el alma. Vamos pues, ¡alma!, ¡alma!

¡Alma!!!

Harto conocía Hoffmann que el viejo Gottlieb tenía razón; harto comprendía, como se lo dijo la primera vez, que eirá preciso olvidar cuánto había aprendido; y por una transición insensible pero sostenida y creciente, pasaba del pianísimo al fortísimo, de la caricia a la amenaza, del relámpago al rayo, y se perdía en un torrente de armonía que levantaba como una nube y que dejaba caer en murmurantes cascadas, en líquidas perlas, en húmeda polvareda; hallábase bajo la influencia de una situación nueva, de un estado próximo al éxtasis, cuando de repente su mano izquierda se aplastó sobre las cuerdas, el arco vaciló en su mano, el violín resbaló de su pecho, y fijó la mirada viva y ardiente.

Acababa de abrirse la puerta y en el espejo ante el cual tocaba, Hoffmann vio aparecer, semejante a una sombra evocada por una armonía celeste, la bella Antonia, con los labios entreabiertos, oprimido el pecho, húmedos los ojos.

Hoffmann soltó un grito de placer y maese Gottlieb no tuvo más tiempo que el preciso para sostener al venerable *Antonio Amati* que se escapaba de manos del joven instrumentista.



## V. Antonia

---

**A**ntonia había parecido aún mil veces más hermosa a Hoffmann en el momento de abrir la puerta y atravesar el umbral, que cuando la vio bajar las gradas de la iglesia.

Y es que en el espejo donde acababa de reflejarse la imagen de la joven, y que se hallaba solamente a dos pasos de Hoffmann, éste había podido detallar de una sola mirada todas las bellezas que de lejos no pudo percibir.

Antonia contaba apenas diez y siete años, era de mediana estatura, más bien alta que baja, pero tan delgada sin que fuera enjuta de carnes, tan esbelta al propio tiempo, que todas las comparaciones del lirio balanceándose sobre su tallo, de la palmera encorvándose al impulso de la brisa, hubieran sido insuficientes para pintar su *morbidezza* italiana, única palabra que puede expresar la idea de dulce languidez que sugería su aspecto. Su madre había sido, como Julieta, una de las más bellas flores de la primavera de Verona, y encontrábase en Antonia —y esto era lo que más hacía resaltar los encantos de la joven— las cualidades de dos razas que se disputaban la palma de la belleza. Así a la finura del cutis de las mujeres del norte, unía lo aterciopelado de las mujeres del mediodía; sus cabellos rubios, espesos y ligeros a un mismo tiempo, flotaban al menor soplo de viento, como un vapor dorado, sombreando ojos y pestañas de negro terciopelo. Cosa más singular aún; en su voz, sobre todo, la armoniosa mezcla de las dos lenguas era más sensible. Por lo mismo, cuando Antonia hablaba alemán, la dulzura de la hermosa lengua donde, como dice el Dante, resuena el *sí*, iba a endulzar la rudeza del acento germánico; mientras que, al contrario, cuando hablaba italiano, la lengua

demasiado muelle de Metastasio y de Goldoni adquiriría cierta energía comunicada por la poderosa acentuación de la lengua de Schiller y de Goethe.

Pero no se percibía sólo en lo físico semejante fusión; Antonia era en lo moral un tipo maravilloso y raro de lo que pueden reunir en opuestas poesías el sol de Italia y las brumas de Alemania. Hubiérasela creído a un tiempo una hada y una musa, la Beatriz de la *Divina Comedia* y la Loreley de la balada.

Y es que Antonia, artista por excelencia, era hija de un gran artista. Su madre, acostumbrada a la música italiana, se dedicó un día en cuerpo y alma a la música alemana. Fue a parar a sus manos la partitura de *El Alceste*, y pudo obtener de su marido, maese Gottlieb, que le hiciera traducir el poema al italiano: puesto el poema en italiano, había ido a cantarle a Viena; pero había contado demasiado con sus fuerzas, o por mejor decir, la admirable cantatriz no conocía la medida de su sensibilidad; a la tercera representación de la ópera, que obtuvo el éxito más completo, y al llegar al admirable *solo* de *Alceste*: «Oh dioses de la Estigia, ministros de la muerte, no invocaré vuestra piedad cruel. Si arrebató un tierno esposo a su hado funesto, también os entrego una esposa fiel;» cuando llegó al *re* de pecho, palideció, vaciló, se desmayó: se le había roto un vaso; el sacrificio a los dioses infernales se había llevado a cabo en realidad: la madre de Antonia, estaba muerta.

El pobre maese Gottlieb dirigía la orquesta; desde su asiento vio vacilar, palidecer, caer a la que amaba sobre todas las cosas; aún más, oyó estallar en su pecho la fibra que sostenía su vida, y soltó un grito terrible que se mezcló al último suspiro de la cantante.

De aquí provenía tal vez el odio de maese Gottlieb hacia los maestros alemanes; el caballero Gluck había sido la causa, aunque inocente, de la muerte de la Teresa, pero no por ello le había guardado menos rencor al caballero Gluck por ese dolor profundo que experimentó y que sólo se había calmado a medida que fue poniendo en Antonia todo el amor que por su madre sentía.

Diez y siete años tenía la joven y todo lo era para su padre; vivía por Antonia y por Antonia respiraba. Nunca la idea de la muerte de su hija se había presentado a su espíritu; pero a haberse presentado, ninguna inquietud hubiera producido en él porque ni soñaba siquiera que pudiese sobrevivir a Antonia.

No con sentimiento menos entusiasta que el de Hoffmann, aun cuando fuese muy distinto y mucho más puro, vio parecer a Antonia en el umbral de la puerta de su gabinete.

Adelantose la joven lentamente; dos lágrimas brillaban en su pupila; y dando tres pasos hacia Hoffmann le tendió la mano.

Después, con acento de casta familiaridad y como si hubiera conocido al joven diez años hacía:

—Buenos días, hermano, le dijo.

Maese Gottlieb desde el momento en que apareció su hija, se quedó mudo e inmóvil; su alma, como siempre, había abandonado su cuerpo, y revoloteando a su alrededor, cantaba a los oídos de Antonia todas las melodías de amor y de dicha que canta el alma de un padre a la vista de su hija amada.

Había depositado su querido *Antonio Amati* sobre la mesa, y plegando las manos como hubiera hecho ante la Virgen, miraba llegar a su hija.

En cuanto a Hoffmann, no sabía si estaba despierto o dormía, si se hallaba en la tierra o en el cielo, si Antonia era una mujer que iba hacia él o un ángel que se le aparecía.

Dio un paso hacia atrás, cuando vio acercársele a Antonia y tenderle la mano.

—¡Vos mi hermana!, dijo con voz ahogada.

—Sí, dijo Antonia, no forma la familia, la sangre, sino el alma. Todas las flores son hermanas por el perfume, todos los artistas hermanos por el arte. Nunca os he visto, verdad es, pero os conozco; vuestro arco acaba de contarme vuestra vida. Vos sois poeta y poeta loco, pobre amigo. —¡Ay!, esa chispa que dicen se encierra en nuestra cabeza o en nuestro pecho, es la que nos quema el cerebro o nos consume el corazón.

Enseguida, volviéndose hacia maese Gottlieb:

—Buenos días, padre, le dijo, ¿por qué no habéis aún abrazado a vuestra Antonia? ¡Ah!, ya, ya lo comprendo. *El matrimonio secreto*, el *Stabat mater*, *Cimara*, *Pergolese*, *Porpora*, ¿qué es Antonia al lado de todos esos grandes genios y esas obras maestras? Una pobre niña que os ama, pero que vos olvidáis por ellos.

—¡Yo!, ¡olvidarte yo!, exclamó Gottlieb, ¡el viejo Murr olvidar a Antonia!, ¡el padre olvidar a su hija! ¿Y por qué?, ¡por algunas malas notas de música, por una reunión de fusas y corcheas, de sostenidos y bemoles! Sí, sí, mira el modo que tengo de olvidarte.

Y girando sobre su pierna torcida con una agilidad asombrosa, con su otra pierna y ambas manos el anciano echó a volar las *particellas* del *Matrimonio secreto*, que ya estaban dispuestas para los músicos de la orquesta.

—¡Padre mío!, ¡padre mío!, dijo Antonia.

—¡Fuego!, ¡fuego!, gritaba maese Gottlieb, ¡fuego para que pueda quemar todo esto!, ¡fuego, para quemar a *Cimarosa!*, ¡fuego, para quemar a *Pergolese!*, ¡fuego, para quemar a *Paissello!*, ¡fuego, para quemar mis *Stradivarius!*, ¡mis *Gramulo*, mi *Amati!*... ¡Mi hija, mi Antonia ha dicho que yo, prefería cuerdas, madera y papel a mi carne y mi sangre!, ¡fuego!, ¡fuego!, ¡fuego!!!

Y el anciano se agitaba como un loco y saltaba sobre su pierna como el diablo cojuelo, moviendo sus brazos como aspas de molino de viento.

Antonia miraba aquella locura del anciano con la dulce sonrisa del orgullo filial satisfecho.

Harto sabía que nunca había usado coquetería con nadie más que con su padre; que era omnipotente; que reinaba como soberana en el corazón del anciano. Le detuvo, atrayéndole a sus brazos y le besó en la frente.

Gottlieb soltó un grito de alegría, tomó a su hija entre sus brazos, levantola como si fuera un pajarillo, y fue a sentarse, después de haber dado tres o cuatro vueltas, en un gran canapé donde empezó a mecerla como hace una madre con su niño.

Al principio Hoffmann miró a maese Gottlieb con espanto; viéndole arrojar las partituras al aire, y tomar en brazos a su hija, le había creído loco furioso. Pero, al ver la apacible sonrisa de Antonia, se había tranquilizado, y, recogiendo respetuosamente las esparcidas partituras, volvió a colocarlas en la mesa y pupitre, sin dejar de mirar de reojo el grupo extraño que al mismo anciano embellecía.

De pronto algo dulce, suave, aéreo cruzó la atmósfera; era un vapor, una melodía, algo más divino aún, era la voz de Antonia que empezaba con su fantasía de artista, la maravillosa composición de *Stradella* que había salvado la vida a su autor, el *Pietà, Signore*.

A las primeras vibraciones de esa voz de ángel, Hoffmann permaneció inmóvil, mientras el viejo Gottlieb levantaba suavemente a su hija de encima de sus rodillas, y la depositaba, tendida como estaba, en el canapé; enseguida, corriendo a su *Antonio Amati*, y, uniendo el acompañamiento con las palabras, empezó, por su parte, a hacer pasar la armonía de su arco bajo el canto de Antonia, y a sostenerla como un ángel sostiene el alma que lleva al cielo.

La voz de Antonia era una voz de soprano con toda la extensión que la prodigalidad divina puede conceder, no a una voz de mujer, sino a una voz de ángel. Antonia recorría cinco octavas y media; daba con la misma facilidad el *do* sobreagudo, esa nota divina que parece no pertenecer más que a los

conciertos celestes, y el *do* de la quinta octava de las notas bajas. Nunca Hoffmann había oído nada tan delicioso como aquellos cuatro compases cantados sin acompañamiento:

*Pietà, Signore, di me dolente.*

Aquella aspiración del alma doliente hacia Dios, aquella plegaria ardiente al Señor pidiéndole que se compadezca del alma dolorida que se lamenta, sonaba en la boca de Antonia, impregnada de cierta veneración que se parecía al terror. Por su parte el acompañamiento, que había recibido la frase flotante entre el cielo y la tierra, que la había cogido en brazos después de apagado el *la*, y que, piano, piano repetía como un eco el gemido; el acompañamiento era en todo digno de la voz; como ella, lamentable y doloroso. Decía, no en italiano, no en alemán, no en francés, sino en ese idioma universal que se llama música:

—Piedad, Señor, piedad de mí, desgraciada; piedad. Señor: y si a ti llega mi plegaria, ceda tu rigor y vuelve a mí tus ojos clementes y menos severos.

Y sin embargo, mientras seguía, mientras encajonaba la voz, el acompañamiento le dejaba toda su libertad, toda su extensión; era una caricia y no un estorbo, un sostén y no un obstáculo; y cuando empezó a esforzarse, cuando sobre el *re* y los dos *fa*, la voz se levantó como intentando escalar el cielo, el acompañamiento pareció temer entonces pesarle como una cosa terrestre y la abandonó casi a las alas de la fe, para no sostenerla más que en el *mi* becuadro, es decir, en el disminuyendo, es decir, cuando cansada de su esfuerzo, la voz cayó como anonadada sobre sí misma, parecida a la Virgen de Canova, sentada sobre sus rodillas, y en la cual todo se dobla, alma y cuerpo, aterrada bajo la duda terrible de si la misericordia del Criador será bastante grande que olvide la falta de la criatura.

Después, cuando con voz trémula prosiguió: *¡Oh Dios mío!, salvadme, por piedad; jamás sea yo condenada, precipitada en el Juego eterno de tu rigor ¡oh gran Dios!*, entonces el acompañamiento se atrevió a mezclarse a la voz estremecida que entreviendo las llamas eternas, rogaba al Señor que la alejase de ellas; y profundamente estremecido también, rogó, suplicó, gimió, subió con ella hasta el *fa*, bajó con ella hasta el *ut*, acompañándola en su debilidad, sosteniéndola en su terror; después, mientras jadeante y sin fuerzas moría la voz en las profundidades del pecho de Antonia, el acompañamiento proseguía solo, después de apagada la voz, como después de fugada el alma, y ya en la

ruta del ciclo, continúan quejumbrosas y lastimeras las plegarias de los que sobreviven.

A las súplicas del violín de maese Gottlieb empezó entonces a mezclarse una armonía inesperada, dulce y poderosa a un mismo tiempo, casi celeste. Antonia se levantó, maese Gottlieb se volvió a medias y permaneció con el arco suspendido sobre las cuerdas del violín. Hoffmann, aturdido al principio, embriagado, delirante, había comprendido que a los arrebatos de aquel alma les faltaba un poco de esperanza, y que se rompería si un rayo divino no le mostraba el cielo; sentose de súbito al órgano, extendió sus dedos sobre las trémulas teclas, y el órgano, con prolongado suspiro, acompañó el violín de Gottlieb y la voz de Antonia.

Entonces nada más maravilloso que la repetición del *Pietà, Signore*, acompañado por esa voz de esperanza, en lugar de ser perseguido como en la primera parte por el terror; y cuando llena de fe en su genio como en su rezo, Antonia emprendió con todo el vigor de su pecho el *fa* de Volgi, un estremecimiento circuló por las venas del viejo Gottlieb y un grito se escapó de la boca de Hoffmann, que, ahogando el *Antonio Amati* bajo los torrentes de armonía que se escapaban del órgano, continuó el canto de Antonia después de haber expirado, y en alas, no de un ángel, sino de un huracán, pareció llevar el último suspiro de aquel alma hasta los pies del Señor todo poderoso y todo misericordioso.

Hubo después un momento de silencio; los tres se miraron, y sus manos se juntaron en un apretón fraternal, como sus almas se habían unido en una común armonía.

A partir de este instante, no fue sólo Antonia quien llamó hermano a Hoffmann, sino el viejo Gottlieb Murr quien le llamó su hijo.

## VI. El juramento

---

**A**caso el lector se preguntará o por mejor decir nos preguntará cómo, habiendo muerto cantando la madre de Antonia, maese Gottlieb Murr permitía que su hija, es decir, que el alma de su alma corriera riesgo semejante al que mató a la madre.

Al principio, cuando oyó a Antonia ensayar el primer canto, el pobre padre tembló como la hoja junto a la cual canta un pájaro. Pero Antonia era un verdadero pájaro y no tardó en observar el anciano que el canto era su idioma natural. Al mismo tiempo Dios dándole una voz tan extensa que acaso no tenía igual en el mundo, parecía decir que nada tenía que temer maese Gottlieb sobre este punto; en efecto, cuando la niña perfeccionó aquel don natural con el estudio de la música, y hubo vencido las mayores dificultades, con maravillosa facilidad, sin gestos, sin esfuerzos, convenciose el padre que aquella voz era un prodigio y que no había peligro alguno en dejar que el tierno ruiseñor se abandonara a su vocación.

Maese Gottlieb olvidó sin embargo que la música no es la única pasión de las jóvenes, y que hay otra cuerda en su corazón mucho más delicada, mucho más vibrante y mortal: ¡la del amor!

Ésta había vibrado en la pobre niña, al son del arco de Hoffmann; inclinada sobre su bordado al lado del anciano y el joven, había Antonia levantado la cabeza al primer estremecimiento que cruzara el aire. Primero escuchó; después poco a poco, una extraña sensación conmovióle el alma, estremeció todo su ser. Entonces levantándose lentamente, apoyada una mano, en su silla, en tanto que la otra dejaba escapar el bordado de sus entreabiertos dedos, permaneció inmóvil un instante; luego, se adelantó —

pausadamente hacia la puerta, y, como lo hemos dicho, sombra evocada de la vida material, apareció, como poética visión, a la puerta del gabinete de maese Gottlieb Murr.

Hemos visto ya cómo la música había fundido en su ardiente crisol esas tres almas en una sola, y cómo, al fin del concierto, Hoffmann era ya comensal de la casa.

Era la hora en que el viejo Gottlieb tenía por costumbre sentarse a la mesa, y por lo tanto invitó a Hoffmann a comer; éste aceptó la invitación con la misma cordialidad.

Entonces, por algunos instantes, la bella y poética virgen de los cánticos divinos, se transformó en excelente mujer casera. Antonia sirvió el té como Clarissa Harlowe, hizo pastelillos de manteca como Carlota y concluyó por sentarse a la mesa y comer como una simple mortal.

Ya se comprenderá que la buena acogida dispensada a Hoffmann en casa de maese Gottlieb, le obligó a volver al día siguiente, al otro, y a los otros. Estas idas y venidas no inquietaron a maese Gottlieb; Antonia era demasiado pura, demasiado casta, demasiado confiada en su padre, para que le acudiera al anciano ni la más remota sospecha. Su hija era santa Cecilia, era la Virgen María, era un ángel de los cielos; la esencia divina dominaba en ella de tal manera la materia terrestre, que el anciano nunca había juzgado oportuno decirle que había más peligro en el contacto de dos cuerpos que en la unión de dos almas.

Hoffmann era feliz, es decir, tan feliz como le es dado serlo a una criatura mortal.

Pero Hoffmann tenía una ventaja sobre los demás. Muchas veces el hombre no puede explicarse la causa del accidental dolor que pasa por en medio de su bienestar, de la sombra que se proyecta oscura y negra sobre su irradiante felicidad.

Hoffmann sabía lo que le hacía desgraciado.

Era la promesa hecha a Zacarías Werner de ir a reunirse con él en París; era el extraño deseo de visitar Francia, que se desvanecía en el instante en que Hoffmann se encontraba en presencia de Antonia, pero que recobraba toda su intensidad desde que se hallaba solo. Aún había más; a medida que eran mayores las instancias de Zacarías Werner en las cartas en que le recordaba su promesa, Hoffmann se entristecía más y más.



En efecto, la presencia de la joven no conseguía arrojar el fantasma que perseguía ya a Hoffmann aun estando al lado de Antonia. A menudo, hallándose junto a ella, el joven sumergíase en profunda meditación. ¿En qué o en quién pensaba? En Zacarías Werner, cuya voz le parecía oír. A menudo su mirada, errante y distraída al principio, acababa por fijarse en un punto del horizonte. ¿Qué veía esa mirada, o por mejor decir, qué creía ver? El camino de París, luego al volver un recodo de este camino, a Zacarías andando delante y haciéndole seña de seguirle.

Poco a poco, el fantasma que se le había aparecido a Hoffmann con raros e inciertos intervalos, fue presentándosele con más regularidad y acabó por perseguirle con obsesión continua.

Hoffmann amaba a Antonia cada vez más, Hoffmann sentía que Antonia era necesaria a su vida, que era la dicha de su porvenir; pero sentía también que antes de saborear semejante dicha, y hacerla duradera, le era preciso llevar a cabo la proyectada peregrinación, o le consumiría el deseo encerrado en su pecho, por extraño que fuese.

Un día, sentado junto a Antonia, mientras maese Gottlieb anotaba en su gabinete el *Stabat* de Pergolese que quería ejecutar en la sociedad filarmónica de Francfort, Hoffmann se sumió en una de sus meditaciones acostumbradas. Antonia, después de haberle mirado largo tiempo, le tomó entrambas manos.

—Es preciso ir, amigo mío, dijo la joven.

Hoffmann la miró con asombro.

—¿Ir?, repitió, ¿y dónde?

—A Francia, a París.

—¿Y quién os ha dicho, Antonia, este secreto pensamiento de mi corazón que ni aun a mí mismo quería confesarme?

—Podría, si quisiera, atribuirme el poder de una hada, Teodoro, y deciros: he leído en vuestro pensamiento, he leído en vuestros ojos, he leído en vuestro corazón, pero mentiría. No, he recordado y esto es todo.

—¿Y de qué os habéis acordado, mi muy amada Antonia?

—Me he acordado de que la víspera del día que por primera vez vinisteis aquí, vino Zacarías Werner y nos contó vuestro proyecto de viaje, vuestro ardiente deseo de ver París; deseo alimentado por espacio de un año y próximo por fin a cumplirse. Posteriormente, me habéis dicho lo que os había impedido partir; cómo os sentisteis herido por ese sentimiento irresistible que

a mí misma me ha herido al escucharos, y ya no falta más sino que me manifestéis que me amáis.

Hoffmann hizo un movimiento.

—No os toméis el trabajo de decírmelo, lo sé, dijo Antonia; pero hay algo más poderoso que este amor: el deseo de ir a Francia, de reuniros a Zacarías, de ver París en fin.

—¡Antonia!, ¡todo es cierto, excepto una cosa: y es que haya algo en el mundo más fuerte que mi amor! No, os lo juro, Antonia; ese deseo extraño que yo mismo no acierto a explicarme, lo hubiera guardado oculto en mi corazón. No os engañáis, Antonia. ¡Sí, hay una voz que me llama a París, una voz más fuerte que mi voluntad, y a la cual, sin embargo, os lo repito, no hubiera obedecido! ¡Esta voz es la del destino!

—Sea; cumplamos nuestro destino, amigo mío; mañana partiréis; ¿cuánto tiempo queréis?

—Un mes, Antonia; dentro un mes estaré de vuelta.

—Un mes no os bastará, Teodoro; en un mes nada habréis visto; os concedo dos, tres, todo el tiempo que queráis, en fin; pero os exijo una cosa, o por mejor decir, dos cosas de vos.

—¿Cuáles, querida Antonia, cuáles?, decid, pronto.

—Mañana es domingo, y día de misa por consiguiente: asomaos a la ventana como el día de la partida de Zacarías Werner, y como en dicho día, aunque más triste, me veréis subir las gradas de la iglesia; entonces bajad a reuniros conmigo en el sitio donde tengo por costumbre ponerme; arrodillaos a mi lado, y, en el instante en que el sacerdote consagrará la sangre de Nuestro Señor, me haréis dos juramentos; el de permanecerme fiel y el de no jugar más.

—Todo lo que queráis y al instante mismo, querida Antonia. Juro...

—Silencio, Teodoro. Juraréis mañana.

—Antonia, Antonia, sois un ángel.

—En el momento de separarnos, Teodoro, ¿no tenéis algo que decir a mi padre?

—Sí, tenéis razón. Pero confiésoos, a la verdad, Antonia, que vacilo, que tiemblo. ¡Dios mío!, ¿qué soy yo para poder esperar?...

—Sois el hombre a quien amo, Teodoro. Id a encontrar a mi padre, habladle de eso.

Y haciendo a Hoffmann una seña con la mano, abrió la puerta de una habitación transformada por ella en oratorio.

Siguióla Hoffmann con los ojos hasta tanto que se hubo cerrado la puerta, y a través de la puerta, le envió con mil besos todos los sentimientos de su corazón.

Luego entró en el aposento de maese Gottlieb.

Tan acostumbrado se hallaba este último al paso de Hoffmann, que ni siquiera levantó los ojos. El joven entró y permaneció en pie detrás de él.

A los pocos instantes, maese Gottlieb, aunque no oía nada, ni aun el ruido de la respiración del joven, volvió la cabeza.

—¡Ah!, eres tú, muchacho, dijo tirando hacia atrás su cabeza para mirar a Hoffmann a través de sus anteojos. ¿Qué vienes a decirme?

Hoffmann intentó hablar, pero no pudo.

—¿Te has vuelto mudo?, preguntó el anciano.

—No, maese Gottlieb, no, a Dios gracias. Sólo que lo que tengo que decir...

—¡Veamos!

—Es algo difícil de explicar.

—Pues a mí no me parece tanto el decir: maese Gottlieb, amo a vuestra hija.

—¿Lo sabéis, maese Gottlieb?

—¡Toma! Muy necio o muy tonto sería si no lo hubiese visto.

—Y sin embargo, ¿habéis permitido que prosiguiese amándola?

—¿Por qué no, puesto que ella te ama?

—Pero maese Gottlieb, ya sabéis que yo no cuento con nada.

—¡Bah!, ¿y tienen fortuna los pájaros del cielo? Cantan, se aparejan, construyen un nido y Dios les alimenta. Cuando no baste el canto, te harás pintor; cuando sea insuficiente la pintura, te harás músico. No era yo ni más ni menos rico que tú cuando me casé con mi pobre Teresa; y sin embargo, ni el pan ni el abrigo nos ha faltado jamás. Siempre he tenido necesidad de dinero y nunca me ha hecho falta. ¿Eres rico de amor?, he ahí todo lo que te pido; ¿mereces el tesoro que ambicionas? Es lo único que deseo saber, ¿amas a Antonia más que tu vida, más que tu alma? Entonces estoy tranquilo Antonia no echará de menos nada. ¿No la amas? Entonces ya es otra cosa, y aun cuando tuvieras cien mil libras de renta, siempre le faltará todo.

Hoffmann estaba a punto de arrodillarse ante esa adorable filosofía de artista. Inclínose a besar la mano del viejo que le atrajo hacia él y le estrechó contra su corazón.

—Vamos, vamos, dijo; está convenido. Emprende tu viaje, puesto que la rabia de oír la horrible música de M. Mehul y de M. Dalagrac te atormenta

tanto; capricho de muchacho que pronto quedará curado. Te aguardo tranquilo; emprende viaje, amigo mío, y vuelve, que aquí encontrarás a Mozart, Beethoven, Cimarosa, Pergolese, Paissello, Porpora, y a maese Gottlieb y a su hija, es decir a un padre y a una esposa. Parte, parte, hijo mío.

Y maese Gottlieb abrazó de nuevo a Hoffmann, que viendo cómo se adelantaba la noche, creyó que no tenía tiempo que perder, y se retiró a su casa para hacer sus preparativos de viaje.

Al día siguiente, desde las primeras horas del día, Hoffmann hallábase en el alféizar de su ventana. A medida que iba acercándose el momento de separarse de Antonia, esta separación le parecía imposible. Todo el encantador período de su vida que acababa de transcurrir, los siete meses que habían pasado como un día y que se ofrecían a su memoria ora como un vasto horizonte que abarcaba de una sola mirada, ora como una serie de días felices, viniendo unos tras otros risueños y coronados de flores; todo tenía atractivo tan poderoso que luchaba casi con lo desconocido, maravilloso encantador que atrae hacia él los corazones más fuertes, las almas más frías.

A las diez Antonia pareció en el extremo de la calle a la misma hora en que siete meses antes Hoffmann la había visto por primera vez. Seguía la como de costumbre la buena Isabel y entre ambas subieron las gradas de la iglesia. Llegada a la última grada, Antonia se volvió, vio a Hoffmann, hízole con la mano una seña y entró en la iglesia.

Hoffmann salió de su casa corriendo y entró tras ella.

Antonia estaba ya arrodillada rezando.

Hoffmann era protestante y esos cantos en otro idioma le habían siempre parecido ridículos; pero cuando oyó a Antonia salmodiar aquel canto religioso tan dulce y tan prolongado a un mismo tiempo, sintió no conocer la letra para unir su voz a la de Antonia, más suave aun por la profunda melancolía que de la joven se había apoderado.

Mientras duró el santo sacrificio, cantó Antonia con la misma voz con que en el cielo deben de cantar los ángeles; después, cuando la campanilla del monaguillo anunció la consagración de la hostia, en el momento en que los fieles se postraban ante el Dios que, en manos del sacerdote, se elevaba por encima de sus cabezas, Antonia fue la única en erguir su frente.

—Jurad, dijo.

—Juro, dijo Hoffmann con voz trémula, juro renunciar al juego.

—¿Y es el único juramento que queréis hacerme, amigo mío?

—¡Oh!, no, aguardad. Juro seros fiel en cuerpo y alma.

—¿Y sobre qué juráis?

—¡Oh!, exclamó Hoffmann en el colmo de la exaltación, lo juro por lo más sagrado para mí; lo juro por vuestra vida.

—¡Gracias!, exclamó a su vez Antonia, porque si no cumplís vuestro juramento, moriré.

Hoffmann se estremeció, sintió un sudor frío deslizarse por todo su cuerpo; no se arrepintió, pero tuvo miedo.

El sacerdote bajó las gradas del altar, llevando el santo Sacramento a la sacristía.

En el instante en que pasaba el cuerpo divino de Nuestro Señor, cogía Antonia la mano de Hoffmann.

—¿Habéis oído su juramento, no es verdad, Dios mío?, dijo Antonia.

Hoffmann quiso hablar.

—Ni una palabra, ni una sola; quiero que las de vuestro juramento sean las últimas que de vos haya oído y resuenen por lo mismo eternamente en mi alma. Hasta la vista, amigo mío, hasta la vista.

Y escapándose ligera como una sombra, la joven dejó un medallón en la mano de su amante.

El medallón contenía el retrato de Antonia, resplandeciente de juventud y de belleza.

Dos horas después, Hoffmann tomaba asiento en la misma diligencia que Zacarías Werner, repitiendo:

—Pierde cuidado, Antonia; ¡oh!, no, no jugaré nunca; ¡oh!, ¡sí, te seré fiel!

## VII. Una de las puertas de París en 1793

---

**E**l viaje de nuestro joven por esa Francia tan deseada para él, fue bastante triste. Y no era que acercándose al centro experimentase más dificultades y obstáculos de los que había encontrado en las fronteras, no; la República francesa acogía mejor a los que llegaban que a los que partían.

Sin embargo, a nadie se admitía a la dicha de saborear aquella preciosa forma de gobierno, sino después de haber llenado cierto número de formalidades, por lo común rigurosas.

Aquella fue la época en que los franceses escribieron peor, pero también en que escribieron más. A todos los funcionarios de nuevo cuño les daba por abandonar sus comunes o domésticas tareas para firmar pasaportes, componer filiaciones, poner vistos buenos, acordar recomendaciones y hacer, en una palabra, todo lo concerniente al estado de patriota.

Nunca el expedienteo tomó tales proporciones como en aquella época. Esta enfermedad epidémica de la administración francesa, contagiando el terrorismo, produjo las más hermosas muestras de caligrafía grotesca conocidos hasta hoy.

El pasaporte de Hoffmann era de pequeño tamaño, cosa bastante común en aquella época; diarios, libros, publicaciones, todo se reducía a un simple in-octavo, la mayor medida conocida. Desde que el joven entró en Alsacia, los empleados fueron llenando la hoja de firmas que se parecían en gran manera a las eses de los borrachos que cruzan diagonalmente las calles, tropezando con las paredes.

Preciso le fue pues a Hoffmann unir una hoja a su pasaporte, luego otra, hasta que en Lorena las firmas tomaron proporciones colosales. Donde era

más exaltado el patriotismo, los escritores eran más ingenuos. Hubo alcalde que empleó dos hojas, anverso y reverso, para que tuviera Hoffmann un autógrafo concebido de esta manera:

»Ofemane, de nachion allemand, amigo de la liberta, se dirige a París ha pie.

»Firmado:

»GOLIER.

Provisto de este perfecto documento con la indicación de su patria, su edad, sus principios, su destino y sus medios de transporte, Hoffmann se ocupó en hilvanar aquellos retazos cívicos. Al llegar a París poseía un muy hermoso volumen que, según él decía, había de hacer encuadernar en pergamino, si alguna vez trataba de emprender un nuevo viaje, porque, obligado siempre a tener en la mano todas aquellas hojas sueltas, se exponía a que se le extraviasen algunas.

En todas partes le decían:

—Amigo, en provincias se puede habitar aún, pero en París imposible. Desconfiad de los parisienses, ciudadano; mirad que en París la policía es muy quisquillosa y, como alemán que sois, podríais no ser tratado como buen francés.

A lo que Hoffmann respondía con orgulloso ademán, reminiscencia del orgullo espartano cuando los espías de Tesalia buscaban medios para engruesar las fuerzas de Jerjes, rey de los persas.

Llegó por fin a París; era por la tarde; las puertas estaban cerradas.

Hoffmann hablaba regularmente la lengua francesa, pero eso de poco, sirve; al que es alemán se le conoce desde luego; al que no lo es el acento provincial le vende también.

Conviene explicar cómo se cumplía con la policía a la entrada.

Hay que advertir primero que estaban siempre cerradas las puertas; luego, siete u ocho seccionarlos, personas ociosas y llenas de inteligencia, Lavaters aficionados, daban vueltas por allí, en torno de los dos o tres agentes de la policía municipal.

Esa buena gente que, de diputación en diputación, había concluido por frecuentar todas las salas de los clubs, todas las oficinas de los distritos, todos los lugares donde se había deslizado la política por el lado activo o pasivo; que había visto a los diputados en la Asamblea nacional o en la Convención, a todos los aristócratas varones o hembras en las tribunas, a todos los elegantes

de nota en los paseos, a todas las celebridades sospechosas en los teatros, en las revistas a todos los oficiales, en las tribunas a todos los acusados más o menos libres de acusación, en las cárceles a todos los sacerdotes salvados, esos dignos patriotas, decimos, conocían tan bien y tan perfectamente París, que todo rostro conocido debía llamar su atención, y la llamaba casi siempre.

No era en aquella época cosa tan fácil el disfrazarse; demasiado lujo en el vestir atraía la mirada, demasiada sencillez, la sospecha. Como el vestir mal era indicio de republicanismo, el que iba de carbonero, aguador, o marmitón podía ser un aristócrata; y luego, ¿cómo disimular enteramente la mano blanca y las hermosas uñas? Los modales y el modo de andar verdaderamente aristocráticos, cosa que no es ya perceptible en nuestros días donde los más humildes llevan tacones más altos, ¿cómo ocultarlos entonces a veinte pares de ojos más ardientes que los del sabueso?

Así que llegaba un viajero le registraban, interrogaban y desnudaban (moralmente, se entiende) con aquella facilidad que daba el uso, y aquella libertad propia... de la libertad.

Hoffmann compareció ante ese tribunal a las seis de la tarde, el 7 de Diciembre, El tiempo era oscuro y nebuloso, mezclado de bruma y nevisca; pero los sombreros de oso y de nutria que cubrían las cabezas de los patriotas, harto les enardecían la sangre y les conservaban toda su presencia de ánimo y sus preciosas facultades investigadoras.

Hoffmann fue detenido por una mano que se posó suavemente sobre su pecho.

Vestía el joven viajero una casaca de color pardo oscuro, y un ancho sobretodo. Sus botas alemanas modelaban la pierna bastante bien formada, y estaban muy relucientes y limpias, pues no halló barro desde el último parador.

—¿Dónde vas así, ciudadano, con esas botas tan flamantes?, dijo un agente al joven.

—Voy a París, ciudadano.

—Y no pareces estar cansado, joven Prussiano, replicó el agente con una prodigalidad de eses que hizo reunir diez curiosos en torno del viajero.

Los prusianos no eran, al menos en aquella ocasión, menos enemigos de Francia que los filisteos, de los compatriotas de Samsón, el israelita.

—Pues bien, sí, prusiano soy, respondió el joven, trocando las cinco eses del agente por una z ¿y qué?

—Entonces si eres prusiano, serás también un espía de Pitt y de Coburgo. ¿Eh?



—Mirad mis pasaportes, respondió Hoffmann exhibiendo su volumen a uno de los letrados de la puerta.

—Sígueme, contestó éste volviendo las espaldas para conducir al extranjero al cuerpo de guardia.

Hoffmann siguió a aquel guía, tan tranquilo.

Cuando a la luz de las humeantes velas vieron los patriotas aquel jovencito nervioso, de mirada firme, de desordenados cabellos, destrozando el francés con la mayor conciencia posible, uno de ellos exclamó:

—¡No negará éste su aristocracia; digo, con sus manos y pies!

—Vos sois *una* bestia, ciudadano, respondió Hoffmann, yo soy tan patriota como vos y además, soy *un* artista.

Y diciendo estas palabras, sacó de su bolsillo una de aquellas pipas colosales, de las cuales sólo un buzo de Alemania puede encontrar el fondo.

La pipa hizo un efecto prodigioso a los seccionarlos que saboreaban su tabaco en sus pequeños receptáculos.

Todos se pusieron a contemplar a aquel joven que metía en la pipa aquella con la habilidad propia de la mucha práctica, la provisión de tabaco de una semana.

Sentose enseguida, encendió la pipa con la mayor cachaza hasta que la hornilla ostentó una ancha costra de fuego en la superficie, y después aspiró, a intervalos iguales, nubes de humo que salieron graciosamente en columnas azuladas de su nariz y de sus labios.

—Bien fuma, dijo uno de los estacionarios.

—Y parece que es famoso fumador, dijo otro; mira sus certificados.

—¿A qué vienes a París?, preguntó un tercero.

—A estudiar la ciencia de la libertad, replicó Hoffmann.

—¿Y a qué más?, añadió el francés poco conmovido con la heroica respuesta, probablemente a causa de su gran uso.

—Y a estudiar la pintura, añadió Hoffmann.

—¡Ah!, ¡ah!, ¿eres pintor, como el ciudadano David?

—Precisamente.

—¿Sabes pintar los patriotas romanos desnudos enteramente como él?

—Los pinto enteramente vestidos, dijo Hoffmann.

—No parece tan bello.

—Eso según, replicó Hoffmann con imperturbable sangre fría.

—Hazme mi retrato, dijo el seccionario con admiración.

—Con mucho gusto.

Hoffmann tomó un tizón del hogar, apagó apenas la extremidad rutilante, y, en la blanqueada pared, delineó uno de los más feos rostros que hubiesen deshonrado nunca la capital de la civilización.

El gorro de pelo y la cola de zorra, la babosa boca, las espesas patillas, la pipa corta, la barba afeitada, fueron imitados con tan rara verdad, que todo el cuerpo de guardia pidió al joven el favor de ser retratado.

Hoffmann se prestó con gusto a ello e hizo en la pared el croquis de una serie de patriotas muy bien dibujados, pero de fijo menos gallardos que los ciudadanos de la ronda nocturna de Rembrandt.

Los patriotas se pusieron de buen humor y se desvanecieron las sospechas; el alemán fue naturalizado parisiense; ofreciósele la cerveza de honor, y él, como muchacho agradecido, regaló a sus huéspedes vino de Borgoña que aquellos señores aceptaron con muy buena voluntad.

Entonces uno de ellos, más astuto que los otros, dijo a Hoffmann guiñándole el ojo izquierdo:

—Confiésanos una cosa, ciudadano alemán.

—¿Cuál, amigo mío?

—Confiésanos el objeto de tu viaje.

—Te lo he dicho ya: la política y la pintura.

—No, no, otra cosa te trae aquí.

—Te aseguro, ciudadano... —Ya comprendes que nosotros no te acusamos; nos gustas, y te protegemos, pero aquí tienes dos delegados del club de los Franciscanos, dos del de los Jacobinos; yo soy del de los Hermanos y Amigos; escoge entre nosotros el club al que has de presentarte.

—¿Y por qué?, dijo Hoffmann sorprendido.

—¡Oh!, no quieras ocultarlo; es tan bello lo que haces, que debieras vanagloriarte de ello.

—Pero, ciudadano, explícate, no te comprendo.

—Mira y juzga si adivino, dijo el patriota.

Y abriendo el libro de los pasaportes, señaló en una página, bajo la rúbrica de Strasburgo, las líneas siguientes:

—Hoffmann, viajero, viniendo de Manheim, ha tomado en Strasburgo una caja marcada como sigue: O. B.

—Verdad es, dijo Hoffmann.

—¡Y bien! ¿Qué contiene esa caja?

—Hice ya mi declaración en la oficina de arbitrios de Strasburgo.

—Mirad, ciudadanos, lo que nos trae ese socarrón... ¿Os acordáis del envío de nuestros patriotas de Auxerre?

—Sí, dijo uno de ellos, una caja de grasa.  
—¿Para qué?  
—Para engrasar la guillotina, exclamó un coro de voces con regocijo.  
—Pero veamos, dijo Hoffmann un poco pálido, ¿qué relación puede tener la caja que yo traigo con el envío de los patriotas de Auxerre?  
—Lee, dijo el parisiense mostrándole su pasaporte; lee, joven: «Viaja con objeto de estudiar la política y el arte». ¡Así está escrito!  
—¡Oh república!, murmuró Hoffmann.  
—Confiesa, joven amigo de la libertad, le dijo su protector. —Sería vanagloriarme de una idea que no he tenido, replicó Hoffmann. No le tengo apego a la gloria postiza; no, la caja que recogí en Strasburgo y que llegará con la diligencia, no contiene más que un violín, una caja de colores y algunos lienzos arrollados.  
Estas palabras hicieron menguar mucho la estimación que algunos habían concebido ya por Hoffmann. Le devolvieron sus papeles, contestaron a sus brindis, pero cesaron de mirarle como un salvador de los pueblos esclavos.  
Hasta hubo quien se permitió decir:  
—Se parece a Saint-Just, pero prefiero a Saint-Just.  
Hoffmann sumergido en su meditación que despertaban el hogar, el tabaco y el vino de Borgoña, permaneció algún tiempo silencioso.  
Luego, levantando la cabeza:  
—¿Con que, se guillotina mucho aquí?, dijo.  
—No va mal, no va mal; algo ha bajado después de los Brissontinos, pero, en fin, aún prosigue la tarea.  
—¿Sabéis dónde encontraré una buena posada?  
—En cualquier lado.  
—Pero quisiera verlo todo.  
—Entonces alójate por la parte del Muelle de las Flores.  
—Bien.  
—¿Sabes tú hacia qué parte cae el Muelle de las Flores?  
—No, pero la palabra *flores* me place. Me veo ya instalado en él. ¿Por dónde se va allí?  
—Vas a bajar en línea recta la calle de Infierno, y llegarás al muelle.  
—¡Cómo!, ¿es decir que está cerca del agua?, dijo Hoffmann.  
—Precisamente.  
—¿Y el agua es el Sena?  
—El Sena.

—¿El Muelle de las Flores está entonces a orillas del Sena? —Tú conoces París mejor que yo, ciudadano alemán.

—Gracias. Adiós; ¿puedo irme?

—Sólo tienes que llenar una pequeña formalidad.

—Di.

—Te pasarás por casa del comisario de policía, y te darán un permiso de residencia.

—Bien está. Adiós.

—Aguarda. Con ese permiso del comisario irás a la policía.

—¡Ah!, ¡ah!

—Y darás las señas de tu casa.

—Bien. ¿Y nada más?

—Sí, te presentarás luego a la sección.

—¿Para qué?

—Para justificar tus medios de subsistencia.

—Todo esto haré. ¿Y nada más?

—¡Ahí será preciso que hagas dones patrióticos!

—Con mucho gusto.

—Y tu juramento de odio a los tíranos franceses y extranjeros.

—De todo corazón. Gracias por tan preciosas noticias.

—Y luego no olvidarás escribir tus nombres y apellido en un tarjetón clavado a la puerta.

—Lo haré así.

—Vete, ciudadano. Nos estás estorbando.

Las botellas estaban vacías.

—Adiós, ciudadanos; gracias por vuestra cortesía.

Y Hoffmann partió, siempre con la pipa más encendida que nunca.

He aquí cómo hizo su entrada en la capital de la Francia republicana.

Esta palabra seductora *Muelle de las Flores*, le había reanimado. Hoffmann se figuraba ya estar en un cuartito con un balcón dando sobre el maravilloso Muelle de las Flores.

Olvidaba Diciembre y sus cierzos; olvidaba la nieve y la muerte pasajera de toda la naturaleza. Las flores iban a abrirse en su imaginación bajo la humareda de sus labios, y a pesar de ser de noche, sólo veía el sol; A pesar de las cloacas del barrio, no olía más que rosas y jazmines.

Las nueve serían cuando llegó al Muelle de las Flores, que estaba oscuro y desierto, como suelen estar los muelles del Norte en invierno. Sin embargo, en la noche de que hablamos era la soledad más negra y perceptible que en parte alguna.

Como Hoffmann sentía mucha hambre y mucho frío, no estaba para filosofías.

Ninguna posada halló en el muelle.

Levantó los ojos sin embargo y distinguió por fin en la esquina de la calle de la Barillerie un enorme farol encarnado, tras de cuyos vidrios temblaba una débil luz.

Este farol colgaba y se balanceaba al extremo de un hierro saliente, muy propio, en aquellos tiempos de motín, para colgar en él a un enemigo político.

Hoffmann no vio más que estas palabras escritas en letras verdes sobre el vidrio encarnado:

CASA DE PUPILOS.  
HABITACIONES AMUEBLADAS.

Llamó ruidosamente a la puerta, abrióse ésta, y el viajero entró a tientas en un oscuro zaguán.

Una voz áspera le gritó:

—Cerrad la puerta.

Y un enorme perro, aullando, parecía decirle:

—Cuidado con las piernas.

Después de haber convenido el precio con la huéspeda, bastante amable, y escogida la habitación, Hoffmann se encontró poseedor de quince pies a lo largo por ocho a lo ancho, formando juntos una sala con alcoba y un gabinete, todo por el precio de treinta sueldos diarios pagaderos cada mañana al levantarse.

Tan contento estaba Hoffmann, que pagó quince días adelantados por miedo que no fueran a disputarle la posesión de su precioso alojamiento.

Hecho esto, se acostó en una cama bastante mala, pero cualquier cama es cama para un viajero de diez y ocho años.

Y luego, ¿cómo mostrarse exigente y andar con escrúpulos, cuando se tiene la dicha de vivir en el Muelle de las Flores?

Hoffmann invocó, además, el recuerdo de Antonia, y ¿no está siempre el paraíso donde se invocan los ángeles?

## VIII. De cómo los Museos y Bibliotecas estaban cerradas, pero de cómo la Plaza de la Revolución estaba abierta

---

**E**n el cuarto que durante quince días debía servir de paraíso terrestre a Hoffmann, había una cama, una mesa, sillas, una chimenea adornada de dos vasos de vidrio azul llenos de flores artificiales, y un genio de la libertad, de azúcar, bajo una campana de cristal, en la cual se reflejaban su bandera tricolor y su gorro colorado.

Un candelero de cobre, y una tapicería del siglo XII por cortina, formaban todo el mueblaje.

La tapicería representaba a Orfeo tocando el violín para seducir a Euridice, y el violín recordó naturalmente Zacarías Werner a su amigo.

—¡Ah mi buen amigo! Ambos estamos ya en París y he de verle hoy o mañana a más tardar. ¿Por dónde voy a empezar? ¿Cómo lo voy a hacer para no perder tiempo y verlo todo? Muchos días hace que no veo más que cuadros vivos, bien feos por cierto; vamos al salón del Louvre, del extirano, y allí veré todos los hermosos cuadros de Rubens, de Poussin...

Entre tanto, y por de pronto, empezó por levantarse con objeto de ver *el panorama* de su barrio.

Un cielo pardo oscuro, barro negro bajo árboles blancos, una población atareada, ávida de moverse, y cierto ruido parecido al del agua que corre, fue todo lo que descubrió.

Poco florido era. Cerró Hoffmann la ventana, desayunose y salió antes que todo en busca de su amigo Zacarías Werner.

Pero en el momento de ir a tomar una dirección, recordó que Werner no le había escrito nunca las señas de su paradero, con que era difícil encontrarle.

Eso contrarió a Hoffmann.

Pero de pronto se dijo:

—¡Y cuán loco soy!, de lo que yo gusto, gusta también Zacarías. Deseo ver la pintura, él habrá deseado verla también, y en el Louvre o le encontraré a él o encontraré sus huellas. Vamos al Louvre.

Fue; pero cúpole el disgusto de saber a la puerta que los franceses, desde que eran libres, no se entretenían en ver pinturas de los esclavos, y que era lo más probable que todos aquellos lienzos habían sido entregados a las llamas, para no ser pasto de ratones.

Hoffmann sintió que el sudor se deslizaba por su frente; el hombre que de tal manera le hablaba, lo hacía con cierto tonillo que denunciaba su importancia; observó, además, que todos le saludaban y respetaban mucho.

Nuestro joven no tardó en saber por uno de los presentes, que había tenido el honor de hablar al ciudadano Simón, preceptor de *los hijos de Francia*, conservador de los museos reales.

—¡Estoy condenado a no ver cuadros!, ¡dijo suspirando!, ¡qué lástima!, pero me iré a la biblioteca del difunto rey y a falta de pinturas, estampas, medallones y manuscritos, veré la tumba de Childerico, padre de Clovis, y los globos celeste y terrestre del padre Coronelli.

Cúpole a Hoffmann el disgusto de saber, al llegar allí, que la nación francesa mirando como un manantial de corrupción y de *incivismo* la ciencia y la literatura, había cerrado todas las oficinas donde conspiraban pretendidos sabios y pretendidos literatos, todo por medida de humanidad y para evitarse la pena de guillotinar a aquellos pobres diablos: Fuera de que, aun en tiempo del tirano, la biblioteca sólo dos veces a la semana estaba abierta.

Hoffmann tuvo que retirarse sin haber visto nada y precisado también a olvidar a Zacarías Werner.

Pero como era muy testarudo, se empeñó en ver el museo Sainte Avoye.

Dijéronle que el propietario había sido guillotinado la antevíspera.

Dirigiose al Luxemburgo, pero este palacio lo habían convertido en cárcel.

Cansado y desanimado ya, emprendió el camino de su posada, para descansar un poco, soñar en Antonia y Zacarías, y fumar en la soledad una pipa largo rato.

Pero ¡oh prodigio!; el Muelle de las Flores tan tranquilo, tan desierto, estaba entonces lleno de inmensa muchedumbre que se agitaba y vociferaba con un ruido de todos los diablos.

Como Hoffmann no era muy alto, la gente le ocultaba lo que quería ver; atravesó por entre la multitud a codazos y una vez metido en su casa, se asomó a la calle.

Todas las miradas se volvieron enseguida hacia él y se turbó desde luego, pues hubo de notar que había muy pocas ventanas abiertas. Sin embargo, la curiosidad de la gente se fijó bien pronto en otro punto, y el joven haciendo como los demás, se puso a contemplar un gran edificio de agudos techos, con una inmensa torre cuadrada convertida en campanario.

Hoffmann llamó a la huéspeda.

—Ciudadana, ¿queréis decirme qué edificio es aquel?

—El palacio, ciudadano.

—¿Y qué hacen allí?

—¿En el palacio de la Justicia, ciudadano? Juzgan.

—Yo creía que no había ya tribunales.

—Sí por cierto, hay el tribunal revolucionario.

—¡Ah!, verdad es... ¿y esa buena gente?

—Aguardan la llegada de las carretas.

—¿Cómo de las carretas? No acabo de comprender... dispensadme, soy extranjero.

—Pues, las carretas, ciudadano, como quien dice los carruajes fúnebres de los que van a morir.

—¡Ah! ¡Dios mío!

—Sí; por la mañana llegan los prisioneros que van al tribunal revolucionario.

—Bien.

—A las cuatro a todos esos prisioneros, que han sido ya juzgados, se los llevan en las carretas que a este efecto se ha procurado el ciudadano Fouquier.

—¿Y quién es el ciudadano Fouquier?

—El fiscal.

—Y entonces... ¿qué?

—Entonces las carretas se dirigen lentamente a la plaza de la Revolución, donde se halla la guillotina.

—¿De veras?

—¡Cómo! ¿Habéis salido y no habéis ido a ver la guillotina?, pues es la primera cosa que visitan al llegar los extranjeros; parece que nosotros los



franceses somos los únicos que tenemos guillotinas.

—Por lo cual os doy el parabién, señora.

—Decid, ciudadana.

—Perdonad.

—Mirad, ahí tenéis las carretas que llegan...

—¿Cómo?... ¿os vais?

—Sí; no quiero ver más ese espectáculo.

Y la huésped se separó de la ventana.

Hoffmann la detuvo suavemente por el brazo.

—Dispensadme si os hago una pregunta, dijo.

—Veamos.

—¿Por qué decís que no queréis ver *más* ese espectáculo? Yo hubiera dicho simplemente: no quiero verlo.

—Oíd la causa y la historia al mismo tiempo, ciudadano. Al principio sólo guillotinaban algunos aristócratas muy perversos a lo que parece; y cómo iban tan erguidos y eran tan insolentes, la verdad, no daban compasión... ni parecía muy repugnante el espectáculo; todo lo contrario; era hermoso ver luchar con la muerte a los enemigos de la nación... Pero luego, ¡ay ciudadano!... un día vi subir a la carreta un pobre viejo, que con la cabeza golpeaba los adrales del carro. Daba lástima verle. Al día siguiente vi unas pobres religiosas; otro día un niño de catorce años, y, en fin, una joven en una carreta, su madre en otra, y a esas dos pobres mujeres, echarse besos sin decir palabra. Tan pálidas estaban, tan sombría era su mirada, tan triste su sonrisa, sus dedos, que movían sólo para recoger el beso en sus marchitos labios, tan trémulos y nacarados,... que nunca olvidaré ese horrible espectáculo... tan horrible que juré no exponerme a verlo jamás.

—¡Ah!, ¡ah!, exclamó Hoffmann separándose de la ventana, ¡horrible debía de ser en efecto!

—¿Qué hacéis, ciudadano?

—Cierro la ventana.

—¿Por qué?

—Por no ver.

—¡Vos!, ¡un hombre!

—Mirad, ciudadana. He venido a París para estudiarlas artes y respirar el aire libre. Pues bien, si desgraciadamente veía uno de esos espectáculos de que me acabáis de hablar, si llegaba a ver una joven o una mujer arrastrada a la muerte y clamando por su vida, ciudadana, no podría menos de pensar en mi

novia que amo y que acaso... No, ciudadana, no quiero habitar más este cuarto; ¿tenéis otro que dé a espaldas de la casa?

—¡Silencio, infeliz!, habláis demasiado alto; si mis oficiales llegasen a oíros...

—¡Vuestros oficiales!, ¿qué es esto de oficiales?

—Es un sinónimo republicano de criado.

—¡Y qué!, si vuestros criados llegasen a oírme, ¿qué sucedería?

—Sucedería que dentro de tres o cuatro días podría yo veros desde esta ventana en una de esas carretas a las cuatro de la tarde.

Y dicho esto misteriosamente, la buena señora bajó precipitadamente seguida de Hoffmann.

Saliose de casa, resuelto a todo con tal de no hallarse con la plebe.

Cuando llegó al extremo del muelle, brilló el sable de los gendarmes, revolvióse la multitud, aullaron las masas y echaron a correr.

Hoffmann, a todo correr también, alcanzó la calle de San Dionisio, en la cual se metió como un loco; dio, parecido a un cabritillo, varias vueltas y revueltas por diferentes callejones, y desapareció en el dédalo de calles que se enredan entre el Muelle de la Ferraille y los barrios bajos.

Respiró por fin al verse en la calle de la Ferronerie, donde, con la sagacidad del poeta y del pintor, adivinó que se hallaba en la plaza célebre por el asesinato de Enrique IV.

Después, sin cesar de andar y de buscar, llegó a mitad de la calle de San Honorato. Por todas partes, mientras pasaba, se cerraban las tiendas. Hoffmann admiró la tranquilidad de aquel barrio, donde se cerraban pausadamente puertas y ventanas como si obedecieran a una consigna.

Pero Hoffmann no tardó en comprender esta maniobra; vio que los coches de alquiler se internaban por las calles laterales; oyó un galope de caballos y reconoció gendarmes; después, detrás de ellos, envuelta en la neblina de la noche, vio una espantosa mezcla y confusión de brazos levantados, picas blandidas y ojos centellantes.

Detrás de todo iba una carreta.

De aquel torbellino que iba hacia él, sin que pudiera ocultarse o huir, Hoffmann oyó salir gritos en tal manera agudos, de tal modo lamentables, como nunca había oído en su vida.

En la carreta iba una mujer vestida de blanco. Los gritos éstos se exhalaban de los labios, del alma, de todo el cuerpo erguido de aquella mujer.

Hoffmann sintió que le flaqueaban las piernas; cayó sobre un guardaruedas, reclinada la cabeza en los mal unidos postigos de una tienda; tal era la

precipitación con que se cerró.

La carreta llegó en medio de su escolta de bandidos y de repugnantes mujeres, sus satélites ordinarios; pero, cosa extraña, aquella muchedumbre iba silenciosa; sólo la víctima se retorció entre los brazos de dos hombres y pedía socorro al cielo, a la tierra, a los hombres y a las cosas.

Hoffmann oyó repentinamente por las rendijas de la puerta, estas palabras pronunciadas con tristeza por un joven:

—¡Pobre Du Barry!

—¡La señora Du Barry!, exclamó Hoffmann: ¿es ella, ella la que va en la carreta?

—Sí señor, respondió la voz, baja y doliente al oído del viajero, y tan cerca, que a través de las tablas sentía el cálido aliento de su interlocutor.

La pobre Du Barry se mantenía erguida y agarrada a las movedizas tablas de la carreta; la hermosa cabellera, orgullo de su belleza, cortada hasta la nuca, pero cubriéndole las sienes con largos y sudorosos rizos; la mirada delirante, la boca harto pequeña para sus desgarradores gritos; hermosa aún, la desgraciada mujer sacudía de cuando en cuando la cabeza por un movimiento convulsivo con objeto de separar de su rostro los cabellos que lo cubrían.

Cuando pasó por delante del guarda-ruedas donde había caído Hoffmann, gritó:

—¡Socorro!, salvadme ¡yo nunca he hecho daño!!, ¡socorro!

Y casi derribó al ayudante del verdugo que la sostenía.

No cesaba de gritar ¡socorro!, en medio del más profundo silencio de los circunstantes. Aquellas furias acostumbradas a insultar a los valientes condenados, sentíanse conmovidas por el irresistible ímpetu del espanto de una mujer; conocían que sus vociferaciones no hubieran bastado a ahogar sus gemidos; les aterraba la violencia de aquella fiebre que llegaba a la locura y a lo sublime de lo espantoso.

Hoffmann se levantó, no sintiendo ya su corazón en su pecho; y echó a correr como los demás tras de la carreta: otra sombra que se juntaba a la procesión de espectros que formaban la postrer escolta de una favorita real.

La Du Barry al verle, volvió a gritar:

—¡La vida!... ¡la vida!... ¡doy todos mis bienes a la nación!... ¡Salvadme, caballero!, ¡salvadme!

—¡Oh!, pensó el joven; ¡me ha hablado! Pobre mujer, cuyas miradas han valido tanto, cuyas palabras no tenían precio; ¡me ha hablado!

Detúvose. La carreta acababa de llegar a la plaza de la Revolución. En la sombra oscurecida aún más por una lluvia fría, Hoffmann no distinguió más

que dos perfiles; el uno blanco, era el de la víctima; el otro rojo, era el del cadalso.

Vio a los verdugos arrastrar el vestido blanco por la escalera. Vio a esa atormentada forma doblarse por la resistencia; después, en medio de sus horribles gritos, la pobre mujer perdió el equilibrio y cayó sobre la báscula.

Hoffmann la oyó gritar:

—¡Perdón, señor verdugo!, ¡un minuto, sólo un minuto, señor verdugo!

Y esto fue todo; el cuchillo cayó relampagueante.

Hoffmann fue a rodar hasta el foso.

¡Qué hermoso cuadro para un artista que iba a Francia a buscar ideas e impresiones!

Dios acababa de mostrarle el harto cruel castigo de la que había contribuido a perder la monarquía.

Esta cobarde muerte de la Du Barry le pareció la absolución de la pobre mujer. No fue orgullosa, sin duda, puesto que ni morir sabía ¡Saber morir!, ¡ay!, en aquel tiempo fue la virtud suprema de los que nunca habían conocido más que el vicio.

Hoffmann pensó aquel día que si había ido a Francia para ver cosas extraordinarias, su viaje había llenado su objeto. Entonces, algo consolado por la filosofía de la historia:

—Queda el teatro, se dijo, vamos al teatro. Demasiado sé que después de la actriz que acabo de ver, las de la ópera y de la tragedia no me harán efecto, pero seré indulgente. No hay que pedirles mucho a los que sólo se mueren de mentirijillas... Pero quiero fijarme bien en la plaza para no poner en ella los pies en toda mi vida.

## IX. El juicio de Paris

---

**H**offmann era el hombre de las transiciones bruscas. Después de la plaza de la Revolución y del pueblo tumultuoso agrupado en torno de un cadalso, y del cielo sombrío y de la sangre, le era preciso el resplandor de las arañas, la multitud alegre, las flores, la vida en fin. No estaba seguro de que el espectáculo al cual había asistido se borrara de su mente, pero quería al menos distraerse, y convencerse de que había todavía en el mundo gentes que vivían y que reían.

Encaminose pues hacia la Opera; pero llegó sin saber cómo había llegado. Su determinación iba delante de él, y la había seguido como sigue un ciego a su perro, mientras su imaginación seguía opuesto camino a través de muy contrarias impresiones.

Lo mismo que en la plaza, reinaba la mayor animación en el *boulevard* donde se hallaba en aquella época el teatro de la Opera, en el sitio en que está hoy el teatro de la Porte-Saint-Martin.

Detúvose Hoffmann ante aquella multitud y miró el anuncio.

Representábase *El Juicio de París*, baile pantomímico en tres actos de M. Gardel, hijo del maestro de baile de María Antonieta, que más tarde llegó a ser director de los bailes del emperador.

—¡*El Juicio de París!*!, murmuró el poeta mirando fijamente el anuncio como para grabar en su imaginación el significado de estas palabras.

Y por más que se repetía las sílabas que componían el título del baile, parecíanle vacías de sentido, tanto le costaba a su imaginación olvidar los recuerdos terribles que la embargaban, para hacer plaza a la obra sacada por M. Gardel hijo, de *La Iliada* de Homero.

¡Qué extraña época aquella! En un mismo día, se podía ver condenar por la mañana, asistir a una ejecución a las cuatro, y a un baile por la noche, corriendo a la vez el peligro de subir al cadalso a la vuelta de tales emociones.

Hoffmann comprendió que si otra persona no le decía lo que se representaba, no llegaría nunca a saberlo y que acaso se volvería loco ante el cartel.

Acercose pues a un señor grueso que iba detrás de todos con su mujer, pues en todos tiempos a los hombres gruesos les ha dado la manía de ir detrás de todos con sus mujeres, y le dijo:

—Caballero, ¿qué hacen esta noche?

—¿Pues no lo veis en el cartel?, respondió el hombre grueso; representan *El Juicio de París*.

—*El Juicio de París*... repitió Hoffmann. ¡Ah!, sí, ya sé lo que es el juicio de París.

El señor grueso miró a aquel extraño preguntón encogiéndose de hombros con el más profundo desprecio hacia aquel joven que en plena moda mitológica había podido olvidar un instante lo que era el juicio de París.

—¿Queréis el argumento del baile, ciudadano?, dijo un vendedor de libretos acercándose a Hoffmann.

—Sí, dadme.

Era para nuestro héroe una prueba más de que iba al espectáculo, y tenía necesidad de tales pruebas.

Abrió el libreto y lo hojeó.

Estaba elegantemente impreso en hermoso papel blanco y precedido de un prólogo del autor.

—¡Qué cosa tan maravillosa es el hombre!, pensó Hoffmann mirando las pocas líneas del prólogo, que no había leído aún, pero que iba a leer; y de qué manera, al mismo tiempo que forma parte de la masa común de los hombres, prosigue solo, egoísta e indiferente, por el camino de sus intereses y de sus ambiciones. Y sino, ahí está M. Gardel, que ha hecho representar este baile el 5 de Marzo de 1793, es decir, seis semanas después de la muerte del rey, seis semanas después de uno de los más grandes acontecimientos del mundo; pues bien, el día en que este baile se ha representado, él ha sentido emociones particulares en medio de las emociones generales; le ha latido el corazón cuando han aplaudido; y si en tal momento se le hubiese ido a hablar de este acontecimiento que tenía aún conmovido el mundo y se le hubiese nombrado al rey Luis XVI, hubiera exclamado: Luis XVI, ¿de quién estáis hablando? Después, como si a partir del día en que ha estrenado su obra la tierra entera

sólo debiera preocuparse de ese acontecimiento coreográfico, le ha puesto un prólogo a su pantomima. Vamos a ver, leamos su prólogo y veamos si olvidando la fecha del día en que se escribió, noto transparentarse en algún lado los sucesos que ocurren en torno.

Apoyose Hoffmann en la baranda del teatro y he aquí lo que leyó:

«He notado siempre en los bailes pantomímicos que las decoraciones y los divertimientos variados y agradables eran lo que más atraía la multitud y causaba su entusiasmo».

—Preciso es confesar que es curiosa, muy curiosa la observación, pensó Hoffmann sin poder reprimir una sonrisa a la lectura de esa primera candidez. ¡Cómo!, ha notado que lo que más gusta en los bailes, son las decoraciones y los divertimientos agradables y variados. Pues no deja de ser esto cortés y oportuno para los señores Haydn, Pleyel y Mehul que han compuesto la música del *Juicio de París*. Prosigamos.

«Atento a esta observación, decidí buscar un argumento que ofreciera ocasión de lucirse a las notabilidades coreográficas que sólo posee el teatro de la Opera de París y me permitiese al propio tiempo desenvolver las ideas que me fuera sugiriendo la casualidad. La mitología es el inagotable campo que un maestro de baile debe cultivar; terreno no exento de espinas, sin duda, pero hay que saberlas arrancar para coger las rosas».

—¡Hola!, ¡hola!, exclamó Hoffmann; he aquí una frase digna de conservarse en marco de oro. Sólo en Francia se escriben semejantes cosas.

Y se puso a mirar el *libretto*, disponiéndose a proseguir la interesante lectura que empezaba a alegrarle; pero su espíritu, alejado un instante de su verdadera preocupación, volvía a ella poco a poco; las letras se enredaron bajo los ojos del meditabundo joven, dejó caer la mano que sostenía el *Juicio de París*, fijó en tierra los ojos, y murmuró:

—¡Pobre mujer!

Era la sombra de la señora Du Barry que volvía nuevamente a cruzar por la memoria del joven.

Sacudió entonces la cabeza como para arrojar violentamente las sombrías realidades, y guardando en su bolsillo el *libretto* de M. Gardel hijo, tomó un asiento y entró en el teatro.

La sala estaba llena, resplandeciente de flores, pedrerías, seda y hombros desnudos. Resonaba dentro un inmenso zumbido, parecido al rumor que harían un millar de moscas encerradas en un cucurucho de papel, conjunto de frívolas habladurías que dejan en el ánimo la misma huella que las alas de las mariposas en los dedos de los niños.

Hoffmann tomó un asiento de orquesta, y dominado por la ardiente atmósfera de la sala, llegó a creer un instante que estaba allí desde la mañana y que el sombrío espectáculo que miraba sin cesar su pensamiento, era una ilusión y no una realidad. Entonces su memoria que, como la memoria de todos los hombres, tenía dos cristales reflectores, uno en el corazón, otro en la mente, se volvió poco a poco llevada de más alegres impresiones hacia la tierna joven que había dejado en su país, y cuyo medallón sentía latir, como otro corazón, junto al suyo. Miró a todas las mujeres que le rodeaban, aquellos blancos hombros, aquellos cabellos rubios o negros, aquellos modelados brazos, aquellas manos jugando con un abanico o arreglándose con gracia las flores del tocado, y sonrió para sí pronunciando el nombre de Antonia, como si este nombre hubiera bastado para desvanecer toda comparación entre su amada y las mujeres que se encontraban allí y transportarle a un mundo de recuerdos mil veces más encantadores que todas aquellas realidades, por hermosas que fuesen. Después, como si aún esto no fuera bastante, como temiendo que el retrato, que a través de la distancia reflejaba su pensamiento, se desvaneciese, Hoffmann deslizó suavemente la mano en su pecho, cogió el medallón como una niña tímida coge un pájaro en su nido, y después de haberse cerciorado de que nadie le podía ver y manchar con una mirada profana la tierna imagen que tenía en la mano, la sacó, la adoró un instante con la mirada, la besó, y ocultola de nuevo junto a su corazón, sin que nadie pudiera adivinar la alegría que acababa de tener aquel joven espectador de pálido rostro y negros cabellos, con sólo meterse la mano en el bolsillo.

En este momento sonaba la señal de empezar, y las primeras notas de la obertura comenzaron a correr alegremente por la orquesta como los pinzones quimeristas por un bosquecillo.

Sentose Hoffmann, y tratando de ser un hombre como todo el mundo, es decir un atento espectador, púsose a escuchar con toda el alma.

Pero a los cinco minutos ya no escuchaba ni quería hacerlo; no con música como aquella se fijaba la atención de Hoffmann; tanto más cuanto que la oía dos veces, en atención a que un espectador vecino, asiduo concurrente sin duda a la ópera, y admirador de los señores Haydn, Pleyel y Mehul acompañaba con voz de falsete, y con mucha afinación, las diferentes melodías de los citados profesores. El dilettante seguía la música no sólo con los labios, sino con los dedos, golpeando a compás y muy diestramente por cierto la caja de tabaco que tenía en la mano.

Hoffmann, llevado de su hábito de curiosear, que es naturalmente la primera cualidad de todos los observadores, se puso a examinar aquel



personaje que se formaba una orquesta particular dentro de la orquesta general.

Y en verdad que merecía examen el personaje.

Figuraos un hombrecito con casaca, chaleco y pantalón negros, camisa y corbata blancas, pero de un blanco más que blanco, casi tan molesto para los ojos como el reflejo plateado de la nieve. Poned en la muñeca de ese hombrecito, encima de sus manos flacas, transparentes como la cera y destacándose sobre los pantalones negros como si estuvieran alumbradas al trasluz, boca-mangas de fina batista planchadas con el mayor cuidado y ligeras como hojas de lirio, y tendréis el conjunto del cuerpo.

Observad ahora la cabeza, observadla como Hoffmann, no sólo con curiosidad, sino con asombro. Figuraos un rostro ovalado, de frente pulida como el marfil, ornada de escasos y leonados cabellos, crecidos a trechos como los matorrales en una llanura. Suprimid las cejas, y debajo abrid dos agujeros donde encajen dos ojos fríos como el vidrio, fijos siempre, inanimados, sin la rutilante luz que Dios puso en la mirada como chispa del hogar de la vida; ojos azules como el zafiro, sin ternura, pero tampoco sin dureza; ojos, en una palabra, que ven pero no miran. Añadid a eso una nariz seca, delgada, larga y puntiaguda; una boca pequeña de labios entreabiertos sobre dientes nada blancos del mismo color de cera que la piel, una barba puntiaguda, afeitada con el mayor cuidado, juanetes salientes, mejillas hundidas cada una con una cavidad donde cabía una nuez; tales eran los rasgos característicos del espectador vecino de Hoffmann.

Podía aquel hombre tener lo mismo cincuenta años que treinta. Hubiera podido tener ochenta, y no pareciera extraño; y doce también sin parecer inverosímil. Tan extraordinario era, que se diría nació como estaba; no había sido joven ni podía ser más viejo ya.

Tocando su piel se hubiese experimentado la misma sensación de frío que tocando la piel de una serpiente o de un muerto.

Fuera de esto, era el extraño espectador muy aficionado a la música.

De cuando en cuando plegaba su boca una mueca de voluptuosidad; tres pliegues idénticos se dibujaban a cada lado en la extremidad de los labios, hasta que se borraban gradualmente, como los círculos producidos por una piedra en la superficie del agua.

Hoffmann no se cansaba de mirar a aquel hombre que sentía que le observaban, pero que no por esto se movía. Esta inmovilidad era tal, que nuestro poeta que tenía ya en aquella época el germen de la imaginación que debía crear a *Copelio*, apoyó entrambas manos en el respaldo de la luneta,

inclinó su cuerpo hacia adelante, y, volviendo a la derecha la cabeza, procuró ver de cara al extraño personaje que no había visto más que de perfil.

El hombrecito miró a Hoffmann sin asombro, le sonrió, hízole un pequeño saludo amistoso y continuó fijando la vista en el mismo punto, punto invisible para los demás, sin olvidarse de continuar acompañando la orquesta.

—¡Qué raro!, se dijo Hoffmann volviéndose a incorporar, yo hubiera apostado que estaba muerto.

Y como si, aun cuando había visto mover a su vecino la cabeza, el joven no se convenciera de que estuviera animado lo restante del cuerpo, miró nuevamente las manos de ese personaje. Una cosa notó entonces y fue que en la caja de tabaco con la cual jugueteaban sus dedos, y que era de ébano, brillaba un cráneo en diamantes.

Aquel día, por lo visto, estaba de Dios que todo se ofreciera a Hoffmann bajo fantástico aspecto. Resuelto a llevar hasta el fin sus investigaciones, clavó los ojos en la caja de tabaco y se encorvó, para mirarla, hasta besar las manos del dueño.

El hombrecillo, viendo que tanto le interesaba, se la entregó para que pudiera examinarla a sus anchas.

Hoffmann la tomó, la volvió y revolvió veinte veces y por fin la abrió, ¡estaba llena de tabaco!

## X. Arsenia

---

**D**espués de haber examinado la caja de tabaco con la mayor atención, Hoffmann se la devolvió a su propietario dándole gracias con mudo ademán, al cual contestó el propietario en la misma forma, muy cortés y silencioso.

—Veamos ahora si habla, se preguntó Hoffmann; y volviéndose hacia su vecino, le dijo:

—Suplicóos que os sirváis disimular mi indiscreción, pero esta cabecita de muerto en diamantes que orna vuestra caja, me había admirado desde el principio; no deja de ser un adorno raro en una caja de tabaco.

—En efecto, creo que es la única que existe, replicó el desconocido con voz metálica cuyo timbre recordaba el ruido de las monedas que se apilan una sobre otra; me la regalaron unos herederos agradecidos, a cuyo padre asistí.

—¿Sois médico?

—Sí señor.

—¿Y curasteis al padre de esos herederos?

—Al contrario, tuvimos la desgracia de perderle.

—Ya me explico ahora la palabra: gratitud.

El médico se echó a reír.

Sus respuestas no le impedían tararear, y mientras iba tarareando:

—Sí, añadió, creo que maté a aquel anciano.

—¿Cómo?

—Sí, quise hacer en él el ensayo de un remedio nuevo, y al cabo de una hora había muerto. ¡Fue gracioso el lance!

Y volvió a tararear.

—¿Parece que sois aficionado a la música?, le preguntó Hoffmann.

—A esta sobre todo, sí señor.

—¡Diablo!, pensó Hoffmann; ese hombre yerra en música como en medicina.

En aquel momento se alzaba el telón.

El extraño doctor tomó un polvo y se recostó lo más cómodamente que pudo en la butaca, como hombre que nada quiere perder del espectáculo.

Sin embargo, dijo a Hoffmann como reflexionando:

—¿Sois alemán, verdad?

—En efecto.

—Lo he conocido en el acento. ¡Buen país, detestable acento!

Hoffmann se inclinó ante esa frase compuesta de un cumplido y de una crítica.

—Y habéis venido a Francia, ¿a qué?

—A ver.

—¿Y qué habéis visto?

—He visto guillotinar.

—¿Estuvisteis hoy en la plaza de la Revolución?

—Sí.

—¿Entonces habéis asistido a la muerte de la Du Barry?

—Sí, exclamó Hoffmann con un suspiro.

—La he conocido mucho, prosiguió el doctor con una mirada confidencial que daba a la palabra *conocido* todo su valor, ¡hermosa mujer, a fe mía!

—¿La habéis asistido también alguna vez?

—No, pero he asistido a su negro Zamora.

—El miserable, según me han dicho, ha denunciado a su ama.

—En efecto, ese negrecillo era un exaltado patriota.

—Con él debíais haber hecho lo que con el viejo, quiero decir, el anciano de la caja de tabaco.

—¿Y para qué, si no había heredero de por medio?

Y de nuevo apareció en sus labios la sonrisa.

—Y vos, caballero, ¿no habéis asistido también a la ejecución?, replicó Hoffmann que se sentía arrastrado por irresistible necesidad a hablar de la pobre criatura cuya sangrienta imagen no le abandonaba nunca.

—No. ¿Estaba flaca?

—¿Quién?

—La condesa.

—No puedo decíroslo, caballero.

—¿Por qué?

—Porque la he visto por primera vez en la carreta.

—Tanto peor. Hubiera querido saberlo, porque la he conocido muy gruesa; iré mañana a ver el cadáver. ¡Ahí mirad, mirad esto!

Y al mismo tiempo el doctor señalaba el escenario donde, en aquel instante, Vestris, en el papel de París, aparecía sobre el monte Ida y hacía mil tonterías con la ninfa Cenone.

Hoffmann miró lo que le señalaba su vecino, pero después de haberse asegurado que el sombrío médico estaba realmente atento a la escena y que lo que acababa de decir no había dejado huella ninguna en su espíritu.

—Curioso sería ver llorar a ese hombre, se dijo.

—¿Conocéis el argumento del baile?, replicó el doctor después de algunos minutos de silencio.

—No señor.

—¡Oh!, es muy interesante, hay situaciones lo más patéticas que podáis imaginaros. A un amigo mío y a mí nos hizo llorar la otra noche.

—¡Un amigo suyo!, murmuró el poeta; ¿qué clase de amigos puede tener ese hombre? Debe ser un sepulturero.

—¡Ah!, ¡bravo, bravo, Vestris!, gritó el hombrecito palmoteando.

El médico había escogido para manifestar su admiración el momento en que París, como decía el librito que Hoffmann había comprado en la puerta, coge su dardo y vuela al socorro de los pastores que huyen atemorizados ante un león.

—No soy curioso, pero hubiera deseado ver al león.

Así terminaba el primer acto.

Entonces el doctor se levantó, volvióse de espaldas al escenario, se recostó en la luneta colocada delante la suya, y, sacando un antejo, comenzó a mirar a las mujeres que había en el salón.

Hoffmann seguía maquinalmente la dirección del antejo, y notaba con asombro que la persona en quien se fijaba, se estremecía instantáneamente y volvía enseguida los ojos hacia el que la miraba, como si se hubiese sentido arrastrada por una fuerza invisible. Así guardaba esta posición hasta que dejaba el doctor de mirarla.

—¿También es regalo de un heredero?, preguntó Hoffmann.

—No, fue un regalo del señor de Voltaire.

—¿Le habéis conocido?

—Mucho, éramos muy amigos.

—¿Erais su médico?

—No creía en la medicina; verdad es que no creía tampoco en gran cosa.

—¿Es cierto que murió sin confesión?

—¡Él, caballero, él, Arouet!... ¡Toma!, no sólo no se confesó, sino que recibió bonitamente al sacerdote que iba a asistirle. Puedo contároslo con todos sus pormenores, como que estaba allí.

—¿Y qué pasó?

—Arouet iba a morir. Tersac, su cura, llega, y le dice de pronto como hombre que no tiene tiempo que perder: ¿Reconocéis la trinidad de Jesucristo?

—Señor mío, dejadme morir en paz, os lo suplico, le responde Voltaire.

—Permitidme, continúa Tersac, importa que yo sepa si reconocéis a Jesucristo como hijo de Dios.

—Idos en nombre del diablo, exclamó Voltaire arrimándole un puñetazo. Y espiró. ¡Cómo me reí yo entonces, cómo me reí!

—En efecto, estuvo gracioso, exclamó Hoffmann con desdén, y así debía morir el autor de *La Doncella*.

—¡Ah!, sí, *La Doncella*, exclamó el hombre negro, ¡qué obra maestra!, caballero, ¡qué cosa más admirable! Sólo un libro conozco que pueda rivalizar con él.

—¿Cuál?

—*Justina*, del señor de Sades. ¿Habéis leído vos la *Justina*?

—No señor.

—¿Y nada tampoco del marqués de Sades?

—Tampoco.

—Pues mirad, caballero, replicó el doctor con entusiasmo: *Justina* es lo más inmoral que pueda leerse, obra del género de Crebillon hijo, maravillosa, en fin. He asistido a una joven que la había leído.

—¿Y qué ha muerto como vuestro anciano?

—Sí, pero murió muy feliz.

Y la mirada del médico chispeó de contento al recuerdo de las causas de esta muerte.

Diose la señal del acto segundo, cosa que no le supo mal a Hoffmann porque le espantaba su vecino.

—¡Ah!, exclamó el doctor sentándose y con una sonrisa de satisfacción, vamos a ver a Arsenia.

—¿Y quién es Arsenia?

—¿No la conocéis?

—No señor.

—¡Pues entonces no conocéis nada, joven! Arsenia es... Arsenia, con lo que está dicho todo; ¡oh!, ya veréis ¡ya veréis!

Y antes que la orquesta hubiera dado una nota, el médico había ya empezado a tararear la introducción del acto segundo.

Levantose el telón.

*El teatro representaba un valle de flores y de verdura, atravesado por un riachuelo que nacía al pie de una roca.*

Hoffmann dejó caer la cabeza entre las manos.

Decididamente, lo que veía, lo que oía, no lograba distraerle del doloroso pensamiento y lúgubre recuerdo que le habían conducido allí.

—¿Y qué cambio hubiera podido producir?, pensaba, volviéndose a sentir embargado por las impresiones del día, ¿qué cambio hubiera podido producir en el mundo dejar con vida a la pobre mujer? ¿Qué mal había en que ese corazón continuara latiendo y su boca respirando? ¿Qué desgracia hubiera sobrevenido? ¿Por qué interrumpir bruscamente todo esto? ¿Con qué derecho suspender la vida en mitad de su carrera? Estaría tan bien en medio de todas esas mujeres; y no que ahora su pobre cuerpo, el cuerpo que fue amado de un rey, se pudre en el fango de un cementerio, sin flores, sin cruz, mutilado. ¡Y cómo gritaba, Dios mío, y cómo gritaba! Y, de pronto...

Hoffmann ocultó la frente entre ambas manos.

—¿Y qué hago yo aquí?, se dijo. ¡Oh!, ¡me voy, me voy!

Y se disponía en efecto a irse, cuando, levantando la cabeza, vio en la escena a una bailarina que no había salido en el primer acto, y que el teatro entero miraba bailar, sin moverse, sin respirar apenas.

—¡Oh!, ¡qué hermosa es esa mujer!, exclamó Hoffmann en voz alta, de forma que sus vecinos y la misma bailarina pudieron oírle.

La que había despertado tan súbita admiración miró al joven, que, a pesar suyo dejó escapar aquellas palabras, y Hoffmann se figuró y creyó ver que le daba gracias con su mirada.

Ruborizose y se estremeció como si le hubiera tocado una chispa eléctrica.

Arsenia, porque era ella, es decir, la bailarina cuyo nombre había pronunciado el viejecito.

Arsenia era realmente lo que se llamaba una admirable criatura de una belleza en verdad excepcional.

Era alta, admirablemente formada, y de una palidez transparente bajo el colorete que cubría sus mejillas. Sus pies eran pequeñitos, y cuando caía sobre las tablas, hubiérase dicho que la punta del pie reposaba sobre una nube; ni el

más leve rumor se oía. Su talle era delgado, esbelto; ni una culebra se arquea como se arqueaba ella.

Cada vez que, cimbreándose, se inclinaba hacia atrás, hubiérase podido creer que su corsé iba a romperse, y adivinábase en la energía de su danza y el aplomo de su cuerpo, la satisfacción de una belleza completa y la ardiente naturaleza que, como la de la Mesalina antigua, puede fatigarse, pero no saciarse. No se sonreía como sonríen ordinariamente las bailarinas; sus labios de púrpura no se entreabrían casi nunca, y no porque tuviesen que ocultar pésimos dientes, no, pues en la sonrisa que dirigiera a Hoffmann cuando tan ingenuamente la había admirado en voz alta, nuestro poeta había podido ver una doble hilera de perlas tan blancas, tan puras, que sin duda las ocultaba tras de sus labios para que el aire no las empañase. En sus cabellos negros y brillantes, con azulados reflejos, se enroscaban anchas hojas de acanto, y colgaban racimos de uvas cuya sombra jugueteaba sobre sus desnudos hombros. Los ojos eran rasgados, límpidos, negros, brillantes hasta el punto de iluminarlo todo a su alrededor, y aun en la oscuridad, Arsenia hubiera bastado a iluminar el sitio en que bailaba. Lo que daba aún mayor originalidad a esta joven, es que, sin motivo alguno, llevaba en su papel de ninfa, porque hacía, o mejor bailaba en un papel de ninfa, llevaba, decimos, un collarcito de terciopelo negro cerrado por un broche de diamantes, que relumbraban en todas direcciones.

El médico miraba a esta mujer con el alma absorta, sin pestañear, sin respirar.

Entonces pudo notar Hoffmann una cosa curiosa; ya se dirigiera a la derecha, ya a la izquierda, hacia adelante o hacia atrás, nunca los ojos de Arsenia abandonaban la línea de los ojos del doctor; existía visible correlación entre ambas miradas. Aún más; Hoffmann veía, y muy distintamente, los rayos que lanzaba el collar de Arsenia, y los de la cabeza de muerto del doctor, encontrarse a medio camino, en línea recta, chocar, rechazarse y brotar en el punto de intersección como un surtidor formado de millares de chispas blancas, rojizas y doradas.

—¿Quisierais hacerme el obsequio de prestarme vuestro antejo, caballero?, dijo Hoffmann sin volver la cabeza, porque también le era a él imposible dejar de mirar a Arsenia.

El doctor extendió la mano hacia Hoffmann sin moverse un punto, de manera que las manos de los dos espectadores se buscaron por algunos



instantes en el vacío antes de encontrarse.

Hoffmann cogió por fin el anteojo y miró.

—¡Es extraño!, murmuraba.

—¿Qué?, preguntó el doctor.

—Nada, nada, respondió Hoffmann, que quería consagrar toda su atención a lo que veía.

Y lo que veía era en efecto extraño.

El anteojo acercaba de tal manera los objetos a sus ojos, que dos o tres veces Hoffmann extendía la mano creyendo coger a Arsenia que no parecía estar al cabo del cristal que la reflejaba, sino entre los dos cristales del anteojo. Nuestro alemán no perdía ningún detalle de la belleza de la bailarina, y sus miradas, ya tan ardientes de lejos, ceñían su frente con aureola de fuego y hacían hervir la sangre en las venas.

El alma del joven se rebullía vivamente agitada en su cuerpo.

—¿Qué mujer es esa?, dijo con voz débil sin dejar el anteojo y sin moverse.

—Es Arsenia, ya os lo he dicho, replicó el doctor cuya mirada inmóvil estaba clavada en la bailarina.

—¿Esa mujer tendrá sin duda un amante?

—Sí.

—¿A quien ama, sin duda?

—Así se dice.

—¿Y es rico?

—Muy rico.

—¿Quién es?

—Mirad los palcos bajos de la escena, a la izquierda.

—No puedo volver la cabeza.

—Haced un esfuerzo.

Hoffmann hizo un esfuerzo tan doloroso que soltó un grito, como si los nervios de su cuello se hubiesen petrificado y roto con aquel movimiento.

Miró al palco bajo indicado.

En este palco bajo no había más que un hombre, pero este hombre acurrucado como un león sobre el antepecho de terciopelo, parecía llenar por sí solo toda la parte aquella del proscenio.

Tendría unos treinta y tres años; el rostro, surcado por las pasiones; hubiérase dicho que no las viruelas, sino la erupción de un volcán abrió tan tremendos surcos en aquella tierra removida, que tal parecía su cutis; los ojos, antes pequeños, miraban con las pupilas dilatadas, como si para ellos se hubiese rasgado repentinamente el velo que oculta los misterios de la vida; ora

inertes y vacíos, como un cráter apagado, ora relumbrantes, convivas llamaradas, como un cráter en erupción.

—¡Oh!, exclamó Hoffmann; ¿pero es un hombre?

—¡Vaya!, un hombre, respondió el mediquillo; sí, es un hombre, y lo que se llama todo un hombre.

—¿Quién es?

—¿No le conocéis?

—No. ¡Si ayer llegué!

—Pues es Danton.

—¡Danton!, exclamó Hoffmann estremeciéndose. ¿Y es el amante de Arsenia?

—Su amante.

—¿Y sin duda la ama?

—Con locura. Como que está ferozmente celoso.

Pero por interesante que fuese ver a Danton, Hoffmann volvió a clavar los ojos en Arsenia, cuya danza silenciosa ofrecía fantástica apariencia.

—Permitidme otra pregunta, caballero.

—Hablad.

—¿Qué forma tiene el broche que cierra su collar?

—Es una guillotina.

—¡Una guillotina!

—Sí. Las hacen preciosas y todas nuestras elegantes llevan una al menos. La de Arsenia es regalo de Danton.

—¡Una guillotina!, ¡una guillotina al cuello de una danzante!, repetía Hoffmann que sentía hervir su cerebro; ¡una guillotina!, ¿y por qué?...

Y nuestro alemán, que parecía loco, alargaba los brazos ante él como para coger un cuerpo, pues por un efecto extraño de óptica, la distancia que le separaba de Arsenia se estrechaba por momentos, y le parecía sentir el aliento de la bailarina, y oír la ardiente respiración de aquel pecho, cuyos senos, medio desnudos, se henchían voluptuosamente. Hoffmann había llegado a aquel estado de exaltación en que se respira fuego, y los nervios parecen próximos a estallar.

—¡Basta!, ¡basta!, dijo.

Pero la danza continuaba y la alucinación era tal, que la imaginación de Hoffmann fundía en una sola las dos más fuertes impresiones de aquel día: aquel espectáculo, con el recuerdo de la plaza de la Revolución; y tan pronto

creía ver a la Du Barry, pálida y con la cabeza cortada, danzaren lugar de Arsenia, como a Arsenia llegar bailando hasta el pie de la guillotina y caer en brazos del verdugo.

Flores y sangre, estertor de agonía y música alegre, muerte y vida, todo se revolvía y mezclaba en su mente.

Pero con más fuerza que todo, le embargaba la eléctrica fascinación de aquella hermosura. Cada vez que aquellas dos delicadas piernas pasaban por delante de sus ojos y la falda transparente se levantaba algo más, estremecíase su ser: y con los labios secos y el aliento abrasador, sentía vaciarse en sus venas el deseo, como se siente a los veinte años.

En tal estado, Hoffmann no tenía más que un refugio, el retrato de Antonia, el medallón que llevaba sobre su pecho, el amor puro enfrente del amor sensual, la fuerza del casto recuerdo en lucha con la exigente realidad.

Cogió el retrato y lo llevó a sus labios; pero, apenas había hecho este movimiento, cuando oyó la zumbona risita de su vecino que con aire burlón le miraba.

Entonces Hoffmann, ruborizándose, volvió a esconder el medallón, y, levantándose como obligado por un resorte:

—Dejadme salir, exclamó, dejadme salir; no podría permanecer aquí por más tiempo.

Y como un loco, dejó la orquesta, pisando los pies, golpeando las piernas de los tranquilos espectadores que maldecían al original aquel a quien le daba el capricho de salirse en mitad del baile.

## XI. La segunda representación del juicio de Paris

---

**P**ero la impetuosidad de Hoffmann no le arrastró muy lejos. Al llegar a la esquina de la calle de San Martín, se detuvo.

Jadeante, sudoroso, pasose la mano izquierda por la frente, apoyó la mano derecha sobre su pecho y respiró.

En aquel momento tocáronle en el hombro.

¡Se estremeció!

—¡Ah!, ¡es él!, dijo una voz.

Se volvió Hoffmann y soltó un grito.

Era su amigo Zacarías Werner.

Los dos jóvenes se abrazaron conmovidos.

Cruzáronse enseguida estas dos preguntas:

—¿Que haces aquí?

—¿Dónde vas?

—He llegado ayer, dijo Hoffmann, he visto guillotinar a la Condesa Du Barry, y para distraerme he venido a la ópera.

—Pues yo hace, como sabes, seis meses que estoy aquí, cinco hace que estoy viendo guillotinar cada día veinte o veinte y cinco personas, y, para distraerme voy al juego.

—¡Ah!

—¿Vienes conmigo?

—No, gracias.

—Haces mal, estoy de suerte; y con la que tú tienes harías fortuna. Debes fastidiarte horriblemente en la ópera, tú que estás acostumbrado a la verdadera música; ven conmigo, yo te la haré oír buena.

—¿Música?

—Sí; la del oro. Sin contar que allí todos los placeres se hallan reunidos: mujeres encantadoras, cenas deliciosas, un juego de mil diablos.

—Gracias, amigo mío, pero me es imposible; una promesa, más aún, un juramento... me lo impide...

—¿A quién?

—A Antonia.

—¿La has visto?

—La amo, amigo mío, la adoro.

—¡Ah!, ya comprendo, esto retardó tu viaje. ¿Y qué le has jurado?

—Le he jurado no jugar, y...

Hoffmann vaciló.

—¿Y qué más?

—¡Y serle fiel, balbuceó!

—Entonces no te aconsejo ir al 113.

—¿Y qué es el 113?

—La casa de que hablaba hace poco; yo, como nada he jurado, allá voy. Adiós, Teodoro.

—Adiós, Zacarías.

Y Werner se alejó mientras Hoffmann permanecía clavado en su sitio.

Cuando Werner estuvo a cien pasos, Hoffmann se acordó de que había olvidado pedir las señas de su casa a Zacarías, y que la única indicación que éste le había dado, era la de la casa de juego.

El número 113 había quedado escrito en el cerebro de Hoffmann como sobre la puerta de la casa fatal, ¡en cifras de fuego!

Sin embargo, lo que acababa de pasar había calmado un tanto los remordimientos de Hoffmann. La naturaleza humana es así; siempre indulgente consigo misma. Acababa de sacrificar el juego a Antonia, y se creía ya libre de su juramento; olvidando que precisamente le tenía clavado allí, junto a la esquina, la tentación de faltar a él. Resolvió adoptar un término medio, y, en lugar de entrar en la sala de la ópera, a lo cual le impelía con todas sus fuerzas su demonio tentador, quedarse y esperar a la puerta del vestuario para ver salir a Arsenia.

Conocía demasiado Hoffmann la topografía de los teatros para no dar pronto con la puerta de los actores. Vio en la calle de Bondy un largo zaguán, alumbrado apenas, sucio y húmedo, por el cual pasaban como fantasmas, hombres de diverso pelaje, y comprendió que por aquella puerta entraban y

salían los pobres mortales a quienes el colorete, la gasa, la seda y las lentejuelas transforman en dioses y diosas.

Corría el tiempo, nevaba; pero Hoffmann estaba tan agitado por aquella extraña aparición rodeada de algo sobrenatural, que no experimentaba la sensación de frío que parecía perseguir a los transeúntes. En vano condensaba en vapores casi palpables el aliento que salía de su boca; no por esto templábase su ardor, ni se secaba su frente. Hay más; apoyado en la pared, había allí permanecido inmóvil, fijos los ojos en el portal; de manera que la nieve que iba cayendo en copos cada vez más espesos, cubría lentamente al joven como un sudario, y le convertía sin sentirlo en estatua.

Por fin, empezaron a salir por aquella boca los primeros a quienes dejan libres los espectáculos, es decir la guardia de noche, enseguida los maquinistas, después la multitud sin nombre que vive del teatro, luego los artistas varones, que suelen vestirse más deprisa que las mujeres, a poco éstas, y por fin la hermosa bailarina que Hoffmann reconoció no sólo por su seductor semblante, sino por el esbelto contoneo de caderas sólo a ella peculiar, y también por el collarcito de terciopelo que ceñía su cuello, y que adornaba la extraña joya, en moda por aquellos días.

Apenas hubo parecido Arsenia en el umbral de la puerta, cuando, aun antes que Hoffmann se moviera, un carruaje se adelantó rápidamente, abrióse la puertezuela y la joven subió tan ligera como si saltara aún por el escenario; una sombra apareció a través de los cristales, que Hoffmann creyó reconocer y que recibió a la hermosa ninfa en sus brazos: enseguida, sin que ninguna voz hubiese designado la dirección al cochero, el carruaje se alejó a galope.

Lo que acabamos de contar en algunas líneas, pasó como una exhalación.

Hoffmann soltó un grito al ver huir el carruaje, se separó de la pared, parecido a una estatua que salta de su nicho, y sacudiendo la nieve de que estaba cubierto, se puso en persecución del carruaje.

Pero éste iba tirado por dos poderosos caballos, y era imposible que el joven lo alcanzara.

Mientras siguió a lo largo del paseo y la calle de Bourbon Villeneuve, entonces de la *Nueva Igualdad*, el joven no lo perdió de vista; pero llegado a la Plaza de la Victoria, entonces de la *Victoria nacional*, torció a la derecha y desapareció a los ojos de Hoffmann.

Perdido el primer impulso, que sostenían el ruido y la presencia del coche, la carrera del joven se debilitó; detúvose un instante en la esquina de la calle nueva de San Eustaquio, apoyose en la pared para tomar aliento, y como ya no oía ni veía nada, orientose creyendo que lo mejor que podía hacer era retirarse a su casa.

No fue cosa tan fácil para Hoffmann el salirse de aquel dédalo de calles que se revuelven y cruzan de la punta de San Eustaquio al muelle de la Ferradle. Finalmente, gracias a las numerosas patrullas que circulaban por las calles, a su pasaporte muy en regla, y a la prueba de que sólo había llegado la víspera, obtuvo de la milicia ciudadana noticias tan precisas que llegó a encontrar su posada y su cuartito, donde se encerró sólo en apariencia, pero en realidad con el recuerdo ardiente de lo que había pasado.

A partir de aquí, embargaron su mente dos visiones, pero una de ellas iba palideciendo, mientras la otra tomaba poco a poco mayor consistencia.

La visión que se borraba, era el pálido y desmelenado rostro de la Du Barry, arrastrada de la Conserjería a la carreta y de la carreta al cadalso.

La visión que iba tomando cuerpo, era el rostro animado y risueño de la hermosa bailarina, saltando del foro del teatro a las candilejas, y de las candilejas a uno y otro lado del escenario.

Hoffmann se valió de todos los esfuerzos imaginables para desembarazarse de esta visión. Sacó sus pinceles de la maleta, y pintó; sacó su violín de la caja y tocó el violín; pidió pluma y compuso versos. Pero los versos que componía, eran en alabanza de Arsenia; la música que tocaba, era el bailable en el cual se le había aparecido y cuyas notas eléctricas la levantaban, como si hubiesen tenido alas; en fin, los bosquejos que hacía, acababan por ser su retrato con aquel mismo collar de terciopelo, extraño adorno fijado al cuello de Arsenia con más extraño broche.

En toda aquella noche, en todo el día siguiente, Hoffmann sólo vio una cosa, o dos, mejor dicho: la fantástica bailarina y el no menos fantástico doctor. Había entre esos dos seres tal correlación, que Hoffmann no comprendía el uno sin el otro. Así es que durante esa alucinación, no era sólo Arsenia, siempre saltando por el proscenio, la figura que más le ofrecía la orquesta sin cesar resonando en sus oídos; no, era el tarareo del doctor y el tamborileo de sus dedos sobre la caja de ébano; después, de cuando en cuando, un rayo pasaba por delante de sus ojos, cegándole con centellantes chispas: el doble rayo que se escapaba de la caja de tabaco del doctor y del collar de la

bailarina; la atracción simpática de la guillotina de diamantes y la cabeza de muerto también en diamantes; la mirada fija del médico que parecía a voluntad atraer y rechazar a la encantadora Arsenia, como atrae y rechaza la serpiente al pájaro que fascina.

Veinte, ciento, mil veces se le ocurrió a Hoffmann la idea de volver a la Opera; mientras no llegó la hora, Hoffmann se había prometido no ceder a la tentación que combatió vivamente, recurriendo primero a su medallón, tratando enseguida de escribir a Antonia; pero el retrato de Antonia parecía mirarle con tal tristeza, que Hoffmann cerraba el medallón apenas lo abría; y las primeras líneas de cada carta que empezaba parecieronle tan mal pergeñadas, que rasgó diez, antes de llegar a la tercera parte de la primera página.

Transcurrió por fin el tercer día, y llegó la hora de abrirse el teatro; dieron las siete, y, a este último llamamiento, Hoffmann, arrastrado como a pesar suyo, bajó corriendo la escalera de su casa, y voló a la calle de San Martín.

Esta vez, en menos de un cuarto de hora; sin tener necesidad de preguntar su camino a nadie; como si un guía invisible se lo hubiese mostrado, en menos de diez minutos llegó a la puerta de la Ópera.

Pero ¡cosa singular! La puerta no estaba llena de espectadores como dos días antes, fuese que un accidente desconocido a Hoffmann hubiese quitado su atractivo al espectáculo, fuese que los espectadores estuviesen ya en el interior del teatro.

Hoffmann dio su escudo de seis libras a la portera, tomó el billete y se precipitó en la sala.

Todo había cambiado. Había sólo media entrada; en lugar de las mujeres encantadoras y los hombres elegantes que esperaba ver, no vio más que mujeres mal vestidas y hombres con carmañola; nada de joyas, nada de flores, nada de senos desnudos hinchándose y deshinchándose bajo la voluptuosa atmósfera de los teatros aristocráticos; hongos y gorros frigos, con enormes escarapelas nacionales; trajes de colores sombríos, un baño de tristeza en los rostros; luego, a los dos lados de la sala, dos bustos repugnantes, dos cabezas llenas de visajes, la una la Risa, la otra el Dolor, —los bustos de Voltaire y de Marat, en fin.

En el proscenio, un agujero apenas alumbrado, una abertura sombría y vacía. —La caverna como la otra noche, pero sin león.



Había en la orquesta dos asientos vacantes y próximos. Hoffmann llegó a uno de esos asientos, el mismo que había ya ocupado.

El otro era el que había ocupado el doctor.

Se representó el primer acto sin que fijara Hoffmann su atención en la orquesta ni en los actores.

La orquesta la conocía ya, y con sólo una vez de oírla, la había apreciado en lo que valía.

Los actores, poco le importaban: no había ido por ellos sino por Arsenia.

Llegó el segundo acto y empezó el baile.

Con la mente, con el alma, con el corazón absortos, aguardaba Hoffmann la llegada de Arsenia.

De repente soltó un grito.

No era Arsenia quien hacía el papel de Flora.

La mujer que se presentaba, era otra, una mujer como todas.

Sintió languidecer su cuerpo, y con profundo suspiro miró en torno.

El hombrecito negro estaba en su sitio; sólo que no llevaba sus hebillas de diamantes, ni sus sortijas de lo mismo, ni su caja de tabaco con el cráneo en la tapa.

Sus aretes eran de cobre, las sortijas de plata dorada, la caja de tabaco de plata falsa.

No tarareaba, ni llevaba el compás.

¿Cómo había ido allí? Hoffmann nada sabía; no le había visto ni llegar, ni le sintió pasar.

—¡Oh!, caballero... exclamó Hoffmann.

—Decid, ciudadano, mi joven amigo, y tuteadme... si es posible, respondió el hombrecito negro, o vais a hacer que me corten la cabeza.

—Pero y ella, ¿dónde está?, preguntó Hoffmann.

—Ahí ¿dónde está? Parece que su tigre que la sigue siempre con la vista, reparó que anteayer había correspondido por señas a un joven de la orquesta. Parece también que el tal joven corrió detrás del coche, pero es lo cierto que ayer rompió el compromiso de Arsenia, y Arsenia no figura en la compañía.

—¿Pero cómo ha permitido el director?...

—Ay, amigo mío, el director desea conservar su cabeza sobre sus hombros, aun cuando sea una cabeza detestable.

—¡Ah! ¡Dios mío!, ¡he aquí por qué está la sala tan triste!, exclamó Hoffmann. ¡He aquí por qué no hay flores, ni piedras preciosas, ni adornos, ni lleváis las hebillas de diamantes, las sortijas y la caja de tabaco de diamantes, y

a ambos lados de la escena, en lugar de los bustos de Apolo y de Terpsícore, han puesto esos dos espantosos bustos!... ¡Puah!

—¿Pero qué diablos estáis diciendo, preguntó el doctor, y dónde habéis visto una sala tal como decís?, ¿cuándo me habéis visto hebillas, cajas, sortijas de diamantes?, ¿dónde estaban los bustos de Apolo y de Terpsícore? ¿Pues no sabéis que hace dos años que las flores no florecen, que trocamos los diamantes por asignados, y tundimos las joyas en el altar de la patria? En cuanto a mí, a Dios gracias, nunca he tenido más hebillas que estas de cobre, ni otras sortijas que esta de plata sobredorada, ni más caja de tabaco que esta pobre caja de plata; estaban aquí, es cierto, los bustos de Apolo y de Terpsícore, pero los amigos de la humanidad vinieron a romper el busto de Apolo y lo reemplazaron por el de Voltaire, y los amigos del pueblo rompieron el busto de Terpsícore y pusieron el del dios Marat.

—¡Oh!, exclamó Hoffmann, ¡imposible! Os digo que anteayer vi un salón perfumado de flores, resplandeciente de ricos trajes, deslumbrador y lleno de hombres elegantes, en lugar de esas haraposas mujeres y esos detestables hombres de la carmañola. Os digo que llevabais hebillas de diamantes en los zapatos, sortijas en los dedos, una cabeza de muerto en diamantes sobre la tapa de la caja de tabaco; os digo...

—Y yo a mi vez os digo, interrumpió el hombrecito negro, que anteayer *ella* estaba allí; que su presencia lo iluminaba todo, que su aliento hacía nacer las rosas, relucir las joyas, brillar los diamantes de vuestra imaginación, que la amáis, joven, y que visteis el teatro a través del prisma de vuestro amor. Como Arsenia no está allí, vuestro corazón ha muerto con el desencanto, y veis harapos, indiana, telas ordinarias, gorros frigos, manos callosas y cabellos grasientos: veis en fin el mundo tal cual es, las cosas tales cuales son.

—¡Oh! ¡Dios mío!, exclamó Hoffmann dejando caer su cabeza entre ambas manos, ¿será verdad?, ¿estará loco?

## XII. El bodegón

---

**H**offmann no salió de este letargo hasta sentir una mano que se posaba sobre su hombro.

Levantó la cabeza. Todo estaba negro y oscuro a su alrededor; el teatro sin luz, se le presentaba como el cadáver del teatro que había visto vivo.

El soldado de guardia se paseaba solo y silencioso como el custodio de la muerte; por lo demás, ni arañas, ni orquesta, ni luces, ni ruido.

Sólo oyó una voz que gritaba:

—Pero ciudadano, ciudadano, ¿qué estáis haciendo ahí?, estáis en la Opera, ciudadano; aquí se duerme, es verdad, pero aquí no se acuesta nadie.

Hoffmann volvió la cabeza, y vio una viejecita que le tiraba del cuello de su sobretodo.

Era la acomodadora del teatro que, no conociendo las intenciones de aquel obstinado espectador, no quería retirarse sin haberle visto salir.

A bien que una vez sacado de su sueño, Hoffmann no opuso la menor resistencia; suspiró y se levantó murmurando la palabra: ¡Arsenia!

—¡Ah!, sí, Arsenia, dijo la viejecita, Arsenia. Vos también, joven, estaréis enamorado de ella como todo el mundo. Es una gran pérdida para la Opera y sobre todo para nosotras las acomodadoras.

—¿Para vosotras?, preguntó Hoffmann, feliz con encontrar alguien a quien hablar de la bailarina; ¿y cómo puede ser una gran pérdida para vosotras el que esté o no Arsenia en el teatro?

—¡Toma!, pues bien fácil es de comprender: cada vez que bailaba, quedaban despachadas todas las localidades, y hacíamos nuestro agosto; en la Opera, ciudadano, todo se paga; se pagaban los bancos, las sillas y los

taburetes de suplemento y esta era nuestra pequeña ganancia. Y digo pequeña ganancia, añadió la vieja con aire malicioso, porque al lado de estas gangas, ya comprenderéis, ciudadano, que había otras mayores.

—¿Otras mayores?

—Sí.

Y la vieja guiñó el ojo.

—¿Y cuáles eran, vamos a ver, buena mujer?

—¡Pues!... las propinas de los que van en busca de noticias, y quieren saber las señas de su casa, o le envían billetitos. Todo tenía su tarifa: tanto por las señas, tanto por los billetes... ya teníamos para alfileres y podíamos ir tirando.

Y la vieja suspiró, como Hoffmann poco ha.

—¡Ah!, ¡ah!, exclamó Hoffmann, ¿con que os encargáis de dar noticias, indicar señas, entregar billetes? ¿Podrías hacerlo ahora?

—¡Ah!, las noticias que podría daros os serían, inútiles; nadie sabe ahora dónde vive Arsenia, y el billete que para ella me dieseis, sería perdido. Sí queréis para otra, la señorita Vestris, la señorita Bigottini, la señorita...

—Gracias, buena mujer, gracias. Yo sólo deseaba saber algo de la señorita Arsenia.

Y sacando un escudo de su bolsillo:

—Tomad; por la molestia que os ha causado despertarme.

Y despidiéndose de la vieja, emprendió a paso lento la dirección del paseo, dispuesto a seguir el mismo camino que la víspera, pero sin guiarle el instinto que a la ida le había encaminado.

Sus impresiones eran muy diferentes, y su modo de andar se resentía de la diferencia de estas impresiones. La primera noche era el de un hombre que ha visto pasar la esperanza y que corre tras ella, sin considerar que Dios le dio anchas alas, para que los hombres no lleguen jamás a alcanzarla.

Iba primero jadeante, alta la frente, los brazos extendidos; esta vez, al contrario, andaba lentamente, como hombre que, después de haberla perseguido en vano, acaba de perderla de vista; la boca cerrada, la frente mustia, los brazos caídos. La otra vez empleó cinco minutos en ir de la puerta de San Martín a la calle Montmartre; entonces tardó más de una hora, y otra hora luego para ir de la calle de Montmartre a su casa; porque, en la especie de abatimiento en que había caído, poco le importaba entrar tarde o temprano, o no entrar.

Dicen que hay un Dios para los borrachos y los enamorados, y este era el Dios que sin duda velaba por Hoffmann; él le hizo evitar las patrullas; él le

hizo encontrar los muelles, luego los puentes, luego su casa donde entró, con grande escándalo de la patrona, a la una y media de la madrugada.

Pero, en medio de su turbación, una lucecita dorada danzaba en el fondo de la imaginación de Hoffmann como un fuego fatuo en la oscuridad de la noche. El médico le había dicho, —suponiendo que este médico existiese, y no fuese engendro de su imaginación, y alucinación de su espíritu—, el médico le había dicho que a Arsenia la sacó del teatro su amante, porque éste tuvo celos de un joven, a quien miró Arsenia con excesiva ternura. Este médico había añadido, además, que lo que había colmado los celos del tirano, es que este mismo joven había corrido desesperadamente detrás del carruaje: ahora bien, el joven este que había cambiado desde la orquesta apasionadas miradas con Arsenia, era él, Hoffmann; el que se había ocultado junto a la puerta del vestuario y corrido desesperadamente detrás del carruaje era él, Hoffmann. Por tanto, Arsenia, había reparado en él, ya que le hacían pagar la pena de su distracción; Arsenia sufría por él; él había entrado en la vida de la hermosa bailarina por la puerta del dolor. ¡Pero había entrado!, y esto era lo principal; incumbencia suya era el permanecer. ¿Pero cómo?, ¿por qué medio?, ¿por qué vía corresponder con Arsenia, darle nuevas suyas, decirle que la amaba? Hubiera sido ya ardua empresa para un parisiense el tratar de encontrar a la hermosa bailarina perdida en tan gran ciudad; cuanto más para Hoffmann llegado apenas hacía tres días y costándole gran trabajo dar con su propia conciencia.

Hoffmann no se dio la pena de buscar; comprendió que sólo la casualidad podía ir en su ayuda. Cada dos días miraba el cartel de la ópera, y siempre tenía el dolor de ver que París sentenciaba en ausencia de la que merecía la manzana con mayor justicia que Venus.

Desde entonces, no pensó en ir más a la ópera.

Por un instante tuvo la idea de ir ya fuese a la Convención, ya a los Franciscanos, seguir los pasos de Danton, y, espiándole día y noche, adivinar dónde había ocultado a la hermosa bailarina. Fue a la Convención, fue a los Franciscanos, pero Danton no estaba; siete u ocho días hacía que Danton no iba; cansado de la lucha que sostenía dos años hacía, vencido por el fastidio más bien que por la superioridad del genio, Danton parecía haberse retirado de la arena política. Decían que se hallaba en su casa de campo, ¿pero dónde estaba esta casa de campo? Nadie lo sabía; unos decían que en Reuil y otros que en Anteuil.

Tan imposible era encontrar a Danton como a Arsenia.

Fácil hubiera sido creer que esta ausencia de Arsenia debía despertar en Hoffmann el recuerdo de Antonia, pero no hubo nada de ello. Hoffmann hacía cuantos esfuerzos pueden darse para recordar a la pobre hija del director de orquesta de Manheim, y, aun cuando un instante, por el poder de su voluntad, lograrse reconcentrar todos sus recuerdos en el gabinete de maese Gottlieb Murr, en breve se desvanecía todo: particiones apiladas sobre las mesas y pianos, maese Gottlieb dando saltitos con su pierna torcida, Antonia tendida sobre el sofá, todo, para hacer lugar a un gran cuadro iluminado en el cual se movían algunas sombras; las sombras tomaban luego cuerpo; después aquellos cuerpos afectaban formas mitológicas: después, en fin, aquellas formas mitológicas, héroes, ninfas, dioses y semidioses, desaparecían ante una sola diosa, la diosa de los jardines, la hermosa Flora, es decir, la divina Arsenia, la mujer del collar de terciopelo y del broche de diamantes, y entonces Hoffmann —se sumergía no en meditación, sino en éxtasis del que no conseguía salir sino lanzándose a la vida real, codeando a los transeúntes por la calle, tomando parte en la baraúnda y en el ruido.

Cuando esa alucinación de que era presa Hoffmann alcanzaba su mayor intensidad, salía, bajaba la cuesta del muelle, tomaba por el Puente Nuevo, y no se detenía nunca hasta el extremo de la calle de la Moneda. Allí, Hoffmann había encontrado un bodegón, un fumadero, punto de reunión de los principales fumadores de la capital. Allí Hoffmann podía creerse en alguna taberna inglesa, en algún lupanar holandés o en alguna mesa redonda alemana: tan densa e irrespirable era la atmósfera, para quien no fuese un fumador de primera clase.

Una vez llegado a la taberna de la Fraternidad, Hoffmann se acercaba a una mesita colocada en el rincón más apartado, pedía una botella de cerveza de la cervecería de Santerre, quien acababa de dimitir, en favor de Henrriot, su grado de general de la guardia nacional de París; cargaba hasta la gola la inmensa pipa que conocemos ya, y se envolvía, en pocos instantes, en nube de humo tan espesa como aquella en que la hermosa Venus envolvía a su hijo Eneas, cada vez que la tierna madre juzgaba urgente sustraer su hijo muy amado a la cólera de sus enemigos.

Ocho o diez días habían transcurrido desde la aventura de Hoffmann en la Opera, y por consiguiente desde la desaparición de la hermosa bailarina; era la una de la tarde, Hoffmann hacía ya media hora que se hallaba en el bodegón, ocupándose con toda la fuerza de sus pulmones en establecer a su alrededor

esa muralla de humo que le separaba de sus vecinos, cuando le pareció distinguir entre el vapor como una forma humana; enseguida, dominando todos los ruidos, parecióle también oír el doble ruido del canturreo y tamborileo habituales al hombrecito negro; creyó ver además que un punto luminoso chispeaba en medio de aquel vapor; abrió sus ojos medio cerrados por dulce soñolencia, y en frente de él, sentado en un taburete, reconoció a su vecino de la Ópera, tanto más, cuanto que aquella vez el fantástico doctor tenía o mejor aparentaba tener, las hebillas de diamantes en sus zapatos, las sortijas de diamantes en los dedos, y el cráneo en la caja de tabaco.

—Bueno, se dijo Hoffmann. Ya me vuelvo loco otra vez.

Y cerró rápidamente los ojos.

Pero cuanto más se esforzaba en no ver, y en no oír, más distinguió nuestro poeta el acompañamiento del canto y el tamborileo de los dedos, tan distintamente, que Hoffmann comprendió que había un fondo de realidad en cuanto observaba y que la diferencia era de más a menos.

Decidióse, por fin, a abrir los ojos; el hombrecito negro continuaba en su asiento.

—Buenos días, joven, dijo a Hoffmann; parece que dormís; tomad un polvo; esto despeja.

Y, abriendo su caja, ofreció tabaco al joven.

Éste alargó maquinalmente la mano, tomó un polvo y lo aspiró.

En el mismo instante le pareció que su mente se iluminaba.

—¡Ahí exclamó!, ¿sois vos, querido doctor? ¡Cuánto me alegro de volveros a ver!

—Si tan contento debía ponerme mi visita, preguntó el doctor, ¿por qué no me habéis buscado?

—¿Y sabía yo acaso donde vivís?

—¡Vaya qué gran obstáculo! En el primer cementerio o que os hubiéseis llegado, os lo hubieran dicho.

—¿Sabía yo acaso vuestro nombre?

—El doctor de la cabeza de muerto; todo el mundo me conoce con este nombre. Luego, un sitio había en el que siempre estabais seguro de encontrarme.

—¿Dónde?

—En la Ópera. Yo soy médico de la Ópera. Bien lo sabéis, puesto que me habéis visto allí dos veces.

—¡Oh!, la Ópera, dijo Hoffmann meneando la cabeza y suspirando.

—¿No volvéis allí?

—No pienso volver más.

—Desde que no está Arsenia encargada del papel de Flora. —Justamente; mientras no baile Arsenia, no volveré.

—Vos la amáis, joven... la amáis.

—Yo no sé si la enfermedad que siento se llama amor, pero sé que si no la vuelvo a ver, o me matará su ausencia o me volveré loco.

—¡Diablo!, mala cosa es volverse loco o morirse y peor morirse; la locura tiene remedio, que la muerte no.

—¿Qué hay que hacer pues?

—¡Toma!, verla...

—¿Verla?

—Sin duda.

—¿Tenéis un medio?

—Puede.

—¿Cuál?

—Aguarda.

Y el doctor púsose a meditar, haciendo guiños y tamborileando con su caja.

Luego, después de un instante, abriendo los ojos y con los dedos suspendidos sobre la tapa:

—¿Sois pintor, me habéis dicho?

—Sí, pintor, músico, poeta.

—No tenemos por ahora más necesidad que de la pintura. —Pero ¿no me explicaréis?...

—Arsenia me ha encargado que le busque un pintor.

—¿Para qué?

—¿Para qué se busca a un pintor? Para hacerse el retrato. ¡El retrato de Arsenia!, exclamó Hoffmann levantándose, ¡oh!, ¡heme aquí, heme aquí!

—¡Silencio! Pensad que soy un hombre grave.

—¡Sois mi salvador!, exclamó Hoffmann abrazando al hombrecito negro.

—¡Juventud!, ¡juventud!, murmuró éste riéndose, como se hubiera reído el cráneo, a ser de tamaño natural.

—Vamos, vamos, repetía Hoffmann.

—Pero necesitaréis una caja de colores, pinceles, lienzo... —De todo tengo en casa.

—Vamos pues, dijo el doctor.

Y ambos salieron del bodegón.



## XIII. El retrato

---

**H**offmann, al salir del bodegón, hizo ademán de llamar a un cochero, pero el doctor dio una palmada sus secas manos, y a este ruido parecido al que hubieran hecho dos manos de esqueleto, se presentó un carruaje cubierto de negro, tirado por dos caballos negros y conducido por un cochero vestido de negro. ¿Dónde estaba este carruaje?, ¿de dónde había salido? Hubiera sido a Hoffmann tan difícil decirlo como difícil a la Cenicienta decir de dónde venía el coche en el cual se dirigió al baile del príncipe Mirliflor.

Un groom, negro no solamente de traje sino de piel, abrió la portezuela. Hoffmann y el doctor subieron, sentáronse uno al lado de otro, y enseguida el carruaje se puso a rodar sin ruido hacia la posada de Hoffmann.

Llegado a la puerta, Hoffmann estuvo dudando si subiría a su casa; presumía que al volver la espalda, el carruaje, los caballos, el doctor y sus dos criados iban a desaparecer como habían aparecido. Pero, bien mirado, ¿a qué fin habían de molestarse, doctor, caballos, carruaje y criado en conducir a Hoffmann del bodegón de la calle de la Moneda al Muelle de las Flores, si esta molestia no hubiese tenido un objeto? Hoffmann, tranquilizado por el simple buen sentido, bajó del carruaje, entró en la posada, subió vivamente la escalera, se precipitó en su aposento, tomó paleta, pinceles y caja de colores, escogió la mayor de sus telas y bajó con la misma prisa con que había subido.

El carruaje continuaba aún en la puerta.

Pinceles, paleta y caja de colores fueron colocados en el interior del carruaje; el groom se encargó de llevar la tela.

Después, el carruaje empezó a rodar con la misma rapidez y el mismo silencio.

A los diez minutos se paró enfrente de un hermoso y pequeño edificio, sito en la calle de Hannover, 15.

Hoffmann miró la calle y el número, para volver, por si acaso, sin necesidad del doctor.

Abrióse la puerta; el doctor era conocido sin duda, porque el portero ni siquiera le preguntó a dónde iba. Hoffmann seguía al doctor, con los pinceles, la caja de colores, la paleta y la tela.

Subieron al cuarto principal, y entraron en una antesala que hubieran podido tomar por el vestíbulo de la casa de un poeta en Pompeya.

Ya se recordará que estaba en moda lo griego en la época de que hablamos; adornaban la antesala de Arsenia pinturas al fresco, y candelabros y estatuas de bronce.

De la antesala, el doctor y Hoffmann pasaron al salón.

El salón era griego como la antesala, con colgaduras de tela de Sedán a 70 francos la vara; solo el tapiz costaba 6000 libras. El doctor mostró el tapiz a Hoffmann; representaba la batalla de Arbelas, copiada sobre el famoso mosaico de Pompeya.

Deslumbrado Hoffmann con aquel lujo desconocido, no comprendía cómo podían hacerse tapices semejantes sólo para darse el gusto de pisarlos.

Del salón se pasaba al gabinete; el gabinete estaba colgado de cachemira. En el fondo, en una especie de alcoba, había una camita baja, en forma de sofá, parecida a aquella sobre la cual Guerin tendió después a Dido escuchando las aventuras de Eneas. Allí debían aguardar el médico y el pintor, según la orden de Arsenia.

—Y ahora, joven, dijo el doctor, que estáis ya introducido, portaos como juzguéis más conveniente. Es inútil decir que si el amante os sorprende aquí, sois hombre perdido.

—¡Oh!, exclamó Hoffmann, que la vuelva a ver, que la vuelva a ver tan sólo, y...

Expiró la frase en los labios de Hoffmann, que permaneció con los ojos fijos, los brazos extendidos, el pecho jadeante.

Una puerta acababa de abrirse, y, detrás de un espejo giratorio, aparecía Arsenia, verdadera divinidad del templo, en el erial se dignaba estar visible para su adorador.

Su traje era el de Aspasia en todo su lujo antiguo, con perlas en los cabellos, el manto de púrpura bordado de oro, el largo vestido blanco ceñido a la cintura por un simple cinturón de perlas, sortijas en los pies y en las manos, y, en medio de todo, el extraño adorno que parecía inseparable de su persona,

el collar de terciopelo de un dedo de anchura apenas, y retenido por el lúgubre broche de diamantes.

—¡Ah!, ¿sois vos, ciudadano, el encargado de hacer mi retrato?, dijo Arsenia.

—Sí, balbuceó Hoffmann; sí, señora, y el doctor ha tenido a bien recomendarme a vos.

Hoffmann miró a su alrededor como para pedir apoyo al médico, pero había desaparecido.

—¿Cómo es eso!, exclamó Hoffmann turbado.

—¿Qué buscáis?, ¿qué pedís, ciudadano?

—Busco, señora, busco... al doctor, a la persona, en fin, que aquí me ha introducido.

—¿Qué necesidad tenéis de vuestro introductor, dijo Arsenia, puesto que ya estáis dentro?

—¿Pero, y el doctor, el doctor?, exclamó Hoffmann.

—¡Vamos!, dijo con impaciencia Arsenia, no vayáis a perder tiempo buscándole. El doctor se ocupa en sus negocios, ocupémonos de los nuestros.

—Estoy a vuestras órdenes, señora, dijo Hoffmann temblando.

—Veamos; ¿consentís en hacer mi retrato?

—¿Si consiento? Me considero el hombre más feliz de la tierra, con semejante favor. Sólo temo que...

—Bueno. Hacedos ahora el modesto. Pues bien, si vos no lo conseguís, llamaré a otro. *Él* se empeña en tener un retrato mío. He visto que me mirabais como hombre que debíais guardar mi semejanza en vuestra memoria, y os he preferido a los demás.

—¡Gracias!, ¡mil veces gracias!, exclamó Hoffmann devorando a Arsenia con los ojos. ¡Oh!, sí, sí, he guardado vuestra imagen en la memoria; ¡aquí, aquí, aquí!

Y apoyó su mano sobre su corazón.

De pronto se tambaleó y palideció.

—¿Qué tenéis?, preguntó Arsenia con visible indiferencia.

—Nada, respondió Hoffmann, nada; comencemos.

Al poner su mano sobre su corazón, había sentido entre su pecho y su camisa, el medallón de Antonia.

—Comencemos, prosiguió Arsenia, fácil es decirlo. Hay que advertir ante todo que *él* no me quiere retratada con ese traje.

Esta palabra *él* que había ya salido una vez de los labios de la hermosa, atravesaba el corazón de Hoffmann como si fuera un alfiler de oro, de los que

llevaba en su prendido la moderna Aspasia.

—Pues, entonces, ¿cómo os quiere *él*?, preguntó Hoffmann con amargura.

—De Erigona.

—Muy bien. El tocado de pámpanos os sentará divinamente.

—¿Os parece?, dijo Arsenia coqueteando. Tampoco creo que la piel de pantera me ponga muy fea.

Y tocó el timbre.

Entró una camarera.

—Eucharis, dijo Arsenia, traed el tirso, los pámpanos y la piel de tigre.

Luego, quitándose los dos o tres alfileres que sostenían su tocado y sacudiendo la cabeza, Arsenia se envolvió en una oleada de cabellos negros que cayó en cascadas sobre sus hombros, saltó sobre sus caderas, y se esparció, espesa y ondulante, hasta llegar al tapiz.

Hoffmann soltó un grito de admiración.

—Jamás, exclamó Hoffmann, había visto cabellos parecidos.

—Por esto quiere *él* que saque partido de ellos, y *hemos* escogido el traje de Erigona que me permite llevarlos sueltos.

Esta vez el *él* y el *hemos* habían herido el corazón de Hoffmann con dos golpes en vez de uno.

Entretanto, Eucharis trajo los racimos, el tirso y la piel de tigre.

—¿Basta esto?, preguntó Arsenia.

—Sí, sí, así creo, balbuceó Hoffmann.

—Bien está, dejadnos solos y no entréis sin que os llame.

La señorita Eucharis salió y cerró la puerta tras ella.

—Y ahora, ciudadano, dijo Arsenia, ayudadme un poco a ponerme este adorno. Es cosa que os atañe porque confío mucho en el capricho y fantasía del pintor para estar hermosa.

—¡Hacéis muy bien!, exclamó Hoffmann. ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡cuán bella vais a estar!

Y cogiendo el sarmiento ciñó con él la cabeza de Arsenia con aquel arte del pintor que da a cada cosa un valor y un reflejo; luego, cogió estremeciéndose al principio y con la punta de los dedos, aquellos largos cabellos perfumados, entrelazándolos con los granos de topacio, y las hojas de esmeralda y de rubíes de la parra de otoño, conforme lo había prometido; bajo su mano, —mano de poeta, de pintor y de amante— la bailarina se embelleció de tal modo, que, al mirarse en el espejo, soltó un grito de alegría y de orgullo.

—¡Oh!, tenéis razón, dijo Arsenia, sí, estoy muy bella, muy bella. — Ahora, prosigamos.

—¿Cómo que prosigamos?, preguntó Hoffmann.

—Es claro; ¿pues y mi traje de bacante?

Hoffmann empezaba a comprender.

—¡Dios mío!, murmuró, ¡Dios mío!

Arsenia desató sonriendo su manto de púrpura que permanecía retenido por un solo alfiler que en vano trató de quitarse.

—Vamos, ayudadme, dijo ella con impaciencia, ¿o será preciso que llame a Eucharis?

—No, no, exclamó Hoffmann.

Y precipitándose hacia Arsenia, le quitó el rebelde alfiler: el manto cayó a los pies de la bella griega.

—¡Ah!, dijo el joven respirando.

—¡Oh!, dijo Arsenia, ¿creéis que esa piel de tigre siente bien sobre ese largo vestido de muselina? Yo no lo creo; y luego *él* quiere una verdadera bacante, no como se las ve en el teatro, sino como en los cuadros de Carrachio y Albano.

—Pero en los cuadros de Carrachio y de Albano, exclamó Hoffmann, las bacantes están desnudas.

—Pues bien, *él* me quiere así, con sólo la piel de tigre que colocaréis como más os guste; a vos os atañe.

Y, mientras decía estas palabras, había desatado su cinturón y quitado el broche de su cuello, de manera que el vestido se deslizaba a lo largo del cuerpo, que dejaba desnudo a medida que iba cayendo de los hombros a los pies.

—¡Oh!, dijo Hoffmann hincando la rodilla, no es una mortal, es una diosa.

Arsenia rechazó con el pie el manto y el vestido.

Luego, tomando la piel de tigre:

—Veamos, dijo, ¿qué hacemos de esto? Pero ayudadme, ciudadano pintor; mirad que no estoy acostumbrada a vestirme sola.

La ingenua bailarina llamaba a esto vestirse.

Hoffmann se acercó tambaleándose, ebrio, deslumbrado, tomó la piel de tigre, abrochó las uñas de oro sobre el hombro de la bacante y la hizo sentarse, o por mejor decir, tenderse sobre el lecho de roja cachemira, donde hubiera parecido una estatua de mármol de Paros sin aquella respiración que henchía su seno, sin la sonrisa que entreabría sus labios.

—¡Oh!, sí, ¡qué hermosa, qué hermosa!, murmuró Hoffmann.

Y sobreponiéndose el amante al pintor, cayó de rodillas y con un movimiento rápido como el pensamiento, tomó la mano de Arsenia y la cubrió de besos.

Arsenia retiró su mano con más asombro que cólera.

—Vamos a ver, ¿qué estáis haciendo?, preguntó al joven.

Díjolo con tal tranquilidad e indiferencia, que Hoffmann se hizo atrás, ocultando entre las manos la frente.

—Nada, nada, balbuceó, perdonadme, me vuelvo loco.

—Sí, en efecto, dijo ella.

—Veamos, ¿por qué me habéis llamado?, preguntó Hoffmann, decid, decid...

—¡Toma!, para que hiciérais mi retrato.

—¡Oh!, es verdad, dijo Hoffmann, sí, tenéis razón, para hacer vuestro retrato no más.

Y con violento esfuerzo de voluntad Hoffmann puso la tela sobre el caballete, tomó la paleta, los pinceles y empezó a diseñar el cuadro embriagador que tenía a la vista.

Pero el artista había contado demasiado con sus fuerzas; cuando vio el voluptuoso modelo, no sólo en su ardiente realidad, sino reproducido por los mil espejos del gabinete; cuando en lugar de una Erigona, se encontró en medio de diez bacantes; cuando divisó en cada espejo repetida una sonrisa embelesadora, reproducidas las ondulaciones de aquel pecho que la piel de tigre no cubría más que a medias, sintió que se pedía de él más de lo que las fuerzas humanas alcanzaban, y tirando paleta y pinceles, arrojose hacia la hermosa bacante, e imprimió sobre su hombro un beso impregnado de tanta rabia como amor.

Pero en el mismo instante abriose la puerta, y se precipitó en el gabinete la ninfa Eucharis gritando:

—¡Él!, ¡él!, ¡él!

Entonces, antes que hubiese tenido tiempo de recobrase, Hoffmann, empujado por las dos mujeres, se vio arrojado del gabinete, cuya puerta se cerró tras él, y esta vez, verdaderamente loco de amor, de rabia y de celos, atravesó tambaleándose el salón, se dejó rodar más bien que bajó por la escalera, y, sin saber cómo había llegado hasta allí, se encontró en la calle. Había olvidado en el gabinete de Arsenia sus pinceles, su caja de colores y su paleta, que poco importaban, y también su sombrero, que podía importar mucho.

## XIV. El tentador

---

**L**o que hacía la situación de Hoffmann más terrible aún, por añadir la humillación al dolor, es que no cabía duda de que le habían llamado a casa de Arsenia no como un hombre en quien fijó ésta la atención en la Ópera, sino pura y sencillamente como un pintor, como una máquina de retratar, como un espejo que refleja el cuerpo que se le presenta. De aquí que Arsenia se desnudase delante de él con la mayor indiferencia; de aquí el asombro cuando él le besó la mano; de aquí la cólera cuando, al darle el beso con que la había enrojecido el hombro, le había dicho que la amaba.

Y, en efecto, ¿no era una verdadera locura en él, simple estudiante alemán, llegado a París con tres o cuatrocientos thalers, es decir, con una suma que ni bastaba a pagar el tapiz de su antesala, no era una locura, repetimos, aspirar a la conquista de la bailarina a la moda, de la querida del pródigo y voluptuoso Danton? La mujer que él trataba de cautivar no se dejaba vencer por el sonido de las palabras sino por el retintín del oro; su amante, no era el que la amaba más, sino el que la pagaba mejor. Presentárase Hoffmann con más dinero que Danton, y a Danton pondrían en la calle, cuando llegase Hoffmann. Pero interinamente lo positivo era que ocurría todo lo contrario: a quien se echaba era a Hoffmann y no a Danton.

Nuestro poeta emprendió el camino de su casa más humillado y triste que nunca. Había conservado la esperanza mientras no se vio en frente de Arsenia; pero lo que acababa de ver, esa indiferencia, ese lujo en medio del cual había encontrado a la hermosa bailarina, y que era no solamente su vida física sino su vida moral, todo esto a menos de caer en manos de Hoffmann una gran

cantidad de dinero, inagotable casi, es decir, a menos de un milagro, hacía imposible para el joven ni aun la esperanza de la posesión.

Así es que entró postrado en su casa; la singular pasión que sentía por Arsenia, puramente física, se había manifestado hasta entonces con los deseos, la irritación, la fiebre, pero a ellos, en aquel instante, sucedió el más profundo desaliento.

Una sola esperanza le quedaba a Hoffmann, la de encontrar al doctor negro y pedirle consejo sobre lo que debía hacer, aun cuando hubiera en aquel hombre algo extraño, fantástico, sobrehumano, que le inducía a creer que tan pronto como con él se acompañaba, salía de la vida real para entrar en una especie de sueño donde no le seguían ni su voluntad ni su libre arbitrio, y donde se convertía en juguete de un mundo que existía para él sin existir para los demás.

A la hora de costumbre volvió al día siguiente a su bodegón de la calle de la Moneda, pero por más que se envolvió en una nube de humo, ningún rostro parecido al del doctor apareció en medio de aquella humareda; por más que cerró los ojos, al abrirlos, nadie vio sentado en el taburete que había colocado junto la mesa.

Ocho días transcurrieron así.

Al octavo, Hoffmann, impaciente, se salió del bodegón de la calle de la Moneda, una hora más pronto de lo que tenía por costumbre, es decir, a eso de las cuatro de la tarde, y por San German-l'Auxerrois y el Louvre, se encaminó maquinalmente a la calle de San Honorato.

Apenas estuvo allí, observó mucha animación y rebullir de gentes hacia el lado del cementerio; iban acercándose a la plaza del Palacio Real. Recordó entonces lo que le sucediera al día siguiente de su entrada en París, y reconoció el mismo ruido, el mismo rumor que le había ya impresionado cuando la ejecución de la condesa Du Barry. En efecto, eran las carretas de la conserjería que cargadas de condenados se dirigían a la plaza de la Revolución.

Ya hemos dicho qué horror causaba a Hoffmann semejante espectáculo como las carretas adelantaban rápidamente, se metió en un café situado en la esquina de la calle de la Ley, volviéndose de espaldas a la calle, cerrando los ojos y tapándose los oídos: los gritos de la Du Barry resonaban aún en el fondo de su corazón. Después, cuando supuso que las carretas habían pasado, volvióse y vio, no con poco asombro, bajar de una silla donde se había empuinado para ver mejor, a su amigo Zacarías Werner.



—¡Werner!, exclamó Hoffmann echándose en brazos del joven; ¡Werner!

—¡Calla!, ¿eres tú?, exclamó el poeta, ¿dónde diablos estabas metido?

—Allí, pero con las manos en los oídos para no distinguir los gritos de esos desgraciados, y con los ojos cerrados para no verlos.

—Pues has hecho mal, querido amigo, dijo Werner; tú eres pintor y el espectáculo te hubiera proporcionado asunto para un cuadro maravilloso. Mira, en la tercera carreta había una mujer encantadora, ¡qué cuello!, ¡qué hombros y qué cabellos!, cortados eso sí, pero sueltos, a ambos lados... En tu vida has visto cosa mejor.

—He visto en este género, contestó Hoffmann, cuanto se puede ver; he visto a la condesa Du Barry y no necesito ver otra. Si me pasa alguna vez por las mientes hacer un cuadro, me bastará con este original; además, estoy decidido a no pintar más.

—¡Hola! ¿Y por qué?

—Porque le he cobrado horror a la pintura.

—¿Te desalientas?

—Mi querido Werner, te lo juro; si permanezco más en París, me vuelvo loco.

—Te volverás loco donde quiera que estés, mi querido Hoffmann; por lo mismo tanto vale que te halles en París como en otro punto. Pero vamos a ver, cuéntame entretanto la causa de tu locura.

—¡Ay!, ¡amigo mío!, estoy enamorado.

—De Antonia, ya lo sé, me lo has dicho.

—No; Antonia, exclamó Hoffmann estremeciéndose, Antonia es otra cosa, a Antonia la amo.

—¡Diablo! ¡Sutil es la distinción; explícame esto. Ciudadano oficial, cerveza y vasos!

Los dos jóvenes cargaron sus pipas y sentáronse a ambos lados de la mesa más retirada del café.

Allí, Hoffmann contó a Werner cuánto le había sucedido desde el día en que estuvo en la Opera donde viera bailar a Arsenia, hasta el momento en que le echaron del gabinete.

—Bien, ¿y qué?, preguntó Werner cuando Hoffmann hubo concluido.

—¿Cómo y qué?, repitió éste asombrado de que su amigo no se manifestara tan abatido como él.

—Pregunto, respondió Werner, ¿qué hay de desconsolador en todo esto?

—Hay, amigo mío, que no me queda ninguna esperanza, puesto que no se consigue a esta mujer más que a precio de oro.

—Y vamos a ver, ¿por qué has perdido toda esperanza?

—Porque nunca tendré quinientos luíses que echar a sus pies.

—¿Y por qué no los has de tener?... ¡Toma!, ¿no los tengo yo?... Y no sólo quinientos, sino mil y dos mil.

—¿Y de dónde quieres que los saque?, exclamó Hoffmann.

—¿De dónde? Del Eldorado de que te hablé, del manantial del Pactolo, amigo mío, del juego.

—¡Del juego!, exclamó Hoffmann estremeciéndose; pero tú ya sabes que juré a Antonia no jugar.

—¡Bah!, dijo Werner; también le juraste que le serías fiel.

Hoffmann suspiró y estrechó el medallón contra su pecho.

—Sí, sí, del juego puedes sacarlos, amigo mío, exclamó Werner. ¡Y qué banca, si vieras! ¡Oh!, ¡no es como la de Manheim o de Hamburgo que amenaza saltar por una miseria de algunas libras! ¡Un millón!, ¡amigo mío, un millón!, ¡ríos de oro! Allí se ha refugiado todo el numerario de la Francia; nada de papeluchos, nada de miserables asignados que pierden las tres terceras partes de su valor..., buenos luíses, dobles luíses, de a cuatro... Mira..., ¿quieres ver una muestra?

Y Werner diciendo esto sacó de su bolsillo un puñado de luíses que mostró a Hoffmann, y cuyos rayos penetraron a través del espejo de sus ojos hasta el fondo de su cerebro.

—¡Oh!, ¡no, no, nunca!, exclamó Hoffmann recordando a un tiempo la predicción del viejo oficial y la súplica de Antonia, ¡no... no jugaré nunca!

—Pues haces mal, muy mal; con la fortuna que tienes en el juego, harías saltar la banca.

—¡Y Antonia! ¡Antonia!

—¡Miren qué salida! ¿Y quién le ha de ir a decir a Antonia que tú has jugado, que has ganado un millón?; ¿quién le dirá que con veinte y cinco mil libras has satisfecho tu capricho? Vuélvete a Manheim con novecientas setenta y cinco libras, y Antonia no te preguntará ni dónde has adquirido tus cuarenta y ocho mil quinientas libras de renta, ni qué has hecho de las veinticinco mil libras que faltan.

Y diciendo estas palabras, Werner se levantó.

—¿Dónde vas?, le preguntó Hoffmann.

—Voy a ver a una amiga, una actriz de la Comedia Francesa que me honra con sus bondades, y que yo gratifico con la mitad de mis beneficios. ¡Toma!, yo soy poeta y me dirijo a un teatro literario; tú que eres músico, te diriges a un teatro en que se canta y se baila. ¡Con que, buena suerte en el

juego, amigo mío, y mis más afectuosas expresiones a la señorita Arsenia! Que no se te vaya a olvidar el número de la banca... ¡113, acuérdate, 113! —Adiós.

—¡Oh!, murmuró Hoffmann, me lo habías dicho ya, y no se me había olvidado.

Y dejó que se alejara su amigo Werner, olvidándose como la primera vez que le encontrara, de pedirle las señas de su casa.

Pero a pesar de haberse ausentado Werner, no por esto quedó solo Hoffmann. Cada palabra de su amigo, por decirlo así, se había hecho visible y palpable, allí estaba, deslumbrándole, resonando en sus oídos.

En efecto, ¿dónde mejor podía Hoffmann ir a recoger el oro más que en el manantial del oro? ¿No daba la única esperanza de triunfo a un deseo imposible? Y, Werner lo había dicho, ¿no era ya infiel Hoffmann a una parte de su juramento?, ¿qué importaba, pues, ya que lo era a medias, serlo del todo?

Después, también lo había dicho Werner, no eran veinticinco mil, cincuenta mil, cien mil libras, las que podía ganar. Los horizontes materiales de los campos, de los bosques, del mismo mar, tienen un límite; pero el horizonte del tapete verde no tiene límites conocidos. El demonio del juego es como Satanás; tiene el poder de llevar al jugador a la más alta montaña de la tierra, y mostrarle desde allí todos los reinos del mundo.

Y luego, ¡qué satisfacción, qué alegría, qué orgullo no había de ser para él entrar en casa de Arsenia, y en el mismo gabinete aquel del que le habían echado! Con qué supremo desdén no pulverizaría a aquella mujer y a su terrible amante, cuando, por toda respuesta a estas palabras: ¿qué venís a hacer aquí?, dejaría, nuevo Júpiter, caer una lluvia de oro sobre la nueva Danae.

Y todo esto, no era por cierto una alucinación de su espíritu, un sueño de su imaginación, todo esto podía ser real, posible. La misma probabilidad había de ganancia que de pérdida, y aún más de ganancia, porque ya se sabe lo afortunado que era Hoffmann en el juego.

¡Oh!, ¡ese número 113!, ¡ese número 113!, cómo, con su cifra ardiente, llamaba a Hoffmann, le guiaba, le atraía, faro infernal, hacia ese abismo en cuyo fondo rugía el vértigo arrastrándose por un lecho de oro.

Por espacio de más de una hora luchó Hoffmann contra la más ardiente de todas las pasiones. Después, al cabo de esta hora, sintiendo que le era imposible resistir por más tiempo, arrojó una pieza de quince sueldos sobre la mesa, prescindiendo en provecho del cambio del oficioso, y corriendo sin pararse un minuto, llegó al Muelle de las Flores, subió a su aposento, tomó los trescientos thalers que le quedaban, y, sin darse tiempo para reflexionar, subió a un carruaje y gritó:

—¡Al Palacio Igualdad!

## XV. El número 113

---

**E**l Palacio Real, que se llamaba en aquella época el Palacio Igualdad, y que se llama hoy el Palacio Nacional porque la primera cosa que hacen entre nosotros los revolucionarios, es cambiar los nombres de las calles y las plazas, salvo el devolvérselos en las restauraciones, el Palacio Real, decimos, porque con este nombre nos es más familiar, no era en aquella época lo que es hoy; pero no dejaba de ser muy pintoresco y aún muy original y extraño, sobre todo de noche, y particularmente a la hora en que llegó Hoffmann.

Poco se diferenciaba su disposición de la que vemos hoy, exceptuando que lo que en el día se llama galería de Orleáns, estaba ocupado por una doble galería de tablas que debía ser reemplazada más adelante por un paseo de seis hileras de columnas dóricas; exceptuando asimismo que en lugar de tilos había castaños en el jardín, y que donde se halla el estanque, se encontraba el Circo, vasto edificio entapizado de enredaderas, enlosado, y adornado de arbustos y flores.

No hay que figurarse, sin embargo, que ese Circo fuese el espectáculo de ese nombre. No, los acróbatas y prestidigitadores que exhibían sus habilidades en el del Palacio Igualdad, eran de muy distinto género que el acróbata inglés M. Prince, que, algunos años antes, tanto había maravillado a Francia, y dio vida a los Mazurier y a los Auriol.

Ocupaban el Circo en aquel tiempo los *Amigos de la Verdad* que daban representaciones, a las cuales se podía asistir con sólo suscribirse al diario *La Boca de hierro*. Con su número de la mañana se le admitía al suscriptor por la noche en aquel lugar de delicias, donde se oían los discursos de todos los federales, reunidos, según ellos decían, con el laudable objeto de proteger a los

gobernantes y a los gobernados, introducir la imparcialidad en las leyes e ir a buscar en todos los rincones del mundo un amigo de la verdad (de cualquier país, de cualquier color, o cualquier opinión que fuera) para mostrarla, una vez descubierta, a los demás hombres.

Como se ve, siempre han existido en Francia gentes convencidas de que a ellos incumbía ilustrar las masas y que el resto de la humanidad no era más que un hato de imbéciles.

¿Qué fue del nombre, de las ideas, de las vanidades de esa gente?

Sea lo que fuere, el Circo unía sus voces destempladas y chillonas al gran concierto que sonaba en el Palacio Igualdad, particularmente de noche en el jardín.

Porque, es preciso decirlo, en aquellos tiempos de miseria y destierro, terrores y proscripciones, el Palacio Real había llegado a ser el centro donde la vida, comprimida todo el día por la pasión y la lucha, iba a respirar en busca de un mundo ilusorio, esforzándose precisamente por olvidar aquella verdad, que con tanto empeño perseguían los miembros del Círculo Social y los accionistas del Circo.

Mientras todos los barrios de París estaban sombríos y desiertos; y las siniestras patrullas compuestas de los carceleros del día y de los verdugos del siguiente, vagaban como bestias feroces buscando una presa cualquiera; mientras en torno al doméstico hogar, privados de un amigo o de un pariente muerto o emigrado, los que habían quedado cuchicheaban tristemente participándose sus penas o sus temores; el Palacio Real irradiaba como el dios del mal, alumbraba sus ciento ochenta arcadas, colgaba sus joyas en los aparadores de los joyeros, lanzaba, en fin, en medio de las carmañolas populares y a través de la miseria general, sus lindas prostitutas, resplandecientes de brillantes, cubiertas de blanquete y colorete, vestidas, sólo lo preciso para no presentarse enteramente desnudas, de terciopelo o de seda, y paseando por los árboles o las galerías su espléndida lascivia. Había en este lujo de la prostitución una última ironía contra el pasado, un último insulto hecho a la monarquía. Exhibir tales criaturas con sus trajes regios, era arrojar fango, después de sangre, al rostro de aquella seductora corte de tan lujosas mujeres, cuya reina había sido María Antonieta, y que el huracán revolucionario arrastró de Trianon a la plaza de la guillotina, como un hombre ebrio que fuera arrastrando por el lodo el vestido blanco de su desposada.

El lujo estaba reservado a las mujeres más viles; la virtud debía andar cubierta de harapos.

Era esta una de las verdades descubiertas por el Círculo Social.

Y sin embargo, el pueblo que acababa de trastornar al mundo con impulso tan violento, el pueblo parisiense, el cual, por desgracia, no razona hasta pasado el entusiasmo, de modo que sólo muestra su sangre fría para acordarse de las necesidades que ha hecho, el pueblo, decimos, pobre, desnudo, no se daba perfecta cuenta de la filosofía de esta antítesis, y no con desprecio, sino con envidia, codeaba a esas reinas del fango, a esas degradadas majestades del vicio. Después, cuando, animados los sentidos por lo que veía, cuando henchida de fuego la mirada, quería poner la mano sobre aquellos cuerpos, patrimonio de todos, se le pedía oro, y si no tenía, se le rechazaba ignominiosamente. Así tropezaba en todas partes con algún obstáculo el gran principio de la igualdad proclamado por el hacha, escrito con sangre, y sobre el cual tenían el derecho de escupir todas las prostitutas del Palacio Real.

En aquellos días, la sobreexcitación había llegado a tal punto que se necesitaban, para sentir, aquellos terribles contrastes. Se bailaba no sobre un volcán, sino en su propio antro; y los pulmones, acostumbrados a un aire de azufre y de lava, no se hubieran contentado con el aire puro de otro tiempo.

El Palacio Real resplandecía cada noche iluminándolo todo con su corona de fuego. Gigante de piedra, aullaba por encima de la gran ciudad sombría:

—¡He ahí la noche, venid! ¡Todo lo reúno en mí, la fortuna y el amor, el juego y las mujeres! De todo vendo, hasta el suicidio y el asesinato. Venid, venid a mí, vosotros los que no habéis comido desde ayer, vosotros los que sufrís, los que lloráis, sí, venid a mí; veréis cuán ricos somos, veréis cuánto nos reímos. ¿Tenéis una conciencia o una hija que vender? ¡Venid!, el oro deslumbrará a raudales vuestros ojos; el vicio zumbará en vuestros oídos, os sumergiréis de pies y manos en él, en la corrupción, en el olvido. Venid aquí esta noche, que acaso habréis ya muerto mañana.

Ésta era la gran razón. Era preciso vivir como se moría: aprisa se iban.

Con todo, el sitio más frecuentado era naturalmente el salón de juego. Allí se encontraba el medio con que tener lo demás.

Entre todos aquellos ardientes respiraderos, era pues el número 113 el que arrojaba más luz con su farol encarnado, ojo inmenso del cíclope ebrio que se llamaba el Palacio Igualdad.

Si el infierno tiene número, debe ser indudablemente el 113.

¡Oh!, todo estaba allí previsto.

En el cuarto bajo había un café-fonda; en el primer piso el juego; el pecho del edificio encerraba el corazón, nada más natural; en el segundo piso había en qué gastar la fuerza que el cuerpo había adquirido en el cuarto bajo y el dinero que el bolsillo había ganado en el primero.

Todo estaba allí previsto, lo repetimos, para que el dinero no saliera de la casa.

Hacia esta casa corría Hoffmann, el poético amante de Antonia.

El 113 estaba situado donde está hoy día, algunas tiendas más abajo de la casa Corcelet.

Apenas Hoffmann se hubo apeado de su carruaje y puesto el pie en la galería del palacio, cuando se vio rodeado por las divinidades del lugar, gracias a su traje de extranjero, que, lo mismo entonces que ahora, inspiraba más confianza que el traje nacional.

Nadie desprecia tanto a un país como sus naturales.

—¿Dónde está el n.º 113?, preguntó Hoffmann a la joven que le había cogido del brazo.

—¿Allí vas?, exclamó la Aspasia con desprecio. Pues, hermoso, está donde brilla aquel farol encarnado. Pero procura guardarte un par de luíses y acuérdate del 115.

Hoffmann se lanzó al portal indicado como Curcio al abismo, y un minuto después estaba en la sala de juego.

Había allí el mismo ruido que en una venta pública.

Verdad es que se vendían muchas cosas.

Irradiaban en los dorados salones, candelabros, arañas, flores y mujeres más bellas, más suntuosas, más descotadas que las de la calle.

El ruido que lo dominaba todo, era el del oro. Aquella era la palpitación de aquel corazón inmundo.

Hoffmann dejó a su derecha la sala donde se hallaba el treinta y cuarenta y pasó al salón de la ruleta.

En torno a una gran mesa verde veíanse alineados los jugadores, gente toda reunida con el mismo objeto y de la que ni uno tenía la misma fisonomía.

Había jóvenes, viejos, hombres cuyos codos se habían gastado sobre aquella mesa. Entre ellos, algunos habían perdido su padre la víspera o aquella misma tarde, y sin embargo sus pensamientos se concentraban en la bola que giraba. En el jugador sólo un sentimiento continúa viviendo, el deseo, y este sentimiento se alimenta y crece a expensas de los demás. El señor de Bassompierre a quien decían en el momento en que empezaba a bailar con María de Médicis: «vuestra madre ha muerto», y que respondía: «mi madre no habrá muerto hasta que yo haya concluido de bailar»; el señor de Bassompierre era un hijo piadoso al lado de un jugador. Al jugador que en el acto de estar jugando, fueran a decirle iguales expresiones, ni siquiera contestaría lo que el marqués, primeramente porque sería tiempo perdido y luego porque cuando



juega no tiene el jugador ni sentidos ni corazón más que para una cosa, y lo mismo cuando no juega: piensa en jugar.

El jugador tiene todas las virtudes de su vicio. Es sobrio, es paciente, es infatigable. Un jugador que pudiera de repente invertir en provecho de una honrada pasión, de un gran sentimiento, la energía increíble que pone en el juego, llegaría a ser instantáneamente uno de los más grandes hombres del mundo. Nunca César, Aníbal o Napoleón han tenido, en la ejecución de sus más grandes empresas, una fuerza de voluntad igual a la fuerza de voluntad del jugador más oscuro. La ambición, el amor, los sentidos, el corazón, la mente, el olfato, el gusto, el tacto, todos los resortes vitales del hombre, en fin, se reúnen en una sola palabra y en un solo objeto: jugar. Y no se vaya a creer que el jugador juega por ganar; empieza primero por esto, pero acaba jugando por jugar, por ver naipes, por tocar oro, por experimentar las extrañas emociones que no tienen comparación con ninguna de las otras pasiones de la vida. Esta pasión le lleva con la rapidez del viento, del polo de la ganancia, que quema como el fuego, al polo opuesto, la pérdida, que enfría como el hielo. Esta pasión le hace latir bajo el deseo o la realidad, lo mismo que un caballo bajo la espuela; absorbe como una esponja todas las facultades del alma, las comprime, las restringe, y, hecha la jugada, las vierte súbitamente a su alrededor para recogerlas con mayor fuerza.

Lo que hace la pasión del juego más fuerte que todas las demás, es que, no pudiendo ser jamás absorbida, jamás puede sentirse fatigada. Es una querida que promete siempre, pero que nunca se da. Mata, pero no fatiga.

La pasión del juego, es el histérico del hombre.

Para el jugador todo muere, familia, amigos, patria. Su horizonte es el naipe y la bola; su patria, la silla donde se sienta, el tapete verde en donde se apoya. Que se le condene a las parrillas como san Lorenzo, y que se le deje jugar, y apuesto a que no siente el fuego y a que ni siquiera se vuelve.

El jugador es silencioso; la palabra de nada puede servirle. Juega, gana, pierde; no es un hombre, es una máquina. ¿Por qué ha de hablar?

El ruido que se promovía en los salones no provenía de los jugadores, sino de los banqueros que recogían el oro y que gritaban con voz nasal:

—¡Jugar, señores, jugar!

En tal momento, Hoffmann no era un observador; la pasión le dominaba demasiado. ¡Sin ello qué larga serie de estudios se ofrecían a sus ojos!

Atravesó rápidamente por en medio de los jugadores, y consiguió poner la mano sobre el tapete. Encontróse colocado entre un hombre en pie, de

carmañola, y un viejecito sentado y haciendo cálculos con un lápiz en un pedazo de papel.

Este anciano, que había gastado toda su vida en calcular una jugada de las que se llaman de vida o muerte, gastaba sus últimos días en ponerla en práctica y sus últimas monedas en verla evaporarse.

Entre las cabezas de todos aquellos hombres, sentados y de pie, aparecían cabezas de mujeres que se apoyaban sobre los hombros de aquellos, partían su oro, y con habilidad sin igual y no jugando nunca, hallaban medio de ganar con la ganancia de los unos y la pérdida de los otros.

Al ver tantos montones de oro, tantas pirámides de plata, ¡quién hubiese creído que la miseria pública fuese tan grande y el dinero costase tan caro!

El hombre de la carmañola arrojó un paquete de papeles sobre un número.

—¡Cincuenta libras!, dijo para anunciar su juego.

—¿Qué es esto?, preguntó el banquero acercándose los papeles con el rastrillo, y tomándolos con la punta de los dedos.

—Son asignados, respondió el hombre.

—¿No tenéis más dinero que este?, preguntó el banquero.

—No, ciudadano.

—Entonces podéis dejar el sitio a otro.

—¿Por qué?

—Porque aquí no se toma esto.

—Es la moneda del gobierno.

—Mejor para el gobierno si se sirve de ella. Nosotros no la queremos.

—Bueno, dijo el hombre recogiendo sus asignados. ¡Vaya qué dinero, que ni aun para perderlo sirve!

Y se alejó arrugando entre sus manos sus asignados.

—¡Jugar, señores, jugar!, gritó el banquero.

Hoffmann era jugador, ya lo sabemos; pero esta vez no iba por el juego, iba por el dinero.

La fiebre que le abrasaba, hacía hervir su alma en su cuerpo, como el agua en un vaso.

—Cien thalers al 26, gritó.

El banquero examinó la moneda alemana como había examinado los asignados.

—Id a cambiar, dijo a Hoffmann; aquí no se recibe más que moneda francesa.

Hoffmann bajó como un loco, y entró en una tienda de cambio; quiso la casualidad que estuviese dirigida por un alemán, y cambió sus trescientos

thalers en oro, por cuarenta luíses poco más o menos.

La ruleta había dado tres veces la vuelta durante este tiempo.

—¡Quince luíses al 26!, gritó precipitándose hacia la mesa, fijándose con la increíble superstición de los jugadores en el número que había escogido antes, sólo porque había querido jugarlo el hombre de los asignados.

—¿Nadie dice más?, gritó el banquero.

Partió la bola.

El vecino de Hoffmann recogió dos puñados de oro y los arrojó en su sombrero que tenía entre sus piernas, pero el banquero cogió con el rastrillo los quince luíses de Hoffmann y otros muchos más.

Había salido el 16.

Hoffmann sintió que un sudor frío inundaba su frente.

—¡Quince luíses al 26!, repitió.

Otras voces dijeron otros números, y la bola dió vuelta otra vez.

Esta vez todo era de la banca. La bola había rodado hasta el cero.

—¡Diez luíses al 26!, murmuró Hoffmann con voz ahogada.

Pero luego, pensándolo mejor, dijo:

—No, van nueve.

Y recogió una moneda de oro para quedarse una última jugada que arriesgar, una postrera esperanza.

Salió el 30.

El oro se retiró del tapete como la marea de la orilla durante el reflujo.

Hoffmann, cuyo corazón parecía quererle saltar, y que a través de los latidos de su cerebro entreveía la cabeza sarcástica de Arsenia y el rostro triste de Antonia, Hoffmann, decimos, puso con mano crispada su último luís en el 26.

En un instante se llenaron las apuestas.

—¿Nadie dice más?, gritó el banquero.

Hoffmann siguió con mirada ardiente la bola que rodaba, como si hubiera sido su propia vida la que iba rodando ante él.

De pronto se echó hacia atrás, ocultando la cabeza entre las manos.

No solamente había perdido, sino que ni le quedaba una sola moneda ni en su bolsillo ni en su casa.

Una mujer que estaba allí y a la que se hubiera podido visitar por veinte francos, un minuto antes, soltó un grito de salvaje alegría y recogió un puñado de oro que acababa de ganar.

Hoffmann hubiera dado diez años de su vida por uno de los luíses de aquella mujer.

Por un movimiento más rápido que la reflexión, registró sus bolsillos como para que no le quedase ninguna duda acerca de la triste realidad.

Los bolsillos estaban completamente vacíos, pero sintió una cosa redonda como un escudo sobre su pecho, y lo cogió bruscamente.

Era el medallón de Antonia que había olvidado.

—¡Estoy salvado!, gritó.

Y arrojó el medallón de oro como puesta al número 26.

## XVI. El medallón

---

**E**l banquero tomó el medallón y lo examinó.

—Caballero, dijo a Hoffmann, porque es preciso advertir que en el número 113 se usaba aún ese tratamiento; caballero, id a vender esto, si queréis, y jugadlo en dinero; os repito, que aquí no se recibe más que oro o plata en monedas francesas.

Hoffmann tomó su medallón, y, sin replicar, salió.

Durante el tiempo que necesitó para bajar la escalera, muchos pensamientos, muchos consejos, muchos presentimientos zumbaron a su alrededor; pero hízose el sordo a todos esos rumores vagos, y entró corriendo en la tienda de cambio cuyo dueño le había dado un momento antes luíses a cuenta de thalers.

El buen hombre leía recostado holgadamente en un ancho sillón de cuero, colocados sus anteojos sobre el extremo de la nariz, alumbrado por una lámpara baja de tibios rayos, a los cuales iba a mezclarse el leonado reflejo de las piezas de oro tranquilas en sus cajitas de cobre, y rodeado por una débil reja de alambre guarnecida de cortinillas de seda verde, y con una puertecita a la altura de la mesa, que no dejaba pasar más que la mano.

Nunca había Hoffmann admirado tanto el oro.

Abría maravillado los ojos, como si hubiera entrado en un rayo de sol, y sin embargo, acababa de ver en el juego más del que veía allí; pero, filosóficamente hablando, aquel no era el mismo oro.

Había entre el oro aturdidor, rápido, agitado del 113, y el oro tranquilo, grave, mudo, de la tienda, la misma diferencia que hay entre los charlatanes huecos y sin talento, y los pensadores de sesudas palabras. Nada bueno se

puede hacer con el oro de la ruleta y de los naipes, puesto que no pertenece al que lo posee, sino todo lo contrario, el que lo posee le pertenece a él. Emanado de un manantial corrompido, debe ir a parar a un fin impuro. En él está la vida, pero la mala vida, y tiene prisa de irse como ha venido. No aconseja más que el vicio, y no hace el bien, cuando lo hace, más que a pesar suyo; inspira deseos cuatro veces, veinte veces mayores de lo que vale, y, una vez poseído, parece disminuir de valor; en una palabra, el dinero del juego así ganado como envidiado, así perdido como guardado, tiene un valor siempre ficticio. Tan pronto un puñado de oro no representa nada, como encierra la vida de un hombre. Pero el oro comercial, el oro del negociante, el oro como el que iba a buscar Hoffmann a casa de su compatriota, vale realmente el precio marcado en su reverso; no sale de su jaula de cobre más que a cambio de un valor igual y aun superior al suyo; no se prostituye, al pasar de mano en mano, como una cortesana sin pudor, sin preferencia, sin amor; tiene la estima de sí mismo; una vez ha salido de la casa de cambio, puede corromperse, puede frecuentar la mala sociedad, lo mismo que hacía acaso antes de ir, pero mientras permanece allí, es respetable y debe ser considerado. Es la imagen de la necesidad y no del capricho. Se le adquiere, no se gana: no se ve arrojado como simples fichas por la mano del banquero, sino que lo cuenta el negociante pieza a pieza, pausadamente y con todo el respeto que le es debido. Es silencioso y en ello está su mayor elocuencia: por lo mismo Hoffmann, en la imaginación del cual una comparación de este género no tardaba más que un minuto en pasar, llegó a temer que el dueño se negara a darle oro tan real a cambio de su medallón. Creyose pues obligado, aun cuando fuera con pérdida de tiempo, a valerse de perífrasis y circunloquios para llegar a lo que quería, tanto más cuanto que no iba a proponerle un negocio, sino a pedirle un servicio.

—Caballero, le dijo, hace poco he estado aquí a cambiar unos thalers.

—Lo recuerdo, en efecto.

—¿Sois alemán?

—De Heidelberg.

—Precisamente allí hice mis estudios.

—¡Hermosa población!

—¡En efecto, muy hermosa!

Durante este diálogo, la sangre de Hoffmann hervía. Le parecía que cada minuto que concedía a esta conversación insípida, era un año de su vida.

Añadió pues sonriendo:

—He pensado que a título de compatriota tendríais a bien hacerme un favor.

—¿Cuál?, preguntó el cambista cuyo rostro se oscureció a esta palabra.

—El de prestarme tres luises dejándoos en prenda este medallón de oro.

Y al mismo tiempo, Hoffmann pasaba el medallón al negociante que, colocándolo en una balanza, lo pesó.

—¿Por qué no lo vendéis?, preguntó.

—¡Oh!, no, contestó Hoffmann, de ninguna manera; harto hago ya con empeñarlo; hay más, en caso de prestarme este servicio, os suplicaría que tuvierais a bien guardar este medallón con el mayor cuidado. Le tengo más afecto que a mi propia vida, y vendré a recogerlo mañana, preciso ha sido una circunstancia como ésta para decidirme a desprenderme de él, aun cuando no sea más que por pocas horas.

—Bueno, no tengo inconveniente, voy a prestaros los tres luises.

Y el negociante, con toda la gravedad de que creía deber revestirse en casos semejantes, tomó tres luises y los alineó ante Hoffmann.

—¡Oh!, ¡gracias, mil gracias!, exclamó el poeta.

Y, apoderándose de las tres monedas de oro, desapareció.

El cambista volvió silenciosamente a su lectura, después de haber depositado el medallón en un cajoncito.

A este hombre sí que nunca se le hubiera ocurrido, por cierto, la idea de ir a cambiar su oro, por el oro del 113.

Tan dispuesto se halla el jugador al sacrilegio, que Hoffmann, al poner su primera moneda en el número 26 —pues no las quería arriesgar más que una a una—, Hoffmann, decimos, pronunció el nombre de Antonia.

Mientras rodó la bola, Hoffmann no sintió ninguna emoción; una voz secreta le decía que iba a ganar.

El 26 salió...

El joven alemán, ebrio de alegría, recogió treinta y seis luises.

Lo primero que hizo fue poner tres aparte, en el bolsillo de su reloj, para estar seguro de poder ir a rescatar el medallón de su prometida, a cuyo nombre debía evidentemente esta primera ganancia.

Dejó enseguida treinta y tres luises en el mismo número, y el mismo número salió.

Ganó pues treinta y seis veces treinta y tres luises, es decir, mil ciento ochenta luises, o lo que es lo mismo, veinticinco mil francos.

Entonces Hoffmann, sumergiéndose por completo en el sólido Pactolo, y recogiendo el oro a puñados, jugó al acaso, deslumbrado y loco. A cada una de

sus jugadas, el montón de su ganancia iba visiblemente engrosando, parecido a una montaña que de pronto saliera del agua.

Tenía ya dinero en los bolsillos de su casaca, de su chaleco, de sus pantalones, en su sombrero, en sus manos, sobre la mesa, por todas partes. El oro corría ante él de las manos de los banqueros como brota la sangre de ancha herida. Había llegado a ser el Júpiter de todas las Danaes presentes y el cajero de todos los jugadores desgraciados.

Perdería de esta manera unos veinte mil francos.

Por fin, recogiendo el oro todo que tenía a la vista, cuando creyó tener bastante, desapareció dejando llenos de admiración y de envidia a todos los que se hallaban allí, y corrió en dirección a la casa de Arsenia.

Era la una de la madrugada, pero poco le importaba.

Poseedor de suma tan inmensa, parecía que podía ir a la casa a cualquier hora de la noche, pues a todas horas sería bien recibido.

Se regocijaba con la idea de cubrir con todo su oro aquel hermoso cuerpo que a sus ojos había arrojado el velo, y que, habiendo permanecido de mármol ante su amor, se animaría ante su riqueza, como la estatua de Prometeo al encontrar su alma verdadera.

Iba a entrar en casa de Arsenia, vaciar sus bolsillos hasta la última moneda, y decirle: ¡Ahora, amadme! Después, al día siguiente, partiría para sustraerse al recuerdo de aquel sueño intenso y febril.

Llamó a la puerta de la casa de Arsenia como un amo que llega a su casa.

La puerta se abrió.

Hoffmann corrió hacia la escalera.

—¿Quién va?, preguntó el portero.

Hoffmann no respondió.

—¿A dónde vais, ciudadano?, repitió la misma voz.

Y una sombra vestida como visten regularmente de noche las sombras, salió del pabellón del portero y corrió hacia Hoffmann.

En aquel tiempo se deseaba mucho saber quién salía, y sobre todo quién entraba.

—Voy al cuarto de la señorita Arsenia, respondió Hoffmann echando al portero tres o cuatro luíses, por los cuales un momento antes hubiera vendido su alma.

Esta manera de explicarse plugo al oficial.

—La señorita Arsenia no está aquí, caballero, respondió, pensando con razón que debía sustituir el tratamiento de *caballero* al de *ciudadano* cuando tenía que habérselas con un hombre tan rumboso. Un hombre que pide, puede



decir: *ciudadano*; pero un hombre que recibe, no puede decir más que: *caballero*.

—¡Cómo!, exclamó Hoffmann. ¿No está aquí Arsenia?

—No señor.

—¿Queréis decir que aún no se ha retirado esta noche?

—Quiero decir que no entrará.

—¿Dónde está?

—No sé.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!, exclamó Hoffmann apretándose con las manos las sienes como para contener su razón próxima a escaparle. Cuanto le sucedía desde hacía algún tiempo era tan extraño, que a cada instante decía: ¡vamos!, ¡voy a volverme loco!

—¿Entonces no sabéis lo que ocurre?, preguntole el portero.

—¿Qué?

—El señor Danton ha sido preso.

—¿Cuándo?

—Ayer. Robespierre lo prendió. ¡Qué grande hombre el ciudadano Robespierre!

—¿Y qué?

—Que la señorita Arsenia ha tenido que escapar, temerosa de verse embrollada en el asunto.

—Claro. Pero ¿cómo se ha escapado?

—Como se escapa el que teme que le corten el cuello: escapándose.

—Gracias, amigo mío, gracias, dijo Hoffmann; y desapareció después de haber dejado aún algunas monedas en manos del portero.

Cuando estuvo en la calle, Hoffmann se preguntó lo que iba a hacer y de qué le iba entonces a servir todo su oro; porque, como ya se supondrá, no le ocurrió la idea de encontrar a Arsenia, como tampoco le ocurrió el pensamiento de retirarse a su casa a descansar.

Empezó, pues, a pasearse a la ventura haciendo resonar el pavimento con los tacones de sus botas y andando despierto en medio de su sueño doloroso.

La noche era fría; los árboles descarnados temblaban a impulsos del viento nocturno, como enfermos delirantes que hubiesen dejado su lecho y cuyos miembros enflaquecidos agitase dolorosa fiebre.

La escarcha azotaba el rostro de los transeúntes nocturnos, y apenas se veía, de cuando en cuando, en las casas que confundían su masa con el cielo sombrío, una ventana iluminada que agujereaba la sombra.

Pero, ese aire frío complacía al joven. Parecíale que el movimiento templaba su agitación, y que toda su efervescencia se volatilizaba, por decirlo así. En una habitación se hubiera ahogado; luego, a fuerza de ir andando, quizá encontraría a Arsenia; ¿quién sabe?, escapándose, acaso ella había emprendido el mismo camino que él al salir de su casa.

Atravesó así el desierto paseo, cruzó por la Plaza Real, como si, a defecto de los ojos que no miraban, sus pies hubiesen reconocido por sí mismos el lugar en donde estaba; levantó por fin la cabeza, y se paró al reparar que iba en línea recta hacia la plaza de la Revolución, hacia la plaza donde, según había jurado, no había de volver más.

Aunque el cielo estaba sombrío, un perfil más sombrío aún se destacaba sobre el horizonte negro como la tinta; era el perfil de la odiosa máquina, cuya boca húmeda de sangre enjugaba el viento de la noche y que dormía aguardando su cotidiano manjar.

De día, Hoffmann no quería ver esta plaza; no quería encontrarse en ella a causa de la sangre que corría; pero de noche ya no era lo mismo; había para el poeta, en quien, e pesar de todo, el instinto poético velaba sin cesar, un interés marcado en ver, en tocar con el dedo, en el silencio y en la sombra, el siniestro cadalso en cuya sangrienta imagen soñarían a la hora aquella no pocos.

¡Podía escogerse mejor contraste, al salir de la sala aturdidora del juego, que aquella plaza desierta, de la que el cadalso era el eterno huésped! Después del espectáculo de la vida ardiente, sorprendida en medio de sus más apasionados arrebatos y de sus mayores abusos, el espectáculo de la muerte, del abandono, de la insensibilidad.

Hoffmann caminaba pues hacia la guillotina como atraído por una fuerza magnética.

De pronto, y casi sin saber cómo, se encontró con ella cara a cara.

El viento silbaba por entre las tablas.

Hoffmann cruzó las manos sobre el pecho y miró.

¡Cuántas ideas debieron surgir en el espíritu de aquel hombre, que llenos de oro los bolsillos, y contando con una hora de deleite, pasaba solitario la noche en frente de un cadalso!

Parecióle, abismado en sus pensamientos, que un quejido humano se mezclaba a los quejidos del aire.

Inclinó la cabeza hacia adelante y prestó atento oído.

Renovose el quejido, no por cierto lejano, sino como salido de la tierra.

Hoffmann miró a su alrededor y a nadie vio.

Sin embargo, un tercer gemido llegó hasta él.

—Diríase una voz de mujer, murmuró, y que esta voz sale del cadalso.

Entonces, bajándose para ver mejor, dio la vuelta a la guillotina. Al pasar por delante de la terrible escalera, su pie tropezó con algo; extendió las manos, y tocó un ser acurrucado en las primeras gradas de esta escalera y vestido de negro.

—¿Quién sois?, preguntó Hoffmann, ¿vos que dormís de noche junto a un cadalso?

Y al mismo tiempo se arrodillaba para ver el rostro de la persona que hablaba.

Pero no se meneaba, y apoyados los codos sobre sus rodillas, descansaba su cabeza entre las manos.

A pesar del frío de la noche, sus hombros estaban casi enteramente desnudos, y Hoffmann pudo ver una línea negra que rodeaba su cuello blanco.

Esta línea era un collar de terciopelo.

—¡Arsenia!, gritó.

—Sí, Arsenia, murmuró con voz extraña la mujer acurrucada, levantando la cabeza y mirando fijamente a Hoffmann.

## XVII. En una casa de la calle de San Honorato

---

**H**offmann retrocedió mudo de terror; a pesar de la voz, a pesar del rostro, dudaba aún; pero, al levantarla cabeza, Arsenia dejó caer las manos sobre las rodillas, y, abandonando su cuello, sus manos dejaron ver el extraño broche de diamantes que unía los dos cabos del collar de terciopelo, y que brillaba en la oscuridad.

—¿Arsenia? ¿Arsenia?, repitió Hoffmann.

Arsenia se levantó.

—¿Qué hacéis ahí a semejante hora?, preguntó el joven. ¡Cómo!, ¡vestida con ese traje pardo!, ¡desnuda de hombros!

—Ayer le arrestaron, dijo Arsenia, han ido a prenderme también a mí, me he escapado como he podido, y esta noche, a las once, hallando mi habitación demasiado reducida y demasiado frío mi lecho, he salido y aquí me he venido.

Dijo estas palabras con singular acento, sin gestos, sin reflexiones; salían de una boca pálida que se abría y cerraba como movida por un resorte; hubiérase dicho un autómeta que hablaba.

—Pero, exclamó Hoffmann, vos no podéis permanecer aquí.

—¿Dónde iré? —He de volver allí lo más tarde posible: tengo demasiado frío.

—Entonces, venid conmigo, exclamó Hoffmann.

—¿Con vos?, dijo Arsenia.

Y le pareció al joven que de aquellos ojos sombríos, caía sobre él, a la luz de las estrellas, una mirada desdeñosa parecida a la que le había aterrado en el seductor gabinete de la calle de Hannover.

—Soy rico, tengo oro, exclamó Hoffmann.

La mirada de la bailarina centelleó.

—Vamos, dijo, ¿pero dónde?

—¿Dónde?

En efecto, ¿*dónde* iba Hoffmann a conducir a esa mujer lujosa y sensual, que, al salir de los palacios mágicos y de los jardines encantados de la Opera, estaba acostumbrada a pisar tapices de Persia y a recostarse sobre cachemiras de la India?

No era por cierto a su modesta habitación de estudiante a donde podía llevarla; hubiera estado allí tan estrecha y hubiera tenido tanto frío como en la morada desconocida de que hablaba un momento antes y a donde tanto temía volver.

—En efecto, ¿dónde?, preguntó Hoffmann. París me es desconocido.

—Voy a acompañaros, dijo Arsenia.

—¡Oh!, sí, sí, exclamó Hoffmann.

—Seguidme, dijo la joven.

Y con aquel mismo modo de andar solemne y automático que nada tenía de común con la esbelta y encantadora soltura que Hoffmann había admirado en la bailarina, fue precediéndole.

Ni le ocurrió siquiera al joven la idea de ofrecerle el brazo. La siguió sólo.

Arsenia tomó la calle Real, que se llamaba en aquella época la calle de la Revolución, torció a la derecha por la calle de San Honorato, que se llamaba de Honorato a secas; y deteniéndose ante la fachada de un magnífico edificio, llamó a la puerta.

Abriose ésta enseguida.

El portero miró a Arsenia con asombro.

—Hablad, dijo ésta al joven, o no me dejarán entrar y me veré obligada a ir otra vez a sentarme al pie de la guillotina.

—Amigo mío, dijo vivamente Hoffmann pasando por entre la joven y el portero, al atravesar los Campos Elíseos he oído pedir socorro, y he corrido a tiempo para salvar a esta señora del asesinato, pero no del robo. Dadme pronto vuestra mejor habitación, que enciendan lumbre, y que nos sirvan una opípara cena. Ahí tenéis un luís para vos.

Y arrojó un luís sobre la mesa en que estaba colocada la lámpara, cuyos rayos todos parecieron concentrarse sobre la brillante efigie de Luis XV.

—Un luís era una gruesa suma en aquella época; representaba 925 francos en asignados.

Quitose el portero su grasiento gorro y llamó. Llegó inmediatamente un mozo.

—¡Pronto!, ¡pronto!, la mejor habitación de la casa para el señor y la señora.

—¿Para el señor y la señora?, replicó el mozo asombrado, dirigiendo alternativamente su mirada del traje más que sencillo de Hoffmann al traje más que ligero de Arsenia.

—Sí, dijo Hoffmann, la mejor, la más bella; sobre todo que esté bien abrigada y alumbrada; ahí tenéis un luís para vos.

El mozo pareció entonces sentir la misma influencia que el portero; inclinose ante el luís, y, subiendo una gran escalera, alumbrada a medias solamente a causa de la hora avanzada de la noche, pero en cuyas gradas, como lujo muy extraordinario en aquella época, estaba extendido un tapiz.

—Subid, dijo, y esperadme en la puerta del número 3.

Enseguida desapareció corriendo.

En la primera grada de la escalera, Arsenia se detuvo.

La ligera sílfide parecía experimentar una invencible dificultad en levantar el pie.

Hubierase dicho que su ligero calzado de raso pesaba como plomo.

Ofrecióle Hoffmann el brazo.

Apoyose Arsenia en el brazo que le presentaba el joven, y aunque no sintió éste la presión de la mano de la bailarina, sintió el frío que se comunicaba de aquel cuerpo al suyo.

Después, con un esfuerzo violento, Arsenia subió la primera grada, y sucesivamente las otras; pero cada escalón le costaba un suspiro.

—¡Oh!, ¡pobre mujer, exclamó Hoffmann, como habréis sufrido!

—Sí, sí, replicó Arsenia, ¡mucho he sufrido, mucho!

Llegaron en esto a la puerta del número 3.

Casi al mismo tiempo que ellos, entró el mozo, portador de un brasero, abrió la puerta, y un instante después quedaban encendidas la chimenea y las bujías.

—¿Tendréis hambre?, preguntó Hoffmann.

—No sé, respondió Arsenia.

—Disponednos la mejor cena posible, mozo, dijo Hoffmann.

—Señor, hizo observar el mozo, ya no se dice mozo, sino oficial. A bien que como el señor paga perfectamente, puede llamarme como le acomode...

Y muy satisfecho, salió diciendo:

—¡La cena estará antes de cinco minutos!

Cerrose la puerta tras del oficial, y Hoffmann dirigió ávidamente sus miradas hacia Arsenia.

Tanta era la prisa que ésta tenía por acercarse al fuego, que ni se había tomado tiempo de acercar un sillón a la chimenea; se acurrucó junto a ella en la posición en que Hoffmann la halló junto a la guillotina, y allí, con los codos en las rodillas, parecía ocupada en mantener la cabeza derecha sobre los hombros.

—¡Arsenia! ¡Arsenia!, dijo el joven; te he dicho que era rico, ¿no es verdad? Pues bien, mira, no he mentado.

Hoffmann empezó por vaciar su sombrero encima de la mesa; el sombrero estaba lleno de luíses que se derramaron con aquel sonido peculiar al oro, tan fácil de distinguir de todos los sonidos.

Después, tras del sombrero, vació sus bolsillos, y, uno tras otro, sus bolsillos derramaron el inmenso botín que acababa de recoger en el juego.

Un montón de oro resplandeciente quedó sobre la mesa.

A este ruido, Arsenia pareció reanimarse; volvió la cabeza, y la vista pareció acabar la resurrección comenzada por el oído.

Se levantó, siempre rígida, inmóvil, pero su pálida boca sonreía, sus ojos vidriosos chispeaban, confundían sus centelleantes reflejos con los del oro.

—¡Oh!, dijo; ¿es tuyo todo esto?

—No, mío no, tuyo, Arsenia.

—¡Mío!, exclamó la bailarina.

Y sumergió en el montón de metal las pálidas manos.

Los brazos de la joven desaparecieron hasta el codo.

Entonces, aquella mujer que había vivido por el oro, pareció recobrar la vida al contacto del oro.

Dos criados entraron con una mesa completamente servida, que casi dejaron caer al distinguir aquel montón de riquezas que revolvía las crispadas manos de la joven.

—¡Bien está, dijo Hoffmann; vino de Champagne, y dejadnos!

Los criados trajeron varias botellas de Champagne y se retiraron.

A su salida, Hoffmann fue a cerrar la puerta y pasó el cerrojo.

Luego, llameando el deseo en su mirada, volvió hacia Arsenia, que encontró junto a la mesa afanosa en recoger la vida, no de la fuente de la Juventud, sino del manantial del Pactolo.

—¿Y bien?, ¿qué tal?

—¡Oh!, ¡qué hermoso es el oro!, dijo. Tiempo hacía que no había tocado tanto.

—¡Vamos!, ven a cenar, exclamó Hoffmann, y después, a tu sabor, Danae, te bañarás en oro si quieres.

Y la arrastró hacia la mesa.

—¡Tengo frío!, dijo.

Hoffmann miró a su alrededor: las ventanas y el lecho estaban con cortinas de damasco encarnado; arrancó una cortina de la ventana y se la dio a Arsenia.

Ésta se envolvió en la cortina que pareció tomar todos los pliegues de un manto antiguo, y bajo aquel cortinaje encarnado adquirió mayor carácter su pálido semblante.

Hoffmann casi tenía miedo.

Sentose a la mesa, llenó y bebió dos o tres vasos de Champagne uno tras otro. Parecióle entonces que se coloreaban ligeramente los ojos de Arsenia.

Le llenó el vaso a su vez, y a su vez bebió.

Enseguida, quiso hacerla comer; pero se negó, y como Hoffmann insistiese:

—No podría tragar, dijo.

—Bebamos entonces.

—Sí, bebamos.

Hoffmann sentía a un tiempo hambre y sed; bebió y comió.

Bebió sobre todo; sentía que necesitaba audacia; no porque Arsenia, como en su casa, pareciese dispuesta a resistirle, fuese por la fuerza, fuese por el desprecio, sino porque algo helado emanaba del cuerpo de la hermosa convidada.

A medida, que bebía, Arsenia se animaba o tal le pareció; sólo que, cuando a su vez Arsenia vaciaba su vaso, algunas gotas rosadas rodaban de la parte inferior del collar de terciopelo, sobre el pecho de la bailarina. Hoffmann miraba sin comprender, pero conociendo que en todo aquello había un no sé qué terrorífico y misterioso, combatía sus estremecimientos interiores multiplicando los brindis dirigidos a los bellos ojos, a las bellas manos, a la bella boca de la muchacha.

Ésta bebía tanto como él y parecía animarse, no con el vino que bebía, sino con el vino que bebía Hoffmann.

De pronto un tizón rodó de la chimenea.

Hoffmann siguió con la vista la dirección del inflamado tizón, que no se detuvo hasta tropezar con el pie desnudo de Arsenia.

Sin duda para calentarse, Arsenia se había quitado las medias y zapatos; su piececito, blanco como el mármol, estaba colocado sobre el mármol del hogar tan blanco como el pie con el cual se confundía.

Hoffmann soltó un grito.

—¡Cuidado, Arsenia!, gritó; ¡cuidado!





ello, varió el motivo; ya no fue el que había oído el que tocó, fue un vals, y este vals, que era *El Deseo* de Beethoven, brotó de sus dedos, como natural expresión de lo que sentía en aquel instante. Arsenia, por su parte, también había cambiado de compás; empezó primero a dar vueltas, después, poco a poco, ensanchando el círculo que trazaba, se acercó a Hoffmann; Hoffmann, jadeante, la sintió llegar, acercarse; comprendió que en el postrer círculo iba ella a tocarle y que entonces fuerza le sería levantarse a su vez y tomar parte en aquel baile ardiente. Sentía a un tiempo deseo y terror.

Por fin, Arsenia, al pasar, extendió la mano y le tocó con la punta de los dedos. Hoffmann soltó un grito, saltó como si le hubiera tocado la chispa eléctrica, precipitose tras las huellas de la bailarina, la alcanzó, la enlazó con sus brazos, continuando en su pensamiento el aire interrumpido en realidad, estrechando contra su corazón aquel cuerpo que había recobrado su elasticidad, aspirando las miradas de sus ojos, el aliento de su boca, devorando con sus propias aspiraciones aquel cuello, aquellos hombros, aquellos brazos; girando, no ya en un aire respirable, sino en una atmósfera de llamas que, penetrando hasta el fondo del pecho de ambos, acabó por arrojarles, jadeantes y en el desvanecimiento del delirio, sobre la cama que les aguardaba.

Cuando Hoffmann despertó, amanecía; era uno de aquellos días tristes del invierno en París, y la blanquizca luz llegaba hasta su lecho a través del cortinaje hecho jirones. Miró a su alrededor, ignorante de dónde se hallaba, y sintió que una masa inerte pesaba sobre su brazo izquierdo. Inclínose hacia aquel lado, y reconoció, tendida junto a él, no a la bella bailarina de la Opera, sino a la pálida joven de la plaza de la Revolución.

Entonces, todo lo recordó; sacó el brazo, helado de frío, y viendo que aquel cuerpo permanecía inmóvil, cogió un candelabro donde ardían aún cinco bujías, y a la doble luz del crepúsculo y las bujías reparó que Arsenia estaba sin movimiento, pálida y con los ojos cerrados.

Lo primero que se le ocurrió fue que la fatiga había podido más que el amor, y que la joven se había desmayado. Cogióle la mano, estaba helada; buscó los latidos de su corazón, su corazón no latía ya.

Entonces una idea horrible cruzó su imaginación; colgose al cordón de una campanilla que se rompió entre sus manos, y, arrojándose hacia la puerta, la abrió y se precipitó por la escalera gritando:

—¡Socorro!, ¡socorro!, ¡auxilio!



al suelo y no se detuvo hasta llegar a los pies de Hoffmann, como no se había detenido el tizón hasta llegar a los pies de Arsenia.

El joven dio un salto hacia atrás y se precipitó por la escalera aullando:  
—¡Estoy loco!

## XVIII. Conclusión

---

**N**ada de exagerada tenía la exclamación de Hoffmann, Nuestro poeta, empezó, en efecto, a correr por las calles como un insensato, pero en aquella época nadie corría mucho tiempo por las calles de París sin decir por qué. Los parisienses se habían vuelto muy curiosos en el año de gracia de 1793; siempre que pasaba un hombre corriendo, le detenían para saber por qué corría o quién corría tras él.

Detuvieron pues a Hoffmann en frente de la iglesia de la Asunción, convertida en cuerpo de guardia, y se le condujo ante el oficial.

Allí, Hoffmann comprendió el peligro real en que estaba; tomábanle los unos por un aristócrata que corría a fin de llegar más pronto a la frontera: los otros gritaban ¡detenedle!, ¡detenedle!, por creerle agente de Pitt y Coburgo.

Gritaban algunos: ¡colgarle de un farol!, lo cual no era muy divertido; y otros: ¡al tribunal revolucionario!, que era menos divertido todavía. De los colgados de un farol, algunos se salvaban; testigo el abate Maury; del tribunal revolucionario.

Entonces Hoffmann trató de explicar lo que le había sucedido desde la víspera por la noche. Contó lo del juego y la ganancia. Dijo que con los bolsillos repletos había acudido a la calle de Hannover, donde no encontró a la mujer a quien buscaba, y bajo el imperio de la pasión que le enardecía recorrió las calles de París, hasta que pasando por la plaza de la Revolución vio a aquella mujer sentada al pie de la guillotina. «Entonces, dijo Hoffmann, la llevé a una casa de la calle de San Honorato, donde después de una noche de embriaguez, desperté teniendo en brazos una mujer, no sólo muerta, sino decapitada».

Todo esto era muy inverosímil, y por lo mismo no mereció gran crédito la relación de Hoffmann; los amigos fanáticos de la verdad gritaron que era mentira y los más moderados que era una locura.

En esto uno de los concurrentes dio el siguiente luminoso parecer:

—¿Habéis pasado la noche, decís, en una casa de la calle de San Honorato?

—Sí.

—¿Habéis vaciado vuestros bolsillos llenos de oro sobre una mesa?

—Sí.

—¿Habéis cenado y dormido allí con la mujer, cuya cabeza, rodando a vuestros pies, os ha causado ese terror que os dominaba aun cuando os hemos detenido?

—Sí.

—Pues bien, busquemos la casa; no encontraremos el oro probablemente, pero encontraremos la mujer.

—Sí, sí, gritaron todos, ¡busquemos, busquemos!

Bien hubiera querido Hoffmann no buscar; pero fuerza le fue obedecer a la inmensa voluntad resumida a su alrededor en esta palabra: *busquemos*.

Salió pues de la iglesia, y seguido de todos, se encaminó a la calle de San Honorato.

La distancia no era larga de la iglesia de la Asunción a la calle Real. Sin embargo Hoffmann buscó con negligencia primero, con mayor atención luego, después, en fin, con voluntad de encontrar, pero nada halló, nada que le recordara la casa donde había entrado la víspera, donde había pasado la noche, y de donde acababa de salir. Como los palacios mágicos que se desvanecen cuando ya no tiene necesidad de ellos el tramoyista, la casa de la calle de San Honorato había desaparecido después de haberse representado la escena infernal que hemos descrito.

De esto resultó que quedaban descontentos los mirones que habían acompañado a Hoffmann y que ansiaban absolutamente una solución cualquiera en compensación del tiempo perdido; esta solución no podía ser otra que el descubrimiento del cadáver de Arsenia, o el arresto de Hoffmann como sospechoso.

Puesto que no encontraban el cuerpo de Arsenia, trataban ya de prender a Hoffmann, cuando de pronto vio éste al hombrecito negro que atravesaba la calle y le llamó en su auxilio, invocando su testimonio, acerca la veracidad de la relación que acababa de hacer.







sentido inverso, si un joven que pasaba no se hubiese precipitado y no hubiese retenido a Hoffmann en sus brazos en el momento en que, por su parte, el carretero hacía un esfuerzo para detener los caballos.

El coche prosiguió su camino.

Los dos jóvenes, el que estuvo a punto de caerse y el que lo detuvo, soltaron a un tiempo una exclamación.

—¡Hoffmann!

—¡Werner!

Después, viendo el estado de atonía en que se hallaba su amigo, Werner le arrastró hacia el jardín del Palacio Real.

Entonces la idea de cuánto le había pasado se ofreció de nuevo y con mayor viveza a la imaginación de Hoffmann, recordándole que había dejado en prenda en manos del cambista el medallón de Antonia.

Súbitamente lanzó un grito; había vaciado todos sus bolsillos sobre la mesa de mármol de la posada. Sí, así era la verdad; más puso para desempeñar el retrato, tres luíses aparte, en su relojera.

Ésta había fielmente guardado su depósito: allí estaban aún los tres luíses.

Escapose Hoffmann de los brazos de Werner, gritándole:

—¡Aguárdame! Y se encaminó hacia la casa de cambio.

A cada paso que daba, parecíale que, saliendo de un espeso vapor, se adelantaba a través de una nube siempre iluminándose, hacia una atmósfera pura y resplandeciente.

A la puerta de la casa de cambio, detúvose para respirar; la antigua visión, la visión de la noche había casi desaparecido.

Cobró aliento un instante y entró.

El cambista estaba en su sitio, las cajitas de cobre en su sitio, en su sitio los luíses de oro.

Al ruido que hizo Hoffmann al entrar, el cambista levantó la cabeza.

—¡Ah!, ahí sois vos, mi joven compatriota. Si he de deciros la verdad, no contaba volveros a ver.

—Presumo que no me diréis esto por haber dispuesto del medallón, exclamó Hoffmann.

—No, os había prometido guardarlo y aun cuando me hubieran ofrecido cinco luíses en lugar de los tres que me debéis, el medallón no salía de mi tienda.

—¡Aquí tenéis los tres luíses!, dijo tímidamente Hoffmann, pero os confieso que no tengo nada que ofreceros por los intereses.

—Por los intereses de una noche, dijo el cambista; ¿os chanceáis?, por una noche... y entre compatriotas...

Y le devolvió el medallón.

—Gracias, dijo Hoffmann. Me voy ahora, prosiguió dando un suspiro, a buscar dinero con que regresar a Manheim.

—¡A Manheim!, dijo el cambista. ¡Calla!, ¿sois de Manheim?

—No señor, no soy de allí, pero allí habito: mi novia vive allí, me espera y vuelvo para casarme con ella.

—¡Ah!, exclamó el cambista.

Después cuando el joven levantaba ya el pestillo de la puerta.

—¿Conocéis, le dijo, en Manheim a un viejo músico antiguo amigo mío?

—¿Llamado Gottlieb Murr, acaso?, exclamó Hoffmann.

—Precisamente. ¿Le conocéis?

—¿Si le conozco?, ya lo creo, puesto que su hija es mi novia.

—¿Antonia?, exclamó el cambista.

—Sí, Antonia, respondió Hoffmann.

—¡Cómo! ¿Y para casaros con Antonia regresáis a Manheim?

—Sin duda.

—Quedaos en París entonces; viaje inútil.

—¿Por qué?

—Porque aquí tenéis una carta de su padre que me anuncia que hace ocho días, a las tres de la tarde, Antonia murió súbitamente tocando el arpa.

Era precisamente el día en que Hoffmann había ido a casa de Arsenia para hacerle su retrato; era la hora precisamente en que la había besado en el hombro.

Hoffmann pálido, trémulo, aterrado, abrió el medallón para besar el retrato de Antonia, pero el marfil estaba tan blanco y tan puro como si aún no le hubiese tocado el pincel del artista.

Nada de Antonia quedaba a Hoffmann, dos veces infiel a su juramento, ni aun la imagen de la mujer a quien había jurado eterno amor.

Dos horas después, Hoffmann, acompañado de Werner y del buen cambista, subía al carruaje de Manheim, donde llegó a tiempo precisamente para acompañar al cementerio el cuerpo del viejo Gottlieb Murr, que al morir había recomendado que le enterraran al lado de Antonia.